

Francisco Mosquera Sánchez

Unidad y Combate

Tribuna Roja Editores
Bogotá, 2009



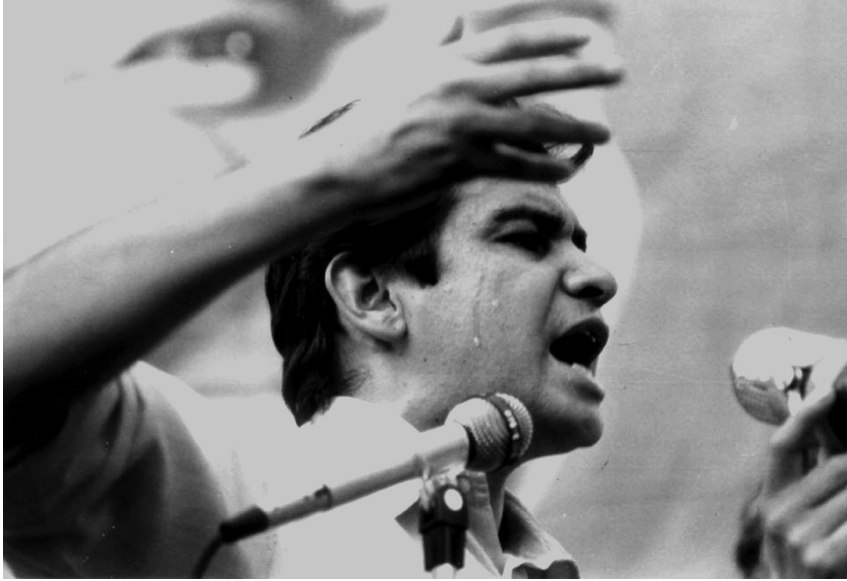
Tribuna Roja Editores
Calle 39 N° 21 - 30. Tel. 2459647
Bogotá
tribroja@moir.org.co
www.moir.org.co

Diseño y fotografías de carátulas:
Carlos Eduardo Naranjo Q.
Composición y armada:
Carlos Naranjo Ossa y Eder Camacho

Impresión y encuadernación: ???????????????????

Segunda edición: diciembre de 2009

ISBN: xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx



Francisco Mosquera Sánchez

FRANCISCO MOSQUERA SÁNCHEZ

Nació en Piedecuesta, Santander, el 25 de mayo de 1941. Fundador y secretario general del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR, hasta su muerte el 1° de agosto de 1994. Sus escritos políticos más importantes están recogidos en los libros *Unidad y combate* y *Resistencia civil*, publicados por Ediciones Tribuna Roja en 1977 y 1995, respectivamente y *Fogoneros de la revolución*, publicado por Tribuna Roja Editores, en el año 2009.

Este libro, *Unidad y combate*, es la compilación de los escritos del primer periodo de la historia del MOIR (1970-1975) en el cual Francisco Mosquera trazó los lineamientos teóricos básicos para la construcción del Partido. Es reimpresión con cambio de formato y tipo de letra, pero el contenido de los artículos es igual al original.

Índice

Estrategia y táctica del MOIR	9
Cuestiones fundamentales de la revolución colombiana	20
Concepción marxista del problema agrario	23
Vamos a la lucha electoral	28
Plataforma de lucha electoral del Frente Popular-MOIR	36
La hora es Unidad y Combate	39
Algo más sobre la política de “Unidad y Combate”	58
El frente electoral de izquierda: necesidad de las fuerzas revolucionarias	94
Programa de la UNO	102
¡Que en esta campaña avance la lucha popular!	105
la UNO ha cumplido y seguirá cumpliendo	113
Es indispensable perseverar en una línea correcta	117
Normas de funcionamiento aprobadas por la UNO en 1974	122
El Congreso de la CSTC	124
Los acuerdos y los virajes	138
Por el más amplio frente de lucha antiimperialista	143
Una posición consecuentemente unitaria	148
El viaje de López a Estados Unidos: “Vine ví, vendí”	261
Contra el “mandato de hambre”, ¡A la carga!	274



Estrategia y táctica del MOIR

Se viene insistiendo por parte de varios camaradas sobre la necesidad de recoger los documentos, escritos, informes de plenos y conferencias y tesis varias que resumen el acervo ideológico del MOIR. La labor resultaría ardua, ya que abarcaría el acopio de materiales y planteamientos correspondientes a un lapso aproximado de diez años, a partir de la lucha interna del MOEC, y aun tendría que remontarse a finales de la década del cincuenta, o más, si queremos tener una visión integral de nuestra historia, incluyendo los antecedentes que le dieron aliento a la corriente política que representamos. Desde luego, no hemos podido robarle “ratos libres” a las múltiples ocupaciones que la lucha por la construcción partidaria demanda a diario y en todos los frentes, y la tarea de recolección y sistematización de la rica experiencia, tan insustituible para la educación de los nuevos como de los viejos militantes, y en general de las personas interesadas en el estudio de las secuencias más frescas del proceso de la revolución colombiana, deberá, a pesar de todo, esperar su turno.

La selección que hoy ofrecemos en este volumen bajo el título de *MOIR Unidad y Combate*, bien podría considerarse por algunos el comienzo de aquella labor, no obstante reducirse, a excepción del artículo inicial, a una recopilación de los principales trabajos publicados en *Tribuna Roja*, especialmente en sus últimos números, que son los más difundidos de cuantos hemos producido. Ellos conciernen al tramo final del primer período, del que nos inclinamos a llamar de nacimiento del Partido, hasta ahora primero y único período. En verdad no han demandado un esfuerzo adicional al de retomarlos tal cual fueron editados originalmente, sin cambiar una coma, y disponer su reimpresión de manera ordenada.

La presente compilación es de por sí un cuerpo compacto, aunque los distintos temas que la componen atañan a momentos diferentes de la existencia

del MOIR. Todos se refieren en el fondo a dos aspectos fundamentales de la estructuración de nuestro Partido: a la elaboración, comprensión y utilidad del programa, en síntesis, a la concepción estratégica, o a la defensa, propagación y aplicación de éste, es decir, a las directivas tácticas. Ciertamente los éxitos y fracasos de los partidos políticos, su vigencia histórica, su supervivencia más o menos larga, su harto o poco peso en la brega pública, sea cual fuere su carácter de clase, dependen en última instancia de aquellos dos aspectos contradictorios y complementarios. Las determinaciones de cualquier fuerza política tienen que ver, en una u otra forma, con sus lineamientos estratégicos y tácticos; representan manifestaciones concretas de éstos, así muchas veces, por lo regular, no hubiesen sido concebidas con esa clarividencia.

Con tal enfoque no conseguiremos captar todavía la importancia especial de esta selección de materiales de *Tribuna Roja* como un conjunto coherente. Pero si partimos del hecho real de que el MOIR es en Colombia un partido en gestación, no únicamente desde el ángulo cuantitativo y organizativo sino de su ordenación teórica, nos interesaríamos por conocer los principios estratégicos y tácticos que ha “descubierto” y, sobre todo, la manera particular de aplicarlos a las condiciones específicas de un país en el cual la revolución se encuentra también, como su vanguardia, y debido a ello, en estado embrionario. La fracción del MOEC que abrió la lucha interna contra el oportunismo de “izquierda” abogó por la construcción de un partido proletario y la vinculación estrecha con las masas populares, primordialmente con los obreros. La meta no podría ser más ambiciosa y más lejana. Había voluntad de hacerlo, pero faltaba ver si existía capacidad. Sabido es que ambas condiciones no necesariamente marchan aparejadas. El núcleo disidente proclamaba el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung como su doctrina revolucionaria, mas de ella solamente conocía rudimentos, algunos principios claves salvadores a los cuales se aferraba con suma devoción y energía. La ausencia de una profundización seria y sólida del marxismo revelaba una debilidad grande de los portadores de la posición rebelde. Tenían en cambio una ventaja decisiva: eran conscientes de sus deficiencias, a diferencia de muchos de sus contradictores de derecha y de “izquierda” que posaban de avezados “*marxistas*”, así no pasaran de mascullar una que otra cita para descrestar a gentes sencillas o de repetir, como ha sido ya tradicional en Colombia, tesis reaccionarias que a menudo las clases dominantes disfrazan de legados de los ideólogos del proletariado. Entre las cosas que sabían a cabalidad los pioneros de la buena nueva estaba precisamente la de que el marxismo no dejará de ser una planta disecada, muerta, a menos que hunda sus raíces en la problemática de la lucha de la clase obrera y crezca y se enriquezca contribuyendo con eficacia a solucionarla. Además, no existe otro medio para estudiarlo y entenderlo.

La construcción del Partido implicaba a su turno la rigurosa interpretación de la realidad nacional y mundial, escenario de la acción revolucionaria del proletariado colombiano. Dentro de las innumerables dificultades contábamos con un factor favorable de enorme trascendencia, la colosal batalla que el Partido Comunista de China, dirigido por Mao Tsetung, viene librando contra el revisionismo contemporáneo, acaudillado por el Partido Comunista de la Unión Soviética. El marxismo se ha templado y ha avanzado aceleradamente en la lucha contra quienes desde sus filas han pretendido convertirlo en instrumento de la burguesía. En esas contiendas salen a flote, más relucientes y dominantes, a los ojos de decenas de millones de obreros, los principios que la palabrería vacua y adocenada de los falsificadores mantienen inmersos y ocultos. En la pelea sin cuartel contra los Kautsky y demás traidores de la II Internacional, Lenin elevó el marxismo a su más alta expresión y lo llevó a grandes victorias históricas. A mayores y más amplios triunfos lo conducirá Mao Tsetung en la época actual. Nuestro Partido tuvo el privilegio de aparecer a la arena política en el instante exacto en que las fuerzas del proletariado internacional, frente al revisionismo de nuestros días, desempolvaban y sacaban a la palestra las verdades “*olvidadas*” del marxismo-leninismo.

Pero no basta con llamarse marxista-leninista para serlo. Contra eso, casualmente contra eso, estábamos luchando, contra los charlatanes y embaucadores de la clase obrera. Habíamos lanzado la consigna de la construcción del Partido del Trabajo de Colombia y de la preparación de su primer congreso, lo cual significaba en la práctica dar cumplimiento a dos tareas interrelacionadas: la una, dotar al Partido de una teoría de la revolución colombiana y, la otra, extenderlo a todo el país. Aun cuando hemos venido aplazando por exigencias de la lucha política la celebración del congreso y la fundación formal del Partido, los pasos dados para llevar a cabo las tareas mencionadas, constituyen conquistas considerables de nuestra revolución.

El conocimiento progresivo de la sociedad colombiana, adquirido a base del estudio de su historia reciente y pasada y de la vinculación a las masas proletarias y no proletarias, y a sus luchas, nos ha permitido desentrañar las contradicciones fundamentales del país y su ubicación en el concierto mundial. En un mundo que marcha en general hacia el socialismo, en el que inclusive más de la cuarta parte de la humanidad se halla actualmente bajo este régimen de dictadura del proletariado, los pocos Estados imperialistas, entre los cuales se destacan las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, que pugnan y se coluden por el reparto de la Tierra y constituyen las principales amenazas de la paz mundial, son aún las fuerzas que oprimen y sojuzgan al resto de países y naciones. En ese marco Colombia hace parte de los países

sometidos y explotados del Tercer Mundo y gira en la órbita de influencia de una de esas superpotencias: los Estados Unidos. La característica determinante, a la cual se supeditan las otras facetas subalternas de la situación interior, es la de que Colombia tipifica una neocolonia del imperialismo norteamericano y su revolución consiste, pues, antes que nada y por sobre todo, en una revolución de liberación nacional. Esta condición de nuestro país, con lo palpable que resulta para muchos, no siempre llega a ser comprendida a plenitud por la totalidad de los revolucionarios colombianos, ni llevada a sus verdaderas y últimas consecuencias, tanto en lo teórico como en lo práctico, en sus repercusiones internas y externas.

Desde el punto de vista internacional, la revolución colombiana se integra al más poderoso frente revolucionario de la presente coyuntura histórica, los movimientos de liberación nacional de los pueblos coloniales y neocoloniales de Asia, África y América Latina; participa al lado de más de mil millones de seres del planeta en la primera fila de la lucha antiimperialista. Colombia está llamada a colaborar decisivamente en la transformación de un mundo basado en el pillaje y el saqueo de un grupo de países todopoderosos sobre las naciones débiles y atrasadas, relaciones internacionales propias de la era del capitalismo agonizante, por un mundo armónico y de cooperación, cuyos vínculos económicos y políticos partan del respeto a la autodeterminación de las naciones y del acercamiento voluntario de los pueblos. La gigantesca ola de los movimientos de liberación nacional desencadenará la crisis definitiva del sistema imperialista y creará los requisitos internacionales indispensables para la emancipación de la clase obrera en los países capitalistas y para el triunfo del socialismo en el mundo entero. Nuestra revolución de liberación nacional, junto con la de los otros pueblos oprimidos, converge y es elemento integrante de la revolución socialista mundial.

Desde el punto de vista interno, el hecho de que Colombia sea, a partir de finales del siglo pasado y comienzos del presente, una neocolonia de los Estados Unidos, ha incidido prominentemente en el atraso y la crisis recurrente de nuestra economía y en la depauperación progresiva del pueblo, hasta límites indescriptibles. Una nación de considerables recursos naturales y gentes laboriosas pero de los cuales no puede disponer soberanamente, sino que sus materias primas y el fruto de su trabajo sirven al enriquecimiento de los monopolios extranjeros que los explotan para su exclusivo beneficio, jamás alcanzará a progresar y mejorar. Ni siquiera el capitalismo nacional logró desarrollarse, ya que tanto el mercado interno como externo del país ha estado controlado y maniobrado a su antojo por los imperialistas y éstos, además, han sostenido el régimen secular de explotación terrateniente en el campo, con cuyos usu-

fructuarios, los grandes latifundistas, mantienen una apretada alianza, así como con la gran burguesía parasitaria, que se enriquece en su papel de intermediaria del capital extranjero, en los grandes negociados a través del Estado y mediante la especulación. La opresión neocolonialista sobre Colombia la ejerce el imperialismo norteamericano apoyándose en la gran burguesía y los grandes terratenientes, clases vendepatrias y minoritarias que manipulan el aparato estatal despótico y antipopular. Estas clases no atienden más que las demandas y exigencias del amo extranjero. Al contrario, la denominada burguesía nacional colombiana tiene contradicciones insuperables con el imperialismo, se encuentra al margen de las prerrogativas estatales y su fuerza económica y política es supremamente débil, limitada, como es reducido y enclenque el desarrollo del capitalismo nacional. La burguesía nacional, antes que avanzar, retrocede: se halla constituida preferencialmente por la capa de medianos y pequeños productores amenazados día y noche por la quiebra. La clase obrera es mucho más fuerte que ésta y crece de manera continua con las inversiones en el país del capital internacional, la descomposición del campesinado y la ruina persistente de la pequeña burguesía urbana.. Por el grado de conciencia política, la trayectoria de lucha y la experiencia organizativa, el proletariado ocupa la posición dirigente de la revolución colombiana. Con todo, los campesinos siguen siendo la fuerza principal de la revolución y la clase obrera respalda abiertamente su lucha por la tierra y por la extinción revolucionaria del régimen de explotación terrateniente, como una medida imprescindible para atraerlos a su lado y con ellos engrosar el inmenso torrente del movimiento de liberación nacional. En la situación colombiana la revolución agraria campesina es parte fundamental e indisoluble de la revolución liberadora nacional.

Sobre la base de la alianza obrero-campesina, el proletariado llama al resto de clases y estamentos revolucionarios de la sociedad colombiana, al 90 por ciento y más de la población, a la pequeña burguesía urbana, a los estudiantes e intelectuales en general, a las personalidades democráticas e inclusive al sector progresista de la burguesía colombiana, a la burguesía nacional, a moldear el más amplio frente de lucha antiimperialista, el único capaz de conquistar la independencia nacional y de edificar una república soberana, popular y democrática, regida por un Estado conformado por todas las fuerzas revolucionarias. Esta es la revolución que debe y puede hacer la Colombia actual, no una revolución socialista, sino una revolución democrático-burguesa, de liberación nacional, pero dirigida por la clase obrera que desembocará en una segunda etapa en el socialismo. He ahí lo que el marxismo conoce con el nombre de revolución de nueva democracia, connatural a los países neocoloniales y semi-feudales como el nuestro.

La teoría de la revolución de nueva democracia se abre camino en una enconada polémica ideológica con el oportunismo de derecha e “izquierda”. El uno como el otro han discrepado de nosotros en un punto capital, en el de si bajo las condiciones de la dominación neocolonial imperialista es posible el desarrollo del capitalismo en Colombia. Con los más diversos argumentos se obstinan en la viabilidad de ese desarrollo, aún echando mano de la peregrina conclusión de que es el mismo imperialismo quien, entre sus planes económicos para sus neocolonias, contempla como salida la promoción del capitalismo nacional. Estos alegatos patinan sobre una lamentable confusión: significan igual cosa para ellos el auge y apropiación efectuada por el capital imperialista de todas y cada una de las ramas de la economía en nuestro país, y la expansión y consolidación del capitalismo nacional. Sus abundantes libelos académicos se reducen a circunloquios acerca del florecimiento de un capitalismo en general, sin concederle mayores consecuencias al fenómeno más protuberante de la actual situación: que Colombia es una neocolonia de los Estados Unidos, y lo ha sido desde hace más de tres cuartos de siglo. En buen romance esto se traduce en que el imperialismo norteamericano, simultáneamente con otras fuerzas imperialistas de menor envergadura, ha venido apoderándose sin tasa ni medida, de nuestros recursos naturales; expropiando o interviniendo de mil formas a la naciente industria criolla; constriñendo sistemáticamente, con la venta especulativa e indiscriminada de insumos, maquinaria y hasta de excedentes agrícolas estadounidenses, a la producción agropecuaria del país; operando a sus anchas el comercio interior y exterior; manejando la banca y los demás organismos financieros; endeudando a la nación con créditos usurarios, y manipulando arbitrariamente el complejo engranaje del Estado, con lo cual manda, legisla, ejecuta, juzga, hace y deshace. Esta es la realidad de bulto que algunos parafraseadores del marxismo no ven o no quieren ver, cuando le quitan trascendencia al indignante espectáculo de que sea en Colombia el imperialismo quien se alza con el santo y la limosna. Eso por una parte. Por la otra, olvidan que el capitalismo de un país, en especial un capitalismo en ciernes como el colombiano, no logra desenvolverse y prosperar si no controla y protege su propio mercado, y para ello es cláusula forzosa la salvaguarda de los linderos y garantías nacionales, lo que no es posible sin la independencia y hegemonía del Estado.

En verdad que el imperialismo con su presencia en nuestro país y como repercusión colateral, estimuló el despegue del capitalismo autóctono, y éste ha registrado un cierto ensanchamiento, preferentemente en los períodos de crisis del capital imperialista, como en la década de 930 y en la Segunda Guerra Mundial, cuando la dominación y explotación extranjeras se atenúan por dichas causas. Al señalarse las relaciones neocoloniales y semif feudales se da por sentado un grado

definido de desarrollo capitalista, en términos relativos, de Colombia. Empero la constante ha sido la de que el capitalismo nacional permaneció siempre raquíto y enano, y bajo aquellas relaciones su suerte está echada. Y lo está de manera absoluta, ya que estas naciones atrasadas y sojuzgadas de la era imperialista no fueron, no son y no serán países capitalistas en el sentido estricto de la palabra, verbigracia, de acuerdo con el arquetipo europeo o norteamericano. La evolución hacia el desarrollo capitalista se les halla vedada, porque si bien en un principio el imperialismo aceleró el proceso interno del comienzo de tal desarrollo, cada vez que pasa el tiempo, lo interfiere más con el arma de que ha sido dotado, el control monopolista de la vida económica. En semejantes condiciones los únicos que pelean son los grandes tiburones del capital foráneo y los sectores antipatrióticos parasitarios que los acolitan.

Las contradicciones de la burguesía nacional con el imperialismo norteamericano y sus aliados, la gran burguesía y los grandes terratenientes, la hacen susceptible de participar en el frente único. Obviamente su participación estará determinada por premisas políticas muy definidas y concretas, como las que exige la creación del propio frente, las cuales no serán otras distintas de las que traerán consigo el auge de las fuerzas revolucionarias y la crisis cada vez más profunda de las clases dominantes. La burguesía nacional obrará en todo tiempo y lugar según su naturaleza vacilante. Dentro del 90 por ciento y más de la población ella representa el ala menos avanzada y decidida y sus marcadas tendencias conciliacionistas tendrán que combatirse sin contemplaciones, en el frente o fuera de él. El papel de esta clase, su existencia misma, han sido hasta ahora la preocupación central de nuestra teoría revolucionaria, no porque su contingente sea básico como el del campesinado, sino por ser el más discutido y negado por el novísimo “marxismo”, que afirma la viabilidad del desarrollo del capitalismo colombiano y consecuentemente ataca la revolución de nueva democracia.

Al modelo capitalista le pasó su cuarto de hora histórico. Exclusivamente la revolución desencadenará las fuerzas productivas aprisionadas por las relaciones neocoloniales y semif feudales y echará a andar el desarrollo del país, y aun cuando en forma limitada el capitalismo nacional se beneficie de ella también, tampoco logrará bajo el nuevo sistema entronizar su reino. No obstante ser la nuestra en la etapa actual una revolución democrático-burguesa, los monopolios nacionalizados, la capacidad de control del Estado popular y democrático y la dirección proletaria establecerán las bases económicas y políticas para la instauración del socialismo en un intervalo más o menos corto.

El oportunismo de derecha habla del desarrollo del capitalismo para tratar de demostrar que en el sistema vigente la economía de la nación prospera, aunque casi siempre no dé más cifras que las de las jugosas ganancias del imperia-

lismo y sus intermediarios. Su interés político se encamina a mantener el orden establecido e impedir la revolución. El oportunismo de “izquierda” habla del desarrollo capitalista para tratar de demostrar que la revolución no es de nueva democracia sino socialista, aunque sus disquisiciones se restrinjan a especular en abstracto sobre un capitalismo en general, mientras vela el pleno dominio del imperialismo en todas y cada una de las actividades económicas de la nación. En la práctica su posición política obstaculiza la alianza de todas las clases, capas, estamentos y personalidades antiimperialistas que no defienden el socialismo como la clase obrera, pero que en la actualidad son fuerzas insustituibles de la revolución y estarían dispuestas en determinadas circunstancias a comprometerse con la causa de la liberación nacional y las transformaciones democráticas y a pelear hasta el triunfo. Ambas tendencias oportunistas, sin proponérselo, se confunden en el sabotaje al proceso emancipador del pueblo colombiano.

En persistente combate contra aquellas tendencias y en la batalla por la construcción del Partido, el MOIR ha venido cimentando su convicción en los principios de la revolución de nueva democracia, como los únicos que explican y orientan los cambios profundos que reclama la sociedad en que nos correspondió vivir. Para los moiristas el sistema lograría suspender la revolución si por encima de todos sus inconvenientes poseyera el don milagroso de desarrollar las fuerzas productivas de la nación. Más la contradicción que implica el freno de la producción nacional, en su forma capitalista, como no podría ser de otro modo en el sistema neocolonial y semifeudal subsistente, o sea, la polarización cada vez más aguda entre el imperialismo que sin cesar se explaya, voraz e insaciable, y la nación entera que al unísono se estanca, se arruina y envilece, fatalmente convida a la revolución a que proceda.

Por otra parte, la revolución nacional y democrática no aplaza de manera indefinida el socialismo. Todo lo contrario. Ella encarna el más corto y único camino que nos conduce a él. El proletariado deberá primero destruir la opresión extranjera y el semifeudalismo para instaurar luego en Colombia la sociedad que por naturaleza de clase le es propia. Entre las dos conquistas no se levanta ninguna Cordillera de los Andes. La revolución de nueva democracia es el ensayo general final hacia la revolución socialista.

En ello consiste nuestra estrategia, en la revolución de nueva democracia, que plasmamos en nuestro programa nacional y democrático, de frente único. ¿Y la táctica cuál es? La táctica la determinan los principios que regulan nuestra acción política, son los distintos pasos que en la práctica damos para ir cumpliendo hasta culminar la línea estratégica de la revolución. Pero aquella no brota directamente de la estrategia. No basta con asimilar qué clase de revolución debemos acometer para saber cuánto corresponde hacer en cada momento de la actividad

revolucionaria. Ahí radica su contradicción. La estrategia depende del análisis de las distintas clases. De la función que estas desempeñan dentro del conjunto de la situación, presupone el conocimiento y la aplicación de las leyes que rigen el desarrollo social y, en nuestro caso, del pueblo y la nación colombiana. La estrategia elabora el plan de la revolución, tiene en cuenta las fuerzas que la integran, identifica los blancos de ataque y señala las tareas que habrá de coronar. Por eso la estrategia no se modifica durante un tiempo relativamente largo, mientras no se haya realizado el plan concebido para toda la etapa revolucionaria. Llevada a cabo la revolución nacional y democrática, agotada esta etapa, variaremos la estrategia y nuestra meta será entonces el socialismo.

La táctica depende del análisis de la lucha de clases, de las mutaciones en la correlación de fuerzas y ha de expresar en todo momento los flujos y reflujos de la revolución. La táctica debe reflejar lo más cuidadosamente posible el estado de ánimo de las masas, su conciencia política, su disponibilidad al combate y debe también medir y sopesar la capacidad e iniciativa, por supuesto mudable, del enemigo. La táctica define qué forma de lucha y de organización está al mando. Si la reacción se repliega nosotros pasamos a la ofensiva y viceversa. El Partido atiende distintas luchas, pero en cada período tendrá que precisar cuál es la principal, identificar sin ambages el eslabón que jalona la cadena. Siempre habrá una tarea prioritaria de cuya culminación estará pendiente el éxito de otros trabajos secundarios. Esto es lo que el Partido está obligado a desentrañar en consonancia con el curso de la lucha de clases, si desea avanzar y fortalecerse, como es la responsabilidad del MOIR, en medio de grandes dificultades y en el fiero batallar contra un enemigo desalmado, decidido a los peores crímenes y abroquelado tras las fortificaciones del Estado. Descartando que la estrategia sea correcta en términos generales, sin una línea táctica acertada, la victoria jamás nos sonreirá. Equivocarnos en lo que *“toca hacer”* es liquidarnos. La táctica solucionará en la marcha este problema y con su luz roja nos alertará cuándo una tarea o una lucha principal se tornó secundaria o, al revés, cuándo una tarea o una lucha en la cual aún no somos expertos, el desenlace de la situación política nacional le dio el visto bueno y la puso en el primer puesto de nuestra acción revolucionaria. Y el Partido, atento, flexible, dispuesto, disciplinado, férreamente unido y preparado ideológica y políticamente responderá sin pérdida de tiempo a los cambios tácticos que la lucha indica.

La aspiración suprema de toda revolución es la toma del Poder. La clase obrera sólo llegará a él al frente de una insurrección revolucionaria triunfante. Su partido nunca teje ilusiones al respecto y repudia las fórmulas intermedias del revisionismo de *“conquistar primero el gobierno y después el Poder”*. El proletariado colombiano no entrará a San Carlos ungido por el “voto universal” ni en ancas

de un golpe cuartelario. Por experiencia propia ha comprendido, y se lo enseña el marxismo, que exclusivamente organizando a la mayoría de los desposeídos y humillados y recurriendo a la forma más elevada de lucha “*decretará*” algún día su emancipación. La senda es empinada y la cumbre distante. El MOIR apenas ha comenzado el ascenso. Sus primeros combates parecen pequeñas escaramuzas comparados con las fragorosas batallas del futuro.

Ya dijimos que la táctica cambia a menudo, a veces de un día para otro, mientras la estrategia permanece invariable durante toda una etapa. Esta es su contradicción. Su identidad estriba en que la táctica ha de estar permanentemente orientada y subordinada a la estrategia. Las consignas diferentes acordadas por la vanguardia revolucionaria para atender las necesidades de la lucha en los diversos y fluctuantes períodos de la revolución, por ningún motivo dejarán de guiarse por el norte del programa estratégico, ni desconocerlo u oponérsele. Sin la dirección estratégica la táctica se limitará a dar palos de ciego, hasta convertirse en el más vulgar oportunismo. Acostumbramos a expresar que “*sometemos los intereses del Partido a los intereses de la revolución*”. Con tales palabras enfatizamos una posición de principios: estamos indicando que no sujetaremos nuestra acción a las conveniencias de la hora, que no sacrificaremos el programa, ni lo postergaremos en aras de conseguir ventajas transitorias. En este sentido la estrategia auxilia a la táctica. Sin embargo, la segunda ayuda igualmente a la primera y no de cualquier forma. Al adoptar el Partido una resolución táctica, como cuando define una alianza con otras fuerzas políticas o decide el apoyo a las luchas por las más amplias y múltiples reivindicaciones del pueblo, o agita en una campaña electoral sus puntos programáticos, pone a prueba su línea estratégica. En cada una de estas eventualidades el Partido contrasta si su plan de la revolución refleja plenamente la realidad, interpreta el rumbo histórico del país, representa y defiende las aspiraciones más sentidas de las masas. Así constatará hasta dónde sus tesis acerca de las contradicciones de clase, su pensamiento de la situación nacional, encajan con los hechos y, respetando la experiencia, podrá introducir las enmiendas adecuadas a su programa, profundizarlo, enriquecerlo, perfeccionarlo. Por eso la organización partidaria que no se vincule estrechamente a las masas, que no se atreva a correr los riesgos que la liza política depara, que se aferre caprichosamente a rígidas y anquilosadas formas de lucha y organización, que le dé lo mismo que la revolución esté en flujo o en reflujo para trazar su acción y por añadidura se mantenga alegremente convencida de que todo cuanto conversa, discute, argumenta es la purísima verdad, ese partido, o mejor, ese grupúsculo, perecerá indefectiblemente, y perecerá asfixiado en los humos de sus propios dogmatismo y sectarismo.

Las consideraciones anteriores configuran las leyes más elementales y básicas que gobiernan la estrategia y la táctica revolucionarias, son parte del abc del marxismo-leninismo, cuyo rigor científico y superioridad sobre las estratagemas idealistas y metafísicas de la reacción han sido demostrados una y otra vez por las revoluciones victoriosas del proletariado. El mérito del MOIR se limita al aprendizaje de aquellas leyes mediante su consecuente aplicación a la situación concreta de Colombia, como corresponde a un partido que anhela con justicia al sitio y al título de jefe máximo de la clase obrera colombiana. Parte de los frutos podrá ser juzgada a través de la presente selección, estudiándola críticamente quienes antes no tuvieron la oportunidad de conocer sus artículos y repasando éstos en conjunto los que ya los leímos en *Tribuna Roja* o los vivimos, durante el último tramo del período de nacimiento de nuestro Partido.

Los dos escritos iniciales, "*Cuestiones fundamentales de la revolución colombiana*" y "*La concepción marxista del problema agrario*", se han incluido por que se refieren a dos de nuestras más viejas inquietudes: a la necesidad del partido obrero y al asunto de la revolución campesina, fiel de la balanza de la revolución nacional y democrática. La mayoría del resto de materiales trata sobre la propagación y aprovechamiento de nuestro programa tanto en las luchas electorales de 1972 y 1974 como en las alianzas que para tales debates concertamos con fuerzas políticas disímiles. El informe que cierra la serie insiste en los fundamentos unitarios del MOIR al prolongar para las circunstancias de 1976 la línea de principios de propiciar el entendimiento con todos los sectores y organizaciones antiimperialistas.

Nos resta destacar algo realmente notorio. Tras el transcurso de estos años se va haciendo evidente, en la teoría y en la práctica de la revolución colombiana, la aceptación de la política de frente único. A ello coadyuva en no poca monta la permanente defensa y correcta utilización que nuestro Partido efectúa del programa de nueva democracia, el programa por excelencia de la alianza de todas las clases y fuerzas revolucionarias. En las condiciones más adversas de debilidad, cercado por enemigos cinco, diez y cien veces más fuertes que nosotros, sin ocultarle a nadie nuestras verdaderas intenciones, desplegando una lucha ideológica implacable contra las tendencias oportunistas de moda, apoyándonos exclusivamente en nuestros esfuerzos y en los esfuerzos de las masas, derrotando internamente el dogmatismo y el sectarismo y practicando una táctica flexible, el MOIR ha sido leal a esa política. Una portentosa corriente unitaria revolucionaria del pueblo colombiano se ha puesto en movimiento. El porvenir es suyo, ¡apoyémosla!

Cuestiones fundamentales de la revolución colombiana

Artículo escrito por Francisco Mosquera en enero de 1971, para el periódico Unidad, del Sindicato de Trabajadores de las Empresas Municipales de Cali. Año IV, No. 20, Cali, febrero 20 de 1971

Profunda e irreversible es la crisis de la sociedad colombiana. Los acontecimientos de los últimos años demuestran que el pueblo colombiano está decididamente en contra de las instituciones, ideas, valores, organizaciones y personas que mantienen el estado actual de cosas. Cada día se ve más claro el hecho de que el régimen se sostiene sobre la base de la represión, recorta progresivamente los derechos de las masas populares a la vez que aumenta las cargas, los impuestos, la explotación. Una de las expresiones más claras de la crisis actual es el caos y la descomposición de los llamados partidos tradicionales que han gobernado durante siglo y medio la vida del país. Las soluciones que plantean estos partidos no resuelven los grandes problemas de Colombia. Por el contrario, los problemas que padece el pueblo son fruto precisamente de la política antinacional y antidemocrática que han venido defendiendo y aplicando tradicionalmente el Partido Liberal y el Partido Conservador.

Muchas son las explicaciones que salen de las mentes de los ideólogos de la burguesía sobre la quiebra en que se encuentra el régimen, pero ninguna de tales explicaciones va al meollo del asunto y en lugar de arrojar luz oscurecen totalmente el panorama. Dos son los males principales de Colombia: el primero y más grave, es la dominación y explotación del imperialismo yanqui, y el segundo es el mantenimiento de los rezagos feudales en el campo. Estos dos males son a la vez causa directa del atraso de la producción nacional y de la miseria y explotación en que se encuentra la inmensa mayoría de la población. Por eso la política oficial, orientada a mantener la dominación neocolonial del imperialismo y el atraso del país, con la consiguiente explotación y miseria de las masas, no puede contar nunca con el respaldo popular y en la actualidad está en completa bancarrota.

Pero la crisis que vivimos es buena. Los revolucionarios no tenemos por qué lamentarnos de ella. Las cosas tienen que dañarse para que puedan ser arregladas. En una situación como la que vive Colombia, las ideas y soluciones revolucionarias tienen que abrirse camino inevitablemente. Una política revolucionaria dirigida a eliminar la explotación y opresión del imperialismo yanqui sobre el país y a romper todas las trabas internas que impiden el desarrollo nacional, suprimirá la dominación de las clases explotadoras y sacará al pueblo del actual estado de miseria y atraso y, por tanto, esta política gozará del respaldo decidido y entusiasta de las inmensas mayorías nacionales. Una política nacional y democrática es lo que necesita la Colombia de hoy. Esta es la única solución posible a la crisis, solución que no ven o no pueden ver las clases dominantes ni los pensadores pseudo-científicos de la pequeña burguesía.

De las clases que sufren la opresión y explotación del imperialismo, de los terratenientes y de la burguesía, es el proletariado la clase más revolucionaria de la sociedad colombiana. Por la situación internacional y nacional es el proletariado quien puede llevar adelante consecuentemente esta política revolucionaria nacional y democrática, y por consiguiente organizar y dirigir al resto del pueblo en la batalla contra el imperialismo y sus lacayos colombianos. Esto hace que la revolución nacional y democrática que necesita Colombia sea una revolución de nuevo tipo, una revolución de nueva democracia dirigida por el proletariado. Esta característica es la que determina que la actual revolución de nueva democracia culmine, en su segunda etapa, en una revolución socialista. Sólo el proletariado como máximo dirigente de la revolución colombiana puede garantizar los dos pasos: el de la revolución de nueva democracia (contra el imperialismo y sus lacayos colombianos) y el de la revolución socialista (contra toda forma de explotación capitalista.). De esta grandiosa misión histórica se concluye la necesidad de la creación y fortalecimiento del partido del proletariado de Colombia, capaz de convertirse en el estado mayor de la revolución colombiana.

En los últimos años, y más concretamente en la década del 60, importantes sectores de la intelectualidad pequeñoburguesa se han planteado el problema de la revolución colombiana y han pasado a la acción muchos de ellos, creando sus propias organizaciones políticas y enfrentando las fuerzas represivas y militares del enemigo. Sin embargo, la intelectualidad pequeñoburguesa no ha podido descubrir el fondo del problema, y por eso son más los fracasos que los éxitos de estas corrientes. No sólo no creen en la capacidad de la clase obrera colombiana para resolver los asuntos de la revolución, sino que en no pocas ocasiones se han opuesto rabiosamente a la dirección del proletariado y a la decisión de crear y fortalecer un partido proletario. Pero esta cuestión se ha venido aclarando a través de la experiencia de los últimos años y, sobre todo, mediante la colabora-

ción del proletariado internacional, encabezado por el camarada Mao Tsetung, quien, como un escalón más alto del marxismo-leninismo, ha desarrollado la teoría y la práctica de la revolución de nueva democracia, o sea la revolución de los países coloniales y semicoloniales bajo la dominación del imperialismo en la época actual. El camarada Mao Tsetung dice: *“Por una revolución de nueva democracia se entiende una revolución antiimperialista y antifeudal de las grandes masas populares bajo la dirección del proletariado... Este tipo de revolución es el que se desarrolla actualmente en todas las colonias y semicolonias”*.

Nunca en el pasado se dio una mejor situación para presentar una salida realmente consecuente de la revolución colombiana, como la que hoy vivimos. Es el momento en que los revolucionarios conscientes y los sectores más avanzados del proletariado y de las masas populares deben librar sin cuartel una gran batalla en los terrenos ideológico, político y organizativo contra las tendencias burguesas, pequeñoburguesas y especialmente contra el revisionismo, con el objeto de aclarar el problema de la dirección del proletariado en la revolución y de la necesidad de la creación y el fortalecimiento de un partido proletario. En un artículo como este es imposible abarcar todos los aspectos de este asunto, pero hemos planteado cuestiones fundamentales que a nuestro parecer deben ser discutidas y defendidas por los marxista-leninistas auténticos; a saber: 1) El carácter actual de la revolución colombiana es de nueva democracia; 2) sólo el proletariado puede, como máxima vanguardia de la revolución, organizar y unificar al pueblo en la lucha contra el imperialismo y sus aliados colombianos; y 3) la tarea principal del momento es concentrar esfuerzos en la construcción y fortalecimiento del partido del proletariado de Colombia, capaz de convertirse en el estado mayor de la revolución colombiana.

Concepción marxista del problema agrario

Tribuna Roja No. 3, noviembre de 1971

Sistema terrateniente

Víctimas del doble yugo del imperialismo yanqui y de los terratenientes, los campesinos colombianos se debaten en la explotación, el atraso y la miseria.

Según estadísticas oficiales, un millón trescientas cincuenta mil familias campesinas poseen 6.300.000 hectáreas, mientras que 18.200 propietarios poseen 10.200.000 hectáreas, o sea que 94,5 por ciento de los propietarios tiene 28,6 por ciento de la tierra y 1,3 por ciento el 46,41¹. Desde el punto de vista de la tenencia de la tierra, estos son los dos polos fundamentales de la contradicción en el campo colombiano.

Sin embargo, y de acuerdo con las mismas estadísticas, la contradicción es mucho más aguda, ya que un millón de campesinos pobres posee solamente 1.300.000 hectáreas. En el otro extremo de la contradicción, hay 636 grandes terratenientes poseedores de 7 millones de hectáreas. En promedio, cada uno de estos grandes terratenientes posee más de 11.000 hectáreas, cuando cada familia campesina tiene menos de una hectárea y media para subsistir².

Esta abismal diferencia en la posesión de la tierra perpetúa en el campo colombiano un sistema atrasado de producción basado en el sojuzgamiento y la explotación de los campesinos por parte de la minoría terrateniente. Los terratenientes mantienen al campesino en una situación de dependencia económica. Lo explotan mediante las más variadas y complejas formas de servidumbre, como el pago en trabajo, en especie o en dinero. Este sistema, en esencia feudal, es causa del estancamiento de las fuerzas productivas, conserva las técnicas y procedimientos más rudimentarios de explotación de la tierra.

La tierra cultivable en Colombia son 35 millones de hectáreas, sumando las grandes extensiones de los terratenientes, los pequeños y medianos predios de los campesinos pobres y medios, las haciendas de los campesinos ricos, las

propiedades y concesiones de los grandes monopolios, las sabanas comunales, los resguardos de indígenas y las posesiones estatales. De este gran total, 30 millones de hectáreas están dedicadas a ganaderías extensivas y sólo tres millones se utilizan en cultivos agrícolas. Aproximadamente 21 millones de hectáreas de las tierras ganaderas son pastos naturales. En agricultura mecanizada hay únicamente 800 mil hectáreas en las que se aplican técnicas de cultivo relativamente modernas.

Traba imperialista

Pero el sistema de explotación terrateniente no es la única causa del atraso y la miseria de los campesinos. A ésta se agrega otra que es la principal: la dominación y la explotación neocolonial del imperialismo yanqui sobre la nación colombiana. El imperialismo obtiene jugosas ganancias mediante el saqueo de los recursos naturales y materias primas del país, la venta obligada de los productos de la industria norteamericana y las inversiones del capital tanto en la ciudad como en el campo.

Los gigantescos monopolios norteamericanos no sólo despojan a Colombia de sus minerales, maderas y petróleo, sino que destinan también inversiones a la explotación de la caza y la pesca. Estos monopolios gozan de concesiones que les dan posesión sobre inmensas extensiones de tierra, de las cuales desalojan violentamente a indígenas, colonos y pequeños agricultores. Las regiones que sufren la expoliación imperialista quedan a la postre completamente arrasadas.

A través de distintos institutos de mercadeo, crédito, educación e investigación, el imperialismo ejerce un riguroso control sobre la producción agropecuaria del país. Los programas de extensión e investigación adelantados por el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), por ejemplo, están destinados a promover la venta de semillas “mejoradas”, fertilizantes, insecticidas y todos los demás productos de los monopolios agroquímicos. Cosa semejante sucede con los programas del Instituto de Mercadeo Agropecuario (Idema) orientados principalmente a colocar excedentes agrícolas y pecuarios de los Estados Unidos en el mercadeo nacional. Por intermedio de la banca oficial y demás organismos financieros el imperialismo controla y distribuye el crédito. Con estos y otros instrumentos de dominación el imperialismo yanqui estanca o destruye determinados renglones de la producción agropecuaria nacional, según le convenga a sus insaciables intereses.

El pillaje imperialista cae como pesada carga sobre el pueblo. Sólo dos clases, infinitamente minoritarias, traidoras a Colombia y enemigas del progreso, sacan beneficio en su condición de aliadas irrestrictas de los dominadores extranjeros: la gran burguesía que, empotrada en los organismos claves del Estado,

participa como intermediaria en los negociados del imperialismo; y los grandes terratenientes, cuyo sistema de explotación sobre los campesinos se ve apuntalado por la dominación neocolonial.

Reforma agraria

Desde la aprobación de la Ley 135 de 1961, que creó el Incora, la reforma agraria en Colombia lleva 10 años de ser aplicada por los cuatro gobiernos del Frente Nacional. Ha quedado en esta década plenamente comprobada la naturaleza de la reforma agraria oficial. Una reforma hecha por el imperialismo yanqui para aumentar sus ganancias y consolidar su dominación, a la vez que estrangula la producción nacional y protege el sistema de explotación terrateniente.

Todos los programas del Incora dependen de los préstamos de los organismos financieros imperialistas efectuados en condiciones gravosas para la economía y la soberanía del país. En turbios negocios se ha comprado a los terratenientes tierras de la peor calidad a los mejores precios. Se obliga a los campesinos “beneficiados” con los créditos a comprar productos norteamericanos y ganado a los terratenientes, hipotecándolos de por vida. Con las obras de infraestructura se adecúan y valorizan las grandes fincas. Sólo se han entregado 100.000 títulos de propiedad a los campesinos, de los cuales 90.000 corresponden a tierras de colonos. Los 10.000 restantes son contratos de venta de pequeñas parcelas con plazos hasta de 20 años. Ninguno de estos “nuevos propietarios”, ni los campesinos que reciben crédito, ni los de las llamadas “empresas comunitarias” pueden disponer libremente de la tierra.

El Frente Nacional a través del Incora ha gastado alrededor de 7.000 millones de pesos en la reforma agraria. En realidad esta cifra es tres veces más grande, si se le suman los fondos del Idema, del ICA, del Inderena y del resto de organismos estatales o semi estatales, cuyos presupuestos también contribuyen a financiar la política oficial agraria. Las enormes erogaciones no han repercutido favorablemente en la producción agropecuaria. Por el contrario, ésta ha disminuido en relación con el aumento de la población. En los últimos años Colombia ha efectuado importaciones de casi todos los productos alimenticios, desde trigo, maíz, cebada, hasta huevos y leche. Buena parte de estos productos, procedentes principalmente de los Estados Unidos y que ocasionan al país una salida constante de divisas, son materias primas que el gobierno importa y luego vende, con pérdidas, a empresas norteamericanas de alimentos instaladas en Colombia. La llamada reforma agraria “integral” es un negocio integral del imperialismo yanqui, a costa del estancamiento de la producción nacional y de la miseria del pueblo.

Otra cuestión de capital importancia para el imperialismo y las clases dominantes colombianas en su política de reforma agraria ha sido la pretensión de dirigir al campesinado mediante la creación a nivel nacional de una “organización campesina” controlada y subvencionada por el Estado.

Los más distinguidos promotores de la reforma agraria oficial, quienes no hacen más que repetir al pie de la letra, como Carlos Lleras Restrepo, las orientaciones impartidas por el imperialismo yanqui, insisten en la necesidad de una “organización de campesinos” que someta mansamente las masas rurales a los abusos de los terratenientes y de las autoridades y que colabore en el campo al estricto cumplimiento de las leyes. Para crear una organización de esa naturaleza, el Estado montó todo un aparato burocrático de funcionarios especializados y ha venido reparando “líderes” en cursos de “capacitación campesina”.

Revolución agraria

1971 ha registrado muchas luchas de obreros y estudiantes. Sin embargo, se puede afirmar que éste es un año especialmente rico en combates campesinos.

Centenares de fincas han sido invadidas por miles de campesinos en todos los departamentos del país. Las invasiones son un rechazo categórico a la política agraria del imperialismo yanqui y sus lacayos, la prueba contundente de que esta política ha fracasado. Los campesinos, ejecutores principales de la revolución agraria, se levantan y comienzan a hacer valer su derecho de únicos y legítimos dueños de las tierras que trabajan.

Al fragor de estas primeras batallas y enarbolando la consigna de “la tierra para el que la trabaja”, los campesinos han empezado a crear sus propias organizaciones, independientes del tutelaje de las clases dominantes y conformadas por los campesinos pobres y medios.

Por experiencia propia las masas campesinas han ido descubriendo quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos. Saben que los agentes del Gobierno buscan dividirlos, amarrarlos de pies y manos y entregarlos indefensos a los explotadores. Han aprendido que para emanciparse de la explotación del imperialismo y de los terratenientes tienen que librar luchas supremamente duras y largas, luchas que adquirirán las formas más elevadas. Y con la ayuda de las organizaciones proletarias han venido comprendiendo que su más íntimo amigo es la clase obrera, que la alianza obrero-campesina y la dirección obrera es la salvación y única garantía del triunfo.

De toda la situación anteriormente descrita se desprende que la lucha de los campesinos colombianos está dirigida no sólo contra la clase terrateniente sino principalmente contra el imperialismo, y hace parte entrañable de la lucha del pueblo colombiano por la liberación nacional. La lucha campesina es la esencia

Concepción marxista del problema agrario

misma de la revolución colombiana en la presente etapa, una revolución antiimperialista y antifeudal de las amplias masas populares bajo la dirección de la clase obrera. Esta es la concepción proletaria, la concepción marxista-leninista del problema agrario, el único enfoque correcto de la realidad nacional y del desarrollo histórico de la sociedad colombiana.

Notas

1. Según distribución de los predios por grupos de tamaño, elaborado por el Incora con base en datos del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, febrero de 1963. CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola), FAO, OEA, BID, Cepal, IICA). Del libro *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola de Colombia*, publicado por Unión Panamericana, Secretaría de los Estados Americanos, Washington, D.C., 1966.

2. Idem

Vamos a la lucha electoral*

Tribuna Roja No. 4, enero de 1972

El Partido del Trabajo de Colombia tomó la determinación de ir a las próximas elecciones para concejos y asambleas. El Comité Ejecutivo Nacional del Movimiento Obrero Independiente y revolucionario (MOIR) acoge esta resolución, resaltando la importancia que tiene para los sectores más avanzados del proletariado colombiano participar en la campaña electoral que se avecina.

El anuncio que hace el MOIR de su participación en las próximas elecciones es una de esas decisiones que de vez en cuando conmocionan y ponen a prueba la capacidad, la audacia y la disciplina de las organizaciones políticas. El MOIR ha sido abstencionista casi por definición, como lo han sido las agrupaciones, fuerzas y personas que lo integran o gravitan a su alrededor. La resolución de ir a las elecciones marca un viraje radical en esta materia. Es para el MOIR la aplicación de un criterio distinto, de una concepción completamente nueva sobre el problema electoral. Por eso no será extraño que muchos se sorprendan. Habrá una gran discusión sobre este punto en las filas del MOIR y fuera de ellas, lo cual es saludable, ya que obligará a profundizar en el marxismo-leninismo, a estudiar la experiencia universal del proletariado y la propia experiencia nacional. Arreciarán los ataques del oportunismo contra el MOIR y contra el Partido del Trabajo de Colombia, lo cual tampoco es malo. El triunfo de la causa obrera no será posible sin la agudización de la lucha de clases en lo ideológico y en lo político.

Las discusiones y la lucha que se tendrán que dar por la participación del MOIR en las elecciones deben resolver acertadamente estos cuatro interrogantes:

1). ¿Desde el punto de vista del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung es o no una cuestión de principios para el Partido de la clase obrera participar en elecciones?

2). ¿Ir a las próximas elecciones representa o no para el MOIR el abandono de viejas posiciones infantiles de “izquierda”?

3). ¿Ir a las próximas elecciones significa para el MOIR renunciar o no a las diferencias de principios que lo han separado del revisionismo?

4). ¿Al participar en las próximas elecciones el MOIR se fortalecerá o no? Respondamos en su orden cada una de las anteriores preguntas.

1. Ir a las elecciones es una cuestión de principios

Desde la época de Marx, hace más de un siglo, hasta nuestros días, el marxismo-leninismo ha considerado no solo permisible sino obligatorio para la lucha de la clase obrera que su vanguardia consciente, que sus destacamentos más avanzados participen en las elecciones convocadas por los regímenes explotadores, cuando las instituciones parlamentarias burguesas tengan vigencia política y en ellas crea aunque sea una minoría considerable de la población. Es un deber de los comunistas utilizar las elecciones y la tribuna parlamentaria para esclarecer la conciencia de las masas, acabar con las ilusiones electorales y parlamentarias de los sectores atrasados y crear así condiciones para destruir las instituciones reaccionarias en las que se participa. Lenin dice: *“Demás está decir que cualquier vacilación respecto de si es conveniente, desde el punto de vista del marxismo, participar en las elecciones es totalmente inadmisibile: las opiniones, hostiles o indefinidas o simplemente indiferentes respecto de nuestra participación en las elecciones, pueden ser consideradas matices de opinión legítimos si no dentro de los marcos del marxismo y del partido obrero, sino fuera de ellos”*. Las consignas de la abstención y del boicot de las elecciones son legítimas para los marxistas-leninistas cuando por un gran desarrollo de la lucha revolucionaria de las masas se puedan destruir las instituciones parlamentarias burguesas y pasar a constituir organismos de representación y poder popular verdaderamente democráticos. Y en esto no debemos confundir nuestros deseos, nuestras concepciones ideológicas y políticas con la realidad objetiva. Una cosa es que queramos, que pensemos y que luchemos por destruir las instituciones parlamentarias de los explotadores y otra cosa muy distinta es que las condiciones hayan madurado hasta tal punto que esta tarea histórica se ponga al orden del día.

Lenin dice que los comunistas, *“Mientras no tengan fuerza para disolver el parlamento burgués y todas las otras instituciones reaccionarias, están obligados a actuar en el seno de dichas instituciones precisamente porque hay todavía en ellas sobre roso embrutecidos por el clero y por la vida en los rincones más perdidos del campo. De lo contrario corren el riesgo de convertirse en simples charlatanes”*. En la actualidad es evidente que no existen en Colombia, como no existió en la década pasada, un desarrollo de las fuerzas revolucionarias como para impedir las elecciones y sepultar las instituciones parlamentarias tradicionales. Por lo tanto, la consigna de la abstención no es acertada hoy. Tampoco lo fue en la década pasada cuando las distintas organizaciones que llegaron a conformar el Partido del Trabajo y el MOIR trataron de aplicarla y la defendieron equivocadamente como un punto de principios.

El Partido Comunista de China, en su *Proposición Acerca de la Línea General del Movimiento Comunista Internacional*, importante documento polémico en la lucha contra el revisionismo contemporáneo, afirma: “*A fin de dirigir al proletariado y a las demás masas trabajadoras en la revolución, los partidos marxista-leninistas deben dominar todas las formas de lucha y saber sustituir rápidamente una forma por otra, según cambien las condiciones de lucha. El destacamento de vanguardia del proletariado sólo será invencible en todas las circunstancias, si domina todas las formas de lucha, pacífica y armada, abierta y secreta, legal e ilegal, parlamentaria y de masas. Es erróneo negarse a utilizar la forma parlamentaria y otras formas legales de lucha cuando es posible y necesario utilizarlas*”.

La experiencia universal del proletariado en su lucha por la democracia y el socialismo deja la lección obligatoria para los partidos obreros, y en especial para los partidos obreros jóvenes, que sin el necesario aprendizaje y la correcta utilización de las distintas formas de lucha no es posible resolver el problema del Poder, que es en definitiva el problema fundamental de toda revolución. Saber en cada momento cuál es el tipo de lucha que conviene desarrollar para agudizar las contradicciones de clase, convertir en favorables las condiciones desfavorables, sin negarse al repliegue cuando haya que hacerlo y pasando con audacia y sin vacilaciones a la ofensiva aprovechando los cambios de la situación: he ahí asuntos elementales pero claves del marxismo-leninismo. La agrupación política revolucionaria que por prejuicios o trabas mentales se niegue a utilizar la forma de lucha que la realidad aconseje, será una unión de fanáticos, una secta de brujos, “honestos”, “buenos” y hasta “revolucionarios”, si se quiere, pero jamás puede ser considerada la vanguardia de la clase más avanzada, el embrión del partido proletario. Los aspirantes a marxista-leninistas que aún se encuentran en un período infantil de su desarrollo ideológico y político, y que no se sientan capaces o no quieran abandonar los prejuicios “izquierdistas”, las talanqueras ideológicas heredadas de las clases no proletarias, que no tengan el valor de adoptar el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung como guía para la acción, nunca llegarán a ser los dirigentes políticos lúcidos que la clase obrera necesita en la lucha por su emancipación.

2. Nuestro más duro golpe al infantilismo de “izquierda”

Desde la fundación del MOEC, en 1959, pasando por la creación del MOIR, hasta hoy, la historia de estas organizaciones revolucionarias es la historia de la lucha contra el infantilismo de “izquierda”. El blanco principal de ataque de estas organizaciones ha sido el imperialismo yanqui y sus lacayos colombianos, la gran burguesía y los grandes terratenientes, y su objetivo fundamental el hacer de Colombia una república independiente, democrá-

tica, popular y próspera en marcha al socialismo. Pero en Colombia echó primero raíces el oportunismo revisionista que el marxismo-leninismo. Para derrotar al imperialismo es necesario combatir y derrotar al revisionismo, que en Colombia ha estado personificado en la dirección del llamado Partido Comunista. Sin embargo, la lucha contra el revisionismo será inofensiva si a la vez no se derrotan las posiciones infantilizadas de “izquierda” y se arma al proletariado con su propia ideología: el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung. El MOIR es producto de esa lucha, en la cual se ha templado y capacitado para poder asestar demolidores golpes al oportunismo y al revisionismo.

Entre las batallas más importantes contra el infantilismo de “izquierda” y por el marxismo-leninismo están las siguientes: a) La lucha interna librada en el seno del MOEC, en 1965, por convertir esta organización en un auténtico partido proletario. Esta lucha tuvo como enemigo principal al oportunismo de “izquierda” que negaba la dirección de la clase obrera y la necesidad del partido; b) la lucha por vincular el marxismo-leninismo a la clase obrera y atender los problemas gremiales y políticos de las organizaciones de masas del proletariado. Esta lucha tuvo también como enemigo recalcitrante al oportunismo de “izquierda” que despreciaba a la clase obrera, se burlaba y calumniaba a quienes habían iniciado el camino de ir hacia el proletariado y de atender con paciencia sus problemas diarios. De su triunfo dependió la creación del MOIR y la construcción del Partido del Trabajo que terminó vinculándose a las masas no sólo obreras, sino campesinas, estudiantiles y de intelectuales, y capacitándose no únicamente en círculos de estudio, sino fundamentalmente en el fragor de la lucha de clases; c) la lucha por la organización nacional del estudiantado y por la defensa de sus derechos democráticos, llevada a cabo precisamente en la base social más abonada para las desviaciones infantiles de “izquierda”. Fue la lucha contra aquellos que hablaban de poner en combate sólo a grupos aislados del estudiantado, y negaban la necesidad de la movilización de las masas estudiantiles todas a través de sus organizaciones propias y por sus propias reivindicaciones. La participación de las masas estudiantiles en la lucha por la reforma revolucionaria de la universidad logró en 1971 el movimiento estudiantil más consciente, aguerrido y prolongado de la historia nacional. El MOIR recibió grandes experiencias de esta lucha y pudo desentrañar gracias a ella el verdadero alcance de las enseñanzas del camarada Mao Tsetung sobre la revolución cultural de nueva democracia. Desde entonces el MOIR ha comprendido que el trabajo en el terreno ideológico, en el arte, en la literatura y demás campos de la cultura son pasos preparatorios de cualquier revolución. Muchas victorias ha alcanzado el MOIR en este campo.

Los anteriores son tres ejemplos de la vida real y de la práctica revolucionaria de una nueva fuerza que ya comienza a hacer sentir su peso en el panorama político colombiano. Cada una de estas luchas enumeradas y en general el período que va de 1965 hasta hoy ha derrumbado todos los mitos, los prejuicios, los falsos ídolos adorados por el oportunismo de “izquierda”. Ha sido una lucha ideológica y política supremamente aguda en defensa del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung.

Todas estas luchas se han librado con la guía acertada del camarada Francisco Mosquera, bajo cuya dirección y orientación nos alistamos ahora para dar tal vez la más difícil, la más dura y la más audaz de las batallas contra el infantilismo de “izquierda” dentro y fuera del MOIR, llamada a cerrar todo un capítulo de nuestra historia como organización independiente y revolucionaria: la batalla por la campaña electoral.

Es una batalla difícil por el desarrollo de nuestras fuerzas, como lo fue el Paro Nacional Patriótico en 1970. Son los riesgos ineludibles que deben afrontar las corrientes y partidos verdaderamente revolucionarios que, a pesar de su juventud y relativa debilidad, no se marginan de los acontecimientos políticos nacionales y cumplen el deber de trazar orientación a las masas populares. Lo importante de esta batalla es que nos permite una gran educación ideológica y política, la divulgación de nuestros programas y tesis a más amplios sectores de masas y el crecimiento de la influencia y de la fuerza del MOIR no únicamente entre los obreros, sino en el resto del pueblo.

3. La participación en las elecciones no borra las divergencias con el revisionismo

Hay gentes que en nombre del marxismo-leninismo pregonan que la divergencia entre los verdaderos y falsos comunistas está en no ir a las elecciones y señalan la posición abstencionista como la línea divisoria con el revisionismo. Esto es absurdo y ridículo. El MOIR también creyó que la abstención era una de las divergencias con los revisionistas colombianos; grave equivocación que hoy rectifica autocriticamente con la decisión de tomar parte en la lucha electoral.

Muchas, hondas e irreconciliables divergencias de principios separan al marxismo-leninismo del revisionismo, sobre todas y cada una de las cuestiones ideológicas y políticas. El revisionismo es la tergiversación del marxismo-leninismo para convertirlo, de arma invencible del proletariado que es, en un instrumento al servicio de la burguesía contra el proletariado y el pueblo. Prueba concluyente de esto en Colombia son las vacilaciones, componendas, traiciones y funestos resultados de la acción y la dirección del Partido Comunista en más de cuarenta años de existencia.

En cuanto al problema de la lucha electoral la diferencia de principios con el revisionismo, consiste no en si es permisible para el proletariado ir a elecciones, sino si se adopta o no la vía electoral para la toma del Poder. Esta es la divergencia con Allende que, llamándose marxista, proclama la vía electoral para la instauración de la dictadura del proletariado y la iniciación de la construcción del socialismo, como dice haberlo hecho en Chile.

Esto es engañar al proletariado y al pueblo, desarmarlos, entregarlos mansamente en manos de sus enemigos, que no permitirán por las buenas la implantación de la dictadura de las clases revolucionarias dirigidas por el proletariado. Los comunistas vamos a las elecciones no a crear ilusiones electorales a las masas, vamos a lo contrario: a destruir estas ilusiones, a lograr que las masas por su propia experiencia comprendan que ese no es el camino que conduce a la liberación. Los camaradas chinos dicen: *“Si un partido marxista-leninista incurre en el cretinismo parlamentario o legalismo, limitando su lucha al marco del permitido por la burguesía desembocará inevitablemente en la renuncia a la revolución proletaria y a la dictadura del proletariado”*. Con esta orientación y en abierta lucha contra el cretinismo parlamentario, el MOIR irá a las elecciones.

Lenin dice: *“Los comunistas vamos al parlamento burgués para denunciar las falsedades desde esta tribuna de una institución capitalista que puede llegar hasta la médula, que sirve para engañar a los obreros y a los trabajadores en general”*. Y agrega: *“Mientras no tengamos fuerza para disolver el parlamento burgués, debemos actuar contra él desde afuera y desde adentro”*. Sólo los comunistas de palabra temen que se borren las diferencias de principios con el revisionismo por el simple hecho de ir a las elecciones. Con este temor están indicando que no entienden nada de marxismo y que desconocen las verdaderas divergencias de principios con el revisionismo. En definitiva, lo que hacen es confesar su incapacidad para entender y resolver los complejos problemas de la lucha de clases del proletariado.

Durante la campaña electoral el MOIR continuará sin desmayo su lucha contra el oportunismo y el revisionismo.

4. El MOIR se fortalece en esta batalla

El año pasado se dieron grandes movilizaciones de obreros, campesinos, estudiantes y otros sectores populares. Se puede prever que estas luchas ganarán en profundidad y extensión. Crece a diario el odio contra el imperialismo yanqui, principal enemigo de Colombia. Las clases y organizaciones revolucionarias se reagrupan y disponen para nuevos combates. Por otra parte, el gobierno hace esfuerzos desesperados por acreditar la injusta política de explotación y sojuzgamiento imperialista. Las clases y partidos reaccionarios se dispersan y dividen en un mar de contradicciones insuperables.

En este marco se inicia la campaña electoral. Con la presencia del MOIR en las próximas elecciones, el proletariado, por primera vez, expondrá frente a las otras clases sus soluciones políticas durante un debate electoral. Los partidos liberal y conservador, aún cuando divididos, debilitados y aislados, van a ofrecer sus baratijas imperialistas. Van a defender sus proyectos de mayor recorte de los derechos democráticos de la clase obrera; van a hacerles propaganda a los llamados planes de desarrollo que dan más garantías a los monopolios yanquis para sus inversiones y saqueo de nuestro país, como el Pacto Andino, los Fondos Regionales de Desarrollo, las reformas fiscales; van a tratar de embaucar al campesinado con la reforma agraria imperialista pro-terrateniente; van a presentar la contrarreforma universitaria como un cambio “democrático” y “nacionalista”. Todo esto en un intento inútil por unificar las filas de la reacción y por salvar la desahuciada alianza burgués-terrateniente pro-imperialista.

Otras corrientes políticas de la llamada oposición, como la Anapo, apuntalarán algunos de los programas imperialistas, contra los cuales han manifestado apenas diferencias secundarias. El Pacto Andino, la reforma agraria oficial, la contrarreforma universitaria, han gozado del visto bueno de la Anapo. Otro tanto hará el revisionismo, a su manera, que ya dio el apoyo al Pacto Andino, por ejemplo.

El MOIR difundirá y explicará entre las masas sus programas y políticas durante el debate electoral, precisando las diferencias antagónicas con los partidos reaccionarios y con el oportunismo. Armará a las masas con las soluciones revolucionarias sobre los problemas fundamentales de la liberación nacional; la revolución agraria; la cultura nacional, científica y de masas; los derechos democráticos del proletariado y del pueblo en general y todas las demás reivindicaciones sentidas y exigidas por las masas.

En el debate electoral el MOIR educará a las masas con sus consignas estratégicas de la creación de un partido revolucionario, de un frente único antiimperialista y de la necesidad de los instrumentos de poder real que le permitan al pueblo librar la lucha más elevada por la liberación nacional. En esta campaña el MOIR ganará amigos, efectuará alianzas con clases, fuerzas y agrupaciones políticas que hacen parte del gigantesco frente anti-imperialista. Lo más importante será que los sectores avanzados del proletariado podrán llegar masivamente a las zonas rurales para explicarle al campesinado que la clase obrera es su más íntimo aliado y que con su apoyo y dirección coronará con éxito la revolución agraria. Lograremos lo anterior si concentramos los esfuerzos en la campaña electoral y aplicamos una política unitaria, de acercamiento y persuasión con organizaciones y personas progresistas y revolucionarias.

Vamos a la lucha electoral

* Con el anterior artículo la dirección central del MOIR sustentó su resolución de participar por primera vez en la lucha electoral, modificando radicalmente las viejas concepciones infantiles de la abstención que campeaban en los grupos de origen pequeño burgués, aparecidos a finales de los años cincuentas y comienzos de los sesentas. Este fue un paso más dado por la corriente proletaria en su comprensión de los principios tácticos que guían la acción revolucionaria de la clase obrera y un golpe contundente al oportunismo de “izquierda”, cuyos principales exponentes en Colombia se autocalifican partidarios del marxismo-leninismo pero en su comportamiento no cesan en negarlo y combatirlo. De tal forma, el MOIR se puso, tanto teórica como prácticamente, en condiciones de aplicar una línea táctica que le permitiera, según las peculiaridades de la situación colombiana, progresar en sus tareas de construcción del partido obrero, de la vinculación a las más amplias masas populares y de desbrozar la política del frente unido de todas las clases y capas revolucionarias por la liberación nacional. Igualmente quedó expuesto que las fuerzas marxista-leninistas solo podrán triunfar efectivamente sobre el oportunismo revisionista si defienden una táctica correcta, conforme a las orientaciones programáticas de la revolución nacional y democrática y en consonancia con las mutaciones de la lucha política del país.

Plataforma de lucha electoral del Frente Popular-MOIR*

Tribuna Roja No. 5, febrero de 1972

El Frente Popular-MOIR aprobó como plataforma de lucha electoral los siguientes postulados básicos:

Aprovechar la campaña electoral para denunciar amplia y profusamente la entrega oprobiosa que hacen el sistema oligárquico y el actual gobierno de Misael Pastrana Borrero al imperialismo yanqui de la soberanía nacional y de los sagrados intereses del pueblo colombiano.

Denunciar los atropellos, abusos y crímenes que contra las masas populares comete a diario la minoría explotadora dominante.

Orientar la campaña electoral hacia la unidad de las fuerzas, agrupaciones políticas y personas democráticas y revolucionarias que combaten consecuentemente contra la dominación imperialista y en defensa de los derechos de las inmensas mayorías nacionales.

Desenmascarar y propiciar el aislamiento de las contracorrientes reaccionarias, fascistas y anticomunistas.

Luchar por la confiscación y nacionalización de todos los bienes de los imperialistas yanquis y de todo monopolio que domine la vida material del pueblo.

Apoyar las luchas de las masas por las nacionalizaciones de la banca, las minas, el petróleo y el resto de los recursos naturales fundamentales.

Luchar por los derechos de organización y huelga de la clase obrera. Apoyar las luchas de los trabajadores en general por mejores condiciones de vida y de trabajo.

Luchar por la confiscación de la tierra de los terratenientes y por su reparto entre los campesinos que la trabajan. Apoyar las invasiones y todas las demás luchas de los campesinos por la destrucción del régimen de explotación terrateniente.

Plataforma de lucha electoral

Luchar por una cultura nacional y científica al servicio de las grandes masas populares.

Apoyar las luchas de los estudiantes, maestros y profesores en favor de una enseñanza gratuita y obligatoria para todos los colombianos y, en general, de una reforma revolucionaria de la educación. Apoyar la lucha por la creación, defensa y difusión de un arte revolucionario.

Luchar por el desarrollo de una industria auténticamente nacional. Apoyar las luchas de los pequeños industriales, empresarios y comerciantes contra el imperialismo, la gran burguesía y los grandes terratenientes. Apoyar las luchas de las masas populares por la vivienda y la salud, y contra la usura, la especulación y el alto costo de la vida.

Luchar por las libertades de expresión, de reunión, de movilización del pueblo colombiano, y por la igualdad de derechos para las minorías indígenas nacionales. Apoyar todas las luchas democráticas de las masas y las luchas de las minorías indígenas en defensa de sus tierras, intereses y derechos. Luchar por la igualdad de derechos y de trabajo para la mujer colombiana.

Apoyar las luchas del proletariado internacional y de los pueblos del mundo contra el imperialismo y por la revolución y el socialismo.

El Frente Popular-MOIR luchará por los objetivos fundamentales de la revolución de nueva democracia: por la liberación nacional del yugo del imperialismo yanqui y de sus aliados antinacionales, la gran burguesía y los grandes terratenientes; y por hacer de Colombia una república independiente, democrática, popular y próspera en marcha al socialismo.

El Frente Popular-MOIR luchará por la creación de un amplio frente único integrado por los obreros, los campesinos, los estudiantes y demás clases y sectores que sufren la explotación y dominación imperialista. Sólo un frente único del pueblo colombiano podrá culminar las tareas de la revolución.

El Frente Popular-MOIR luchará incansablemente por desarrollar las condiciones que le permitan al pueblo colombiano rechazar la opresión oficial, pasar a la ofensiva y conquistar las reivindicaciones estratégicas de esta plataforma.

¡Viva el Frente Popular Colombiano!

¡Viva el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario!

¡Por una República independiente, democrática, popular y próspera en marcha al socialismo, Adelante!

Bogotá, enero de 1972

Francisco Mosquera Sánchez

* Esta plataforma fue el programa conjunto que agitó durante las elecciones de 1972 la alianza del MOIR y el Frente Popular, este último dirigido por Alberto Zalamea. La Plataforma de Lucha Electoral recogía los postulados programáticos del MOIR para la presente etapa de la revolución colombiana: la liberación nacional del yugo imperialista y el resto de transformaciones democráticas reclamadas por las clases y estamentos revolucionarios. Siguiendo en esto una conducta de principios, el MOIR se apoyó en su programa estratégico para orientar su participación en la lucha electoral y a la vez se fundamentó en él con el objeto de adelantar las alianzas revolucionarias con otras agrupaciones políticas. En las elecciones de ese año el MOIR y sus aliados pregonaron profusamente la consigna central de la creación del frente único del pueblo como prerequisite indispensable para el triunfo de la revolución colombiana. Ya desde entonces se relacionaba directamente la coronación de dicho objetivo del frente único con una consecuente interpretación y aplicación del programa de nueva democracia del MOIR.

La hora es de Unidad y Combate*

Tribuna Roja No. 8, diciembre de 1972

Cuando el año finaliza, es momento propicio para hacer un balance de los acontecimientos de 1972 que mayormente influyeron en la política nacional y señalar las perspectivas revolucionarias que se vislumbran con el año venidero. Ha sido este un período de especial agitación política. Las clases dominantes empezaron con tiempo los preparativos de su continuidad en el poder por cuatro años más a partir de 1974. La estrategia reaccionaria es clara: la prolongación indefinida de la Gran Coalición del Frente Nacional. Lo que ahora discuten y preparan los altos jefes liberales y conservadores es la forma que adoptará en el futuro el Frente Nacional, la persona que los representará en el próximo cuatrienio, la manera de realizar las convenciones, sortear las dificultades, pactar los acuerdos y derrotar o neutralizar los descontentos de los dos partidos tradicionales. Dentro de la izquierda también hay excitación. La preocupación principal consiste en cómo hacerle frente a la estratagema de la reacción y cómo resolver el asunto de la unidad de las filas revolucionarias. La consigna es obstaculizar los planes del imperialismo yanqui y de sus lacayos colombianos y movilizar coordinadamente los efectivos populares. Enérgico rechazo ha sufrido la política oficial por parte de vastos sectores de masas.

Los obreros le han declarado la guerra a las camarillas patronales de la UTC y CTC y proponen un movimiento sindical independiente y revolucionario. Los campesinos desenmascaran las maniobras del gobierno tendientes a crear una asociación campesina de bolsillo y se salen del tutelaje estatal para proyectar su propia organización. Los estudiantes no ceden un milímetro en sus justas luchas democráticas y patrióticas y se plantean la necesidad de una federación nacional de universitarios. Desde el punto de vista de la revolución la cuestión se resume en estimular las luchas de las masas populares, entrelazarlas para que se apoyen mutuamente y desemboquen en un gran movimiento nacional.

Frente a frente están las dos estrategias. Las clases dominantes buscan prolongar el régimen del Frente Nacional y así redoblar la explotación del pueblo y entregar aún más el País al imperialismo yanqui. Las clases populares buscan coordinar sus luchas y unificar sus fuerzas para desembarazarse de los opresores extranjeros y colombianos y conquistar sus derechos fundamentales. ¿De quién será la victoria? A la larga la victoria será inevitablemente del pueblo, pero el que ésta se alcance más temprano que tarde depende de la dirección revolucionaria, del acierto en la solución de los problemas que vayan apareciendo en el proceso revolucionario.

Un paso audaz hacia adelante

Las elecciones de abril fueron un acontecimiento de relativa importancia. Aunque no se alteró en su conjunto la correlación de fuerzas, las elecciones produjeron algunos cambios que es necesario tener en cuenta. Lo primero por resaltar y evaluar es nuestra participación en la campaña electoral. Por primera vez las fuerzas que conforman el MOIR hicieron uso de este tipo de lucha, modificando para ello la posición abstencionista sostenida con no poco ardor en ocasiones pasadas. Este viraje en la táctica del MOIR, como fue explicado en la Resolución del Comité Ejecutivo Central de nuestro Partido, es el resultado de la asimilación de la experiencia vivida que nos ha enseñado cómo sí es conveniente y permisible para el proletariado la utilización revolucionaria de las elecciones. Fue también ante todo la demostración práctica nuestra de una mayor comprensión del marxismo-leninismo.

Sin embargo, a nadie escapaba que una corrección tan brusca, producida a menos de tres meses del 16 de abril, plazo angustioso para preparar una campaña electoral y en especial para una fuerza política perseguida, inexperta en esas lides y que no contaba con una organización extendida por todo el país ni con recursos suficientes, podría acarrear nos contradicciones graves, incluso divisiones internas o hasta deserciones. El temple de un partido se mide en la audacia y en la capacidad de amoldar su táctica a las situaciones fluctuantes. Se puso a prueba lo que hemos aprendido y avanzado en pocos pero difíciles años de construcción revolucionaria, de trabajo paciente de partido de nuestra militancia.

En las múltiples declaraciones emitidas por el gobierno de Misael Pastrana sobre las elecciones abundan las alabanzas para la democracia, las formulaciones de absoluta neutralidad y de garantías para todos los partidos en pugna. El pueblo sabe qué poco valen las palabras de los gobernantes de Colombia. Las elecciones se desarrollaron en estado de sitio y bajo el régimen de los consejos verbales de guerra para juzgar a los luchadores populares.

Los partidos tradicionales y en especial las corrientes gobiernistas gozaron de todos los privilegios, del favor de gobernadores y alcaldes y de la protección de los aparatos represivos. Las corrientes opuestas al Frente Nacional adelantaron la campaña en medio de la persecución policial. Sus manifestaciones eran entorpecidas o prohibidas, sus activistas encarcelados, su propaganda incautada, se les provocaba. En más de una región se recurrió al asesinato para impedir la expresión popular. El MOIR afrontó toda esa represión.

Al observar las condiciones de desigualdad con que las fuerzas revolucionarias se enfrentan en las campañas electorales que organizan los explotadores, hay personas que preguntan por qué el MOIR fue a las elecciones y se sometió a unas reglas de juego a todas luces desventajosas y sucias. Cuando los marxistas han participado en las elecciones manipuladas por los explotadores no es porque crean en las bondades de la democracia burguesa, ni aún en los casos más excepcionales. Jamás habrá igualdad democrática para los obreros y campesinos en un país neocolonial y semifeudal como el nuestro, ni siquiera en la república capitalista más “avanzada” y “democrática”. La democracia de los explotadores es la dictadura sobre las masas trabajadoras. El pueblo no podrá derrocar a sus opresores con los medios que estos le permiten. El MOIR aprovechó las elecciones para extender su influencia entre las masas, explicar su programa revolucionario, combatir a los enemigos del pueblo y a su farsa democrática, hacer llegar su voz si era posible a las corporaciones públicas, a pesar de las mentidas garantías y por encima de ellas.

Fuera de la represión oficial y de los sistemáticos y naturales ataques de los partidos tradicionales, el MOIR encaró la rabiosa hostilidad de la Anapo y del Partido Comunista que vieron en nuestra participación electoral una grave amenaza para sus planes. Uno de los argumentos de la dirección del Partido Comunista para combatirnos era el de que el “único resultado” de nuestra campaña electoral “será el de restar votos a la oposición”. En su propaganda tanto la Anapo como el PC pregonaban sin el menor escrúpulo y con el mayor cinismo que la decisión del MOIR de ir a las elecciones hacía parte de una macabra maniobra “divisionista” de la oligarquía, que se trataba de un grupo “oportunista”, “electorero”, “anticomunista”, que *“nolucha contra la oligarquía yel imperialismo sino contra los verdaderos revolucionarios”*¹ y otras calumnias por el estilo. Lo curioso es que el Partido Comunista decía todas estas cosas, sin importarle el antecedente de que en el pasado criticaba con parecido entusiasmo nuestro abstencionismo y nos retaba a que fuéramos a las elecciones, y olvidando que había proclamado, en tono histórico, que vería con buenos ojos la aparición de nuevos partidos políticos distintos al Liberal y Conservador. Indudablemente que cuando el Partido Comunista habla de “nuevos partidos” se

refiere a la Anapo y a la Democracia Cristiana. Los esfuerzos mancomunados del Partido Comunista y la Anapo no pudieron sabotear la campaña electoral del MOIR, siendo que nuestras fuerzas eran mucho más débiles y contábamos con menos recursos.

El problema de la aceptación y profundización de la línea trazada se resolvió mediante el estudio, la discusión y la lucha ideológica intensamente llevados a cabo a todo nivel. Los cuadros y militantes iban fundamentando su posición en la marcha, a medida que adelantaban la campaña electoral. Al esclarecimiento contribuyó decisivamente la experiencia sistematizada de las luchas libradas por el MOIR en el seno de las masas obreras, campesinas y estudiantiles.

En esta forma la unidad ideológica salió fortalecida. Importantísimo, porque un destacamento político que da muestra tan impresionante de disciplina como la del MOIR en la batalla electoral, es capaz de proponerse empresas más difíciles y salir victorioso. No se produjo una sola desertión que merezca mencionarse. Los resultados son de crecimiento y extensión de nuestra organización en todo el país y más estrecha vinculación a las masas. Aprendimos, corregimos fallas y perfeccionamos el estilo de nuestro trabajo. Las tendencias dogmáticas y sectarias propias del infantilismo político fueron duramente golpeadas: modificamos e hicimos más entendibles para las masas nuestro lenguaje y nuestros escritos, nos acercamos y colaboramos con grupos y personas susceptibles de ser influenciados pero que despreciábamos o no queríamos tratar. Vale destacar la actividad incansable de la Juventud Patriótica y de los Trabajadores del Arte Revolucionario, baluartes del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario.

Agitamos profusamente nuestro programa nacional y democrático, sin vacilación. No hicimos concesiones para sortear situaciones difíciles o ganar momentáneamente adictos. No ocultamos nuestras intenciones, a riesgo de complicar las cosas. Fuimos a las elecciones a la manera bolchevique, a la manera comunista. Esta actitud nos diferenció antagónicamente de los partidos tradicionales y oportunistas y fue el mejor mentís para nuestros detractores. El MOIR acordó alianzas y listas conjuntas con varios grupos y movimientos políticos regionales y con el Frente Popular Colombiano, dirigido por Alberto Zalamea. Con esta política de alianzas adelantadas sobre la base de apoyar las luchas populares y respaldar las tesis programáticas del MOIR, superamos en parte la debilidad relativa de nuestras fuerzas. Logramos inscribir listas en 16 departamentos y obtuvimos aproximadamente 19.000 votos. Esta cifra no es precisa, debido al fraude, pero refleja sin duda el estado real de nuestro desarrollo, propio de un movimiento joven y en ascenso.

Lo que va del 19 al 16 de abril

El MOIR no participó en las elecciones de 1970 a causa de la posición abstencionista autocriticada y corregida en 1972. Por lo consiguiente no tenemos guarismos que comparar, solo el salto de la “abstención beligerante” a la utilización revolucionaria de las elecciones. El resto de partidos de envergadura nacional se enfrentaron tanto en la contienda electoral de 1970 como en la de 1972.

El avance o retroceso de los partidos políticos no pueden ser medidos exclusivamente por unas elecciones, y mucho menos por esta clase de elecciones amañadas y prefabricadas. Sin embargo, los marxistas tomamos las luchas electorales y sus resultados como indicadores importantes de los altibajos de las diferentes fuerzas.

Comparando las dos últimas votaciones aparece de bulto el debilitamiento de la Anapo. En 1970 el general Rojas como candidato a la Presidencia pasó del millón seiscientos mil votos. Dos años después los electores anapistas no llegaron a seiscientos mil. Haciendo la salvedad de que las elecciones presidenciales son más caudalosas que las llamadas de “mitaca”, en 1972 el efectivo electoral anapista se redujo a la tercera parte. Disminución bastante considerable.

Existe el convencimiento generalizado de que el 19 de abril de 1970 Rojas le ganó las elecciones al candidato del Frente Nacional. El gobierno alteró el resultado y proclamó vencedor a Misael Pastrana. El pueblo se volcó a las calles de las grandes ciudades exigiendo se hiciera respetar con un paro general el resultado de las urnas. Fue este el punto culminante de mayor auge de la Anapo y también el comienzo y origen de su descenso posterior. Rojas, puesto preso en su residencia, condenó y desautorizó las manifestaciones de protesta de las masas y declaró que esperaba confiado en la imparcialidad del presidente Lleras Restrepo, quien, para imponer a Pastrana, había recurrido al estado de sitio, decretado el toque de queda en todo el territorio nacional y ordenado la captura de los dirigentes revolucionarios y de la oposición.

En un reportaje concedido a *El Periódico* el pasado 10 de julio, el General comentó descaradamente: *“Escuro soy y triste volver los ojos a ese 19 de abril en que el pueblo sellenó dejúbil porque había ganado el poder, porque iba ser redimido. Lo hizo en forma alegre, pero no quiso defender el triunfo. Mucha gente dice que por qué yo no defendí el triunfo. ¿Cómo puede una sola persona irse contratada a las fuerzas del gobierno y lo que llaman las fuerzas vivas de la nación para defender el triunfo?”*

Como nunca, ese 19 de abril la Anapo y su jefe supremo se dejaron ver el cobre. El día del gran “triunfo” cayeron hechas pedazos muchas ilusiones. La única escuela de los pueblos es su propia experiencia.

Cuando las masas, desencantadas de las promesas del Frente Nacional y oprimidas por la feroz dictadura del bipartidismo constitucionalizado, comenzaron a seguir a Rojas, veían en el viejo ex dictador al exiliado que regresaba a su patria dispuesto a desafiar la ira de la oligarquía que lo cogió de chivo expiatorio de todos los males de la República. No importaba que el acusado hubiera sido el más incondicional servidor de esa oligarquía; lo que interesaba era que Rojas, desde el presidio, en el juicio del Congreso donde nada le probaron porque sus jueces eran cómplices de los mismos crímenes, con su solitaria y estoica resistencia se le enfrentaba de verdad al Frente Nacional. Sin otra perspectiva más clara, o más visible, fueron engrosando el rojismo elementos de las capas más empobrecidas de la población, de la pequeña burguesía e inclusive de los sectores descontentos de la burguesía y de los terratenientes. Así, de la noche a la mañana, como por arte de magia, apareció ese movimiento agigantado que aterrorizó el 19 de abril a las clases dominantes. Pero no fue más que un susto electoral. A Rojas lo único que se le ocurrió fue reprender al pueblo e implorar la “pureza del sufragio”.

De la experiencia de la Anapo deben quedar bien aprendidas dos lecciones históricas. Las clases dominantes colombianas no entregarán legalmente el Poder al pueblo. Si echando mano de la violencia, le negaron el acceso al Poder a la Anapo que es un partido de oposición, es decir, electoral, dentro del sistema, alejado de la revolución, con muchísimas razones más y más violentamente se lo negarán a un partido que tenga inscrita en sus banderas de lucha la transformación revolucionaria de la sociedad. La segunda lección es la de que sólo un partido auténticamente revolucionario, leal al pueblo y a la nación, dispuesto a combatir en todos los terrenos y no únicamente en las elecciones, puede conducir las masas al Poder.

Pero el descenso de la Anapo no se debe solo a las vacilaciones y componendas del 19 de abril. La reacción sostiene que la Anapo perdió las elecciones en 1972 porque abandonó las toldas de las dos “colectividades históricas” y se convirtió en un “tercer partido”. En Colombia, agregan, no florecen las agrupaciones políticas distintas al liberalismo y al conservatismo. *“Los terceros partidos dice Ospina Pérez no han tenido éxito en Colombia, nisi quier abajo el impulso de hombre tan extraordinariamente dotados y detan profunday brillante formación política como Núñez, Carlos E. Restrepo, Gaitán o Alzate”*². Pero la cosa es completamente al contrario. La Anapo ha retrocedido precisamente porque en el fondo no ha dejado de ser un partido tradicional. Su programa no difiere mucho del programa de los viejos partidos.

En los dos problemas claves de la Colombia de hoy, la dominación neocolonialista yanqui y el semifeudalismo, la Anapo toma como suyas, y como si

fueran grandes reivindicaciones, los viejos postulados reformistas de la gran coalición burgués-terrateniente proimperialista. Además, en la dirección anapista tienen influencia determinante elementos burgueses y terratenientes que han terminado imprimiéndole su carácter regresivo.

El hecho de que siga siendo un partido tradicional, a pesar de que formalmente proclame lo contrario, explica el por qué del apoyo de la Anapo a ciertas iniciativas del gobierno y sus contradicciones cada día más crecientes con las masas trabajadoras de la ciudad y el campo.

Las dos únicas posibilidades serias de hacer política, son, o al lado de los opresores o al lado de los oprimidos; o se sirve al imperialismo yanqui y sus lacayos que sojuzgan y explotan a Colombia o se sirve a las masas trabajadoras y a la nación colombiana. El porvenir será de la clase obrera y de su partido, única fuerza capaz de encabezar la lucha revolucionaria y liberadora del pueblo colombiano. Los intentos por crear nuevos partidos en Colombia distintos al Liberal y Conservador han fallado porque no tienen en cuenta esta ley fundamental de la revolución. El “tercer partido” en Colombia no puede ser otro que el partido de la clase obrera. Sólo el partido proletario podrá convertirse en el vocero auténtico de los oprimidos y humillados de Colombia. Ese partido y no otro podrá apoyar e interpretar los intereses de las masas campesinas, organizar al pueblo y liberar al país. En las condiciones actuales de Colombia es esta la principal tarea de los marxista-leninistas: construir un partido obrero, auténticamente revolucionario, auténticamente comunista.

Tanto los dos partidos tradicionales como el Partido Comunista mantuvieron en 1972 la votación alcanzada en 1970. Sin embargo hay que volver a hacer la misma observación que ya hicimos. En las elecciones de “mitaca” la abstención es mayor. El tremendo retroceso de la Anapo es lo que permite a los partidos tradicionales reclamar la victoria de las elecciones del 16 de abril. Realmente para las clases dominantes ha quedado despejado el camino de la continuación del Frente Nacional dentro de los marcos de la Constitución, o por lo menos más despejado de lo que estaba el 19 de abril de 1970.

Sin embargo hay que resaltar que no todos los votos sumados al Frente Nacional en las últimas elecciones fueron pedidos en su nombre. Como Frente Nacional se conoce la política de “responsabilidad compartida” de los dos partidos tradicionales que desde 1957 obliga a liberales y conservadores a respaldar un mismo programa, repartirse paritariamente los cargos públicos y alternarse la Presidencia de la República. Esta obligación no es de cualquier tipo, sino que lo manda la Constitución Nacional. El Frente Nacional no es más que la expresión política, jurídica si se quiere, de la alianza burgués-terrateniente proimperialista que tantos males le ha traído al pueblo colombiano. En las

pasadas elecciones el llero-lopismo agitó puntos de vista que evidentemente se separan de la posición oficial.

No se trata de indagar si el señor Lleras Restrepo y el señor López Michelsen defienden o no los intereses del imperialismo y de las clases dominantes. Nadie puede dudar del servilismo y el antipatriotismo de estos dos funestos personajes. Se trata de analizar con qué planteamientos solicitaron el respaldo del pueblo el 16 de abril, de señalar un hecho concreto, de denunciar el truco a que recurrió el llero-lopismo para obtener más de 50% de los votos liberales.

El truco del llero-lopismo consistió en hacer creer que había diferencias con el gobierno, que Pastrana, en un viraje hacia la derecha, estaba desmontando la obra “bienhechora” de su antecesor. El terreno venía siendo preparado desde antes. Días después de haber salido del Palacio de San Carlos, Lleras Restrepo declaró a unos periodistas que no era “gobiernista ni anti-gobiernista”. Y el expresidente de la Dirección Liberal, Augusto Espinosa, carlosllerista de tiempo completo, manifestó en el Senado que el Partido Liberal necesitaba de una “división creadora”. La “división creadora” consistía en que a una parte del Partido Liberal le tocaba respaldar a Pastrana, velar por los acuerdos con el Partido Conservador, defender los programas oficiales. Este papel correspondió al señor Turbay. La otra parte jugaba a la oposición, al sectarismo, a la “democracia”. Este papel, mucho más grato, desde luego, correspondió al llerolopismo. Al turbayismo le costaría más trabajo entusiasmar al electorado liberal, como en realidad fue.

Entre el gobierno, el Partido Conservador y el turbayismo, respaldados por los ex presidentes Ospina y Lleras Camargo, por un lado, y el llero-lopismo, por el otro, se entabló una polémica sobre el artículo 120 de la Constitución, referente a la continuación de la paridad en el Ejecutivo a partir de 1974. El llero-lopismo sostenía que no obliga al presidente electo en 1974 conformar su gobierno “exclusivamente” con liberales y conservadores y que puede, sin violar la Carta, llamar a colaborar a miembros de otros partidos. En esta forma se halagaba a la oposición y se pretendía neutralizar a la multitud de fuerzas que ven en el paritarismo bipartidista una de las trabas antidemocráticas más aberrantes del actual sistema. Lo que el llero-lopismo quería hacer resaltar era su inclinación “democrática” e “izquierdista”, dar a entender que si el señor Lleras llega al Poder en 1974, o el señor López, hasta podría la Anapo recibir su cuota burocrática. El democraterismo fue tal y el cinismo, que López se atrevió durante la campaña electoral, a decir que el comunismo en Colombia le debía a él, a su gestión disidente, el derecho al voto.

Mientras esas y otras bobadas hablaba el llero-lopismo, Misael Pastrana, que es el presidente y el máximo personero actual de la gran coalición, notifi-

caba al país: *“La enmienda constitucional de 1968 consagra hasta 1978 la más estricta paridad del liberalismo y el conservatismo ‘en todos los niveles de la administración’; como afirma textualmente el artículo 120. No estará en juego, por consiguiente, en 1974, el predominio hegemónico de un partido sobre el otro, sino simplemente la dirección desde la Jefatura del Estado de una coalición de inequívoco y obligatorio origen constitucional”*³. *“... si en las elecciones de 1974 triunfara un partido distinto al conservador o al liberal, ese partido tendría un presidente pero no obtendría el gobierno”*⁴.

La interpretación que Pastrana le da al artículo 120 de la Constitución es la única correcta, por la sencillísima razón de que eso fue precisamente lo que buscaban las clases dominantes con la reforma de 1968: prolongar el Frente Nacional. No se es “progresista” por afirmar, como lo afirma el editorial del 6 de julio de 1972 de *Voz Proletaria*, órgano del Partido Comunista, que “los jefes del llamado progresismo, Lleras Restrepo y López, dan una interpretación acertada a este artículo” (el 120).

La reforma constitucional de 1968 es la principal obra del gobierno anterior. Por ella presentó Lleras Restrepo renuncia a la Presidencia de la República para presionar su aprobación. En su carta de renuncia al Congreso, el presidente dijo: *“El artículo 10 del proyecto de acto legislativo que está a la consideración del Senado prolonga por cuatro años más, esto es, hasta el 7 de agosto de 1978, la paridad en el gabinete, en las gobernaciones y en los demás cargos que no pertenecen a la carrera administrativa”*⁵. El Congreso, aprobó el proyecto, y Lleras continuó gobernando.

La oligarquía viene prolongando el Frente Nacional en sucesivas reformas constitucionales efectuadas con los medios más tramposos. En el plebiscito del 19 de diciembre de 1957 propusieron el Frente Nacional por doce años, en 1959 lo prorrogaron cuatro años más y en 1968 por otros cuatro, es decir hasta 1978, con lo que se completan veinte años. Pero la cuestión es mucho más descarada. De 1978 en adelante continuarán los llamados “gobiernos nacionales” en los cuales el partido gobernante debe darle obligatoriamente representación en el Poder al partido mayoritario de la oposición. Es decir, el mecanismo de prórroga indefinida del bipartidismo está previsto.

El problema del reconocimiento de la oposición no se puede reducir tampoco a darle la interpretación “más conveniente” a la Constitución. Cuando las clases explotadoras dominantes hablan de que se les dará garantía legal a los partidos de la oposición no incluye en esa denominación a los partidos revolucionarios.

Una prueba de esto la suministra Pastrana en la intervención que hizo como ministro de Gobierno en la Cámara de Representantes para explicar las virtudes de la reforma constitucional de 1968. A la vez que defendía la participación en el gobierno de los partidos de la oposición después de 1978, ob-

jetabalosiguiente: *“Si la línea comunista de Pekín, partidaria de la subversión violenta del orden establecido, obtiene un cierto número de curules, el Gobierno tendría que darle participación, y así contemplaríamos el absurdo de una Administración que en una proporción sería partidaria del mundo occidental y cristiano y en otra del materialismo marxista”*

⁶. Conclusión: Cuando se habla de participación de partidos de la oposición se debe entender participación de partidos, partidarios “del mundo occidental y cristiano”.

Lenin dice: *“El partido dominante de una democracia burguesa solo es el de la defensa de la minoría a otro partido burgués, mientras al proletariado, en todo problema serio, profundo y fundamental, en lugar de la defensa de la minoría le toca en suerte estados de guerra”*. Solo en esta forma se debe entender la cuestión de la participación democrática de la oposición en un régimen como el de Colombia. No solo lo enseña Lenin, el gran maestro del proletariado, sino que lo reconoce Pastrana, el obsecuente sirviente del imperialismo y de la oligarquía.

Pasadas las elecciones y recogido el fruto de la “división creadora”, el llero-lopismo pactó con el turbayismo la unidad liberal, pactó con el gobierno la defensa de los programas oficiales y pactó con el Partido Conservador la continuidad del Frente Nacional tal y como está consignado en la Constitución. El título de la comedia: Cómo engatuzar ingenuos. Solo en broma se podía aceptar que Lleras Restrepo, curtido en lacayismo, fuera a librar una batalla contra el bipartidismo. El señor Ospina Pérez que tiene sus motivos para presumir que conoce muy bien al señor Lleras Restrepo dijo de éste: *“... es un hombre inteligente. Muy inteligente y que tiene una capacidad de reversar que no la tenemos muchos otros que parecemos más suaves y más condescendientes”*. Estas frases las pronunció Ospina a finales de mayo del año pasado en la Junta de Parlamentarios Conservadores para explicar cómo Carlos Lleras había aceptado todas las exigencias hechas por los terratenientes cuando se discutió con él en privado la reforma agraria.

Otra experiencia de las elecciones de 1972: es más difícil pedir votos a favor del Frente Nacional que en su contra.

La posibilidad de un frente electoral de izquierda

La estrategia del imperialismo yanqui para Colombia es prolongar el Frente Nacional. Significa que el Estado colombiano continuará bajo el control del puñado de dirigentes de los dos partidos tradicionales, cuyos estrategias más connotados, “claros” y con mayor influencia dentro de la coalición gobernante son Alberto Lleras y Ospina Pérez.

El imperialismo explota y oprime a la nación colombiana a través de la gran burguesía y los grandes terratenientes. Estas dos clases vienen coligadas

en el Poder desde hace 27 años, cuando Alberto Lleras llegó a la Presidencia por primera vez y formó un “gobierno nacional”. Hoy por hoy los partidos Liberal y Conservador son los partidos de la gran burguesía y de los grandes terratenientes, interpretan los intereses de estas clases y a ellas sirven. El Frente Nacional es la alianza de los dos partidos, Liberal y Conservador, consagrada en la Constitución colombiana como la única forma de gobierno permitido.

La alternación termina en 1974, pero el presidente que salga elegido entonces deberá gobernar con los dos partidos tradicionales. Las camarillas dirigentes liberal y conservadora pueden lanzar para 1974 un candidato presidencial por cada partido o lanzar uno solo que los represente a ambos. En cualquiera de los dos casos la obligación es la misma: gobernar coligadamente. A esto se han comprometido los varios aspirantes de los dos partidos. Hasta Alfonso López. Esta es la perspectiva de la reacción para las próximas elecciones.

Frente a esa situación se viene hablando de la necesidad de que la izquierda también se unifique y proclame un candidato único para 1974. La propuesta proviene concretamente del Partido Comunista, del Movimiento Amplio Colombiano y del Partido Social Demócrata Cristiano que ya integraron un frente, al que le dieron el nombre de Unión Nacional de Oposición (UNO). El MOIR ha sido invitado para que forme parte de este nuevo frente. El Comité Ejecutivo de nuestro Partido nombró una comisión para que adelante las discusiones al respecto con todas y cada una de las tres organizaciones que conforman la UNO. Se han hecho varias reuniones y dentro de la mayor cordialidad hemos fijado nuestros criterios. Las discusiones las seguiremos adelantando porque el MOIR no rechaza ni es su intención torpedear la perspectiva de un frente que, alrededor de una plataforma revolucionaria de lucha, lance un candidato único de la izquierda para 1974 y aglutine los más amplios sectores de masas posibles.

Cuatro son las condiciones que creemos se deben dar para que ese frente contribuya al desarrollo de la lucha revolucionaria del pueblo colombiano en la situación actual.

Primera. El frente propuesto debe aprovechar la campaña electoral para desenmascarar la política anti patriótica y anti democrática del Frente Nacional, para agitar un programa revolucionario y para apoyar las luchas de los obreros, los campesinos, los estudiantes y demás sectores populares.

Estos son los únicos tres objetivos que se puede proponer el frente. Son objetivos realizables, corresponden a la situación nacional y al actual estado de desarrollo de las fuerzas de izquierda.

Plantear que el frente electoral de izquierda y su candidato presidencial deban proponerse alcanzar el Poder en 1974 es francamente perder el sentido

de las proporciones y engañar al pueblo. Desenmascarar la política antidemocrática del régimen es aclararle al pueblo que ningún partido en Colombia distinto al Liberal, y al Conservador pueden gobernar legalmente. La misión de la izquierda no es velar por el imperio de la Constitución, como muchos pseudo-revolucionarios opinan. La alternativa del Poder popular es inevitablemente “extraconstitucional”.

Segunda. La Anapo no podría ser la columna vertebral del frente electoral de izquierda.

En reiteradas oportunidades la dirección del Partido Comunista ha manifestado que la Anapo debe ser la fuerza determinante y principal del frente de oposición. Es más, ha pedido que se hagan todos los esfuerzos para convencer a la dirección anapista y, si es del caso, reducir los puntos programáticos para facilitar los acuerdos.

Rojas adopta cada día posiciones más reaccionarias. Su preocupación consiste en congraciarse con las clases dominantes para que lo dejen gobernar de nuevo. En un reportaje concedido a la revista *ARCO* del mes de noviembre pasado, hace una extensa remembranza de todos los servicios prestados a la oligarquía y al imperialismo yanqui, no solamente en Colombia durante la época de la violencia, sino en Corea durante la guerra de agresión contra el hermano pueblo coreano. En esta entrevista recurre al anticomunismo más vulgar para borrar toda sospecha sobre cuáles son sus reales intenciones.

El Partido Comunista ha insistido mucho en las cuestiones positivas de la Anapo, en los aspectos “avanzados”, “progresistas” y “nacionalistas” de su programa, para concluir que si estos aspectos se “desarrollan” haría mayores condiciones en Colombia para un verdadero frente de la oposición. A nosotros nos corresponde hacer hincapié en los aspectos negativos de la Anapo, que son nada más y nada menos que sus posiciones conciliadoras con los dos grandes males de la nación colombiana: el neocolonialismo y el semifeudalismo. En la práctica la Anapo apoya muchas de las medidas de tipo económico y político de las clases dominantes contra el pueblo. Está dispuesta a transigir y negociar con el gobierno en asuntos fundamentales a cambio de irrisorias prebendas. En realidad nunca se pudo tomar en serio el dilema: “Anapo u oligarquía”.

Para que la Anapo pueda convertirse en la columna vertebral del posible frente electoral de la izquierda colombiana tendría que variar radicalmente, cosa que creemos en verdad imposible. Además Rojas ha sido supremamente sincero cuando afirma que la Anapo no hará alianzas con ningún movimiento y que irá a las elecciones con candidato propio. La única alianza que hará la Anapo, según el General, es que aceptará gustosa los votos que por él se depositen, sean comunistas o no.

A la Anapo no se le debe hacer una sola concesión. Para que los sectores izquierdistas de Anapo puedan participar en un frente electoral revolucionario no les queda otra salida distinta de la insubordinación y desconocimiento de la dirección del General, como lo hicieron los miembros del Movimiento Amplio Colombiano.

Tercera. El frente electoral debe aprobar una plataforma antiimperialista y democrática a la que se ceñirán sin excepción para la agitación y propaganda todas y cada una de las fuerzas integrantes.

La importancia principal de un frente de esta naturaleza en la situación actual es la agitación que adelante y la educación que imparta a las masas. Hay que profundizar la conciencia revolucionaria del pueblo colombiano; explicar que la dominación extranjera y la traba semifeudal son los factores determinantes del estancamiento de la producción y de la ruina económica de las mayorías. Exigir la nacionalización no solo del petróleo, sino de todos los recursos naturales, así como la supresión de la injerencia del imperialismo yanqui en todas las ramas de la economía colombiana. La reforma agraria a propugnar no es una reforma cualquiera; ha de estar basada en la eliminación de la explotación terrateniente mediante la confiscación de los grandes latifundios y el reparto de la tierra para los campesinos que la trabajan.

En las pasadas elecciones el MOIR adelantó su agitación y propaganda y pactó alianzas con varias agrupaciones amigas en torno a la llamada Plataforma de Lucha Electoral. La UNO aprobó en su reunión constitutiva del 22 de septiembre una Plataforma Mínima de nueve puntos. Estos dos documentos pueden servir para la discusión y elaboración programática definitiva que unifique a la izquierda colombiana en la batalla electoral de 1974.

Cuarta. Debe hacerse un acuerdo previo entre todos y cada uno de los partidos y organizaciones del frente que garantice: a) La dirección colectiva de la alianza y b) el respeto del carácter independiente de los partidos y organizaciones.

Estos requisitos contribuyen a un mayor entendimiento y armonía dentro del frente.

La dirección colectiva radica en que se acepte la participación democrática en la dirección del frente, de todas y cada una de sus fuerzas políticas integrantes, sin vetar a ninguna porque sea más débil o porque tenga menos votos". La dirección colectiva determina sobre los asuntos propios del frente.

El respeto al carácter independiente radica en la no injerencia en los asuntos internos y de exclusiva incumbencia de los distintos partidos y organizaciones del frente, en el compromiso mutuo a no interferir ni entorpecer el desarrollo organizativo de estos.

El MOIR desde su fundación, en septiembre de 1969, viene sosteniendo la necesidad de la creación de un partido auténticamente revolucionario como la tarea fundamental de la revolución en el actual período. El Gran Pleno Revolucionario del Bloque Sindical Independiente de Antioquia, celebrado en agosto de 1971, caracterizó el nuevo partido en la siguiente forma: *“La vanguardia que necesita el pueblo colombiano en sus luchas es un partido auténticamente revolucionario, auténticamente comunista, perteneciente a una ideología correcta, el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung, férreamente unido y disciplinado, organizado en todo el país, vinculado estrechamente a las masas populares, arraigado profundamente a la realidad nacional y capaz de llevar la victoria a las clases revolucionarias en las batallas más difíciles. Sólo la clase obrera podría crear un partido así, su propio partido”*. A principios de este año el MOIR lanzó públicamente la consigna de la fundación del Partido del Trabajo de Colombia y de la próxima realización de su Primer Congreso. La tarea de la fundación del Partido del Trabajo de Colombia, para la cual han venido preparando condiciones las fuerzas del MOIR con una perseverante y paciente labor de varios años entre las masas, es precisamente una de las cuestiones de exclusiva incumbencia del MOIR y de las fuerzas revolucionarias, que lo siguen.

Aclaremos este punto porque el MOIR continuará los esfuerzos tendientes a la preparación del Primer Congreso del Partido del Trabajo de Colombia. Las concepciones ideológicas, los principios programáticos y políticos y las normas estatutarias del nuevo partido solo los discutiremos con la militancia nuestra, con la base obrera y las masas en general, con las fuerzas revolucionarias del proletariado internacional y con las organizaciones y amigos que muestren de verdad una actitud consecuente y sincera.

Creemos que la fundación de nuestro Partido no tiene por qué perjudicar la posible conformación del frente electoral de la izquierda para 1974. El desarrollo de las fuerzas revolucionarias solo puede redundar en beneficio del pueblo y de la revolución.

El MOIR propone a la discusión las cuatro condiciones anteriormente enumeradas y explicadas. Sobre estas bases estamos dispuestos a llegar a acuerdo con todos los partidos y movimientos políticos que quieran unificar sus fuerzas con la nuestra en la próxima campaña electoral.

Concentremos todas las fuerzas contra las camarillas de la UTC y la CTC y unifiquemos el movimiento sindical en una Central Obrera Independiente

La división del movimiento sindical y la falta de una organización nacional gremial de todos los obreros colombianos es algo que debe preocupar a los revolucionarios y en especial a los marxista-leninistas. El proletariado colom-

biano necesita con urgencia una organización que lo aglutine nacionalmente, que pueda defender sus conquistas, exigir sus derechos y fortalecer sus luchas. El proletariado necesita superar la división.

“La clase obrera de un país semifeudal y sometido a la dominación neocolonial del imperialismo yanqui, como es el caso de Colombia, se desenvuelve en circunstancias adversas para alcanzar su plenitud de desarrollo político. Las principales medidas del régimen buscan someter material y moralmente al proletariado a las más terribles condiciones de vida. Con la supresión de los derechos de organización, expresión, movilización y huelga se niega a los obreros toda posibilidad de defensa legal, y quienes es lleven a la práctica el ejercicio de estos derechos son ametrallados o encarcelados. Pero el proletariado colombiano removerá todos los obstáculos, despreciará los peligros y sacrificios, y se vinculará estrechamente a las amplias masas no proletarias con una política nueva, diametralmente opuesta a la caduca política de las podridas clases dominantes, que interprete con fidelidad las exigencias fundamentales del pueblo y sea un reflejo auténtico de la realidad y del curso histórico del país”.

“A los explotadores les aterroriza la existencia de un movimiento proletario independiente. Por eso, además de reprimir y privar de sus derechos democráticos al proletariado, el imperialismo yanqui y sus lacayos colombianos pretenden sostener mediante el soborno y la coacción una organización sindical patronal. Es de público conocimiento el hecho de que la UTC y CTC reciben subvención de organismos financieros norteamericanos y del gobierno colombiano. El desarrollo de una fuerza independiente y revolucionaria del proletariado implica una lucha aguda, permanente y decidida tanto contra la dominación imperialista como por barrer de las filas obreras a los oportunistas y agentes del imperialismo. Hay que convertir las organizaciones obreras en organizaciones revolucionarias al servicio de los intereses proletarios y populares”.

Los dos párrafos anteriores pertenecen a la declaración aprobada por los obreros del MOIR en el Pleno del Bloque Sindical ya mencionado.

Tal como se explica en esa declaración, la corriente patronal y la división del movimiento sindical colombiano se originan en la nefasta actividad de las camarillas dirigentes de la UTC y CTC. La negación de los derechos de organización, contratación, movilización, expresión y huelga de la clase obrera colombiana tiene como única causa la política represiva y explotadora de las clases dominantes proimperialistas. La destrucción de los sindicatos y la división sindical no las producen las fuerzas independientes y revolucionarias del proletariado que luchan por la defensa de los derechos democráticos y contra las camarillas de la UTC y CTC. Quienes han dicho lo contrario confunden lo blanco con lo negro. Tampoco son las fuerzas independientes y revolucionarias las que debilitan la lucha de la clase obrera. Por sostener estos puntos de vista y ser consecuentes con ellos en la práctica, el MOIR ha sido perseguido y calumniado. El gobierno ha suspendido la personería jurídica, congelado

los fondos, ilegalizado las asambleas y autorizado los despidos de dirigentes de la casi totalidad de sindicatos que se han atrevido a hacer parte del MOIR. El oportunismo de todos los pelambres ha culpado desvergonzadamente al MOIR de todos estos problemas del movimiento sindical independiente.

Pero la lucha de la clase obrera no la detiene nadie. Las dificultades son temporales y serán superadas. En la actualidad una gran conmoción sacude de abajo hacia arriba todo el movimiento obrero. No hay un solo sindicato que escape a la tormenta. Es este un fenómeno favorable porque lo produce el avance de las nuevas fuerzas que batallan contra las viejas y caducas corrientes patronales y reaccionarias.

La fusión de la UTC y de la CTC anunciada en el propio Palacio de San Carlos y bajo la bendición presidencial, ha echado leña a la hoguera de la rebeldía de la clase obrera. La crisis profunda por la que atraviesan las camarillas patronales les ha alborotado su anticomunismo. Están lanzando golpes a diestra y siniestra. Han expulsado federaciones enteras como la Federación Libre de Trabajadores del Cesar y sindicatos tan importantes como el de Telecom, que eran filiales de la CTC y UTC, respectivamente.

Toda esta situación y en especial el anuncio de la fusión de las Centrales ha servido para diluir ciertas ilusiones sobre la verdadera catadura de la dirección utecista. Y se abre paso la consigna de unificar todas las fuerzas independientes del movimiento obrero para en un frente común combatir, derrotar y aislar las camarillas de la UTC y CTC.

El Partido Comunista ha manifestado estar de acuerdo con unificar todas las fuerzas susceptibles de ser unidas dentro del movimiento sindical, con el objetivo de combatir las camarillas utecistas y cetecistas. Inclusive ha expresado su disposición de suprimir siglas, si es del caso, para abrir campo a la formación de una central obrera nacional lo más representativa que se pueda. El MOIR considera justas y acertadas estas declaraciones del Partido Comunista porque contribuyen, en las condiciones actuales, a la unidad del movimiento sindical colombiano.

En el informe leído por Teófilo Forero en la conferencia de dirigentes obreros del Partido Comunista de Bogotá se expresa textualmente lo siguiente: *“Resulta claro que dentro de las nuevas circunstancias políticas, analizadas atrás, aparece como una posibilidad real que los comunistas mejoren sus relaciones con muchas de las organizaciones sindicales denominadas autónomas e independientes; sobre la base de la lucha contra cualquier forma de expresión del anticomunismo, de derecha o de izquierda’. Estambién claro que un avance significativo del proceso unitario del movimiento sindical no podrá lograrse, sino empezamos por admitir como una realidad la existencia de muy diversos matices y tendencias políticas dentro de cada sindicato en particular y dentro del*

conjunto del movimiento a escala regional y nacional. Partiendo de esta premisa el último plen de la CSTC lanzó la iniciativa de organizar un gran encuentro nacional sindical que sirva de foro para la discusión y análisis de los problemas fundamentales que tiene el movimiento sindical en la actualidad y particularmente las cuestiones relativas a la unidad de acción y a su unidad orgánica. Este debate tiene, entre otros objetivos, el estudio de un nuevo reagrupamiento de todas las fuerzas sindicales que no se hallan vinculadas a ninguna de las centrales sindicales que culmine en un congreso del cual nazca, si es el caso, una nueva central de trabajadores, que aglutine el mayor número de sindicatos y federaciones. Se trata de una iniciativa muy audaz, que de ponerse en práctica conlleva el surgimiento de una verdadera gama de nuevos y complejos problemas para el Partido, para sus cuadros y militantes sindicales, pero confiamos poder sortearlos. El cumplimiento de esta meta significaría un verdadero reto en la tarea de la unidad sindical y una respuesta contundente a las nuevas tácticas divisionistas surtidas por el imperialismo, los capitalistas y su gobierno”⁷.

Son muy claras las palabras de Teófilo Forero. Hay que partir de la “existencia de muy variados matices” dentro del movimiento sindical, si se piensa en serio trabajar por la unidad. Sin embargo, también existe la ventaja de que a casi todos esos “matices” los identifica la lucha contra las camarillas patronales y contra sus amos. Estamos de acuerdo con “*el estudio de un nuevo reagrupamiento de todas las fuerzas sindicales que no se hallan vinculadas a ninguna de las centrales sindicales que culmine en un congreso del cual nazca, si es el caso (¡y es el caso!) una nueva central de trabajadores que aglutine el mayor número de sindicatos y federaciones*”.

El Partido Comunista alerta sobre el peligro del sectarismo que se puede fortalecer debido a las “relaciones justas y necesarias con los grupos y sectores independientes”.

Valdría la pena hacer una historia pormenorizada y objetiva de los últimos cinco años, tiempo durante el cual en una u otra forma hemos tenido que ver con la lucha de los obreros colombianos, para desentrañar de dónde soplan los vientos sectarios. Por hoy conformémonos con señalar que el MOIR ha estado siempre de acuerdo con el apoyo fraternal a todos los sindicatos en lucha, pertenecan a las federaciones o centrales que fueren. El combate de las fuerzas revolucionarias debe concentrarse en la minoría de esquirols y vendeobrerros y en ninguna forma contra los sindicatos, los dirigentes medios honestos o las bases de la UTC y CTC. Somos partidarios -siempre lo hemos sido- de que se emprendan todas las acciones unitarias necesarias y posibles en defensa de los derechos de la clase obrera. La exigencia que formulamos, siempre la hemos hecho, es que las acciones unitarias no deben ser entregadas a la dirección unilateral y traidora de los agentes patronales para que sean vendidas o desviadas como en 1965 y 1969.

Otra preocupación que se le plantea al movimiento obrero es lo referente a la construcción de sindicatos de industria. El gobierno apoyado en la UTC y CTC viene propiciando la fundación de este tipo de organizaciones. El fenómeno obedece a la concentración cada día mayor del poder económico de los monopolios que hace inevitable la organización de la producción por grandes ramas industriales. Los monopolistas consideran beneficioso el experimento de los sindicatos de industria porque confían resolver los conflictos laborales a su favor valiéndose de la UTC y CTC, en lugar de tenérselas que entender con varios sindicatos de base de diversa, orientación política.

La clase obrera debe impulsar los sindicatos de industria. Es no solo iluso sino equivocado oponerse a esta tendencia que favorecerá más a los obreros, los cuales sabrán expulsar de las juntas nacionales de sus sindicatos de industria a los esquirols y aprovechar la concentración de sus fuerzas en lugar de esa atomización sindical que tanto ha debilitado al movimiento obrero.

El movimiento sindical debe ponerle toda la atención a las actuales condiciones favorables para su unidad y no escatimar esfuerzo para lograrla y consolidarla. A nivel nacional, se deben adelantar las conversaciones entre todas las fuerzas políticas que estén de acuerdo con la propuesta hecha por el Partido Comunista y que el MOIR respalda, sobre el reagrupamiento del movimiento sindical para aislar a las camarillas de la UTC y CTC y echar los cimientos de una central obrera. A nivel regional, continuar adelantando la formación de los comités de unidad sindical como los del Valle del Cauca y otros departamentos.

En el desarrollo de esta política se comprobará quiénes están realmente por la unidad de la clase obrera y quiénes se escudan tras esta palabra para ocultar sus propósitos inconfesables.

* En este editorial el MOIR plantea su política de Unidad y Combate, cuyas dos tareas principales son las de la integración de un frente electoral de izquierda para las elecciones de 1974 y de la unidad del movimiento sindical independiente. Ambos propósitos se cumplieron en lo esencial. El primero, con la constitución de la Unión Nacional de Oposición, frente unido que participó en el debate electoral de 1974 con programa común y candidatos únicos y, el segundo, con la realización de más de un centenar de encuentros obreros regionales y del Gran Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973, a los cuales concurren varios miles de dirigentes sindicales que refrendaron unánimemente los principios unitarios del sindicalismo independiente. En materiales posteriores, reproducidos también en este libro, se analizan los logros y tropiezos de la política de Unidad y Combate del MOIR.

Notas

1. “Derrotemos al gobierno y a quienes quieren dividir las fuerzas de oposición”. “Manifiesto electoral del PCC”. *Documentos Políticos*, marzo-abril de 1972, pág. 118.
2. Mariano Ospina Pérez. Discurso pronunciado en la “Comida de Unidad Conservadora”, Medellín, 16 de marzo de 1972. *La República*, 17 de marzo de 1972, pág. 6.
3. Misael Pastrana. Mensaje al Congreso al declarar instalado el período legislativo de 1972. *La República* 21 de julio de 1972.
4. Misael Pastrana. Mensaje a los directorios liberal y Conservador, 7 de enero de 1972. *El Tiempo*, 8 de enero de 1972.
5. “Historia de la Reforma Constitucional de 1968”. Presidencia de la República, 1969, pág. 286.
6. Idem, pág. 261.
7. Apartes del Informe leído en la “Conferencia de Dirigentes Sindicales Comunistas de Bogotá”, 11 de noviembre de 1972. *Voz Proletaria*, suplemento *Ideología*, 23 de noviembre de 1972, pág. 5.

Algo más sobre la política de Unidad y Combate

Tribuna Roja N°. 9, septiembre de 1973

Concentrar los ataques en los enemigos principales

En diciembre del año pasado y a través de su órgano central, *Tribuna Roja*, el MOIR planteó la consigna Unidad y Combate. La directiva consiste esencialmente en procurar el acercamiento del mayor número de fuerzas políticas para que acuerden entre sí el ataque unificado contra los enemigos fundamentales del pueblo colombiano. Esta ha sido una vieja aspiración de los más sinceros revolucionarios. Sólo consecuencias benéficas podrá traer para el futuro inmediato de la revolución colombiana el hecho de que diferentes organizaciones, movimientos y partidos de envergadura nacional y regional unifiquen esfuerzos en un plan revolucionario conjunto. La política de Unidad y Combate representa un cambio en la táctica del MOIR. Desde su nacimiento, éste se ha visto asediado tanto por el ataque acérrimo de la reacción y del oportunismo mercenario, como por el hostigamiento sistemático de una serie de agrupaciones de tendencia y origen pequeñoburgués que han descubierto en el embrión del nuevo partido la condena de sus vacilaciones y charlatanería. Bajo el fuego cruzado de unos y otros que pretendían exterminarlo en la cuna, el MOIR se ha ido extendiendo poco a poco a toda Colombia, y, en sus cuatro años escasos de vida, se ha convertido en una nueva fuerza política, distinta de las existentes, portaestandarte de la revolución democrática y del socialismo. Allí donde han llegado los moiristas, entre los obreros, los campesinos o los estudiantes e intelectuales, se han desatado debates ideológicos que redundan en la ampliación y profundización de las luchas populares.

En la clase obrera, estimulada e influenciada por el MOIR, se ha renovado la corriente independiente y revolucionaria que resiste con heroísmo la desaforada persecución del imperialismo yanqui y sus lacayos y señala al movimiento

sindical colombiano su derrotero de clase, lo llama a dar el paso primordial de combatir y expulsar de sus puestos de comando a los agentes de ese mismo imperialismo, las camarillas dirigentes de UTC y CTC. Si bien en el pasado la clase obrera constató por doquier la explosiva proliferación de la nueva corriente, en especial en sus bases más empobrecidas, lo cierto es que no logró un desarrollo coordinado de sus luchas ni pudo contar con una dirección sindical única nacional que agrupara a todas sus fuerzas independientes y revolucionarias. Tales avances no se alcanzaron debido a las medidas represivas del régimen que conserva mucha de su iniciativa y capacidad de maniobra; pero no se alcanzaron sobre todo porque paralelamente surgió una contracorriente oportunista que, en su propósito de aniquilar al MOIR, elaboró la absurda teoría de que la división sindical obedecía no a la política de la reacción, ni a las actividades antinacionales y patronales de las directivas de UTC y CTC, sino a la presencia del movimiento independiente y revolucionario de los obreros colombianos. El MOIR no rehuyó nunca esa lucha. Por el contrario ha denunciado siempre la conducta vil y despreciable de quienes de dientes afuera hablan de la unidad obrera y de hecho apoyan las tretas urdidas desde las cumbres gubernamentales para burlar las justas aspiraciones de las masas trabajadoras. Y todo eso sin importarles las temporales dificultades determinadas por una correlación de fuerzas desventajosa. Al fin y al cabo la emancipación de las clases esclavizadas es el resultado de miles y miles de batallas, adversas y victoriosas, de la prolongada guerra a muerte contra sus explotadores y verdugos. En tales condiciones, la perspectiva que ahora se abre de conformar una nueva central que albergue a todos los sectores sindicales independientes y opuestos a la política patronal y proimperialista de la UTC y CTC, es un cambio favorable para el MOIR y una conquista del movimiento sindical colombiano.

En 1972 el MOIR utilizó por primera vez la lucha electoral, lucha permisible y útil para los partidos marxista-leninistas de los países con gobiernos imperialistas o proimperialistas donde se adelantan elecciones generales y en los cuales no haya aún condiciones de ascenso revolucionario para barrer las instituciones pseudo-democráticas imperantes. El MOIR tuvo que enfrentar entonces, además de la reacción liberal y conservadora fortificada en el Estado, las embestidas de la Anapo y del Partido Comunista, que en tácita alianza destinaron buena parte de su campaña electoral a sitiario y aislarlo. A la vez los abstencionistas creyeron deber suyo concentrar los ataques contra la organización que, en su opinión, había apostatado y los había traicionado al defender teórica y prácticamente la participación electoral como una de las formas de la lucha proletaria. Así pues, en la batalla electoral pasada, con muy pocos aliados, el MOIR combatió y fue combatido por todos los flancos. Hoy, por el contrario y en relación con 1972,

la posibilidad de que varias organizaciones políticas de importancia lancen en la actual campaña un candidato presidencial único de la izquierda, con base en una plataforma electoral nacional y democrática, como lo ha propuesto la Unión Nacional de Oposición (UNO), significa igualmente un cambio favorable para el MOIR y para las fuerzas revolucionarias en general. Esto es más cierto si se considera que en las próximas elecciones se van a “elegir” el mismo día no sólo concejales y diputados como en 1972, sino también representantes, senadores y presidente, lo cual le confiere al debate más interés y a la pelea mayor beligerancia.

La central obrera independiente y el frente electoral de izquierda son dos tareas cuya realización exige que el MOIR trabaje en ellas conjuntamente con el Partido Comunista y otras organizaciones partidistas. Para ello tendremos que hacer, y hemos hecho, modificaciones adecuadas a nuestra política. Es obvio que con la actitud anterior de frontal enfrentamiento con el Partido Comunista no podríamos adelantar con éste ningún tipo de acuerdos. El partido revolucionario que piense en serio en el Poder y en el cumplimiento de sus programas no puede renunciar a pactar las alianzas y compromisos que la lucha le imponga. El marxismo-leninismo enseña como verdad universal confirmada por la historia que las alianzas transitorias o duraderas efectuadas durante el largo y complejo proceso de una revolución, están determinadas por el curso forzoso y contradictorio de los acontecimientos y dependen en grado sumo del comportamiento de los sectores conscientes y avanzados, de la vanguardia revolucionaria. Estas lecciones han sido aprendidas por nuestra militancia, no sólo en los libros sino en la práctica de todos los días.

La política de Unidad y Combate busca el cumplimiento de las tareas mencionadas y se halla enmarcada en la estrategia de la revolución nacional y democrática. Esta política principia por reconocer la lucha que contra el imperialismo yanqui y sus lacayos adelantan las grandes mayorías nacionales. La creación de una Colombia independiente y próspera será producto de la victoria del frente único antimperialista que integrarán los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y el resto de los sectores patrióticos. En la actualidad no hay condiciones para conformar un frente de esas dimensiones. A la revolución colombiana aún le falta recorrer mucho trecho para lograrlo. Sin embargo, unificar fuerzas susceptibles de aliarse en la actualidad contra el imperialismo yanqui y las oligarquías coligadas, principales enemigos del pueblo y la nación colombiana, es una política que interpreta el espíritu de frente único aunque se circunscriba a tareas particulares de la revolución.

La política de Unidad y Combate le permitirá al MOIR ampliar el círculo reducido de su actividad. Liberaremos esfuerzos ocupados hasta ahora en aten-

der una serie de flancos para trasladarlos al frente común de combate contra los enemigos principales. Pactaremos la paz con quienes en la actualidad puedan en una u otra forma contribuir a la lucha contra la reacción imperialista y oligárquica y no saboteen las tareas de la central obrera independiente y del frente electoral de izquierda. Neutralizaremos adversarios y ganaremos aliados y amigos. Todo esto es indispensable para superar las dificultades del momento y poder avanzar en la actual situación nacional. “No gastar pólvora en gallinazos”, aconseja la sabiduría popular. Y eso es lo que precisamente haremos. Concentraremos nuestras energías con las de los aliados y amigos en la movilización y organización de decenas y decenas de miles de obreros, campesinos, estudiantes, escritores, artistas, demócratas y patriotas en general. Constituiremos con todas estas fuerzas un poderoso frente de combate que en el corazón del pueblo avive la llama de la revolución, cuyos primeros resplandores comienzan a espantar a la coalición gobernante proimperialista. Unificar todo lo unificable en la situación actual contra el enemigo principal: este es el eje de la táctica del MOIR para el presente período de la revolución, el meollo de nuestra consigna de Unidad y Combate.

Para la correcta formulación y aplicación de una consigna no bastan los nobles propósitos que la inspiran si no existen condiciones políticas que la hagan posible y necesaria. Hemos dicho que la consigna de Unidad y Combate significa un cambio en la táctica del MOIR. ¿A qué cambios de la situación nacional responde la nueva política? Veamos los rasgos sobresalientes de la actual situación colombiana.

Doce puntos de la situación actual

1. El dominio de Estados Unidos es cada vez más intolerable

La injerencia de los monopolios norteamericanos en los asuntos del país ha llegado hasta el extremo que no hay una sola actividad importante o accesoria del Estado colombiano que escape a la supervigilancia de aquellos y no corresponda a los planes del imperialismo yanqui. Desde las “estrategias para el desarrollo” hasta la instalación de una tienda del Idema necesitan del visto bueno y de los préstamos de las agencias financieras norteamericanas. Colombia adeuda a éstas más de 3.000 millones de dólares. El imperialismo yanqui controla las empresas básicas del país mediante la inversión directa y la llamada “asociación del capital extranjero con el nacional”. De esta modalidad, el imperialismo pregona que tiene en cuenta equitativamente los intereses nacionales, pero no es más que una de las formas neocolonialistas de inversión a que recurre para encubrir y redoblar el saqueo de nuestros recursos naturales y la explotación del trabajo del pueblo colombiano. El sistema de “asociación de capitales” ha sido insertado en la legislación colombiana como la llave maestra de la “integración latinoameri-

cana". En los últimos meses, el gobierno ha dado al conocimiento público un buen número de proyectos para establecer grandes consorcios internacionales en el país. Entre ellos vale la pena señalar los de la producción minera de níquel en Córdoba, de carbón en la Guajira y de esmeraldas en Boyacá, para lo cual se ha procedido en esos departamentos al desalojo violento de miles de familias campesinas e indígenas, despojadas de sus trabajos y propiedades con el objeto de abrirlas el camino a las compañías norteamericanas que se vienen a sumar a la larga lista de las que desde hace tiempos nos roban el petróleo, el oro, el platino, la madera, el pescado. Airadas protestas de diversos sectores se han producido contra aquellos proyectos por lesivos a Colombia y por los tortuosos procedimientos de que se ha valido el gobierno colombiano para imponerlos.

El comercio exterior de Colombia con los Estados Unidos se deteriora progresivamente. Nuestras importaciones son cada día más caras y nuestras exportaciones cada día más baratas. Esta tendencia se ha agudizado con las devaluaciones del dólar y con las medidas de emergencia adoptadas por el gobierno de los Estados Unidos. El alto costo de las maquinarias, de las materias primas y de la tecnología importadas ha lanzado a la quiebra a una gran cantidad de industrias medianas y pequeñas de productores nacionales. Esta situación ha golpeado también duramente al campesinado y es uno de los factores principales, junto con el régimen de explotación terrateniente, del retroceso de la producción agropecuaria. La consecuencia ha sido una acelerada escasez de productos, no solo fundamentales para la alimentación del pueblo, sino para la industria, tales como la carne, la leche, el maíz, el trigo, la papa, la cebada, la soya, el frijol y muchos otros. Algunos de estos productos los viene importando el gobierno colombiano de los Estados Unidos a precios muy superiores a los que rigen dentro del país.

Al cuadro de las calamidades económicas se agrega el de la opresión cultural. La educación colombiana está bajo la influencia directa o indirecta del imperialismo yanqui. A través del Pacto Andino y otros tratados internacionales que hará suscribir al gobierno colombiano como el de la televisión educativa por satélite, el imperialismo yanqui perfecciona los instrumentos jurídicos que le garanticen la dominación cultural del país.

Ninguna de las funciones como nación la ejercemos soberanamente. Han transcurrido cerca de tres cuartas partes de este siglo desde la separación de Panamá. Durante ese tiempo, Estados Unidos ha subyugado y obligado al pueblo colombiano a trabajar para el enriquecimiento de un puñado de monopolistas. Los tentáculos del pulpo imperialista han ido atenazando los conductos arteriales de la economía, la política y la cultura de Colombia, hasta reducirla a lo que es hoy, una seudorepública atrasada, enajenada y miserable.

Al breve resumen que hemos hecho de las más recientes y principales manifestaciones del imperialismo en Colombia le caben dos observaciones. La primera es que Colombia padece también la explotación de los imperialismos de Europa y del Japón. Aunque estos imperialismos pugnan y se asocian con el imperialismo yanqui en su obra de pillaje y expoliación, el poder de éste es infinitamente superior al de aquellos. El imperialismo yanqui se queda con la tajada más grande del botín y en la práctica se constituye en el enemigo número uno del pueblo colombiano. La segunda observación es que las características esenciales de Colombia son las mismas del centenar de países coloniales y neocoloniales de la órbita imperialista, países que, como nuestra patria, necesitan de la revolución de liberación nacional y en cuyas barricadas y trincheras se decidirá la suerte del mundo en los próximos decenios.

2. Empeora la vida del pueblo colombiano

La escasez de artículos de primera necesidad debida a la quiebra de la producción nacional ha provocado la mayor hambruna de Colombia en los últimos años. Los precios de los alimentos, de la vivienda, de las drogas, del vestido, del transporte y de otros bienes y servicios vitales han alcanzado toques inaccesibles para el grueso de la población. En el primer semestre de 1973, según reconoce la estadística oficial, el costo de la vida aumentó 17.1%. El solo renglón de alimentos ascendió en 35% de junio de 1972 a junio de 1973. Desde luego, estos porcentajes son en realidad más altos. El gobierno que habla de “bonanza económica” los recorta para velar la crisis nacional y la desesperada situación de las masas populares. Muchas panaderías han sido clausuradas por falta de harina de trigo. La industria avícola informó recientemente del peligro de muerte por hambre de millones de pollos. Mediante decreto se estableció la veda de carne de res los martes y viernes en los restaurantes de todo el país. Se ha aconsejado discontinuar la fabricación de estufas de gas argumentándose carencia de combustible. La producción lechera no alcanza a suplir ni el 50% de su demanda. La industria del calzado se declaró en emergencia a causa de la disminución vertiginosa de materias primas. Los ingenios paneleros han ido desapareciendo.

La gasolina blanca y el petróleo de consumo doméstico de las familias pobres han disminuido notablemente en el mercado. A estos fenómenos que expresan la traumatización de la economía colombiana se les podrían agregar muchísimos más. Con la ruina de la pequeña y mediana empresa crece el paro forzoso de los trabajadores. Las secuelas de la escasez y el encarecimiento se centuplican en las zonas rurales. Son las abrumadoras mayorías de obreros, campesinos, pequeños y medianos productores y comerciantes y el resto de indigentes, que conforman el pueblo colombiano, quienes reciben en carne propia el impacto de la insondable crisis generada y agudizada por la cruel explotación del capital internacional.

Únicamente la gran burguesía y los grandes terratenientes obtienen beneficios de la dominación externa, lo que explica la abyección y la colaboración de estas clases con el imperialismo yanqui y su naturaleza profundamente reaccionaria y antipatriótica. En efecto, ya se han conocido los balances de 1972 y del primer semestre de este año de las gigantescas sociedades anónimas, de la banca y las corporaciones financieras, de las grandes federaciones, todos los cuales registran multimillonarias ganancias. La Sociedad de Agricultores de Colombia, la Federación Nacional de Cafeteros y la Federación Nacional de Ganaderos, organizaciones gremiales de los grandes terratenientes y de la gran burguesía han expresado varias veces su satisfacción por la prosperidad de que han disfrutado en los tres años del actual gobierno. Contrasta la “bonanza económica” del imperialismo yanqui y sus intermediarios con las penurias del pueblo colombiano. A medida que se ahonda ese abismo, se va acercando Colombia inexorablemente a la única salida del atolladero en que se encuentra: la revolución liberadora de los pobres y los humildes.

3. Los decretos y la corrupción oficial agobian a las masas

Las últimas disposiciones del Estado colombiano, así como las que se anuncian, recalcan su línea antinacional y antipopular. El Congreso aprobó por iniciativa del Ejecutivo el “Acuerdo de Chicoral”. Se trata de otra modificación a la reaccionaria reforma agraria del Frente Nacional que la hace aún más regresiva. La finalidad de la nueva ley agraria es dar mayores garantías a los terratenientes, proteger sus enormes propiedades y su explotación de las masas campesinas. Como solución a la carencia de tierra para trabajar se les ofrece, a los campesinos pobres, cuando no la colonización del Amazonas, las ya tristemente célebres “empresas comunitarias”, que traen a la memoria las “aldeas estratégicas” en donde el ejército agresor norteamericano obligaba a vivir a los campesinos vietnamitas. La filosofía de las “empresas comunitarias” consiste en meter la mayor cantidad de familias campesinas en la más mala y menor extensión de tierra posible. Los campesinos de estas empresas no pueden disponer libremente de la tierra y quedan hipotecados de por vida. Son verdaderos siervos del Incora. El Ministerio de Agricultura expuso hace unas cuantas semanas dos proyectos que están en elaboración. El primero es un plan de nuevos privilegios a los grandes ganaderos, principales terratenientes del país, quienes en la actualidad, por la explotación de carne, cotizada a precios elevados en los mercados externos, gozan de un subsidio estatal en bonos tributarios correspondiente a 15% del valor de las exportaciones. El segundo proyecto pretende instituir otra vez en Colombia el antiquísimo sistema feudal de la aparcería, “suspendido” con la Ley 1ª. de 1968.

Entre otras ventajas oficiales concedidas a la gran oligarquía y al imperialismo en contra del pueblo están las exenciones tributarias a las sociedades anónimas, mientras se aumentan los impuestos a las sociedades limitadas de la mediana y pequeña industria y a las masas trabajadoras en general. Están también los anuncios insistentes del gobierno de que habrá, dentro de una supuesta “crisis energética”, escasez de hidrocarburos en los años venideros, a manera de preparación del terreno para autorizar nuevas alzas en los precios de la gasolina y demás derivados del petróleo y justificar más privilegios a las compañías petroleras norteamericanas.

Uno de los proyectos más debatidos y combatidos por la opinión pública es el conocido con el nombre de la “Avenida de los Cerros” para la ciudad de Bogotá. Ha sido censurado no sólo en Bogotá sino en todo el país porque para su ejecución el gobierno se endeuda en 69 millones de dólares, porque es una obra suntuaria, porque afecta gravemente a los habitantes de los barrios orientales de Bogotá, porque es la “Avenida de los serruchos”. Sin embargo, el Cardenal le impartió su bendición y las autoridades civiles han dicho que es una obra “irreversible”, aunque no han convencido a nadie.

Las gentes no confían en una administración mentirosa y minada por la corrupción. Funcionarios de la aduana han caído como contrabandistas, jefes del DAS como traficantes de drogas, oficiales del ejército como desfalcadores. Todos los días se destapan fabulosos peculados en las entidades públicas. La Cámara de Comercio de Medellín, junto con algunos diarios de la gran prensa se vieron obligados a iniciar una tímida campaña moralizadora de la administración oficial. La campaña concluyó con las amenazas proferidas por el propio presidente de la República. El enriquecimiento ilícito de la alta burocracia lo paga el pueblo. Tenemos un gobierno chanchullero y carísimo.

El Congreso aprobó recientemente también por sugerencia del Ejecutivo el Pacto Andino y el Estatuto de Capitales Extranjeros. Estas leyes corresponden a los acuerdos firmados por los gobiernos de los países andinos dentro del marco de la “integración latinoamericana” que viene propiciando el imperialismo yanqui a partir del Mercado Común Centroamericano en 1958, la Alalc en 1960 y la Declaración de Presidentes de América en 1967. Ese extraordinario plan es el siguiente: unificar a los países latinoamericanos por bloques primero y luego integrar una sola y gigantesca agrupación desde el Río Grande hasta la Patagonia. Los grupos ya están prácticamente constituidos: el Grupo Andino, el Mercado Común Centroamericano, la Asociación del Caribe de Libre Comercio y además México, Brasil y Argentina que por su relativo desarrollo se consideran de por sí bloques aún de mayor poder e importancia que los otros. La política de la “integración latinoamericana” es típicamente neocolonialista y

arranca de la teoría de que el desarrollo de los países latinoamericanos dependientes estará determinado por la inversión extranjera, por su caudal, por los estímulos que se le ofrezcan. El mejor estímulo, el más apetecido por el capital monopolista internacional es el de que sus neocolonias unifiquen las legislaciones, armonicen los planes económicos, barran entre sí las barreras arancelarias en tal forma que el inversionista de las Bahamas, por ejemplo, pueda sin trabas, sin licencias, sin aduanas, vender sus productos en cualquier país latinoamericano y viceversa. El Pacto Andino y el Estatuto de Capitales Extranjeros son pasos hacia el Mercado Común Latinoamericano, hacia ese país de las maravillas en el que los capitales, los productos y la mano de obra corren de un lugar a otro, traspasando paredes fronterizas, al conjuro del imperialismo.

La reforma constitucional de 1968 entregó ilimitadas atribuciones al Ejecutivo mientras al Parlamento lo convirtió en un cuerpo meramente protocolario y a la iniciativa de aquel. Apoyándose en el nuevo ordinal 14 del artículo 120 de la Constitución el gobierno decretó la creación de las Corporaciones de Ahorro y Vivienda que trabajan con “Unidades de Poder Adquisitivo Constante”(UPAC), es decir, que van reajustando intereses y ganancias automáticamente con el ritmo y la proporción de la devaluación monetaria. Esta ley favorece a las corporaciones financieras y a los grandes urbanizadores y desatará una espiral especulativa con la vivienda en detrimento de las clases populares. Haciendo uso de la misma atribución constitucional, el presidente Pastrana ordenó la formación de los Fondos Regionales de Capitalización Social, usurpando las cesantías de los trabajadores. Esta medida que el presidente Lleras Restrepo quiso pasar con el mote de Fondo Nacional del Ahorro pero que la repulsa generalizada se lo impidió, es un verdadero atraco a la clase obrera y para la mediana y pequeña industria un golpe sumamente fuerte. Con el denominado ahorro público obligatorio, el gobierno centraliza en sus manos miles de millones de pesos del pueblo, fortalece sus institutos de “inversión”, alivia el déficit fiscal, sirve de “socio nacional” predilecto para los monopolios extranjeros. Es el acrecentamiento del capitalismo monopolista de Estado que, alimentado y controlado por el imperialismo yanqui, cada día se inmiscuye con mayor potencia en la vida económica del país. El capitalismo monopolista de Estado eleva al máximo los colosales poderes económicos del Estado, convierte a éste en el planificador por excelencia de la producción y el comercio y es prerrequisito y efecto de la “integración latinoamericana”. Esto, sin embargo, al agudizar las contradicciones de clase, reafirma los cimientos de la revolución, desarrolla las condiciones materiales de ésta. La alianza burgués-terrateniente proimperialista que detenta el Poder, va reduciéndose a los sectores más privilegiados y poderosos de la gran burguesía y de los grandes terratenientes estre-

chamente vinculados al Estado. El resto de la nación colombiana, al margen de las prerrogativas estatales, abocada a la proletarización y a la ruina progresivas, agudiza antagónicamente sus contradicciones con la coalición gobernante. Los enemigos jurados del régimen son los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía urbana, fuerzas principales de la revolución; pero la polarización del país en dos bandos tan irreconciliables, la monopolización del Estado por una minoría cada vez más excluyente, las trabas del gobierno a la producción nacional, crean las condiciones para que inclusive la burguesía media, que conocemos con el nombre de burguesía nacional, engrose las filas de la revolución. Todas estas condiciones objetivas de lucha están dándose en Colombia. Los que no corresponden, aunque están en proceso de gestación, son los factores revolucionarios de dirección, organización y unificación nacional; y que no se alcanzarán plenamente sin el desarrollo de un partido auténticamente revolucionario, fuerte, enraizado en lo más hondo de las masas populares, y dispuesto a tejer la red de la unidad nacional entrelazando las luchas de todas las clases y fuerzas necesarias a la revolución.

4. El aumento de la explotación conlleva el aumento de la represión

En Colombia hace tiempo que las masas populares no pueden hacer uso de sus mínimos derechos. Las pocas garantías democráticas consignadas en la Constitución son letra muerta que en nada obliga a los gobiernos. A la clase obrera se le han venido suprimiendo uno a uno sus derechos de organización, contratación, reunión, movilización, expresión y huelga. Igualmente a las organizaciones de los campesinos, estudiantes, maestros y de otros sectores gremiales se les ponen múltiples obstáculos, desde los más refinados hasta los más burdos y violentos, con el objeto de entorpecer sus funciones. Las justísimas protestas del pueblo son reprimidas a sangre y fuego y los dirigentes populares, asesinados o encarcelados. El país lleva 25 años bajo un estado de sitio casi ininterrumpido. Por períodos muy fugaces, por días para ser exactos, los gobernantes levantan este régimen de excepción, para luego reimplantarlo durante años. Actualmente, estamos en estado de sitio, declarado desde febrero de 1971. A su amparo se decretan los consejos de guerra verbales para obreros, campesinos, estudiantes, profesionales e intelectuales; se dictan las prohibiciones a los partidos políticos opuestos al gobierno, se introducen al antojo del presidente modificaciones a la legislación y demás medidas antidemocráticas y represivas.

El Frente Nacional es una dictadura ominosa contra el pueblo colombiano. Una dictadura a la que no le tiembla el pulso en derramar sangre popular con tal de salvaguardar los mezquinos intereses del imperialismo yanqui y de sus lacayos colombianos. La “democracia” de que hace gala el gobierno, su

orden jurídico, su “sensibilidad social”, sus órganos representativos, sus elecciones, su “pluralismo ideológico”, no son sino la fachada, el mascarón de una dictadura desbocada sin dios ni ley. Los “derechos” que concede al pueblo, son favores de su inefable, bondadosa y omnipotente voluntad. La tiranía nos los dio, la tiranía nos los quitó.

Las clases populares tendrán exclusivamente lo que conquisten y respalden con su lucha. Sólo la acción unitaria de todas las organizaciones de las masas de los partidos opuestos al sistema, de los demócratas sinceros, podrá resistir a la represión oficial, arrancar sus legítimos derechos y desbrozar el sendero a la democracia, a la auténtica democracia, a la dictadura de las clases populares contra la gran burguesía y los grandes terratenientes proimperialistas, a la dictadura de la inmensa mayoría de los oprimidos sobre la ínfima minoría de los opresores.

5. El liberalismo y el conservatismo decidieron ir con candidato propio en 1974

Los intentos por unificar a los dos partidos, o por lo menos a “sectores considerables” de uno y otro en una sola candidatura “nacional” fracasaron definitivamente.

Los abanderados de esta propuesta, Carlos Lleras en el lado liberal y Hernán Jaramillo en el lado conservador, quedaron tendidos en la lona. Los jefes naturales de la coalición burgués-terrateniente proimperialista gobernante, Mariano Ospina y Alberto Lleras, así como sus diarios más influyentes, *El Tiempo* y *La República*, eran también adictos a la idea de un candidato “nacional”. Sin embargo, la derrota de las tesis de los viejos mandarines en el seno de sus propios partidos no representa cambio alguno en la política frentenacionalista, ni siquiera un relevo de mandos. La contradicción se presentaba sobre la forma de cómo debían encarar los liberales y los conservadores las elecciones próximas: si iban con candidato único o cada cual con el suyo. En materias de fondo, por ejemplo, la prórroga del Frente Nacional, la interpretación del artículo 120 de la Constitución sobre la paridad administrativa hasta 1978, la urgencia de apuntalar contra la historia el sistema con todos sus horrores, en eso, no existe ni hubo nunca discrepancias, salvo los distanciamientos planteados por el llero-lopismo en 1972. Pero se trataba de una simple y pasajera treta electoral para derrotar a la otra ala liberal, el turbayismo. Pronto se comprobó que tanto Lleras como López aspiraban a la candidatura presidencial con el solemne y voluntario compromiso de gobernar paritariamente con el conservatismo en el más puro olor frentenacionalista. En el caso de Lleras Restrepo, éste se extralimitó tanto en su defensa de los pactos, del entendimiento, del programa único, del candidato único, de la prórroga del bipartidismo, que terminó decapitándose.

La convención liberal de junio candidatizó a Alfonso López y la convención conservadora de septiembre candidatizará a Álvaro Gómez, ambos hijos de presidentes, como corresponde a los dinásticos partidos dominantes de un país semifeudal. Alrededor de estos nombres se han aglutinado la casi totalidad de los efectivos de los partidos oligárquicos. Los dos candidatos ya han hecho público el convenio de que inmediatamente después de las elecciones, sea cual fuere el vencedor, se concretará la coalición conforme a la Constitución, ejercerán el Poder conjuntamente y continuarán la obra de los Lleras, Valencia y Pastrana. Trabajarán separados para un mismo fin. Gómez inspira confianza a los grupos más reaccionarios, confesionales y entreguistas del conservatismo y el liberalismo y con los cuales el candidato liberal tiene antecedentes que aclarar. Comprendiendo que su triunfo depende del apoyo de esas fuerzas, Alfonso López se ve obligado a respaldar con más veras que el candidato conservador todas las exigencias del imperialismo yanqui, la gran burguesía y los grandes terratenientes. La lucha entre los candidatos de los dos partidos gobernantes es el pugilato de quién será más obsequioso con los ricos y con los pobres más cicatero, ruin y despiadado.

Las fuerzas revolucionarias tendrán que desplegar un gran esfuerzo, rechazar con todas las energías la estrategia de la reacción de prolongar el Frente Nacional y desenmascarar esa trapisonda. Hay que poner en la picota a los dos “delfines”. Las condiciones son excelentes para abrirles los ojos a muchos colombianos y mostrarle al país que sí existe una verdadera alternativa de cambio revolucionario. Después de soportar los cuatro últimos gobiernos, el pueblo no desea por ningún motivo seguir viviendo bajo un régimen que tantos dolores, sufrimientos y angustias le ha costado. Un frente de distintos movimientos y partidos con una definida orientación nacional y democrática, podrá encauzar la indignación de las masas y dar una batalla de importancia en las elecciones de 1974 contra la alianza liberal-conservadora.

6. La Anapo ha llegado a un punto álgido de desmoronamiento

Desde su triunfo electoral de 1970, desconocido por el gobierno mediante el fraude y la fuerza, la Anapo viene en un proceso de descomposición. En las elecciones de 1972 se ubicó muy por debajo de cualquiera de los dos partidos tradicionales. Hasta hoy ese proceso se ha acelerado. La Anapo registra desgajamientos hacia la derecha y hacia la izquierda. Un número no despreciable de parlamentarios anapistas liberales y conservadores han regresado a sus antiguas guaridas. Otros de los más esclarecidos y consecuentes de sus jefes, decididos a continuar batallando al servicio del pueblo y de Colombia, han conformado una nueva organización política: el Movimiento Amplio Colombiano (MAC). Parece que la Anapo cumplió ya con su papel histórico, o no cumplió

papel histórico alguno porque se redujo a capitalizar el infortunio popular para convertirse en la “leal oposición de su majestad”. El general Rojas atacó a los cabecillas del Frente Nacional con los que había caído en desgracia, pero en forma oportunista contemporizó siempre con las dos más grandes tragedias nacionales, la opresión extranjera y el semifeudalismo. Esa doble posición de la dirección, su vacilación, en el fondo traidora a las masas, su oportunismo, fueron determinando la heterogénea composición de la Anapo, su momentáneo crecimiento y el posterior desenlace.

Por un lado, la Anapo se nutrió de un núcleo de dirigentes populares sinceros y de gente común anhelante de un vuelco en la situación, sin saber exactamente cuál y cómo. Estos constituyeron la izquierda de la Anapo. Por el otro, fueron llegando círculos de politiqueros arribistas cuyas aspiraciones personales no tenían cabida por varios motivos en los partidos tradicionales y de personas extraídas o con vínculos al gran capital y a los terratenientes, pero marginados del control de los organismos claves del Estado. Estos círculos constituyeron la derecha de la Anapo, tomaron su mando y le imprimieron su política de oposición respetuosa del sistema.

Llegada la hora de partir cobijas los sectores más avanzados y progresistas de la izquierda anapista, convencidos de la inutilidad de seguir en un partido cuya dirección despótica conciliaba con el enemigo, resolvieron declararse en franca rebeldía y crear el MAC o pasar a militar en otros movimientos revolucionarios. Los sectores recalcitrantes de la derecha, al ver a la Anapo en peligro de irse a pique, la han abandonado y se han acogido a la amnistía de Gómez y López, quienes hicieron un llamado a los desertores del conservatismo y el liberalismo, para que se reincorporaran a los viejos partidos y colaboraran en sus campañas presidenciales.

La Anapo continúa siendo escenario de lucha entre sus dos alas, notablemente mermadas. Las fuerzas revolucionarias deben tratar de influenciar a los sectores de izquierda que aún quedan en la Anapo y ganarlos para una posición realmente antiimperialista y antioligárquica. El fracaso del “tercer partido” abre claras perspectivas para que una fuerza revolucionaria verdadera ocupe tanto cuantitativa como cualitativamente el puesto de principal contradictor de la política oficial. Debemos atrevernos audazmente a ocupar ese puesto. Las fuerzas revolucionarias tienen la obligación de contribuir a que amplias masas salgan de la “leal oposición de su majestad” y pasen a militar en una política revolucionaria no solo contra el títere de turno sino contra las clases que lo sustentan, no únicamente por reivindicaciones y reformas, sino por la reivindicación fundamental de transformar revolucionariamente la sociedad entera.

7. El MOIR se ha ido convirtiendo en una fuerza política de envergadura nacional

Surgido al fragor de las luchas revolucionarias de una época especialmente convulsionada, progresa apoyándose en sus recursos y en los recursos de las masas populares. En la labor de impulsar en Colombia la construcción de un partido proletario, la nueva organización ha tenido que librar una aguerrida lucha contra el economismo, el gremialismo y las demás formas del oportunismo de derecha, que durante décadas ha hecho de las suyas en el seno del movimiento obrero colombiano. Igualmente ha combatido al oportunismo de “izquierda”, tan ruidoso en los últimos tiempos y tan perjudicial a la estrategia y a la táctica obreras. La misión de clase del MOIR es lograr que el proletariado colombiano, como el proletariado de otras latitudes, erguido sobre sus propios pies y encabezado por su propio partido, encarne las necesidades y esperanzas del pueblo y lo conduzca en procura de una república nueva, independiente y democrática en marcha al socialismo. Enmendando errores y esforzándose por interpretar y aplicar correctamente el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung a la situación fluctuante del país, el MOIR ha obtenido sus primeras victorias. De unos cuantos militantes relegados a dos o tres ciudades nos hemos multiplicado en miles de combatientes destacados en casi todos los departamentos. Aunque nuestro trabajo se ha concentrado en la clase obrera, nos hemos vinculado en mayor o menor grado a los campesinos, estudiantes, profesionales, artistas, según el desigual desarrollo de la revolución en los diferentes lugares.

Representamos un movimiento del cual esperan una orientación responsable y valerosa una gran cantidad de fuerzas revolucionarias y personas sin partido. Sin embargo, nos queda mucho por andar. Hemos dado apenas el primer paso de una gran marcha de mil leguas. Si comparamos lo que éramos hace algunos años con lo que somos hoy, podemos afirmar que hemos avanzado considerablemente. Pero si miramos el porvenir en lugar del pasado y comparamos nuestras fuerzas con la magnitud de las tareas de la revolución nos veremos obligados a admitir, de no ser ilusos, que hemos avanzado poco. Los 19 mil votos depositados por el MOIR y sus aliados en las elecciones del 16 de abril son un índice aproximado de nuestro justo desarrollo e influencia. Un año y pico después somos algo más fuertes. No obstante, con miles de seguidores no se corona una revolución. Necesitamos organizar y movilizar a millones de seres para aplastar la reacción y despejarle a Colombia un panorama de ventura y de progreso.

Nuestro principal problema es llegar a más vastos sectores populares, ampliar la influencia en las masas. Hay factores positivos que debemos tener en cuenta: la actual crisis económica y política del régimen, el creciente descontento del pueblo y la proliferación de sus luchas. Hay factores negativos que también,

debemos analizar: la violenta persecución a que están sometidas nuestras fuerzas por parte del gobierno y el cerco que, desde nuestro nacimiento, nos han tendido tanto los enemigos principales como los secundarios, con el fin de apartarnos de las masas y exterminarnos. Nuestro futuro inmediato depende de la manera como tratemos estos dos factores. Para aprovechar los primeros y superar los segundos, el MOIR no tiene disyuntiva distinta de la de aplicar una política que le permita ganar el mayor número posible de amigos y concentrar los ataques en los enemigos principales. Esa política es la esbozada por nuestro Partido, la política de Unidad y Combate.

8. El rumbo de los acontecimientos reclama un frente electoral de izquierda

En el desarrollo de esta tarea ha sido determinante la activa agitación adelantada desde hace casi un año en todo el territorio colombiano por la Unión Nacional de Oposición, fundada por el Partido Comunista y el Movimiento Amplio Colombiano. El Segundo Encuentro de la UNO, efectuado en el mes de marzo pasado, reiteró en su Plataforma Mínima de nueve puntos los lineamientos generales de un programa electoral nacional y democrático y autorizó a sus directivas para convocar la convención que habrá de escoger su candidato presidencial. El MAC proclamó la candidatura del senador Hernando Echeverri Mejía con el propósito de someterla luego a la consideración de la convención de la UNO. Esta candidatura clarificó mucho la situación para varios sectores revolucionarios y contribuyó al ingreso formal del MOIR a la UNO. A pesar de haberse logrado en el transcurso de reiteradas reuniones con el Partido Comunista y el Movimiento Amplio Colombiano entendimientos sobre los postulados básicos de una plataforma electoral de izquierda y sobre los principios de democracia interna y funcionamiento de la UNO, el MOIR venía postergando su ingreso debido a las imprecisiones en cuanto a la cuestión del candidato único de la izquierda.

Es de público conocimiento que el Partido Comunista sigue perseverando a través de sus declaraciones oficiales, de manera explícita o implícita en propiciar un pacto con la Anapo. El Partido Comunista se quejaba de que la Alianza Nacional Popular, a comienzos del año, hubiese lanzado la candidatura del General como “una imposición sobre los grupos de la Oposición”, porque *“Los comunistas hemos dicho en varias ocasiones que no podemos votar por el señor Gustavo Rojas Pinilla”*¹, pero cuidándose de dejar las puertas abiertas para el acuerdo si la Anapo cambiaba de candidato. Candidato que sería controlado en todas formas por el General y los grupos reaccionarios que éste representa. No hay fundamento alguno para pensar que la izquierda anapista, visiblemente minoritaria y preocupada en otras cosas, esté dispuesta y en condiciones de darle un vuelco de tal proporción a su

partido que, además de destituir al jefe supremo y a su grupo, llame a los movimientos revolucionarios a lanzar conjuntamente, alrededor de un programa antiimperialista y antioligárquico, un candidato unitario. Gilberto Vieira, secretario del Partido Comunista, nos da una prueba de sus afanes por acercarse a la Anapo o acercarse a ella, en un artículo suyo publicado recientemente en *Voz Proletaria* y en el que dice: “*Algunos sectores anapistas sin sinúansor presas en materia de candidaturas presidenciales y María Eugenia ha presentado un interesante programa de doce puntos, que podría ser base de discusión para los demás sectores opositores*”². El MOIR, por su parte, ha explicado también públicamente cómo en las condiciones actuales no hay posibilidad de acuerdo con la dirección anapista, a no ser que se quiera dejar escapar la oportunidad de hacer una campaña electoral unificada de izquierda, esclarecedora, que le señale al pueblo un camino, una alternativa realmente distinta a la de la alianza burgués-terrateniente proimperialista. No rechazamos el ala izquierda de Anapo; por el contrario, con esta orientación estamos estimulando a sus sectores más progresistas a que asuman una posición consecuente, como en realidad lo están haciendo centenares de anapistas que en todo el país han cerrado filas con la UNO.

La suerte está echada. Los viejos partidos postularon a los vástagos de dos casas de abolengo que copan entre ambas medio siglo de oprobios. En las toldas anapistas, la candidatura de María Eugenia acaba de ser proclamada por su progenitor, el ex presidente Rojas Pinilla; y familia que lanza candidato unida permanece unida. A la izquierda le incumbe, convenidos los lineamientos básicos de su plataforma electoral, escoger como candidato presidencial a la persona que la pueda aglutinar lo más ampliamente posible, que le permita desarrollar una actividad revolucionaria entre las masas, que le dé garantías fundamentales de honestidad y lealtad con la plataforma aprobada y que sea un factor de respeto a la democracia dentro del frente electoral de izquierda. Creemos que Hernando Echeverri Mejía llena estos requisitos. El MOIR anunció que depositará su voto por él en la próxima convención de septiembre para candidato de la Unión Nacional de Oposición.

9. La bancarrota de las camarillas de UTC y CTC es inatajable

La política reaccionaria de manipulación del movimiento sindical colombiano por medio de las centrales UTC y CTC ha entrado en una crisis sin precedentes. La copa se ha rebosado. El proletariado no quiere soportar más los engaños y las traiciones de una aristocracia obrera, minúscula y ridícula, que recibe cánchales y ministerios traficando con los intereses sagrados para una clase productora de riqueza y condenada, al hambre. Las más recientes determinaciones de las directivas de UTC y CTC han provocado la tormenta. El 20 de marzo de 1972, en los despachos del antiguo Palacio de San Carlos y con la anuencia y tutoría del

señor presidente, los esquiroleros de UTC y CTC informaron al país la decisión de propiciar la fusión de las dos centrales patronales. Fue como el anuncio de un nuevo período de mayores entregas, villanías y crímenes en su largo y macabro historial de vendeobrereros.

La CTC viene respaldando el proyecto de recorte de los días festivos, que cursa en el Congreso, presentado por el gobierno y patrocinado por la ANDI, cuyas repercusiones serán la mengua de la remuneración y del descanso de los trabajadores en beneficio de los grandes capitales. La UTC celebró con aplausos el arbitrario decreto 098 creador de los Fondos Regionales con las cesantías de los asalariados. Conjuntamente la UTC y CTC intrigan ante las máximas autoridades para que se constituya un “Banco Obrero” con aportes de los Fondos Regionales y con las cuentas corrientes de los sindicatos. Este contrasentido es una dádiva, una recompensa, un pago que ya les prometió a las camarillas el Ministro del Trabajo. El “Banco Obrero”, que de tal no tendrá sino los dineros robados a la clase obrera, busca afianzar el poder destartado de las centrales patronales, que podrían ejercer chantaje y coacción mediante el uso de ese instrumento de control sobre los fondos sindicales.

El señor Tulio Cuevas y su pequeña corte han llegado al extremo de respaldar la candidatura de Alvaro Gómez con el cínico argumento de que en sus programas están contempladas las peticiones de los trabajadores. Hechos como estos, además de destapar la podredumbre y degeneración de la dirección utecista, prueban el grado de influencia, de inspección, la relación de dominio absoluto del gobierno sobre las centrales patronales y la forma como la coalición gobernante le saca el jugo político. Lo mismo hicieron los dirigentes de la CTC, lopistas confesos.

A esta cadena de fechorías se le agregan otros eslabones. Ante el naufragio inminente las directivas de la UTC y CTC han echado mano del anticomunismo y del macartismo como tabla de salvación, han expulsado sindicatos enteros, han complotado con las empresas los despidos de los dirigentes obreros y con las oficinas del trabajo la ilegalización de las huelgas y de las organizaciones sindicales. Pero estas acciones no las han sacado de las dificultades. Por el contrario, desatan la ira redoblada de las masas trabajadoras. Muchas de sus federaciones han expresado el completo desacuerdo con tales proceder. Decenas de sus sindicatos se les desafiliaron en los últimos meses y pasaron a las filas del sindicalismo independiente. Brotes de división como los de Utran en Antioquia amenazan a sus principales federaciones regionales. La hegemonía de la UTC y CTC sobre la mayoría del movimiento sindical colombiano es cosa del pasado. Su estabilidad, su autoridad, su poderío, están minados por la base. Se configura una situación especialmente favorable para las fuerzas independientes y revolucionarias de la

clase obrera. Ha quedado aplastada por el peso de los acontecimientos la falsa teoría de que la conciliación con Cuevas y Mercado conduciría a la unidad de la clase obrera colombiana. Las condiciones están dadas para que los sectores independientes y revolucionarios del movimiento sindical colombiano reagrupen sus fuerzas, todas sus fuerzas, y preparen organizada, correcta y efectivamente el asalto a la fortaleza contraria, ahora que la crisis debilita los alientos y corroe la moral de sus enemigos.

10. Arrolladoramente avanza la política revolucionaria de unidad de la clase obrera

Los obreros de todo el país, recurriendo a las más variadas formas de expresión, burlando las prohibiciones oficiales, en sus boletines, en sus mítines, en sus manifestaciones públicas, en sus huelgas y paros, por intermedio de las luchas internas de sus organizaciones, con sus encuentros, han manifestado su inquebrantable decisión de combatir hasta conseguir un sindicalismo de clase, que responda a sus necesidades y se ponga a su servicio y al servicio de las masas populares. El sector más organizado del pueblo colombiano es la clase obrera y lleva desde su nacimiento más de 70 años luchando incansablemente contra el imperialismo, la gran burguesía y los grandes terratenientes. Sin embargo, sus luchas no han sido más efectivas porque carecen de una organización gremial nacional que las coordine, las respalde y las vincule a las luchas de todo el pueblo. De esta irregularidad han tomado conciencia no solamente los marxista-leninistas y los elementos avanzados del proletariado colombiano, sino vastos sectores de las bases obreras. Estamos frente a un nuevo despertar del proletariado colombiano que presagia extensas y más profundas batallas revolucionarias en Colombia. Entre sus grandes objetivos se destaca como paso previo la conquista de una central obrera que acoja a todos los sindicatos y federaciones independientes, es decir, que no sean filiales de las centrales patronales. Una central amplia y fuerte de ese tipo apresuraría la radicalización del movimiento sindical y el debilitamiento de la UTC y CTC, hasta lograr a la postre, como uno de los frutos de la lucha revolucionaria del pueblo, la creación de la central única de los trabajadores colombianos.

El Partido Comunista interpreta justamente la situación y contribuye a la política de la unidad de la clase obrera colombiana cuando pide que se debata sobre “el estudio de un nuevo reagrupamiento de todas las fuerzas sindicales que no se hallan vinculadas a ninguna de las centrales sindicales que culmine en un congreso del cual nazca, si es el caso, una nueva central de trabajadores, que aglutine el mayor número de sindicatos y federaciones” (3). Este debate se ha venido dando a través de los encuentros sindicales organizados por la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC), sus federaciones regionales y

demás agrupaciones sindicales independientes, y, dentro de estas últimas con el más cálido entusiasmo, por las que reciben orientación del MOIR.

Los encuentros sindicales del Valle, Santander, Cundinamarca, Meta, Boyacá, Nariño, Antioquia y de otros departamentos que congregaron a delegados de varios centenares de organizaciones sindicales, se han pronunciado invariablemente a favor de la política revolucionaria de unidad de la clase obrera, señalando al imperialismo yanqui y sus aliados como los principales enemigos del pueblo y la nación colombiana y como los responsables de la división del movimiento sindical colombiano, planificando acciones unitarias en defensa de los derechos democráticos de los trabajadores y del resto de las masas populares, enarbolando el principio fundamental de la alianza obrero-campesina, apoyando sin distinción las luchas revolucionarias y proponiendo la convocatoria de un encuentro nacional obrero que demarque los mojones de la central obrera independiente. Los encuentros obreros regionales en lo que va corrido de este año demuestran el alto desarrollo de la conciencia y de las luchas del proletariado colombiano. La CSTC ha estimulado ese desarrollo y ha expresado acertadamente en su órgano *Unidad Sindical*: “La actual directiva de la CSTC es la más interesada en la realización del Encuentro (Nacional Obrero) y en lograr la unificación del movimiento obrero en torno a una central más amplia, más poderosa, más influyente en la vida política nacional”.

Quienes desde posiciones oportunistas de derecha o de “izquierda” se atreven temerariamente a formular reparos al proceso unitario que vive la clase obrera colombiana, son reprendidos enérgicamente por los trabajadores. Pequeños y grandes afluentes desembocan en el indomeñable y proceloso torrente de la causa obrera. El Primero de Mayo más de un centenar de miles de asalariados, de compañeras y compañeros revolucionarios, con motivo de la fiesta universal del proletariado, salieron a las calles de la Capital, y del resto de ciudades del país a testimoniar su perentorio y alegre respaldo a la política unitaria de la clase obrera colombiana. La unidad revolucionaria de la clase obrera ha dejado de ser en Colombia la quimera de unos cuantos soñadores; hoy es una bandera roja victoriosa empuñada por multitudes de combatientes de carne y hueso.

11. Las masas adelantan en sus luchas y en la proyección y defensa de sus organizaciones

Durante los tres años de gobierno de Misael Pastrana Borrero los obreros no son los únicos que registran auges en sus luchas y en su organización. En este período las otras clases revolucionarias también han aumentado el número y la calidad de sus batallas contra el régimen y desde el punto de vista organizativo han obtenido importantes logros. El campesinado colombiano se ha rebelado contra la clase terrateniente. Las invasiones de las grandes fincas son un rechazo categórico a la reforma agraria imperialista, proterrateniente y la confirmación

de que los campesinos toman como asunto suyo la transformación revolucionaria del campo. Una buena cantidad de invasiones ha salido triunfante. Aunque en la mayoría de ellas los campesinos invasores han sido desalojados por la fuerza pública, las invasiones son de todos modos una propaganda, una lección, una escuela viva de la revolución agraria, cuyo fundamento es la eliminación de la explotación terrateniente, mediante la confiscación de la tierra de los grandes señores y su reparto entre los campesinos que la trabajan. La revolución agraria quiebra el poder de la clase terrateniente y a la vez hiere de muerte al imperialismo y a la gran burguesía. Las luchas del campesinado hacen parte esencial por eso de la revolución nacional y democrática del pueblo colombiano.

Uno de los triunfos de las movilizaciones campesinas es el estruendoso fracaso de los funcionarios del Ministerio de Agricultura y del Incora en su empeño de crear y mantener una organización campesina de bolsillo. Los campesinos proyectan sus propias organizaciones independientes del tutelaje oficial y buscan el apoyo en las fuerzas revolucionarias.

Los estudiantes sostienen el movimiento juvenil más importante de nuestra historia. Son prácticamente tres años de constante lucha a favor de una cultura nacional y científica que sirva a las masas populares, y en defensa de derechos democráticos sustanciales. Las luchas de los maestros de las escuelas públicas y de los profesores de los colegios y universidades hacen causa común con las luchas del estudiantado colombiano. La importancia histórica del actual movimiento estudiantil radica en su desarrollo consciente, en su elevado nivel político, en su contenido nacional y democrático. Es un movimiento que apunta contra la dominación del imperialismo norteamericano y sus testaferros colombianos, que se solidariza con todas las luchas revolucionarias y que hace eco a las fundamentales exigencias del pueblo y de la nación colombiana. Es un destacamento de primera fila en la revolución. El terror impuesto en las universidades y demás planteles educativos, así como el debilitamiento de la educación pública en beneficio de la privada, no han acallado al estudiantado. Cuando parece que el movimiento estudiantil ha sido sometido, resurge con renovado brío, no solo en las principales ciudades, sino en la provincia colombiana.

La Juventud Patriótica y otras organizaciones juveniles revolucionarias vienen agitando, como una labor prioritaria del movimiento estudiantil, la consigna de la creación de una organización universitaria nacional.

A su turno, hondas repercusiones en el país han dejado las enérgicas batallas de los profesionales, los paros cívicos y las protestas de las gentes de los municipios apartados y de los barrios pobres de las ciudades, las luchas y reclamos de las minorías indígenas nacionales, las denuncias valientes y patrióticas de los intelectuales y escritores, el movimiento artístico revolucionario. Todos,

esos, combates, levantamientos, motines, “desórdenes”, qué tienen su raíz en la situación, de explotación y dominación a que se halla abocada la sociedad colombiana, aumentarán su magnitud, serán más frecuentes, se apoyarán estrechamente entre sí hasta lograr las proporciones de una situación revolucionaria en la cual, según la expresión de Lenin, *“Los ‘de abajo’ no quieren y los ‘de arriba’ no pueden seguir viviendo a la antigua”*. Al orden del día están las tareas de la revolución. El papel de los verdaderos revolucionarios no se limita a observar las turbulencias sociales ni a disertar sobre las vertiginosas mutaciones de los acontecimientos. Quienes quieran participar de verdad en la revolución y especialmente los marxista-leninistas, los comunistas, deben apoyar todas las luchas revolucionarias del pueblo, alentarlas, organizarlas, encarrilarlas y cifrar sus esperanzas del gran cambio que reclama Colombia, no en los “progresos” constitucionales de la “democracia”, sino en la fuerza organizada e insurrecta de las masas.

Jamás debemos perder de vista que la revolución depende en última instancia de la alianza obrero-campesina. La insurgencia de los campesinos, sus luchas democráticas y nacionales, su contribución al progreso, hacen de ellos en la Colombia actual la principal fuerza de la revolución. La conciencia de los obreros, su ideología invencible, el marxismo-leninismo-pensamiento, Mao Tsetung, el espíritu internacionalista de sus luchas, su partido, erigen a la clase obrera en factor fundamental de dirección de la revolución. Sobre la base de la alianza obrero-campesina se levantará el frente único de todas las clases revolucionarias que, bajo la dirección proletaria, expulsará a los imperialistas del suelo colombiano, aplastará a los vendepatrias y creará una república democrática y soberana.

12. La situación mundial entraña contradicciones insuperables para la reacción y marcha hacia la revolución

El ascenso vertiginoso del imperialismo norteamericano, iniciado principalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial y que se caracteriza por su extensión a todo el planeta, sojuzgando pueblos y pisoteando naciones, llegó ya a su punto culminante y empezó su eclipse. El imperialismo norteamericano ha entrado en un período de retroceso y de crecientes dificultades. Los imperialismos de las superpotencias, los europeos y el japonés, compiten entre sí en los mercados mundiales y se disputan influencias en las colonias y neocolonias. En permanente avance, el movimiento de liberación nacional de los pueblos de Asia, África y América Latina ha obtenido resonantes triunfos y propinado golpes demoledores a la opresión extranjera. El proletariado mundial, dirigido por el movimiento comunista internacional, a cuya cabeza están el Partido Comunista de China y el camarada Mao Tsetung, reagrupa fuerzas, arrecia sus combates

contra el imperialismo y el revisionismo y apoya en estrecha amistad las revoluciones liberadoras de las colonias y neocolonias. Estos son los rasgos destacados de la situación mundial, las contradicciones fundamentales que la distinguen y le imprimen su rumbo. Vivimos un período nuevo de la época en que, como dice en el proyecto de nuestro programa, *“el imperialismo se precipita hacia la ruina total y el socialismo avanza hacia la victoria en el mundo entero”*. Es la época de la revolución socialista mundial inaugurada por la gloriosa Revolución Socialista de Rusia. Este es un período de especial avance de la revolución, mientras la reacción se hunde en un pantano pestilente de problemas insolubles.

Nuevas y brillantes victorias alcanzan los pueblos de la península indochina en su guerra de liberación. El pueblo vietnamita derrotó a los Estados Unidos, los obligó a tocar vergonzosamente a retirada y a firmar la paz. En Camboya las tropas revolucionarias tienen sitiada en la propia capital a la pandilla títere de Lon Nol y los Estados Unidos no pueden hacer prácticamente nada para salvarla. El pueblo laosiano ha liberado la mayor parte de su territorio. Estos triunfos contundentes de Vietnam, Laos y Camboya le están recordando al mundo que el poder de los Estados Unidos no es invencible, que un país, por pequeño y débil que sea, es capaz de derrotar un país grande y poderoso cuando, en defensa de su soberanía y libertad, su pueblo se decide a empuñar las armas en una guerra justa. Crece la lucha de los pueblos africanos, de los pueblos árabes y en especial la del pueblo palestino en defensa de sus riquezas y liberación.

En Latinoamérica también explota el temporal revolucionario. Desde la victoria de la Revolución Cubana se ha agigantado en todo el continente el movimiento antiyanqui. Los pueblos latinoamericanos pelean por la nacionalización de los grandes monopolios y la independencia económica y política de sus países, reclaman las 200 millas de mar territorial, respaldan las batallas de los panameños en defensa de su soberanía, sobre la zona del Canal, exigen de las grandes potencias un tratamiento equitativo para sus exportaciones. Todas estas luchas tienen un blanco principal: el imperialismo yanqui, y hermanan a los pueblos latinoamericanos. Son escaladas de la revolución continental antimperialista.

Exitosos logros conquistan los países socialistas en su construcción económica y en su política, entre esos se destacan los enormes adelantos de la República Popular China. La política imperialista de bloquear y aislar a China ha sido agrietada por la lucha del pueblo chino y los pueblos revolucionarios del mundo. Una inmensa cantidad de países reconocen hoy a la China socialista como la única y legítima representante de los 800 millones de seres del pueblo chino, y a Taiwan como parte inalienable de su territorio, incluyendo el obligado reconocimiento que le tuvieron que otorgar los países imperialistas en las Naciones Unidas.

Tanto la situación mundial como la situación latinoamericana en particular es ampliamente favorable para la revolución colombiana. Nuestra revolución en la etapa actual es una revolución nacional y democrática, de nueva democracia, contra el imperialismo yanqui y sus aliados nacionales e internacionales y forma parte de la revolución socialista mundial. Los triunfos del socialismo debilitan al enemigo común y nos favorecen y a la vez los triunfos de la revolución colombiana y de las otras revoluciones de las colonias y neocolonias favorecen la marcha luminosa del socialismo. Las dificultades del movimiento revolucionario mundial son transitorias. El imperialismo y la reacción, junto con sus íntimos aliados, el oportunismo y el revisionismo contemporáneo, serán barridos de la faz de la tierra. El pueblo y el proletariado colombianos cooperan en estas grandes tareas revolucionarias internacionalistas y cooperarán aún más con la victoria de su revolución democrática y con el paso subsiguiente al socialismo.

Una campaña electoral unificada de izquierda

Ante todo, es indispensable comprender que cualquier compromiso político significa que dos o más partidos resuelven conceder en un momento dado algunas de sus propias exigencias a favor de aquellas en las cuales coinciden. Una campaña electoral unificada de izquierda es el compromiso político de un grupo de organizaciones partidistas alrededor de una plataforma programática revolucionaria con el fin de participar conjuntamente en la lucha electoral. ¿Qué concesión hacen estas organizaciones? La de limitarse a la plataforma aprobada de común acuerdo. ¿Qué ventajas obtienen? Las que se desprenden de la unión de fuerzas. Durante la campaña electoral, el MOIR y las otras organizaciones del frente electoral de izquierda nos abstendremos de tocar determinados puntos de nuestros respectivos programas que nos separan y enfrentan. Agitaremos solo las reivindicaciones que nos permitan concentrar el ataque contra los enemigos principales, única forma de llegar a aliarnos. Dejando de hacer algunas cosas podremos hacer otras. Echamos un pie atrás para saltar hacia adelante. Cedemos pero ganamos.

¿Cuáles son los enemigos principales? Los mismos del pueblo y la nación colombiana: el imperialismo yanqui y sus lacayos, la gran burguesía y los grandes terratenientes; o sea, la coalición burgués-terrateniente proimperialista que detenta el Poder y cuya expresión política es la alianza liberal-conservadora. Los dos partidos oligárquicos lanzaron sus candidatos con el programa de prolongar el Frente Nacional. Sus idénticos propósitos tienden a mantener indefinidamente a Colombia como una neocolonia de los Estados Unidos y al pueblo colombiano explotado y oprimido por el imperialismo yanqui, la gran burguesía y los grandes terratenientes. El programa de un frente electoral de izquierda tendrá que ser

diametralmente lo contrario, exigirá la independencia integral de Colombia y la supresión definitiva de la explotación y opresión del imperialismo y sus aliados sobre nuestro pueblo. No se trata de un acuerdo cualquiera. Vamos a agitar en la campaña electoral una plataforma programática que contenga las reivindicaciones fundamentales y más urgentes del pueblo y la nación colombiana. No existe otra forma de concentrar los ataques contra los enemigos principales ni de dar una batalla que valga la pena en las próximas elecciones contra la alianza liberal-conservadora. Esta es la táctica de las fuerzas revolucionarias, la que contribuirá a nuestro avance.

Sin embargo, aparecen desviaciones de derecha y de “izquierda,” que interfieren la aplicación de una táctica revolucionaria correcta para las próximas elecciones. Ambas redundan en beneficios para la coalición oligárquica y ahondan las divergencias entre los partidos y movimientos susceptibles de engrosar el frente electoral de izquierda. Los portadores de la desviación de derecha insinúan que lo importante es abarcar a todas las fuerzas de la oposición, así sea al precio de aceptar un programa “amplio”, impreciso y difuso, como fórmula expedita para llegar a acuerdo con la Anapo o adherir sin condición alguna al candidato anapista. Estas personas desconfían de la capacidad de lucha de un frente electoral pequeño, aunque armado de una política revolucionaria; renuncian por temor a la batalla en pro de una verdadera alternativa popular; confunden las condiciones de 1970 con las que se presentarán en 1974; no quieren apoyarse en la experiencia de las masas ni ayudarlas a avanzar, lo juegan todo a la carta de un socialismo presidenciable y “a la colombiana”. La dimensión del frente electoral de izquierda depende del real desarrollo de las fuerzas revolucionarias y su crecimiento no puede fincarse en las “ampliaciones” a su orientación y a su plataforma. No vamos a discutir si esta estratagema después de muchas “ampliaciones” y diversas súplicas conduzca a que la Anapo participe en la UNO, o a que la UNO se diluya en la Anapo, si eso es lo que se busca. Pero estamos absolutamente convencidos de que en la actualidad ese no es el camino para ganar vastos sectores de masas, organizarlos, educarlos y movilizarlos hacia las luchas revolucionarias; es un callejón sin salida en cuya penumbra resultará muy difícil distinguir entre lo correcto y lo erróneo, entre la posición consecuente y la oportunista, entre la revolución y la reacción. Una cosa es que la Anapo no sea el blanco de nuestro ataque y otra cosa es que lo embrollemos todo de manera que terminemos por nuestra propia cuenta amarrados e impedidos para jalonar la izquierda. El momento no está para lamentarnos por lo que haga o no haga el general Rojas. La ampliación del frente electoral de izquierda estriba en llegar a las masas populares con una política nacional y democrática, coherente y

clara. Tres pautas definen esta política: concentrar el ataque contra la alianza liberal-conservadora; criticar las vacilaciones y el manzanillismo de la Anapo, estimulando a la vez a sus sectores de izquierda para que asuman una posición consecuentemente antiimperialista y antioligárquica, y estrechar los vínculos entre los partidos y movimientos políticos de envergadura nacional y regional que estén resueltos a abanderar la alternativa revolucionaria, los cuales, dispersos y enfrentados, no tienen mayor iniciativa, pero que, aliados, acumulan una fuerza de consideración.

La desviación de “izquierda” consiste en impugnar cualquier compromiso necesario para la conformación del frente electoral. Los defensores de este criterio raciocinan más o menos así: no debemos ceder uno solo de nuestros puntos programáticos ni estamos obligados a pactar la paz con quienes nos han combatido en el pasado; si no conseguimos aliados, no interesa, nosotros solos podremos adelantar la campaña electoral contra el Frente Nacional, contra la Anapo, contra el Partido Comunista y demás fuerzas que se nos enfrenten. Ahora si esto no es posible, decretaremos de nuevo la abstención, y sanseacabó el problema. Estos compañeros no tienen en cuenta la actual correlación de fuerzas; piensan que basta con el entusiasmo y los deseos sinceros de unos cuantos miles de revolucionarios para producir de la noche a la mañana cambios de situación que no hemos logrado en años de tenaz y abnegado batallar; desprecian la urgencia que tienen las fuerzas revolucionarias de romper el cerco y ganar amigos; no distinguen entre los enemigos principales, las fuerzas intermedias y los aliados; olvidan en el fondo la naturaleza neocolonial y semifeudal de la sociedad colombiana y el carácter democrático de la actual etapa de nuestra revolución. El retorno a la abstención es la infantil invitación a que volvamos a enterrar como el avestruz la cabeza en la tierra y nos desentendamos de todo cuanto acontece a nuestro alrededor. Las elecciones y su utilización están determinadas por las actuales contradicciones políticas de Colombia, por la influencia que mantiene la reacción oligárquica en importantes sectores populares, por el desarrollo aún incipiente de la revolución.

Aprovechemos con decisión la campaña electoral para combatir a la reacción e ir a las más amplias masas con una política revolucionaria que eduque y oriente. Si tenemos prisa de llegar a otras batallas verdaderamente revolucionarias y en las que participen millones de hombres y mujeres, no podemos prescindir de esta lucha. Para ello procuremos las mejores condiciones, las más favorables, y estas son las que nos proporciona un frente electoral de izquierda, integrado por el mayor número de organizaciones posible, sin renunciar al ataque frontal contra los enemigos principales del pueblo colombiano, con lo cual traicionaríamos la revolución.

La concreción de un frente electoral de la índole que hemos señalado está pendiente de la victoria tanto sobre las desviaciones de derecha como de “izquierda”. A diferencia de otras tareas de las fuerzas revolucionarias, ésta es a término fijo y concluye, como es lógico, el día de las elecciones. Jamás fue más exacto agregar que lucharemos hasta el último día, de manera constante y enérgica, para constituir este frente electoral de izquierda.

Ya dijimos que en las elecciones de abril de 1974, además de fijarse la composición de concejos, asambleas, Cámara y Senado, se “elegirá” el presidente de la República. Habrá que resolver la cuestión del candidato presidencial de izquierda. El Movimiento Amplio Colombiano designó a Hernando Echeverri Mejía y la próxima convención de la UNO decidirá sobre su nombre, según lo previsto por las tres organizaciones que integran la Unión Nacional de Oposición. La conveniencia de postular un candidato presidencial de izquierda ha sido estudiada, discutida y en general aceptada no porque tenga probabilidades así sean remotas de salir victorioso, sino porque la alianza electoral de izquierda necesita una cabeza visible que la represente y que con el respaldo de su candidatura aglutine la lucha y la votación a nivel nacional.

La imposibilidad de victoria de un candidato presidencial de izquierda se desprende de la correlación de fuerzas y de las reglas del juego electoral. Alfonso López y Álvaro Gómez como candidatos del régimen contabilizan a su favor el aparato estatal, la autoridad del dinero, la gran prensa, la radio, la televisión y se apoyan en las fuerzas del atraso y de la tradición bipartidista del país. Las clases explotadoras dominantes organizan y reglamentan sus elecciones y sus instituciones en tal forma que puedan perpetuarse en el poder “democrática” y “pacíficamente”. Desde los albores de la alianza burgués-terrateniente proimperialista ésta gobierna a Colombia. En 1957 con la fundación del Frente Nacional, fue elevada a categoría constitucional la gran coalición por medio de la cual se excluyó de las funciones del Estado, incluso de las de elegir y ser elegido a sus cuerpos representativos, a cualquier otro partido diferente del Liberal y Conservador. La oligarquía, para justificar la implantación de un régimen tan ignominioso como éste y que ella misma calificaba de antidemocrático, hizo la solemne promesa de que duraría únicamente dieciséis años. No obstante lo ha prolongado sin el menor empacho. En la reforma constitucional de 1968 suspendió la paridad de las corporaciones públicas y la alternación de la Presidencia de la República, pero a cambio prorrogó hasta 1978 la paridad en la rama gubernamental, es decir, continuará la Gran Coalición por cuatro años más. Bajo el imperio de esa norma constitucional se efectuarán las elecciones de 1974. El presidente Pastrana sintetiza la paradójica situación en las siguientes palabras: *“Si en las elecciones de 1974 triunfara un partido distinto al conservador o al liberal, ese partido tendría un presidente pero no obtendría el gobierno”*⁴.

Esta situación no puede ser velada ni desconocida por ninguna organización que se precie de ser un partido político. Los dirigentes del liberalismo y del conservatismo la han explicado hasta el aburrimiento. Sería insólito que cualquier partido de oposición encarara unas elecciones presidenciales ignorando tamaña prohibición que lo saca de antemano, sin importar el resultado de las urnas, no digamos del Poder, sino del ejercicio del gobierno. Y para un partido revolucionario que no está a la caza de los ministerios ni de las inspecciones de la dictadura oligárquica proimperialista, resultaría una monstruosa deslealtad a sus principios no denunciar las reformas que las clases dominantes hacen para “embellecer” y compactar su Estado. ¿Qué interés diferente al de engañar a las masas mueve a un partido, de avanzada o no, al silenciar o tergiversar el problema constitucional? Hay más: la última reforma de la Constitución complementa que el “espíritu nacional en la rama Ejecutiva y en la Administración Pública” ha de prescribirse con “carácter permanente”, e instituye de 1978 en adelante los mencionados “gobiernos nacionales”, una forma refinada de Frente Nacional, ordenando dar “participación adecuada y equitativa al partido mayoritario distinto al del Presidente de la República”. Para modificar estas disposiciones se han establecido los dos tercios de los votos de la Cámara y el Senado. No cabe duda de que el “espíritu” del régimen frentenacionalista de coalición liberal-conservadora ha sido prolongado indefinidamente. Esta fue la intención de las oligarquías en 1968 y esto fue lo que quedó consignado en la Constitución Nacional. Lo debemos indicar para alertar y educar al pueblo sin limitarnos a la cantinela de que ahora gozamos de mayores libertades políticas como fruto del levantamiento de la paridad en las corporaciones públicas y de la supresión de la alternación presidencial.

La reforma constitucional asimismo demolió las prerrogativas que aún le quedaban al Congreso, y lo ató de pies y manos al Ejecutivo. El Congreso actual de Colombia carece de iniciativa para legislar sobre ninguno de los aspectos claves económicos y sociales del país. Las leyes referentes a la banca, a los planes de desarrollo, al comercio, a la inversión pública y privada, al endeudamiento externo, al reglamento del presupuesto oficial, o son proferidas por el gobierno, o solo pueden ser tramitadas por el Congreso cuando aquel elabora los proyectos y se los presenta. Nada puede esperar el pueblo colombiano de una corporación de esas, corrompida hasta el alma, subasta de politiqueros inescrupulosos y convertida en una especie de celestina del sistema, cuyo único y verdadero sentido, razón por la cual se la mantiene abierta, es darle a Colombia la apariencia de una república democrática.

En realidad, porciones enormes de las masas populares aprendieron más por experiencia propia que por la propaganda de los partidos de avanzada a

repudiar el Parlamento y las asambleas y concejos, igualmente mutilados por la reforma de 1968. Saben que esos cuerpos petrificados, tuerca y tornillo de la actual maquinaria estatal oligárquica proimperialista, vienen funcionando bien o mal en Colombia desde hace siglo y medio y en nada han contribuido, ni ahora ni en el pasado, a remediar los sufrimientos de los desposeídos. Por el contrario, son organismos fácilmente sobornables por las clases dominantes y en los que la mayoría de electores no tiene voz ni voto. La abstención en Colombia, que ha pasado del 70% y que obedece a la despreocupación de las masas por los asuntos políticos, a su vez motivada por el grado de miseria y atraso en el que se encuentran, tiene en parte su origen también en el desgano del pueblo de votar por enésima ocasión para unas corporaciones y por unos candidatos tan alejados y opuestos a sus intereses.

Una campaña electoral de izquierda debe procurar despertar a las masas abstencionistas a la lucha política revolucionaria. Ese es uno de sus objetivos. Pero inalcanzable si se oculta, imitando a los políticos de la burguesía y de los terratenientes, la putrefacción de las corporaciones públicas vigentes. Combatimos el abstencionismo, alentado por las ilusiones pequeñoburguesas; sin embargo, no le dejamos exclusivamente a los abstencionistas la crítica del Parlamento. Participaremos en las elecciones organizadas y controladas por la oligarquía proimperialista sin perder de vista que la fuerza de ésta se basa en el aparato burocrático-militar de su Estado. No vamos a hacerles creer a las gentes que el imperialismo yanqui y sus lacayos se han sostenido en el Poder debido a la abstención y a que tradicionalmente mantuvieron la superioridad numérica en los organismos representativos, ni cosas por el estilo. Las clases explotadoras dominantes hacen elecciones o las suspenden, abren sus parlamentos o los cierran, imponen gobiernos civiles mediante votaciones o caudillos militares mediante “cuartelazos”, según, cuando y donde les convenga. Esta ha sido la historia hasta hoy de la casi totalidad de las repúblicas latinoamericanas, para no salirnos de nuestro continente, o por lo menos es la experiencia de Colombia. El Estado y sus instituciones representativas tienen su definida naturaleza de clase y son instrumentos de dominación de una determinada clase. Las clases revolucionarias no pueden esperar a que el Estado de las clases reaccionarias y sus instituciones representativas se pongan a su servicio, así aquellas consigan las mayorías en unos comicios generales. Si aspiran a emanciparse y a transformar la sociedad, las clases trabajadoras oprimidas están obligadas a construir, sobre los escombros del Estado opresor destruido revolucionariamente, su propio Estado con sus instituciones diferentes a las desaparecidas.

Entonces, ¿para qué participamos los revolucionarios colombianos en las elecciones y en el Parlamento? Aprovechamos la campaña electoral y vamos a

las corporaciones públicas con la finalidad de desenmascarar la política antipatriótica y antidemocrática del Frente Nacional y sus instituciones reaccionarias, de agitar un programa revolucionario y de apoyar las luchas de los obreros, los campesinos, los estudiantes y los demás sectores populares. Así acumularemos fuerzas. Para eso utilizan los partidos revolucionarios el sufragio en los regímenes explotadores: para acumular fuerzas. Luchamos y exigimos respeto por las libertades políticas, por los derechos de reunión y expresión de las organizaciones populares; pero a cada paso recordamos que bajo el régimen de explotación y represión, en el cual los grandes potentados internacionales y sus sirvientes criollos se hartan de riquezas a cambio del sudor y la sangre de las mayorías, y continúe el imperialismo controlando los resortes vitales de la economía y por ende se mantenga en lo fundamental intacta su influencia política, bajo este régimen, la mejor democracia del mundo es falsa; que sólo en un Estado de obreros, de campesinos y del resto del pueblo, independiente y soberano, con sus organismos representativos auténticamente democráticos, las masas podrán gozar de todos sus derechos y participar plenamente en la política. Educaremos a las clases revolucionarias en la ideología leninista de que *“la revolución debe consistir no en que la clase nueva mande y gobierne con la vieja máquina del Estado, sino que destruya esa máquina y mande, gobierne con ayuda de otra nueva... La esencia de la cuestión radica en si se mantiene la vieja máquina estatal (en la zapa por miles de hilos a la burguesía y empapada hasta el tuétano de rutina e inercia) o si se le destruye, sustituyéndola por otra nueva”*.

La unidad obrera: una política de principios

En sus luchas destinadas a frenar la ofensiva de patronos y gobierno y a conquistar dentro de la presente sociedad mejores condiciones de vida y de trabajo, la clase obrera necesita armarse de una central única. Está comprobado que debido a la dispersión y división reinantes en el sindicalismo colombiano los trabajadores se hallan sin mayores defensas, a merced de los abusos del gran capital. Acorralados por ingentes privaciones y soportando la presión económica ante la cual sucumbe buena parte de sus directivos gremiales; bisonños frente a la pericia política de la minoría opresora y perseguidos cuando se deciden a sacar adelante con criterio de clase sus agrupaciones sindicales, los obreros emprenden las tareas organizativas en medio de enormes contratiempos y penalidades. A la clase obrera, bajo el yugo imperialista y en la situación de esclavitud asalariada, le resulta muy difícil conseguir y consolidar una organización nacional sindical única. Aproximadamente lleva medio siglo el proletariado colombiano tras esta meta y sus titánicos intentos no han sido aún recompensados.

La ausencia de una vanguardia política, fuerte y acatada por las masas trabajadoras proletarias y no proletarias, ha sido uno de los obstáculos más serios

para que la clase obrera colombiana corone con éxito ésta y las otras tareas revolucionarias. Múltiples esfuerzos han dedicado los obreros de avanzada y los marxista-leninistas para llenar el vacío en Colombia de un partido proletario vigoroso y triunfante. Sin embargo, es un hecho irrefutable el de que son las masas con sus victorias, con su adelanto ideológico y político, con su respaldo, a quienes corresponde dar el fallo inapelable sobre la existencia y el vigor de un partido revolucionario. La dirección política revolucionaria no se discute, se impone o no se impone por el peso específico de los aciertos o de los errores en la conducción de las luchas revolucionarias. Decimos esto no porque deseemos eludir la controversia sobre el partido obrero; creemos, al revés, saludable que el proletariado estudie y debata apropiadamente tales problemas, que al fin y al cabo son sus problemas fundamentales y a nadie más que a él le competen.

En la actualidad al movimiento obrero colombiano le interesa vivamente la cuestión de una organización gremial nacional que por lo menos abarque a los sectores sindicales independientes. Por otra parte, las actitudes que asuman los distintos partidos frente a esta cuestión contribuirán a medir su verdadero calibre y a conocer mejor sus inclinaciones reales de clase. El MOIR está dispuesto a impulsar esta tarea en compañía de todas las fuerzas políticas, grandes y pequeñas, comprometidas modesta y sinceramente en la creación de la central unitaria. El fortalecimiento de la capacidad de lucha de la clase más revolucionaria inyectará poderosos alientos a las movilizaciones populares e impulsará el proceso revolucionario en su conjunto. Sin la unidad obrera será imposible consolidar cualquier avance de izquierda. El giro de los últimos acontecimientos analizado anteriormente autoriza a proponer como objetivo inmediato y urgente la fundación de la nueva central.

El ánimo unitario de los trabajadores no ha estado inspirado exclusivamente en un sentimiento legítimo de solidaridad alrededor de sus reivindicaciones económicas, sino que, además, se asienta con firmeza en el desarrollo de su conciencia política. Para percatarse de esto bastaría la lectura de las ponencias aprobadas en los numerosos encuentros sindicales efectuados durante el año. Los encuentros han venido aclarando principios claves de la estrategia y la táctica de la clase obrera.

Sin ninguna vacilación consignaron todos ellos que las calamidades del pueblo y la nación colombiana, el hambre y la miseria de las masas, el atraso, la represión fascista, la hipoteca del país al extranjero, tienen como causa primera y fundamental el régimen de explotación y dominación de Colombia por parte del imperialismo yanqui y sus lacayos colombianos. Que, de un lado, estos son los enemigos declarados del proletariado y el pueblo colombiano, y, del otro, que la clase obrera encuentra en los campesinos, en los estudiantes y en las otras fuer-

zas populares también esquilgadas y apaleadas, a sus mejores amigos y aliados en el empeño de liberar al país y hacer la revolución. De la misma manera, hubo unanimidad al condenar como principales responsables de la división sindical a los agentes de las clases dominantes incrustados en el seno del movimiento obrero, las camarillas de UTC y CTC. Finalmente, los encuentros sindicales promovieron una importante discusión sobre las normas y los métodos de funcionamiento de la nueva confederación, al término de la cual coincidieron sin distinción alguna en que el fundamento básico organizativo al que están obligados todos y cada uno de los miembros y sindicatos y de cuya observancia depende en última instancia la preservación de la unidad, es el estricto cumplimiento de la “democracia sindical”. Y como culminación de todas estas deliberaciones y resoluciones, se procedió a citar para los días 12 al 14 de octubre próximo el Encuentro Nacional Sindical, encargado de adoptar las determinaciones ulteriores sobre la fundación de la central unitaria independiente.

Se ha cumplido hasta aquí la primera fase del proceso de unificación de la inmensa mayoría de los sectores sindicales independientes, la fase más trascendental y definitiva, la que acordó y precisó los puntos de principio de la unidad del movimiento obrero colombiano. La fusión de las diversas agremiaciones que forman el archipiélago del sindicalismo independiente y la posterior unión de la totalidad del movimiento sindical solo podrán concebirse y alcanzarse mediante una política revolucionaria unitaria. Tres grandes principios comprende la política unitaria de la nueva central independiente: primero, estará al servicio de los intereses de la clase obrera y del pueblo; segundo, combatirá y aislará a las camarillas de UTC y CTC y, tercero, funcionará conforme a la “democracia sindical”. Estos principios compendian los acuerdos unánimes sellados a nivel de base en el curso de los encuentros sindicales regionales y permitirán la creación y crecimiento de la confederación unitaria.

Servir a la clase obrera y al pueblo consiste en velar tanto por sus intereses inmediatos como mediatos. La nueva central deberá encabezar, organizar y apoyar las batallas económicas de las masas trabajadoras y convertirse en un instrumento útil a la lucha del pueblo colombiano por la liberación nacional y la revolución.

En el campo y en las ciudades de Colombia todavía existen muchos trabajadores que no están organizados debido a la falta de orientación o a que la persecución patronal y oficial se los impide. Igualmente hay en las distintas ramas de la producción un sinnúmero de sindicatos de base desperdigados y de muy escaso poder. La nueva central dará orientación, apoyará y colaborará con cuadros y recursos materiales a la organización de los trabajadores que carecen de ella y contribuirá directamente a que el movimiento obrero adque-

ra la estructura de los sindicatos de industria. Entre las responsabilidades de primer orden estarán, pues, las organizativas. La central independiente será el factor por excelencia de la amplitud, cohesión, solidez, eficacia, y progresión del sindicalismo colombiano.

Las masas trabajadoras se ven impelidas a una lucha permanente y cada vez más aguda, en defensa de sus derechos democráticos esenciales y por la consecución de conquistas que atenúen en algo las duras modalidades de trabajo y subsistencia. Esta lucha es absolutamente necesaria y provee las condiciones favorables mínimas para que la base obrera pueda meterle el hombro a las tareas de su preparación ideológica y política. Esta lucha debe ser conducida de manera efectiva y respaldada, incondicionalmente. Obligación cotidiana de la central unitaria será entonces la solidaridad con todas las huelgas, paros y demás formas consecuentes de lucha de los trabajadores, sin discriminar la filiación ni la dirección de los sindicatos o federaciones en conflicto. Dentro de esta conducta tendrán prelación todas las acciones unitarias reivindicativas que la nueva organización ha de emprender, dirigir y coordinar en alianza con el resto de fuerzas del movimiento sindical.

La nueva organización apoyará a su vez todas las movilizaciones revolucionarias de las masas populares, denunciará los atropellos contra las fuerzas revolucionarias, democráticas y patrióticas y fortalecerá los lazos de amistad con las organizaciones de los campesinos, de los estudiantes y de los otros sectores del pueblo colombiano. Combatirá las contracorrientes reaccionarias y anticomunistas y fraternizará con las corrientes del progreso, la democracia y la revolución, en sus actividades nacionales y en sus relaciones internacionales. La confederación unitaria independiente será en suma un baluarte más, de primera línea, al servicio de las luchas obreras en particular y del pueblo colombiano en general, contra el imperialismo yanqui y sus agentes.

Combatir y aislar a las camarillas de UTC y CTC, he ahí uno de los deberes prioritarios de cualquier organización sindical consecuente. Esta lucha es parte integrante de la que adelanta desde siempre y naturalmente la clase obrera para limpiar su casa de esquiroles y traidores. Pura hipocresía serían las declamaciones de unidad si las palabras y las buenas intenciones no las acompañamos de una lucha enérgica, perseverante y a fondo contra los agentes patronales de la UTC y la CTC, financiados y consentidos por las oligarquías colombianas y su amo imperialista.

El combate no es en ningún momento contra los sindicatos y los trabajadores de las dos centrales. Ellos son víctimas propiciatorias de la turbia política de éstas. Pero mientras las clases dominantes puedan contar con ambas centrales o aunque sea con una de las dos, echarán mano de ella y encontrarán formas ga-

nanciosas de urdir maquinaciones, sembrar el desconcierto e intrigar la división entre los obreros sindicalizados. Únicamente propiciando la desintegración progresiva de la UTC y la CTC las masas trabajadoras estarán en posición ventajosa para desbaratar las maniobras de los explotadores y consolidar una confederación auténticamente suya y ciertamente poderosa.

Al ofrecer solidaridad fraternal a los sindicatos y federaciones de la UTC y la CTC, la que proporcionamos sin regateos y en observancia de una indeclinable norma de principios, así como en las acciones unitarias, debemos tener cuidado hasta donde las circunstancias lo permitan, de que las camarillas no escondan su engañosa faz tras el prestigio de la nueva central, o a costa de ésta. Al mismo tiempo debemos apresurarnos a orientar y apoyar las rebeliones que brotan contra las camarillas vende obreras en las filas de UTC y CTC por cuenta y riesgo de sus afiliados, para que cuajen oportuna y conscientemente. En síntesis, todas las batallas de la central unitaria independiente han de redundar en su propio fortalecimiento y en el aislamiento de las camarillas, hasta cuando la clase obrera entera se agrupe en una sola organización gremial nacional.

Funcionar conforme a la “democracia sindical” significa ceñirse al sistema del centralismo democrático. Este es el sistema organizativo que garantiza la dirección colectiva y excluye las prácticas burocráticas por las cuales una o dos personas, o un grupo de personas, toma resoluciones a espaldas de las mayorías y decide la suerte de éstas de manera arbitraria. El centralismo democrático es una forma organizada y disciplinada de funcionamiento que exige obediencia a la dirección constituida democráticamente. Los organismos directivos se eligen mediante votaciones en las que intervienen directa, o indirectamente todos los asociados; y en los asuntos de interés general se tolera la libre discusión y se tiene en cuenta la opinión de las bases. La nueva central deberá funcionar conforme a este sistema, del centralismo democrático, cuyos fundamentos son: 1) La minoría se somete a la voluntad de la mayoría; 2) el socio a la organización; 3) los organismos inferiores a los superiores, y 4) toda la central a su dirección nacional.

Un buen comienzo es facilitar la participación democrática de la totalidad de fuerzas que sinceramente desean contribuir a la feliz culminación de la central unitaria; y reconocer los esfuerzos y el aporte decisivo de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia a este proceso. La verdad sea dicha. Sin el contingente de la CSTC, espina dorsal del movimiento sindical independiente, la consigna de la construcción de la nueva agremiación hoy sería un poco menos que imposible. La composición de la dirección de la nueva confederación de ningún modo puede ser “igualitaria”; debe reflejar al contrario el desarrollo objetivo de las diferentes fuerzas que la integran, única forma de aplicar la “democracia sindical”. Dentro de la confederación no seguiremos con el método de

la “unanimidad”, utilizado en la primera fase que ha requerido de conclusiones aprobadas por todos, a causa de la necesidad de que las diversas fuerzas, sin excepción, compartan voluntariamente el derrotero de principios acordado. Este método de la “unanimidad” lo empleamos fundamentalmente en las alianzas, en las acciones unitarias, en los frentes, cuando no se pacta otra cosa. Pero en la central unitaria, como en cualquier sindicato, la designación de la dirección y el resto de definiciones habrán de adoptarse por la simple mayoría, y las fuerzas minoritarias se someterán disciplinadamente.

Las fuerzas integrantes de la nueva agrupación deben empeñarse por instaurar un ambiente de fraternidad; buscar y promover el acercamiento a todo nivel entre los trabajadores que impida hacer carrera al sectarismo, e imbuirlos del espíritu del estudio y la discusión abierta y franca de los problemas concretos para prevenir el dogmatismo. La nueva central planificará la educación de sus afiliados; estimulará antes que entorpecer la crítica de los errores por parte de la base, y la autocrítica, y así crear las condiciones que aseguren corregir los desaciertos y subsanar las fallas. En fin, en la nueva central ha de prevalecer una situación revolucionaria tal que los trabajadores puedan plantear y abocar todos los asuntos por difíciles, delicados y complejos que parezcan, sin que ello ponga en peligro su unidad y su cohesión.

Que la central obrera independiente se rija por la “democracia sindical” y sea un aprendizaje ideológico y político de la clase obrera colombiana en el camino de su emancipación.

El MOIR, que por intermedio de las organizaciones sindicales bajo su orientación e influencia sugirió, patrocinó y apoyó la reunión de los encuentros sindicales está plenamente de acuerdo con sus conclusiones y compromete su honor en la ejecución de la política unitaria del movimiento obrero. Esta es una tarea sin fecha fija, y en la vía de su cristalización le aguardan aún muchos inconvenientes. Sin embargo, a nuestro juicio se ha superado ya la primera etapa con los encuentros regionales, y como es sabido, el principio de las grandes empresas resulta ser lo más difícil. Ahora hay que ir en pos de las demás etapas, sin atemorizarnos por las complicaciones y confiados en que las fuerzas revolucionarias de la clase obrera son capaces de resolverlas acertadamente.

“Es preferible ser coladaleón que cabeza de ratón”. Esta es la reflexión que se deben hacer los compañeros dirigentes de esa abrumadora cantidad de pequeñas parcelas en que se halla disperso el sindicalismo independiente. Abandonar la pretensión de tener sus propias, homogéneas y hegemónicas agrupaciones sindicales, pero reducidas, solitarias y raquíticas, renunciar a ser “cabeza de ratón” y pasar a engrosar la confederación unitaria, una organización de extensión y poder nacionales. Y aunque la comparación no es muy exacta porque todas las fuerzas podrán contribuir

en la medida de sus posibilidades en la dirección de la nueva central, en la “cabeza de león”, sí nos sirve el antiguo proverbio para ilustrar lo que le conviene a la clase obrera y en particular a los sectores sindicales independientes.

El MOIR surgió de la preocupación de nuestro Partido, el Partido del Trabajo de Colombia, de coordinar aquellos sindicatos, federaciones y bloques independientes y autónomos que combatían la traicionera política de la UTC y la CTC, y que a la vez mantenían divergencias, algunas de fondo, con la CSTC. El proyecto era el de crear a la larga una cuarta central en Colombia. La persecución oficial y patronal y las luchas internas entre las organizaciones sindicales del MOIR fueron aplazando este propósito. La historia es conocida. En la actualidad la corriente sindical inspirada por nuestro Partido se halla extendida a nivel nacional y notoriamente pujante en los principales centros obreros del país. Pero las particularísimas condiciones de nuestro desarrollo, y el hecho de que nuestra actividad partidista se reducía en sus comienzos casi exclusivamente a la organización y a la lucha de los sindicatos, la especial agudeza de estas luchas y los enconados debates y enfrentamientos que produjo dentro del movimiento revolucionario colombiano la presencia de la nueva fuerza, contribuyeron a que a nuestro Partido se le terminara conociendo con el nombre de Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario.

Esto ha sido aprovechado por nuestros enemigos de un extremo y del otro para acusarnos gratuitamente de confundir la cuestión gremial con la política, el partido con los sindicatos. Con el objeto de separarnos de las masas, se dice en los sindicatos que el MOIR es un partido político y que por lo tanto nada tenemos que hacer en ellos, mientras se agrega que los “moiristas” no son más que unos “sindicaleros” sin visión política. Sin embargo, aferrándonos a nuestra política de respetar la órbita gremial y la autonomía propia de las organizaciones sindicales, la que llevaremos a cabo celosamente en las tareas unitarias del movimiento obrero, y con la futura realización del primer congreso de nuestro Partido, iremos desembrollando el enredo y delimitando tajantemente los dos campos, no tanto para nosotros mismos que lo hemos aclarado suficientemente, como a la vista de los obreros y de las masas populares que en definitiva es cuanto interesa a toda fuerza revolucionaria. A estas alturas de nuestro desarrollo tendremos que insistir de nuevo en las lecciones elementales del marxismo-leninismo: las diferencias y relaciones del partido político con las organizaciones de masas. Después de todo a una fuerza nueva que se abre paso a codazos en medio de una sociedad repleta de contradicciones, anarquizada y descompuesta, las cosas no le salen conforme a dogmas y cánones preestablecidos. Como dice Engels: “Los nombres de los verdaderos partidos políticos nunca son adecuados por entero; el partido se desarrolla y el nombre queda”.

Algo más sobre la política de Unidad y Combate

Notas

1. Editorial de *Documentos Políticos*, marzo-abril de 1973, págs. 5 y 6.
2. *Voz Proletaria*, 26 de julio de 1973, pág. 3.
3. Apartes del informe leído en la “Conferencia de Dirigentes Comunistas de Bogotá”, 11 de noviembre de 1972. *Voz Proletaria*, suplemento *Ideología*, 23 de noviembre de 1972, pág. 5.
4. Misal Pastrana, Mensaje a los directorios Liberal y Conservador, 7 de enero de 1972. *El Tiempo*, 8 de enero de 1972

El frente electoral de izquierda: necesidad de las fuerzas revolucionarias

Tribuna Roja No. 10, octubre de 1973

Discurso pronunciado por el camarada Francisco Mosquera en la Segunda Convención Nacional de la UNO, el 23 de septiembre de 1973.

Compañero Hernando Echeverri Mejía, candidato presidencial de la Unión Nacional de Oposición; compañero Manuel Bayona Carrascal, presidente de la Unión Nacional de Oposición; compañero Gilberto Vieira, secretario general del Partido Comunista de Colombia; compañero Francisco Murillo, delegado de la Nueva Fuerza de Venezuela y demás compañeros fraternales de Chile y Venezuela; queridos compañeras y compañeros:

Cuando el Partido Comunista y el Movimiento Amplio Colombiano decidieron, a finales del año pasado, fundar la Unión Nacional de Oposición e invitar a todas las fuerzas avanzadas y democráticas de Colombia a integrar un frente para las elecciones de 1974, el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario consideró acertada esta iniciativa, le hizo eco y desde entonces ha venido trabajando y pugnando por su realización. Constituir un frente electoral de izquierda para la presente campaña electoral es una necesidad imperiosa de las fuerzas revolucionarias. Los partidos tradicionales, Liberal y Conservador, se empeñan en prorrogar el régimen nefasto del Frente Nacional y el país tiende inexorablemente a dividirse cada día más en dos grandes bandos antagónicos e irreconciliables: por una parte, las minorías oligárquicas coligadas que detentan el Poder y persisten en entregar a Colombia a la explotación y dominación del imperialismo norteamericano, conculcando para ello los más elementales derechos democráticos y sometiendo a las masas a la represión fascista y, por el otro, las inmensas mayorías que conforman el pueblo colombiano, deseosas de conquistar la liberación nacional y de hacer la revolución.

Siendo estas las características y la tendencia de la situación actual, lo más indicado era que la izquierda colombiana, en lugar de luchar entre sí en la cam-

paña electoral, lo cual redundaría en provecho de la reacción, buscara la forma de unir sus fuerzas, ganar amplios sectores de masas y preparar al pueblo para la lucha unificada y revolucionaria. Hoy estamos celebrando esa unión. Con la proclamación de la candidatura de Hernando Echeverri Mejía y la convocación de esta grandiosa convención de la UNO ha quedado culminado todo un proceso de análisis, de discusión y de lucha para encontrar las fórmulas de acuerdo. Ha quedado sellada la unidad.

La alianza de las fuerzas que integran la Unión Nacional de Oposición ha sido lograda sobre una base de principios. Ha habido entendimiento unánime sobre cuatro puntos fundamentales, a saber: el programa, las normas de funcionamiento de la UNO, el candidato y los objetivos de la Unión Nacional de Oposición.

Puntos programáticos de la UNO

Esta Tercera Convención de la UNO ha ratificado los lineamientos generales de un programa nacional y democrático, al cual se ceñirán para la agitación y la propaganda de la campaña electoral todas las fuerzas comprometidas en esta batalla. La importancia de un frente electoral de la naturaleza del que hemos constituido con la UNO es la agitación que pueda adelantar y la educación que pueda impartir a las masas populares. Agitaremos al pueblo y lo educaremos en la idea de la revolución nacional y democrática.

Colombia es en la actualidad una neocolonia de los Estados Unidos, cuyo desarrollo económico y político se halla entrabado por la injerencia del imperialismo yanqui y sus lacayos colombianos, la gran burguesía y los grandes terratenientes. Las dos tareas fundamentales de la revolución colombiana, en la etapa actual, por lo tanto, son lograr la independencia nacional del yugo extranjero y coronar las transformaciones democráticas que requiere Colombia para salir de la situación de atraso y estancamiento en que se encuentra.

Los monopolios norteamericanos controlan las arterias vitales de nuestra economía, explotan en su exclusivo beneficio nuestros recursos naturales, manejan la banca y las finanzas, gravan e hipotecan el país con préstamos condicionados y usurarios y mediante la inversión directa dominan las principales industrias. El predominio económico del imperialismo norteamericano sustenta su poder político y cultural sobre Colombia y le permite manipular a su antojo el Estado colombiano, imprimiéndole su carácter antinacional y antipopular. Por eso, la necesidad más urgente de Colombia, la reivindicación más sentida por el pueblo y la nación colombiana, por la cual han combatido las fuerzas revolucionarias y los sectores avanzados de las masas desde principios del siglo, de la que depende la salvación de nuestra patria, es la liberación nacional y la construcción de una república so-

berana, democrática, de obreros, de campesinos y del resto de fuerzas populares. Esta tarea determina y requiere de la unidad nacional, de la unificación de más de 90 por ciento de la población colombiana bajo una dirección política organizada y correcta, compartida por todas las clases revolucionarias. Y esto es posible, porque no solo los obreros y los campesinos, fuerzas principales de la revolución, sino también la pequeña burguesía urbana, los intelectuales e incluso la capa burguesa de pequeños y medianos productores sufren en carne propia las calamidades de la dominación imperialista, se hallan privados de los derechos democráticos y excluidos de las prerrogativas estatales. En Colombia se hartan de riquezas y gozan de todos los privilegios los monopolios extranjeros y el puñado de oligarcas que les sirven de intermediarios. Únicamente los partidos de las clases dominantes gozan de las libertades políticas. El resto de la nación, bajo el sistema que nos oprime y explota, se halla condenado a la ruina y el hambre progresivas. Las organizaciones populares, los partidos y movimientos políticos opuestos al régimen padecen las medidas represivas del gobierno y la persecución sistemática de la fuerza pública. La crisis que hoy convulsiona todo el armazón de la sociedad colombiana es una crisis profunda, que las fuerzas revolucionarias deben aprovechar con decisión y audacia, para hacerla consciente en la mente de las masas, para aislar y acorralar a la pandilla dominante, para alcanzar la unidad popular y producir el desenlace previsible de la rebeldía, de la insurgencia, del levantamiento incontenible y aplastante de las masas revolucionarias.

Exigiremos la nacionalización del petróleo y demás recursos naturales, así como la confiscación de todo monopolio, extranjero o nacional, que domine la vida material del pueblo.

Levantaremos muy en alto la consigna de una reforma agraria revolucionaria que redima al país del semifeudalismo y elimine el régimen de explotación terrateniente en el campo. Promoveremos la alianza obrero-campesina y apoyaremos incondicionalmente las invasiones a las grandes fincas y demás luchas de los campesinos por la tierra.

Respaldaremos igualmente las batallas de la clase obrera por los derechos de organización, contratación y huelga y por conseguir mejores condiciones de vida y de trabajo. La Unión Nacional de Oposición comparte el propósito del sindicalismo independiente de construir una central unitaria que albergue a todas las organizaciones sindicales dispuestas a librar el combate contra las camarillas patronales y gobiernistas de la UTC y la CTC.

Lucharemos en defensa de los derechos democráticos y de las libertades políticas: denunciaremos permanentemente las detenciones arbitrarias de los dirigentes populares, los consejos verbales de guerra y el resto de crímenes y atropellos contra las masas.

El frente electoral de izquierda

Estimularemos todas las manifestaciones del arte popular y nos solidarizaremos con las luchas de los estudiantes, de los intelectuales, de los artistas, de las gentes progresistas y de las masas populares a favor de una cultura nacional y científica al servicio del pueblo.

Propugnaremos la igualdad de derechos para la mujer colombiana.

Colaboraremos con todas las luchas revolucionarias de las masas en bien no sólo de sus anhelos fundamentales sino de sus necesidades diarias.

En fin, compañeras y compañeros, aplicando la plataforma electoral de lucha de la Unión Nacional de Oposición, agitaremos todas y cada una de las banderas reivindicativas, patrióticas y democráticas en procura de la unidad de las fuerzas y de las clases revolucionarias en Colombia.

Normas de funcionamiento

Hubo acuerdo también sobre las condiciones de participación y de funcionamiento de la UNO. Ha quedado claramente establecido que la Unión Nacional de Oposición se dará una dirección colectiva compuesta por todos los partidos y movimientos que la integran. Estamos obligados a que las decisiones fundamentales, de interés general, referentes a la campaña electoral unitaria, habrán de adoptarse por consenso. Esta norma básica de organización y funcionamiento salvaguarda la unidad alcanzada, la consolida, hace más efectiva nuestra campaña electoral y será la mejor garantía del crecimiento de la UNO porque permitirá la incorporación de nuevas fuerzas a su seno.

Las puertas de la Unión Nacional de Oposición estarán abiertas para todos los movimientos, grupos políticos y personas que deseen adherirse a su plataforma mínima de nueve puntos y estén dispuestos a aceptar disciplinadamente las decisiones adoptadas por sus organismos de dirección. La ampliación de la Unión Nacional de Oposición con nuevas fuerzas y más vastos sectores populares ha de ser una línea constante de nuestra acción política. Consecuentes con esto no vamos a despreciar el aporte y la colaboración que nos puedan prestar en esta campaña electoral en las diversas partes del país las organizaciones y compañeros sin partido, por débiles y pequeñas que sean o parezcan sus fuerzas. Existe, sobre todo en la provincia colombiana, un sinnúmero de agrupaciones de importancia local, que estarían dispuestas a engrosar nuestras filas, si tenemos con ellas un tratamiento fraternal y revolucionario.

Los integrantes de la Unión Nacional de Oposición, sin excepción alguna, debemos ajustar nuestra conducta a los requisitos de la democracia interna, debemos adelantar nuestro trabajo lealmente, sin componendas ni maniobras, y respetando el carácter independiente de los distintos movimientos y partidos aliados.

La campaña electoral unitaria no borrará las divergencias ideológicas ni las encontradas concepciones sobre el mundo y la lucha de clases que han tenido las diferentes organizaciones de la UNO, y que inevitablemente seguirán manteniendo en el futuro. Pero las tareas unitarias impuestas por el desarrollo de los acontecimientos políticos del país, y con las que nos hemos identificado cabalmente, exigen de todos nosotros una lucha resuelta contra los brotes de sectarismo que resquebrajan la unidad y ponen en peligro la feliz culminación de nuestros objetivos.

Por lo que respecta al MOIR, éste se compromete solemnemente a cumplir los compromisos contraídos, a combatir el sectarismo, a no inmiscuirse en los asuntos organizativos e internos de sus aliados y a hacer las concesiones positivas necesarias para sacar adelante la Unión Nacional de Oposición.

No es nuestro interés que las fuerzas aliadas del MOIR en la UNO se debiliten; por el contrario, compañeras y compañeros, es indispensable que se fortalezcan el Partido Comunista y el Movimiento Amplio Colombiano, para poder librar en las elecciones de 1974 una batalla grande contra la reacción, a fondo, esclarecedora y contundente.

Candidatura nacional y democrática

Otro punto sobre el cual se llegó a un consentimiento completo fue el de la designación del senador Hernando Echeverri Mejía como candidato presidencial de la Unión Nacional de Oposición. Desde la fundación del MAC, hace un año, como un nuevo grupo político desgajado de la Alianza Nacional Popular, vislumbrándose con una definida tendencia progresista y democrática, se fueron configurando en Colombia las condiciones para la creación de un frente electoral de izquierda. La aparición del MAC es el paso decisivo y determinante para la concreción de la política unitaria que estamos propiciando, porque a pesar de su escaso desarrollo, de que no ha podido por lo poco del tiempo extenderse a todo el país, se ha constituido en la fuerza convergente y unificadora que ha facilitado, propiciado y garantizado los acuerdos del Partido Comunista, el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario y el mismo MAC dentro de la Unión Nacional de Oposición.

El MAC ha contribuido a resolver uno de los problemas centrales de la campaña electoral de la izquierda, como es el del candidato nacional, al presentar a la consideración de esta Tercera Convención el muy ilustre nombre del compañero Hernando Echeverri Mejía. Hombre pulquérrimo, cuya hoja de vida limpia y honesta está abierta y a la vista de todos los colombianos. Dirigente político que en su larga trayectoria de combatiente ha encarnado siempre posiciones de avanzada hasta el compromiso revolucionario de defender integralmente y lu-

char por los intereses del pueblo y de la nación colombiana. En la constitución de la UNO, Hernando Echeverri Mejía ha sido el factor por excelencia del entendimiento y de la unidad de las diferentes fuerzas que la integran.

Su candidatura permitirá aglutinar ampliamente a la izquierda colombiana y movilizar considerables sectores populares en esta campaña electoral.

Con su nombre, compañero Echeverri, podremos adelantar una profusa actividad revolucionaria entre las masas, seguir trabajando por la unidad popular, planteando las tareas que la hora exige a la revolución colombiana. Por eso lo hemos proclamado como nuestro principal vocero, y por eso el pueblo colombiano le dará a usted un copioso respaldo en los próximos comicios.

La amplitud del frente electoral que hemos conformado está condicionada por el real desarrollo de las fuerzas revolucionarias de Colombia. Se estudiaron todas las perspectivas. Se discutieron varias soluciones. La posición oportunista y vacilante de la dirección de la Alianza Nacional Popular, su altanería, su desprecio hacia las fuerzas de la izquierda impidieron llegar desde un comienzo a acuerdo con ella para la campaña electoral. En definitiva, nos hemos guiado por el criterio de que es preferible constituir un frente que, aunque pequeño, le pueda presentar al pueblo una verdadera alternativa revolucionaria.

Con la candidatura de Echeverri se completan todas las opciones políticas para las elecciones de 1974: desde la reaccionaria y antipatriótica, representada por los candidatos de los partidos Liberal y Conservador, Alfonso López y Álvaro Gómez, pasando por la intermedia e inconsecuente de la Anapo, con María Eugenia Rojas de Moreno Díaz, hasta la nacional y democrática de la Unión Nacional de Oposición. Nuestra táctica electoral es sencilla y clara. Concentraremos el ataque contra los enemigos principales del pueblo colombiano: la coalición oligárquica proimperialista gobernante, cuyos candidatos oficiales significan el continuismo, la opresión extranjera, el atraso, la miseria, el hambre y la represión fascista. Criticaremos las vacilaciones y el manzanillismo de la Anapo, estimulando a la vez a sus sectores de izquierda para que asuman una posición consecuentemente antiimperialista y antioligárquica. Y estrecharemos los vínculos entre los partidos y movimientos políticos de envergadura nacional y regional que estén resueltos a abanderar la alternativa revolucionaria, despejando el camino de la unidad del pueblo y preparando las condiciones para más profundas y extensas batallas por la liberación nacional y por la revolución.

Utilización revolucionaria de las elecciones

Estamos finalmente de acuerdo en la utilización revolucionaria de las elecciones. No compartimos las consideraciones que se hace el abstencionismo de “izquierda” para renunciar a este tipo de lucha. Los abstencionistas han partido

siempre en todas partes del prejuicio infantil de que ir a las elecciones organizadas por las clases explotadoras y votar es faltar y traicionar la revolución. Sin embargo, la experiencia demuestra que el abstencionismo nunca ha podido movilizar a las masas, ni elevar su conciencia de lucha, ni organizarlas. Nuestra concepción es diametralmente diferente. Creemos que mientras no haya condiciones para barrer las instituciones pseudo-democráticas imperantes y exista una porción minoritaria pero considerable del pueblo que espere aún de ellas y participe en elecciones, es deber de las fuerzas revolucionarias dar también la pelea en este campo. No con la ilusión derechista de que podamos poner al servicio de los intereses fundamentales del pueblo y la nación las corporaciones públicas reaccionarias, ni mucho menos que por esta vía podamos resolver el problema central de toda revolución, el problema del Estado. Al revés, los revolucionarios vamos a la lucha electoral para acabar con esta ilusión, para acabarla conscientemente, y armar ideológica y políticamente a las masas en sus luchas centenarias contra sus explotadores y verdugos. Y, en la presente ocasión, vamos a estas elecciones para los cuerpos representativos y para la Presidencia de la República a sabiendas de que el régimen las ha convocado bajo la disposición constitucional y la advertencia de que, sea cualquiera el resultado de las urnas, el próximo gobierno será bipartidista, de coalición liberal-conservadora, es decir, que está decidida de antemano la prolongación antidemocrática del Frente Nacional. Pero además estamos alertados sobre la manera como las oligarquías colombianas entienden y desenlazan estos certámenes que ellas llaman cívicos y democráticos. Ahí está el caso del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, cuando no les tembló el pulso para sumir el país en la barbarie y en el genocidio masivo de las gentes del pueblo, siendo que Gaitán hablaba de una lucha electoral y pacífica. Y el más reciente, de abril de 1970, cuando le quitaron la Presidencia de la República al general Rojas, ganada en una franca lid electoral, haciendo el más escandaloso fraude de los últimos tiempos, con ser que el programa de la Alianza Nacional Popular en últimas no significa ni representa una seria amenaza ni para las instituciones ni para los intereses del imperialismo y sus lacayos. Los revolucionarios comprendemos que las elecciones son una farsa de la democracia de las clases dominantes reaccionarias, pero las aprovechamos conscientemente, aprovechamos cualquier grieta que el sistema nos deje para ir a las masas, para difundir nuestro programa revolucionario, nuestras ideas, para prender la llama de la revolución en el corazón del pueblo.

Pero si las experiencias nacionales no bastaran para comprender la naturaleza de nuestros enemigos y lo duro de nuestro combate, contamos también con las ricas experiencias de la lucha de los pueblos del mundo contra el imperialismo norteamericano, y en especial la lucha de Latinoamérica. Estados Unidos

no ha dudado un sólo instante en invadir nuestras naciones, en pisotearlas, en asesinar, en reprimir, con tal de defender sus mezquinos intereses de piratas internacionales.

Invasiones como las de Santo Domingo y Guatemala, golpes de Estado en una gran cantidad de países, como cuestión permanente, y el caso reciente de Chile, en donde el imperialismo norteamericano, echando mano del ejército títere perpetró uno de los más horribles crímenes de la historia moderna, asesinando al presidente Salvador Allende, crimen que trae a la memoria la muerte de Francisco Madero, ese otro patriota, presidente de México, efectuado en los albores de la dominación imperialista en nuestro continente, nos están diciendo que no podemos creer en la falsa democracia del imperialismo y de las oligarquías; que no es cierta la neutralidad, la imparcialidad y apoliticidad de las fuerzas armadas reaccionarias, que, por el contrario, éstas son los instrumentos principales de sojuzgación y opresión contra el pueblo. Estos hechos, sobre todo ese sacrificio heroico de Salvador Allende, nos están enseñando de nuevo a los pueblos del mundo y a los revolucionarios, en un día más que en muchos años, más que lo que han podido aprender las masas en muchos libros, que el camino a seguir es el de la Comuna de París, el de la Revolución Socialista de Octubre, el de la Revolución China, el de Vietnam y Cuba y el que hoy está transitando el pueblo camboyano. Sabemos que el pueblo chileno ha empezado a desbrozar ese camino con la resistencia valerosa a la junta militar fascista. Apoyamos esa lucha, apoyamos a los compañeros de la Unidad Popular chilena, apoyamos ese camino y continuamos luchando para que nuestro pueblo prosiga avanzando por la vía auténticamente revolucionaria y segura en procura de su emancipación y de su felicidad.

Con estos criterios participamos en la campaña electoral, sabiendo que nuestros enemigos son sanguinarios y crueles y que la lucha es ardua, pero sin dejarnos intimidar, sin perder de vista que el imperialismo, como decía Lenin, es un coloso de pies de barro, y resueltos a combatirlo y derrotarlo, a superar todos los obstáculos, a enfrentar todos los peligros, a soportar todos los sacrificios, con una fe infinita y segura en que nuestra victoria será la definitiva.

Programa de la UNO

Tribuna Roja No. 10, octubre de 1973

La Unión Nacional de Oposición, UNO, se compromete ante el pueblo y la nación colombiana a:

Primero. Combatir el neocolonialismo y la dominación exterior de tipo económico, político y cultural, que los Estados Unidos de Norteamérica ejercen sobre nuestra patria a través de las clases sociales reaccionarias en las cuales se apoya internamente. Apoyar las luchas del pueblo por la nacionalización del petróleo, las minas, bosques, fauna y recursos marinos y por la confiscación de los grandes monopolios.

Segundo. Luchar por una reforma agraria democrática que con base en la confiscación de la propiedad terrateniente, entregue la tierra a los campesinos que la trabajan y a las comunidades indígenas y los provea de crédito fácil, maquinaria agrícola, servicios de salud, asistencia técnica. Así mismo, exigir la titulación gratuita de las tierras tomadas por los campesinos, y el respeto a sus organizaciones de masas. Apoyar la lucha de los asalariados agrícolas por la plena vigencia de los derechos laborales y la jornada de ocho horas en el campo.

Tercero. Conquistar la plena vigencia de las libertades democráticas y las garantías ciudadanas, el respeto al derecho de organización popular, de reunión, manifestación y libre expresión para el pueblo. Luchar por el levantamiento del Estado de Sitio y la supresión de las medidas represivas que, apoyadas en él, se aplican contra obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales de avanzada y especialmente por la abolición de los consejos verbales de guerra y por la libertad de todos los presos políticos y sindicales. Apoyar todas las luchas democráticas de las masas y de las minorías indígenas en defensa de sus tierras, intereses y derechos. Propugnar por la igualdad de derechos para la mujer colombiana.

Cuarto. Respalda las luchas de los trabajadores en general por mejores condiciones de vida y de trabajo, por la congelación de los precios de los artículos de primera necesidad y de las tarifas del transporte y de servicios públicos y por el aumento de sueldos y salarios que compensen el costo creciente de la vida cuyo origen es el abuso de los monopolios nacionales y extranjeros, de los grandes acaparadores y la sumisión del gobierno a la política económica y monetaria de los organismos internacionales financieros controlados por los Estados Unidos.

Luchar por los derechos de organización, contratación colectiva y huelga de la clase obrera, incluyendo los trabajadores del sector público y respaldar incondicionalmente el proceso de unidad del movimiento sindical independiente, por agruparse en una gran central obrera unitaria y por aislar las direcciones patronales y gobiernistas de la UTC y CTC.

Quinto. Apoyar las luchas de las masas populares por la vivienda, contra los abusos de los arrendadores y por una reforma urbana que suprima los pulpos urbanizadores y la especulación con la tierra en las ciudades y facilite la adquisición de vivienda adecuada al pueblo colombiano.

Sexto. Respalda a los estudiantes, maestros, profesores y a todo el pueblo colombiano en su lucha por una enseñanza gratuita y obligatoria estatal y por la ampliación del presupuesto para la educación pública y la elevación del nivel de vida de los educadores; por la eliminación de la privatización de la universidad colombiana y de la intromisión académica y financiera de las instituciones imperialistas y reaccionarias dentro de ellas.

Apoyar una reforma de la educación de contenido popular y democrático que estimule la investigación científica y que impulse el florecimiento de una cultura que sirva a los intereses supremos de la liberación nacional. Impulsar y desarrollar el deporte masivo.

Séptimo. Apoyar las aspiraciones populares por un sistema de asistencia médica y hospitalaria gratuita en todas las regiones del país.

Octavo. Batallar sin descanso por la constitución de un Estado democrático de los obreros, campesinos, clases medias, industriales y productores nacionales. Un Estado que ejerza el control de los sectores fundamentales de la actividad económica, estimule la pequeña y mediana industria, planifique la economía del país y liquide toda clase de monopolios, promoviendo el desarrollo nacional independiente del imperialismo. Este Estado al desarrollar una economía próspera e independiente sentará las bases materiales, sociales y políticas para la futura construcción de una patria socialista en Colombia.

Francisco Mosquera Sánchez

Noveno. Abogar por las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con todos los países del mundo con base en la igualdad, el respeto mutuo y el beneficio recíproco. Solidarizarnos con todos los pueblos que luchan por la defensa de su soberanía y contra la opresión extranjera, por la revolución y el socialismo, y consolidar una auténtica cooperación económica latinoamericana, sin intervención del capital extranjero imperialista.

Bogotá, D.E. Septiembre 22 de 1973

¡Que en esta campaña avance la lucha popular!

Tribuna Roja No. 11, febrero 28 de 1974

El presente debate electoral, que culminará el 21 de abril, no está destinado a suscitar cambios considerables en la vida política del país, o al menos no se ve por dónde los pueda producir. Debido a eso precisamente, la Unión Nacional de Oposición está obligada a hacer un esfuerzo supremo para desenmascarar la tramoya de las clases dominantes que tienen, mediante la “vía democrática”, garantizada en buena parte la continuidad del régimen paritario oligárquico.

La oligarquía continuará el Frente Nacional

Hace más de dos años, Mariano Ospina y Alberto Lleras propusieron la designación de un candidato presidencial único de la coalición oficialista; sin embargo, las crecientes contradicciones, tanto de la sociedad colombiana como dentro del liberalismo y del conservatismo terminaron por imponer candidatos de partido en las filas de la reacción. La derrota de la propuesta de los jefes naturales del Frente Nacional no ha significado realmente un rumbo diferente en la estrategia de los partidos tradicionales. La alianza burgués-terrateniente pro-imperialista, base del régimen de explotación y represión al pueblo colombiano, que se expresa en un aparato estatal bipartidista, de “responsabilidad compartida”, es de la esencia misma de los programas de los dos candidatos, el señor Gómez y el señor López. Ambos adquirieron el compromiso en las respectivas convenciones de sus partidos, de que, una vez definido el presidente en abril, fuere el que fuere, procederían a pactar entre sí la coalición de gobierno, paritariamente, según la actual Constitución. Lo que podría señalarse entonces como cambios de la política de las clases dominantes, dos candidatos en lugar de uno y el fin de la alternación presidencial, no es más que un aspecto formal.

La cuestión de fondo en esta campaña electoral es que, a pesar de haberse cumplido los dieciséis años del Frente Nacional, la oligarquía colombiana está em-

peñada en prorrogar este régimen con todas sus consecuencias, aprovechando el “sufragio popular” sin importarle las promesas que haya hecho en el pasado ni lo que ahora estén pensando las inmensas masas expoliadas y perseguidas. Esto es lo que primordialmente deben entender las fuerzas revolucionarias previendo el desenlace de la presente situación, y si aspiran a orientar correctamente los sectores populares a los cuales llegarán a través de la participación en la batalla, electoral.

La revolución no se cruzará de brazos

Comprender lo anterior es mucho más necesario si se tiene en cuenta el giro tomado en los últimos meses por este debate electoral que lleva ya tres años largos. Álvaro Gómez y Alfonso López se han ingeniado la manera de rematar la campaña en tal forma que sus candidaturas aparezcan como dos alternativas contrapuestas, entre las que habrán de escoger sin remedio los colombianos todos; inclusive llegan a la pretensión de repartirse las simpatías de los otros dos movimientos de importancia, la Anapo y la UNO. En relación con la Unión Nacional de Oposición, López en varias oportunidades ha resaltado que ésta dizque se inclina por el triunfo de Gómez, porque “un experimento liberal, de conquistas sociales, obtenidas pacíficamente, alejaría, como ya ocurrió en el pasado, la inminencia de una revolución radical y violenta”. Por otra parte existe también la consideración, y hace carrera soterradamente, de que con la “democracia de López”, los revolucionarios podrán organizarse y avanzar en un clima de ciertas garantías. Pero las fuerzas revolucionarias no deben caer, no caerán, en la trampa de escoger qué le conviene a la revolución, si la victoria de uno u otro delfín. Escoger en este caso o hacerse el de la vista gorda para que las masas escojan tranquilamente, sin la interferencia de una lucha electoral revolucionaria, esclarecedora, resultaría el más repugnante oportunismo. El papel de la revolución no ha sido en ningún lugar del mundo el de cruzarse de brazos a esperar quién del bando contrario le ofrece las mejores condiciones, sea por error o por generosidad, para salir triunfante.

Las perspectivas que presenta el régimen bipartidista con el aumento constante del costo de la vida y de la explotación progresiva de los monopolios internacionales y sus intermediarios, es el de un recrudecimiento de las medidas represivas, por encima de la voluntad y de los supuestos buenos deseos, si se quiere, del próximo presidente.

Las oligarquías liberal y conservadora que han gobernado a Colombia, unas veces pugnando entre sí y otras aliadas, hace más de setenta años que están de acuerdo en una cosa: en entregar el país a la voracidad y al “amparo” del imperalismo yanqui. Desde entonces, y utilizando sin escrúpulo cualquier pretexto han adoptado la represión política y el anticomunismo como sus armas predilectas para perpetuarse en el poder.

¡Que en esta campaña avance la lucha popular!

Las secundarias diferencias entre Gómez y López

Cierto es que a pesar del entendimiento hay diferencias entre los candidatos de los partidos tradicionales. Pero estas son secundarias.

Se refieren más a la manera de cómo preservar mejor, no sólo los privilegios del imperialismo, sino de las clases explotadoras colombianas que se benefician del ignominioso sistema que mantiene esquilmo el país y sometido el pueblo. Las diferencias entre ellos son transitorias, mientras el entendimiento es necesario y permanente. Alvaro Gómez es el candidato más agresivo y recalcitrante. Hace la defensa directa, descarnada, de los planes del capital internacional y de sus agentes criollos. Gómez busca así el apoyo de las fuerzas más reaccionarias y antipatrióticas. Alfonso López apoya también los planes de la reacción, en lo económico y en lo referente al tipo de gobierno antipopular y dictatorial que requiere un sistema neocolonial como el que impera actualmente en Colombia; pero a la vez pretende aparecer como un candidato ecuaníme, de inclinación democrática, enemigo de los “delitos de opinión”. En esta forma López persigue el respaldo mayoritario de las masas asustadas por las declaraciones de su futuro “socio conservador”, y a la vez agrada a quienes en fin de cuentas definen las elecciones y los demás asuntos en esta democracia colombiana: los grandes poderes económicos de afuera y de adentro.

Indudablemente que al ex jefe del MRL le ha costado más trabajo convencer de sus buenas intenciones reaccionarias que al hijo de Laureano Gómez. El ex canciller y ex gobernador no ha ahorrado un solo esfuerzo en busca de sus objetivos, desde intrigar la Gran Orden Piana papal que lo purifica de todo pecado, hasta sus reiteradas declaraciones a favor de los ganaderos, de los cafeteros, de los constructores, de los exportadores e importadores. Y para colmo, ahí está su reciente viaje a los Estados Unidos donde, desplegando su talante obsequioso, López dio personalmente cuantas seguridades exigían los inversionistas yanquis. Ya no le queda al hijo de López Pumarejo demostración a que no haya recurrido para probar que ante todo es un hombre práctico, de negocios, y que su afición por el derecho constitucional termina donde comienzan las providencias del “binomio Corte Suprema de Justicia-Fuerzas Armadas”.

El meollo del programa alvarista es el “desarrollismo” y consiste en que primero hay que “aumentar la riqueza de los ricos para luego repartirla”, fórmula aprendida del régimen brasileño, vanguardia de la penetración norteamericana en el continente. El programa lopista se fundamenta en una política de “ingresos y salarios” importada de la misma fuente originaria, pero con la modalidad de que *“undesarrollointegralnose mide en frías estadísticas, sino en signos de bienestar colectivo”*. Estas son las formulaciones económicas de los dos candidatos. El uno

dice: primero “desarrollo” y luego “distribución”; el otro refuta: “desarrollo” con “justicia social”. Pero, ¿cuál es el medio que proponen Gómez y López para aplicar sus propuestas? Es uno solo, la necesidad y urgencia del capital extranjero. Además, ambos están íntimamente identificados en que no se le debe tocar ni un pelo a la gran burguesía ni a los grandes terratenientes, soportes de la dominación imperialista.

Gómez sostiene sin ambages que la inflación y el aumento de los precios son beneficiosos para el país. López ha tomado la divisa de la lucha contra la carestía; sin embargo, en los últimos días ha llegado al convencimiento pastranista de que la inflación es incontrolable porque es mundial y que es imposible mantener los llamados “precios políticos”, que hay que permitir la nivelación según la oferta y la demanda, es decir, abrir las válvulas a la especulación y al encarecimiento. En esto, como en el resto de temas de preocupación actual, el candidato de la esperanza, ha resultado ser el más oportuno y eficaz de los voceros de la ANDI, la SAC, Fedegan y de los cuatro o cinco grupos financieros, que, como lo reconoció excepcionalmente *El Tiempo*, el primero de febrero pasado, controlan la economía de Colombia.

Tal vez la diferencia más notoria entre Gómez y López sea la de que mientras aquel manifiesta descaradamente que se deben centuplicar los privilegios de los monopolistas, de los terratenientes y el imperialismo, éste, como buen liberal, se esmera en velar el mismo propósito, verdadera inspiración de su programa de gobierno.

Del cinismo de Gómez se ha dicho con razón que no va más allá del fascismo de Garrastazu Médici, el gorila del Brasil, pero del democratismo de López se puede afirmar sin injusticia que no supera la sumisión de Bordaberry, que ha sabido acomodarse “constitucionalmente” a las demandas de los gorilas de Uruguay.

Desenmascaremos la farsa de la reacción

La farsa es completa. Las oligarquías colombianas han utilizado el bolillo, la metralla, los consejos de guerra, las cárceles y el resto de medios violentos para mantener “en orden” a Colombia como neocolonia de los Estados Unidos, paraíso de granujas y vendepatrias e infierno para trabajadores y gentes honradas. No obstante, los candidatos de esas oligarquías se presentan como los portaestandartes de la paz, de la convivencia, de la concordia; y la disputa electoral la adelantan con todo el bombo de una gran contienda democrática en la que el pueblo colombiano tendrá que decidir entre dos hidalgos caballeros, miembros de ilustres familias, decentes, tolerantes, el uno que promete aplastar la revolución y el otro que promete impedirla.

¡Que en esta campaña avance la lucha popular!

Es contra toda esa comedia que las fuerzas revolucionarias se deben levantar en el combate electoral para desenmascararla y, con ella, a todas las tendencias intermedias y oportunistas que, como la Anapo, buscan su ajuste dentro del sistema y aún dentro del próximo gobierno, según el resultado de las urnas y los correspondientes malabares de interpretación constitucional.

A la Unión Nacional de Oposición le corresponde contrarrestar el empuje de la reacción, no en el sentido de que pueda modificar la situación en su conjunto, sino desde el punto de vista de que es la única fuerza capaz de presentar en medio de la confusión y de la conmoción reinantes una alternativa diametralmente opuesta a la de las clases opresoras. La UNO es el único movimiento político que en la contienda electoral pregona la verdadera democracia que reclama nuestro pueblo. La democracia por la que lucha el pueblo colombiano no es la democracia liberal que ha perpetrado con el conservatismo los peores crímenes en beneficio de las minorías explotadoras y, a la cual, además, habría que agradecerle, según López, el que nos haya dejado participar en las elecciones a los comunistas. La auténtica democracia será la conquistada por la clase obrera y el campesinado, con el apoyo del resto de fuerzas populares, los pequeños y medianos comerciantes e industriales, los intelectuales, los estudiantes, la democracia popular que liberará el país del yugo extranjero y dará dignidad a la República. Esta es la democracia que implantará la revolución, y nada tendremos que agradecer a López, como tampoco a Gómez, a no ser que el candidato liberal en un arrebato de ingenuidad crea que el país debe gratitud a la traición y al despotismo.

Empuñemos con fuerza nuestra bandera

La Unión Nacional de Oposición señala con toda claridad el camino de la prosperidad de la nación colombiana y del bienestar de las grandes masas populares, como fruto de la independencia del coloniaje imperialista, y de la supresión del régimen de explotación terrateniente y de todo monopolio que domine la vida material del pueblo. Hay que impulsar las fuerzas productivas de nuestro país, pero esto no será posible sino mediante la eliminación de los factores que las mantienen atezadas. No habrá desarrollo en Colombia mientras nuestros recursos naturales y el trabajo de los colombianos sirvan para enriquecer al imperialismo yanqui y a la minoría antipatriótica que lo sustenta. La UNO viene sosteniendo que el desarrollo del país no sólo no es contrario al cambio revolucionario profundo que pide a gritos la sociedad colombiana, sino que es su condición fundamental. Por eso exigimos las reivindicaciones de la nacionalización de los recursos naturales y de los monopolios así como una auténtica reforma agraria que confisque los latifundios y reparta la tierra entre los campesinos tra-

bajadores. Este es el único camino para alcanzar un desarrollo verdadero, autónomo, y conquistar el bienestar de las mayorías colombianas, sin las tribulaciones de la carestía, el hambre y la miseria. Sólo un cambio de tal naturaleza, podrá poner fin al actual estado de caos económico, desbarajuste, corrupción e inseguridad social en que se debate nuestra patria.

Por ahora, frente a la farsa de los opresores, agitaremos durante la campaña nuestras tesis y programas para que las masas los vayan haciendo suyos, y, en un día no lejano, los materialice revolucionariamente en un nuevo Estado, en que el poder real descansa en la alianza de los obreros y campesinos y el resto de fuerzas populares y patrióticas.

Mientras más confusión haya, más altivamente empuñaremos nuestra bandera. Explicaremos nuestro programa revolucionario, allí donde podamos hacer una manifestación, un mitin, una reunión de vereda o de barrio. Combatiremos las falsas ilusiones propagadas por la reacción de que con Gómez o López habrá mejores condiciones para el cambio que anhelan los colombianos. Alertaremos a los sectores más avanzados del pueblo sobre las grandes contiendas que se acercan, porque cualquiera que sea el resultado de abril, vendrán días muy difíciles, la carestía será mayor de lo que fue el último año, el hambre acosará como nunca los hogares de las familias pobres, el saqueo yanqui del país llegará a límites intolerables, el descontento será reprimido por la fuerza. La clase obrera tendrá que salir a luchar sin tregua por el aumento de sus ingresos reales; los campesinos se verán obligados a exigir enérgicamente tierra para trabajar, créditos baratos y condiciones favorables de mercadeo; los estudiantes a retomar la iniciativa y pasar a la ofensiva para rescatar sus derechos pisoteados, y los pequeños y medianos productores y comerciantes, sin otra esperanza, también saltarán a la palestra en defensa de sus empresas y negocios amenazados por la ruina. Si la explotación aumenta, como indudablemente aumentará, el pueblo multiplicará la resistencia y reivindicará sus más elementales intereses y las aspiraciones de la nación entera.

Redoblar esfuerzos y afianzar la unión

La culminación exitosa de esta batalla requiere aún muchos esfuerzos por parte de todos los destacamentos de la Unión Nacional de Oposición. Ha habido considerables avances en cuanto organización y agitación. El plan de giras de nuestro candidato, compañero Hernando Echeverri Mejía, se desarrolla satisfactoriamente; sin embargo, nos quedan bastantes puntos por cubrir. No sólo en el frente interno donde es definitivamente indispensable cerrarle el paso a las tendencias sectarias para estrechar la unidad y mejorar las tareas, sino en el frente externo, en el cual, ante el envión final de los partidos tradicionales, es preciso

¡Que en esta campaña avance la lucha popular!

que la respuesta de la oposición revolucionaria se haga sentir llevando nuestra actividad redoblada a todas las clases y capas del pueblo colombiano. En relación con el sectarismo, vale la pena decir, a manera de ejemplo, que existen a estas alturas departamentos donde no ha sido posible configurar comandos conjuntos de la UNO ni adelantar el trabajo unificado, lo que, desde luego, debilita nuestras posibilidades en todo sentido. Estas anormalidades deben ser corregidas inmediatamente.

Como un paso positivo en la cohesión de la unidad, se destaca el entendimiento logrado en la Unión Nacional de Oposición sobre la necesidad de confeccionar listas únicas y conjuntas en todos los departamentos. Para este acuerdo fue favorable el viraje dado por la dirección del Partido Comunista, que en un comienzo sostuvo la tesis de listas separadas, pero que desde diciembre ha venido defendiendo la urgencia de listas unificadas a todo nivel. El MOIR ha saludado como adecuada esta determinación. Era evidente que con listas separadas para las corporaciones públicas, el frente electoral de izquierda se veía menguado para conquistar aquellas posiciones a las cuales puede aspirar conforme a la real correlación de fuerzas. Tal como está planteada la situación, no bastaban, con lo fundamentales que son, los acuerdos sellados en la Tercera Convención Nacional de la UNO sobre la plataforma electoral de lucha que, en el caso del MOIR, recoge aspectos básicos de sus postulados programáticos revolucionarios, y sobre la persona que en la actual coyuntura política, en su condición de candidato presidencial, tiene el encargo, como ninguna otra, de velar por la agitación y difusión de dicha plataforma, el compañero Hernando Echeverri Mejía. Había que afianzar estos acuerdos y concretarlos en planchas unitarias.

Los criterios, justos por cierto, de los que se partió para discutir la conformación de listas conjuntas, fueron los de tener en cuenta el desarrollo en particular de los distintos movimientos aliados y el de respetar los actuales cargos electorales de cada uno de ellos. La ulterior composición de las listas será el resultado de la aplicación de tales criterios en el curso de las negociaciones. Este nuevo compromiso obliga a las fuerzas que integran la Unión Nacional de Oposición a adelantar el trabajo más coordinadamente, a deponer las posturas sectarias, a luchar con mayor entusiasmo. El MOIR ciñe su conducta a estas directivas que consideramos de principio, procurando dar un ejemplo constructivo, de un indiscutible valor revolucionario, sobre todo si se comprende que en abril votaremos principalmente por los aliados. Durante todo este proceso de constitución y desarrollo del frente electoral revolucionario nos ha movido el convencimiento consciente de que en estas elecciones la izquierda de Colombia, dividida y enfrentada, no tendría condiciones para librar una batalla decorosa. Ante la coalición oligárquica gobernante que se empeña en prolongar el régimen

paritario, aprovechando el presente debate electoral para darle una falsa apariencia democrática a sus nefastos propósitos, era absolutamente indispensable como lo dijo Francisco Mosquera en la convención de la UNO, *“constituir un frente que, aunque pequeño, le pueda presentar al pueblo una verdadera alternativa revolucionaria”*. Por eso estamos dispuestos a seguir haciendo todos los esfuerzos, sacrificios y concesiones positivas que esta política requiera. De la manera como se trabaje, con ahínco y abnegación, de la forma como se resuelvan las contradicciones de la UNO, derrotando el sectarismo, “sin componendas ni maniobras” y, especialmente, de la lealtad con que sepamos defender y aplicar el programa que nos unifica, de todo esto, depende el futuro de la Unión Nacional de Oposición.

El MOIR, como lo ha venido haciendo, seguirá luchando por afianzar la unión. Creemos que las fuerzas de la izquierda colombiana deben ampliar su alianza y prolongarla para las otras tareas de la revolución y no solamente para las labores electorales. Seguiremos fieles a nuestros compromisos, sin perder el rumbo ni el estilo, y seguros de que una fuerza nueva al servicio de una causa justa es invencible.

La UNO ha cumplido y seguirá cumpliendo

Tribuna Roja No. 12, abril de 1974

Está tocando a su fin la campaña electoral de 1974. Los partidos tradicionales, en pugilato entre sí que tiene más de comedia que de diferencia real sobre tesis y programas, han derrochado centenares de millones de pesos en su desesperado afán de darle, así sea aparentemente, un ambiente popular a sus respectivas candidaturas. La izquierda colombiana, unida en torno a la Unión Nacional de Oposición, sin mayores recursos, ha logrado demostrar que sus banderas de lucha sí aglutinan y movilizan a las masas, como lo testimonian las multitudinarias manifestaciones de respaldo que salieron al paso de la gira de Hernando Echeverri, no sólo en las capitales sino en los pueblos y villorrios apartados.

La gran prensa oligárquica, en tácito reconocimiento al auge de la UNO, ha terminado afirmando que “el pueblo le está saliendo a todos los candidatos”. Decimos que es un reconocimiento al avance “sorpresivo” de la UNO, porque al comienzo del debate se descontaba que los partidos Conservador y Liberal mantienen cautivos, por tradición y por su condición de partidos dominantes, una porción más o menos considerable de electores; asimismo, la Anapo, a pesar del innegable retroceso, conserva parte de la capacidad de movilización de sus mejores días. Por lo tanto, lo nuevo, lo verdaderamente nuevo en el panorama político del país, es que la UNO, un frente de reciente aparición, esté rivalizando con el liberalismo y el conservatismo, y con sus desmembraciones, en la empresa de llenar las plazas de Colombia. Pero no es sólo en el número, con lo decisiva que es la cantidad, sino en el fervor, en la mística, en la convicción profunda de las razones que les asisten a los seguidores de la Unión Nacional de Oposición, que estamos anotándonos puntos a favor en esta lucha por la vinculación a las clases explotadas y oprimidas. El avance de la UNO estriba en que su programa nacional y democrático y su candidato, Hernando Echeverri Mejía, encarnan las más sentidas aspiraciones populares y representan en la actual situación, como ninguna otra fuerza política, el futuro y el cambio revolucionario de la sociedad colombiana.

La UNO no ha dado aún todos sus frutos

A menos de diez días de las elecciones y antes de conocerse el resultado de la votación, se puede decir que la Unión Nacional de Oposición cumplió su cometido en esta campaña electoral. Las organizaciones políticas que la integran, el Partido Comunista, el Movimiento Amplio Colombiano, el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario y las demás agrupaciones regionales, han salido visiblemente fortalecidas al final de la campaña. La UNO ha combatido con denuedo a la reacción y al oportunismo de derecha que propulsan la prolongación del sistema de dominación imperialista que hace de nuestro país una neocolonia de los Estados Unidos y de nuestra nación un pueblo explotado, oprimido, humillado, miserable y atrasado; y con la misma decisión ha batallado también contra el oportunismo de “izquierda” que pretende impedir que las fuerzas revolucionarias utilicen correctamente la lucha electoral para avanzar y fortalecerse. La UNO ha señalado sin ambages, allí donde llegaron el candidato y su comitiva en la labor agitational y de propaganda, o donde se ha instalado un comando, que la nueva Colombia ha de ser una patria libre y soberana, gobernada por la alianza de los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y el resto de fuerzas democráticas y revolucionarias. La consigna de unir al pueblo en un gran frente de combate contra sus opresores se ha abierto camino entre las masas y explica el respaldo de amplias capas de la población a la Unión Nacional de Oposición. La UNO ya dio sus primeros resultados positivos, pero no ha cosechado aún todos los frutos que se vislumbran del completo desarrollo de las fuerzas revolucionarias que ha desatado. Por ello la UNO tiene contraído un compromiso con el pueblo colombiano que la obliga, a continuar más pujante, más unitaria y más combativa después del 21 de abril, de seguir adelante, fiel a la línea revolucionaria aprobada en su última convención de septiembre y aplicada con tanto éxito en los meses siguientes.

Combatir el sectarismo dentro y fuera

Pero la UNO tiene un enemigo soterrado que la mina por dentro: el sectarismo. Es un deber de todos los integrantes de la UNO atacar y derrotar este enemigo. Las tendencias sectarias creen hacer un bien a sus propios partidos fijándose como meta la destrucción o el debilitamiento de los aliados. La UNO no puede sobrevivir sino bajo el principio de que coexistan y se fortalezcan, dentro de la unión todas las fuerzas aliadas. Flaco servicio prestan a la UNO quienes no respeten este principio, así pregonen a los cuatro vientos sus falsos deseos unitarios. El MOIR no ha tenido ningún inconveniente en reconocer y defender este principio. Francisco Mosquera lo interpretaba acertadamente al señalar sin tapu-

La UNO ha cumplido y seguirá cumpliendo

josenlaconvencióndeseptiembre: *“Noesnuestrointerésque lasfuerzasaliadasdel MOI Renla UNO sedebiliten; porelcontrario, esindispensableque sefortalezcanel Partido Comunistay elMovimiento Amplio Colombiano”*. Hayque erradicarlaideade que la UNO ha de servir para eliminar o aislar a cualquiera de sus integrantes. Al revés, pregonemos la idea de que todas las fuerzas que conforman la Unión Nacional de Oposición resultan y deben resultar favorecidas. Esto es mucho más urgente si se comprende que después de abril y cuando se desvanezcan muchas ilusiones en las promesas de los partidos reaccionarios y oportunistas, buen número de organizaciones regionales y sectores populares se oriente hacia las toldas de la Unión Nacional de Oposición. En este sentido, la única política acertada es la de “puertas abiertas” para todas las agrupaciones y personas que quieran ingresar a la UNO, aprobar su programa y someterse a las decisiones del Comando Nacional, en pie de igualdad y a niveles de dirección. Acatemos la directiva de Gilberto Vieira en la misma convención: “La UNO está abierta a todos los que acepten su programa”. Sólo en esta forma, siendo leales a los compromisos contraídos, es decir, respaldando el programa nacional y democrático de la UNO y combatiendo el sectarismo de adentro y de afuera, podremos aprovechar para la revolución todos los beneficios del desarrollo de la Unión Nacional de Oposición.

Acordadas listas conjuntas y únicas

Después de dos meses largos de negociaciones, en las que no faltaron las naturales dificultades, la UNO pudo llegar a un acuerdo definitivo sobre la configuración de listas conjuntas y únicas en todos los departamentos. La prensa al servicio de las candidaturas de los partidos tradicionales difundió contradictorias versiones sobre las listas de candidatos de la UNO, tendientes todas ellas a crear la opinión de que la rebatiña de curules ponía en peligro la Unión Nacional de Oposición. El mejor mentís a todas esas falacias son las listas definitivas de la UNO que ya se están inscribiendo y promulgando en todo el país. Vale la pena, aclarar que la necesidad de las listas conjuntas y únicas fue siempre una preocupación de todas las organizaciones de la UNO. Pero jamás el futuro de la alianza, que ha tenido sus bases sólidas en el Programa y en el candidato nacional desde finales del año pasado, estuvo en peligro por el hecho de que hubiera o no listas únicas.

Sin embargo, es un hecho también que la noticia de las listas conjuntas no solo llenó de alegría a la militancia de los tres partidos, sino que ha sido recibida con aplausos por todos los simpatizantes y seguidores de la Unión Nacional de Oposición que, a lo largo y ancho de Colombia, están resueltos a librarles una gran batalla a las oligarquías el 21 de abril.

Tal como está la situación, la UNO conquistará importantes posiciones en las corporaciones públicas. Esto plantea la cuestión de desarrollar una acción

parlamentaria coordinada, conforme al programa defendido durante la campaña y según las determinaciones tomadas de común acuerdo por el Comando Nacional o por un comité especial constituido para el efecto. En relación con este trabajo la UNO hará respetar un criterio defendido y explicado profusamente durante la campaña, y es el principio de que los candidatos nuestros que salieren electos responderán ante el pueblo y ante la UNO de su conducta política en la respectiva corporación. Quienes violen los compromisos y traicionen el programa en cuyo nombre resultaron favorecidos, serán señalados ante las masas como renegados de la causa del pueblo. Esta es una diferencia fundamental entre la UNO y los partidos reaccionarios y oportunistas, ya que en estos partidos los elegidos no responden ante los electores de su acción y como caso común y corriente se mofan de las promesas electorales.

Sabemos que las corporaciones públicas vigentes, cercenadas en sus funciones propias por la reforma constitucional de 1968, y como en general todos los cuerpos representativos de la democracia burguesa, no se pondrán jamás al servicio de los intereses primordiales del pueblo, así las fuerzas revolucionarias cuenten en ellas con la mayoría. Pero de lo que sí debe estar seguro el pueblo que sufrague por nuestras listas es que los parlamentarios, diputados y concejales de la Unión Nacional de Oposición, convertirán sus curules en tribunas de denuncia de los atropellos del régimen y de defensa de los derechos de las masas explotadas y oprimidas. La minoría parlamentaria de la UNO dará también la batalla en este frente para progresar en las grandes tareas de desenmascarar la coalición burgués-terrateniente proimperialista, de educar a las masas en la lucha contra sus enemigos y de organizar y unificar al pueblo.

Falta aún la contienda del 21 de abril para cerrar este capítulo de nuestra lucha revolucionaria. Ese día tendremos que movilizarnos como un solo hombre, con audacia, con entereza, dispuestos a demostrarle al país que a los miembros de la UNO no le ganan los manzanillos de los partidos tradicionales ni en el terreno donde ellos son amos y señores, en el terreno de hacer elecciones.

Es indispensable perseverar en una línea correcta*

Tribuna Roja No. 17, noviembre 22 de 1975

Discurso pronunciado por el camarada Francisco Mosquera en la Tercera Convención Nacional de la UNO, el 14 de julio de 1974.

Compañeros convencionistas:

Las pasadas elecciones fueron una verdadera prueba para la Unión Nacional de Oposición. Se trataba de la primera batalla de importancia, de un frente de izquierda recién aparecido a la vida política del país, después de un complejo proceso, que no tenemos por qué ocultar, de francas discusiones para poder llegar a acuerdos progresivos que nos permitieran unificar nuestros contingentes y combatir con mayores posibilidades de éxito a los enemigos principales del pueblo y la nación colombiana. Eran unas elecciones en las cuales los partidos Liberal y Conservador, coligados e identificados en lo fundamental, además del Poder y el dinero, tenían la ventaja de que al cabo de dieciséis años de Frente Nacional se presentaban por primera vez aparentemente enfrentados entre sí, lo que les daba una gran capacidad de juego para confundir a las masas, aprovechar al máximo la tradición bipartidista colombiana y reencauchar viejas ilusiones. Creo que pasamos triunfalmente esta prueba y hemos avanzado.

En las condiciones en que nos correspondió actuar, los siete congresistas obtenidos, así como los nueve diputados y los numerosos concejales en casi todos los departamentos, son un resultado satisfactorio. Sobre todo si se tiene en cuenta que con los escasos recursos de que disponíamos, adelantamos una vigorosa campaña en todo el país, agitando las reivindicaciones más sentidas por las masas populares y explicando nuestra plataforma nacional y democrática, todo ello sin hacer una sola concesión de principios, nadando contra la corriente, firmemente basados en el criterio revolucionario de que debemos aprovechar la lucha electoral para denunciar los crímenes del sistema oligárquico, acumular fuerzas y preparar al pueblo para más amplios y profundos combates, pero con-

vencidos, como estamos, de que las elecciones no resolverán jamás el problema del Poder para las clases explotadas. Esta victoria se la debemos ante todo a la acción paciente, constante y anónima de las bases de los partidos que integran la Unión Nacional de Oposición y en especial a la labor infatigable de nuestro candidato Hernando Echeverri Mejía.

Alfonso López llega a la Presidencia de la República con tres millones de votos de respaldo, es cierto, pero echó mano de cuanta argucia imaginable, explotó su pasado pseudo-independiente de los días del MRL y prometió insistentemente algo que en la actualidad le interesa vivamente a las masas asalariadas y desempleadas: que bajaría el costo de la vida. Así como se engañó calculada y fríamente a una considerable porción de electores, no se hará esperar la protesta tumultuosa de los desengañados, a medida que se vayan conociendo las determinaciones del futuro gobierno. Porque López no sólo no cumplirá sus promesas demagógicas que de antemano sabe muy bien que no podrá cumplir, sino que llevará a la práctica las otras cosas que propuso durante la campaña, las que prometió en serio, más y mejores privilegios a los monopolios yanquis y a sus lacayos colombianos.

De otra parte, el conservatismo, no obstante haber obtenido un millón y medio de votos menos que el liberalismo, tendrá igual número de ministerios, de gobernaciones y de alcaldías que éste. Sobre esta base participaron en las elecciones las clases dominantes; a sabiendas de que cualquiera que hubiera sido el resultado de las urnas, de todas maneras continuaría la paridad liberal-conservadora en la rama ejecutiva del Poder, por mandato de la Constitución, como también está contemplado en la Constitución que de 1978 en adelante seguirán los llamados “gobiernos nacionales” de idéntico espíritu frentenacionalista. ¿A qué obedece este peculiar engendro antidemocrático? A que Colombia, como neocolonia de los Estados Unidos, no puede ser controlada por el imperialismo sino a través de la alianza de la gran burguesía y los grandes terratenientes, cuya expresión política ha sido la coalición liberal-conservadora. Los actos de un gobierno apuntalado por esa coalición, como será el de López, no pueden responder más que a los intereses del imperialismo yanqui y de las clases antinacionales intermediarias. Nada bueno ha recibido nunca el pueblo de esa clase de gobiernos. Por eso es ridícula la táctica, inventada por la Anapo, de apoyar las medidas “positivas” y combatir las “negativas” del títere de turno.

Frente a los problemas del campo, ya López anunció categóricamente que no propiciará reformas sustanciales a la vieja legislación agraria que mantiene el régimen de explotación terrateniente y excluye a los campesinos de la propiedad de la tierra. La cacareada política de ingresos y salarios quedará reducida a un pacto de caballeros entre el gobierno, los empresarios y las camarillas vende-

Es indispensable perseverar en una línea correcta

obreras de la UTC y CTC, pacto orientado a imponerle mayores sacrificios a las clases trabajadoras, así prosiga, como proseguirá, la espiral alcista. En relación con los denominados planes de desarrollo el presidente electo en realidad no ha presentado un fórmula diferente a la defendida con tanta ardentía por el candidato conservador Álvaro Gómez, consistente en brindar todas las facilidades para la penetración en Colombia de los grandes consorcios del capital internacional. Parlamentarios liberales y conservadores están preparando con el patrocinio del próximo mandatario un estatuto de los partidos y una reforma electoral, tendientes ambos proyectos a impedir mediante la coacción el ejercicio de los derechos políticos a los partidos distintos al liberalismo y al conservatismo. De esta laya antinacional y antidemocrática será el resto de medidas programáticas del gobierno de Alfonso López Michelsen.

Y en cuanto a la falsa creencia de que Alfonso será menos represivo y sanguinario que sus antecesores, vale la pena hacer la siguiente consideración ¿Qué va a pasar cuando los obreros acosados por el hambre exijan aumentos de sus salarios y hagan uso del legítimo derecho de la huelga, o cuando los campesinos invadan los grandes latifundios en procura de un pedazo de tierra para trabajarlo, o cuando los estudiantes se subleven en defensa de sus derechos y de una cultura nacional y científica al servicio de las masas populares, o cuando el pueblo se levante contra el saqueo imperialista, contra el alza continua del costo de la vida, contra la inseguridad social, ¿qué va pasar?, preguntamos, ¿cuál será la orden del presidente liberal a los aparatos represivos del régimen?, ¿qué intereses se van a proteger?, ¿a quién se va a encarcelar y a reprimir, a los explotadores o a los explotados, a los opresores o a los oprimidos? Por experiencia sabemos que estos conflictos de clase, de los cuales en última instancia depende el desarrollo de la sociedad colombiana, no se podrán congelar, y que, latentes como se hallan en toda la actividad política del país, a cada paso estallarán con mayor furia y más definidos perfiles. Y también por experiencia sabemos que el Estado oligárquico golpeará cada vez más violentamente los justos reclamos de las masas, para eso fue creado y esa será su función hasta que lo destruya el pueblo. La lucha de clases en pleno auge hará saltar en pedazos todas las ilusiones sobre el nuevo gobierno, pondrá a cada cual en su sitio y demostrará que el resultado electoral no fue más que uno de los tantos aspectos contradictorios de la multifacética sociedad colombiana.

De tal manera, el gobierno que se inaugurará el 7 de agosto será una nueva edición de los cuatro regímenes anteriores del Frente Nacional. O como dijo Alberto Lleras en un reciente editorial de *El Tiempo*: “Casi, casi nos atreveríamos a decir que el carismático doctor López Michelsen logró persuadir a los colombianos de hacer una nueva prueba”. Una nueva oportunidad. Eso es lo que siempre han

pedido los podridos partidos dominantes a la hora de rendir cuentas, cada vez que se les cumple el plazo del tránsito de una administración a la siguiente. Y si el pueblo no ha podido sacar buen provecho de los fracasos, de las crisis, de las frustraciones que han dejado, unos tras otros, todos los gobiernos antinacionales y antipopulares, ha sido por la falta de una corriente política capaz de aprovechar las dificultades de nuestros enemigos y de movilizar contra ellos ampliamente a las masas explotadas y apaleadas. En la misión de darle forma a esa nueva corriente política en Colombia, que abarque a las inmensas mayorías nacionales y aísle a la reacción, los partidos revolucionarios nos hemos quedado en muchas ocasiones cortos. Sin embargo, la descomposición de la sociedad colombiana se acelera, los acontecimientos marchan en una dirección propicia y, comprobada la ineficacia de la Anapo, a los ojos del pueblo, hoy por hoy, ha venido quedando claro que la UNO, aunque débil aún, es la fuerza política más consecuentemente opuesta al régimen burgués-terrateniente proimperialista. Así que, nosotros también podemos afirmar, a manera de autocritica si se quiere, que a la izquierda revolucionaria de Colombia, y en particular a la Unión Nacional de Oposición, se le presenta ahora una gran oportunidad para encauzar el creciente descontento, los deseos de lucha, la rebeldía innata del pueblo colombiano y encarnar la esperada, la verdadera, la única alternativa revolucionaria que requiere Colombia. Nuestra obligación es ponernos al frente de tan tremenda responsabilidad histórica.

Pero para lograr nuestros objetivos es indispensable perseverar en una línea correcta.

Debemos seguir respaldando y profundizando el programa mínimo de nueve puntos de la Unión Nacional de Oposición, por la liberación nacional del yugo del imperialismo yanqui y por la revolución.

Debemos apoyar incondicionalmente las luchas de las masas populares por sus reivindicaciones inmediatas y futuras, y en especial concentrar esfuerzos en la tarea de la unidad del movimiento sindical independiente, basándonos en la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia.

Debemos adelantar una acción parlamentaria revolucionaria en el Congreso, en asambleas y concejos, combinándola con las acciones de las masas.

Debemos combatir el sectarismo dentro y fuera de nuestras filas para poder avanzar en la organización de la UNO a todos los niveles, aplicando una política de “puertas abiertas” que permita acercar todas las fuerzas susceptibles de engrosar a la postre el Frente Único Antiimperialista.

Debemos respaldar activamente al proletariado internacional, a los países socialistas y a las naciones oprimidas que en todo el mundo luchan contra la intervención y agresión imperialistas y por la paz mundial.

Es indispensable perseverar en una línea correcta

Continuemos sin desmayo la lucha por un Estado colombiano de obreros, campesinos y demás clases revolucionarias, que construya una, patria próspera, soberana y libre de toda sojuzgación externa.

*Con esta intervención el MOIR fijó ante la UNO sus criterios sobre el carácter antinacional y antipopular del régimen lopista, próximo a inaugurarse, y llamó la atención acerca de las perspectivas favorables que se le abrían a la Unión Nacional de Oposición, como frente de fuerzas aliadas, para desarrollarse y abanderar el creciente descontento del pueblo colombiano por la política proimperialista y represiva que pondría en ejecución el nuevo gobierno. Sin embargo, las dificultades de la UNO brotaron precisamente debido a las vacilaciones de algunos de sus integrantes ante la administración continuista de la coalición liberal-conservadora, encabezada por el señor López Michelsen. Estas vacilaciones, así como las contradicciones colaterales aparecidas dentro del proceso de unidad del sindicalismo independiente, se examinan en otros documentos de esta misma selección de escritos de Tribuna Roja. Únicamente el perseverar en una línea correcta le podría permitir a la UNO desempeñar un más significativo papel histórico como lo señala el camarada Mosquera.

Normas de funcionamiento aprobadas por la UNO en 1974*

Tribuna Roja No. 17, noviembre 22 de 1975.

La Segunda Convención Nacional de la UNO

Considerando:

Que es necesario dictar normas generales que regulen el funcionamiento interno de la Unión Nacional de Oposición y la conducta de los partidos que la integran,

Resuelve:

Art. 1. La Unión Nacional de Oposición, UNO, tiene como finalidad agrupar todas las fuerzas y sectores del pueblo colombiano, para liberar nuestro país de la opresión del imperialismo norteamericano e igualmente terminar con la explotación que hacen las oligarquías nacionales de las clases populares.

Art. 2. La Unión Nacional de Oposición, UNO, es por tanto una alianza de partidos, movimientos, o grupos políticos, que compartan estos objetivos, manifiesten expresamente adherir a su Programa, actúen políticamente en función de la unidad del pueblo y se integren a las organizaciones de la UNO, a escala nacional, departamental, regional o municipal, según sea su propio desarrollo.

Art. 3. Teniendo en cuenta el carácter enunciado, los partidos, grupos o movimientos que conforman la Unión Nacional de Oposición, UNO, son autónomos orgánica e ideológicamente y las decisiones que tengan que ver con la organización y la política general de la UNO se tomarán por unanimidad entre las organizaciones que la integran.

Art. 4. La dirección general de la Unión Nacional de Oposición, UNO, estará a cargo de un Comando Nacional, compuesto por cinco miembros principales y dos suplentes alternos, designados por cada organización política integrada a la UNO a escala nacional.

Art. 5. El Comando Nacional tendrá a su cargo todo lo relacionado con la organización y desarrollo de la UNO, el recaudo y distribución de fondos, el cum-

Normas de funcionamiento aprobadas

plimiento de la política trazada por las convenciones nacionales, la aplicación de los acuerdos de los partidos que la conforman, y en fin todo aquello que implique el logro de los objetivos de la Unión Nacional de Oposición, UNO.

Art. 6. El Comando Nacional tendrá un presidente, un tesorero, un secretario ejecutivo y las comisiones de trabajo que sean necesarias, de acuerdo con las tareas por cumplir.

Art. 7. La dirección de la UNO a escala departamental o municipal será ejercida por comandos hasta de tres miembros por cada organización integrante y tendrá a su cargo la aplicación de la política nacional trazada tanto por las convenciones como por el Comando Nacional, buscando el desarrollo e incremento de la UNO en su respectivo territorio.

Art. 8. La Unión Nacional de Oposición, UNO, tendrá organismos de base, formados en las zonas, barrios, sectores o veredas, y estarán compuestos por los militantes de las organizaciones integradas, así como también por todas aquellas personas que compartan los objetivos de la UNO, adhieran a su Programa e ingresen a los organismos de base.

Art. 9. Tales organismos de base se denominarán comandos y deberán tener una dirección mínima compuesta por presidente, vicepresidente, tesorero, secretario de agitación y propaganda y además los vocales que se crean necesarios. En casos especiales podrán aumentar los cargos de dirección de acuerdo a sus propias necesidades y desarrollo.

Art. 10. Las decisiones de los comandos de base se tomarán por unanimidad y no pueden contrariar las normas de organismos superiores, ni los acuerdos de los partidos que integran la UNO, ni los principios generales que la rigen, ni tampoco la política trazada por la UNO a escala nacional.

Art. 11 . Quienes ejerzan cargos de representación a nombre de la UNO, tanto en corporaciones públicas como en otras entidades, quedan sometidos a las reglamentaciones especiales que para tales efectos se señalen y responden políticamente ante el Comando Nacional por el desempeño de las labores a su cargo.

Art. 12. Los fondos generales de la Unión Nacional de Oposición, UNO, estarán formados por las cuotas de sus parlamentarios, por las contribuciones de los partidos integrados y las voluntarias que se reciban. Serán manejados tales fondos por la Tesorería General, según las instrucciones del Comando Nacional.

* Las normas de funcionamiento de la UNO fueron aprobadas por la Tercera Convención Nacional el 14 de julio de 1974. Se incluyen en esta selección porque ellas representan una valiosa experiencia práctica de la revolución colombiana en sus primeros intentos de estructurar orgánicamente un frente amplio antiimperialista, conformado por diversas fuerzas. El desconocimiento de algunas de estas pautas de funcionamiento democráticas por parte de los aliados, según lo denunció oportunamente el MOIR, no fue causa menor de los tropiezos de la UNO.

El Congreso de la CSTC

Tribuna Roja N°. 13, febrero 27 de 1975

Nos habíamos hecho el propósito de no referirnos de nuevo a los problemas de la unidad sindical sino hasta después del congreso de la CSTC, cuando podremos concretar un balance global y completo de los tres años de este riquísimo proceso unitario del movimiento obrero colombiano. Esperábamos que los criterios precisados públicamente desde los editoriales de *Tribuna Roja* y la infinidad de reuniones obreras en las cuales el MOIR fijó sus puntos de vista a través de compañeros dirigentes sindicales, bastaban para dejar establecidas las cuestiones básicas que la clase obrera debe tener muy en cuenta si quiere culminar triunfalmente la tarea de la construcción de la central unitaria en el momento presente y en las condiciones de la política de alianza que seguimos propugnando con otros sectores políticos y, en particular, con el Partido Comunista de Colombia.

Sin embargo, en las últimas semanas se han presentado encadenados, unos tras otros, varios incidentes que han conmovido el campamento del sindicalismo independiente y hecho cundir la alarma entre sus filas. Son insucesos que merecen ser examinados y desentrañados por el fondo pernicioso que llevan; deben analizarse a la luz de la política de Unidad y Combate que estamos defendiendo, y antes del congreso, por lo que puedan influir perturbadoramente en él.

De tal modo que hoy, a escasos días del congreso del 4 de marzo de la CSTC, de pronto, nos vemos en la urgencia de insistir una vez más en los principios tal vez más debatidos a lo largo de la lucha por la unidad revolucionaria del proletariado colombiano.

Ataques y defensa del Congreso Unitario

El congreso de la CSTC es todo un acontecimiento. En una forma u otra las diversas clases y partidos han tenido algo que ver con él, o se han pronunciado abiertamente con su modo particular de interpretarlo.

Dentro del vasto archipiélago de organizaciones en que se halla atomizada la pequeña burguesía socialista enemiga de la política de la unidad obrera, se han presentado por culpa del congreso nuevas fracciones que, en lo que se refiere a esta política, como a la permisibilidad de la participación en la lucha electoral, han levantado rancho aparte, con sus propios argumentos, desde luego, y con esa visión estrecha y recortada de ver el mundo y la lucha de clases.

El imperialismo yanqui y la coalición burgués-terrateniente proimperialista también tomaron posición. En nombre de estas fuerzas habló el gobierno, y el gobierno se expresó por boca de la señora de Crovo. Sus declaraciones tienen especial importancia porque la señora de Crovo es la figura notable del gabinete, no sólo por ser la única mujer elevada al rango ministerial, con la cartera del Trabajo, dentro de la promoción lopista de defenasa de los “derechos femeninos”, a la manera como fue promocionado Antonio Díaz, esquirolo de la UTC, para defender desde el Ministerio de Comunicaciones los “derechos obreros”, por orden de un gobierno de menor sensibilidad social que el actual, sino porque la ministra, que no alcanzó a salir elegida al Parlamento el 21 de abril, tiene una destacada trayectoria de “centro-izquierda”, desde los tiempos del MRL. Los pronunciamientos oficiales fueron un verdadero ataque de histerismo. El país recibió la noticia de que la tranquilidad pública, estaba amenazada por la nueva central. Que la CSTC, por inspiración del comunismo internacional, fraguaba una conspiración para derrocar el gobierno. Que el congreso obrero hacía parte de un llamado “Plan de Marzo” que sumiría a la nación en la “anarquía” y la “aventura”. Tal pareciera que la ministra, con acusaciones de este calibre, quisiera enmendar su más imperdonable error como mandataria, arrepentida de haber concedido la personería jurídica a la CSTC. En todo caso el gobierno está rabiosamente en contra del congreso unitario y de la CSTC, y con pánico ve en el desarrollo de la conciencia, de la lucha y de la organización independiente de la clase obrera un serio peligro, no tanto para la supervivencia de sus centrales de bolsillo, UTC y CTC, lo que sería grave, como para la supervivencia del orden establecido, lo que sería fatal. Por eso el presidente López ha decidido destapar la carta de su ministra en el juego de la división obrera, viejo juego del imperialismo yanqui, tan viejo como su existencia.

En esta forma, y al igual que los sucesivos gobiernos del Frente Nacional, la actual administración hereda la misión de acicatear la división de la clase obrera, mediante el mecanismo de favorecer a las centrales patronales UTC y CTC y prolongarles la vida, así sea artificialmente, mientras dispone de los instrumentos del Estado, de los más idóneos y de los más violentos, para ilegalizar, perseguir y golpear las organizaciones proletarias leales a sus intereses de clase. A esta táctica obedece la cruzada macartista montada por la señora de Crovo y por el equipo

ministerial contra la CSTC y su congreso. Además, el gobierno requiere crear una opinión pública y un ambiente hostil tales que permitan adoptar medidas mucho más drásticas contra el avance revolucionario y la protesta insubordinada de la clase obrera. A la campaña anticomunista oficial han hecho coro los partidos tradicionales, la prensa reaccionaria y, por supuesto, las camarillas amarillas de la UTC y CTC.

Finalmente, y del lado opuesto, las fuerzas revolucionarias del proletariado, del campesinado y de las otras clases explotadas y oprimidas de la nación colombiana han saludado alborozadamente el congreso unitario de la CSTC. Los partidos comprometidos con la política de impulsar la construcción de una central unitaria, y entre ellos el Partido Comunista y el MOIR, han venido trabajando, a veces de común acuerdo y a veces por su cuenta, pero siempre teniendo en mente la realización exitosa del congreso de unidad obrera. Estas fuerzas han contribuido a revitalizar la CSTC con su lucha por lograr la afiliación de un sinnúmero de sindicatos y federaciones a la nueva central. En la interpretación de estos hechos no debieran presentarse discrepancias entre las corrientes políticas por cuya mayor o menor actividad fue posible el proceso unitario revolucionario de los tres últimos años. Para el MOIR no cabe duda de la necesidad de desplegar una cerrada y firme ofensiva tendiente a denunciar y desenmascarar la acción macartista y anticomunista del imperialismo y sus testaferros criollos, que al mismo tiempo destaque el papel de primera importancia desempeñado por la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia como la organización aglutinante del sindicalismo independiente.

La Unidad, una política revolucionaria

Sobre todas estas cuestiones se ha escrito y hablado recientemente, a raíz del congreso del 4 de marzo: sobre la persecución oficial; sobre el oportunismo de la pequeña burguesía socialista; sobre los beneficiosos resultados de la unidad de acción; sobre las luchas de la CSTC, su línea unitaria y la atracción que ejerce en las organizaciones sindicales que aún no han ingresado a sus dominios. Pero ha habido un silencio, que se siente, alrededor de un punto básico, debatido a profundidad por los obreros avanzados, en congresos y asambleas sindicales, no de ahora sino de hace mucho tiempo, que remachó la unidad alcanzada en los encuentros unitarios de 1972 y 1973, convocados por la CSTC y los entonces llamados sindicatos independientes, y que despejó el camino hacia el congreso del 4 de marzo: que la unidad obrera es producto auténtico del desarrollo ideológico y político de la clase obrera y que el congreso unitario, que hoy celebramos como una victoria es producto, a su vez, de claros y perentorios acuerdos políticos que sintetizan y expresan básicamente el avance del proletariado colombiano. El re-

conocimiento de este punto no lo exigimos, como pueden estar pensando ahora quienes nos aconsejaban no hacer alianzas con el Partido Comunista, porque el MOIR haya sido burlado o excluido a la hora de festejar el triunfo. Todo eso es vano y superfluo. El proletariado está en medio del campo de batalla combatiendo a brazo partido para reagrupar sus fuerzas, organizarlas, y poder tomar la plaza enemiga, al frente del pueblo, como jefe indiscutible de la revolución. A esa gran tarea está el MOIR destinando todas sus energías. Parte de ella ha sido la política de Unidad y Combate. Y eso es lo que verdaderamente cuenta. Pero, además, nunca dijimos que la política de Unidad y Combate, propuesta por el MOIR a la clase obrera a finales de 1972, después de sopesar todos y cada uno de los elementos de la situación, fuera únicamente alianza, sin lucha. La experiencia de la Unión Nacional de Oposición y del movimiento sindical prueban lo contrario.

La exigencia del reconocimiento de la unidad alcanzada como producto, y sólo como producto de acuerdos políticos que compendian los pasos hacia adelante dados por el proletariado en su lucha y en su conciencia, significa no solamente la lealtad al proceso unitario vivido en estos tres últimos años, del cual hemos sido actores destacados, no solamente la comprensión de cuáles constituyeron las conquistas más importantes de la clase obrera durante este tramo de su historia, sino que significa la garantía de que el rumbo de la nave se mantendrá con buena o mala mar.

¿Cuál es la razón de la negativa a mencionar y reconocer cosas que son evidentes para la mayoría de los compañeros sindicalistas que participaron activamente en los encuentros unitarios y en los actos y luchas programados por los UNIR? ¿Por qué el silencio sobre los acuerdos? ¿Será por la vieja convicción de que la política no debe entrar ni gobernar las organizaciones gremiales de los obreros? ¿O será una simple y pasajera táctica para preservar la Confederación, ahora que arrecia el temporal macartista y anticomunista? ¿O será porque el congreso unitario ya no es un congreso constitutivo en esencia de una nueva central, con el mismo nombre, no importa, pero más amplia, más fuerte, más promisorio, debido a que la personería jurídica concedida a la CSTC tan sorpresiva y demagógicamente por el gobierno, arruinó los planes del congreso unitario del 6 de diciembre, citado por el Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973, y que después el Comité Ejecutivo de la Confederación trasladó para el 4 de marzo? Con relación a estos interrogantes se presentará un profuso debate, pero las cosas se irán decantando con el paso del tiempo. No sobra agregar que si hemos sido leales a los acuerdos, lo seremos también en la discusión, y en el reconocimiento de afirmaciones o insinuaciones que no correspondan por completo a la realidad. ¡Ojalá estemos prejuzgando!

Pero tenemos otra pregunta para formular: ¿La actual conjura del silencio será provocada acaso por el hecho de que todavía se le atribuye a la consigna de la unidad de acción más poderes mágicos de los que en verdad posee, como los de unir a la clase obrera de Colombia y del mundo entero, frente a lo cual es insustancial, dogmático y extremista cualquier explicación diferente que se pretenda dar de nuestro proceso sindical unitario? Entonces sí estaremos ante una cuestión de principios, a la que no hay más remedio que salirle al paso.

No se puede analizar el avance unitario de la clase obrera de estos años simplemente a través de las acciones conjuntas por alzas de salarios, mejores condiciones de existencia, o por cualquier otra reivindicación económica o gremial, haciendo caso omiso de qué política está al mando, qué clases y partidos se favorecen con determinadas orientaciones estratégicas y tácticas, cuáles son los programas que arman y cohesionan al proletariado.

Sabemos que para salir del paso se volverá al estribillo de que el MOIR desprecia las luchas económicas llevadas a cabo por las masas trabajadoras, y pone la unidad ideológica y política como premisa para adelantar las acciones conjuntas reivindicativas. Nada más falso. La lucha económica y sindical en todos sus matices y manifestaciones es una escuela insustituible de la clase obrera. Nadie como el MOIR comprende la importancia real de estas luchas que libran los obreros de todas las centrales sindicales, al margen del color de sus banderas, casi siempre espontáneamente, como parte de la natural resistencia de clase frente a sus explotadores. Es justo, desde luego, que los obreros de distintas denominaciones políticas concreten acciones unitarias en defensa de sus intereses económicos y gremiales. Y es un deber de la vanguardia proletaria propiciar este tipo de alianzas por las reivindicaciones inmediatas y más sentidas de los asalariados, así éstas sean pasajeras y limitadas. Sin embargo, esas acciones son necesarias pero no suficientes para generar y explicar el torrente unitario que desembocará en el congreso del 4 de marzo.

Es inconcebible que a estas alturas de la vida se quiera hacer creer que la unidad lograda por el sindicalismo independiente haya brotado de la unidad de acción entre nuevas y viejas fuerzas políticas que tienen influencia en el movimiento obrero, sin previos acuerdos, ni programas, ni derroteros fijos, o que hayamos recorrido todo ese trecho de reuniones, discusiones, combates contra los enemigos tanto de derecha como de “izquierda” de la unidad obrera, simple y llanamente para poder adelantar acciones unitarias, aun cuando hayamos adelantado estas acciones.

Cuando el Partido Comunista sugirió a mediados de 1972 un realinderaimiento dentro del movimiento sindical colombiano con base en “la existencia de muy diversos matices y tendencias políticas dentro de cada sindicato en particu-

lar y dentro del conjunto del movimiento a escala regional y nacional”, era porque en la realidad el movimiento obrero se estaba realinderando, y realinderando políticamente. Hay que tener en cuenta que se había presentado un hecho muy importante, que le dio un vuelco a las perspectivas de la unidad sindical, porque las otras, las de la unidad de acción se mantuvieron y en general continúan inalteradas. Este hecho fue el siguiente.

Mientras “comunistas” y “moiristas” se daban palo en las calles, durante el debate electoral de 1972, un buen día del mes de marzo, desde el Palacio de San Carlos, el presidente Pastrana, con las manos puestas en los hombros de Tulio y Raquel, le notificaba a la clase obrera que la UTC y CTC iniciaban su proceso unitario, con miras a un congreso unitario, que fundaría una central unitaria. Después de las acciones conjuntas del 22 de enero de 1969 y del 8 de marzo de 1971, efectuadas con variada fortuna, tal como lo hemos señalado y reconocido, las posibilidades de la unidad sindical con la UTC, o con la CTC, quedaron, luego del anuncio presidencial, definitivamente tendidas en el suelo. No porque el resto del movimiento sindical, y sobre todo la CSTC, hubiese sido marginada, sino porque el anuncio oficial de la unificación de las dos centrales patronales, a su vez era una pérfida amenaza de muerte contra el sindicalismo independiente. El gobierno de Pastrana, que fue fruto de un golpe de Estado y no del “libre” sufragio universal, del cual salió maltrecho y derrotado por la Anapo en 1970, tenía que echar mano de todas sus reservas para pasar indemne la prueba de las elecciones de 1972. Con el pretexto de la unidad sindical, se recurría al apoyo de Tulio y Raquel, desnudándolos de un tajo como traidores ante la clase obrera, pero prometiéndoles al mismo tiempo y como recompensa el apoyo del Estado para restaurar sus aparatos sindicales, menguados y destartalados por la ola antiutecista y anticetecista, y para sofocar al sindicalismo independiente. En estas condiciones el realinderamiento no sólo era obvio sino indispensable.

Al MOIR, que venía combatiendo desde su nacimiento con la idea de que en el actual período de la revolución colombiana, la unidad sindical requiere desmascarar y apartar a quienes son los principales instrumentos de la división, las camarillas dirigentes de UTC y CTC, manipuladas por la coalición oligárquica proimperialista, y que tenía bajo su dirección un número no muy grande de sindicatos pero de todas maneras importantes, le caía de perlas el realinderamiento.

El realinderamiento que se dio en las filas obreras no fue más que la versión sindical del replanteamiento que se desarrollaba a su turno en el campo político propiamente dicho, por el cual se hizo posible la creación de la UNO y la campaña electoral de izquierda, y que escindió al país en dos bandos claramente definidos. De un lado, la oligarquía burgués-terrateniente lacaya del imperialismo yanqui, cuyos partidos políticos defendían la prolongación del Frente

Nacional con sus viejos programas liberal y conservador, y, del otro, el frente de izquierda, cuyos partidos políticos coincidían en la conveniencia de concentrar fuerzas contra el enemigo principal, aliados alrededor de un programa nacional y democrático.

Todo este proceso ha sido altamente positivo para las fuerzas revolucionarias. En la campaña electoral, la UNO logró hacer una profunda y extensa propaganda revolucionaria, y si no obtuvo lo que se suele catalogar de una victoria contundente, los guarismos obtenidos son altamente favorables. Los partidos que la integran crecieron sensiblemente. En el terreno sindical el balance es, si se quiere, mucho más satisfactorio. Las camarillas de UTC y CTC aumentaron su soledad, mientras la CSTC ha visto incrementar sus efectivos con *“60 organizaciones que agrupan más de 150 mil trabajadores de diferentes ramas de la economía”*¹, como lo informó textualmente su Comité Ejecutivo en mensaje de fin de año de diciembre pasado.

Pero lo que merece reseñarse destacadamente es que en el proceso unitario el proletariado colombiano fue desbrozando una serie de principios que con absoluta seguridad guiarán su acción en el futuro. Estos principios son puntos programáticos y políticos que hacen parte ya del arsenal ideológico de la clase obrera. En multitud de encuentros, en actos preparatorios del congreso, en decenas de resoluciones quedaron registrados esos puntos que bien podemos sintetizar en tres grandes directivas para la nueva central unitaria: 1) Estará al servicio del proletariado y del pueblo colombiano, 2) combatirá y aislará a las camarillas de la UTC y CTC y 3) se regirá por la “democracia sindical”. El congreso de la CSTC deberá refrendar estas orientaciones fundamentales, en lo que ellas valen y representan para la clase obrera.

El 4 de marzo está cronológicamente al final de todo un período revolucionario. El MOIR espera fervorosamente que sea su culminación apoteósica y no su negación.

Una calamidad histórica de nuestro pueblo

Los acontecimientos anteriormente analizados reclaman un estudio más pormenorizado, pero confiemos en que sobrarán oportunidades para hacerlo. Por ahora contentémonos con que ha quedado planteada nuestra posición en sus rasgos esenciales. Los problemas teóricos y prácticos esbozados son de máxima trascendencia para la clase obrera y lógicamente para el marxismo-leninismo. No obstante, aquellos hechos no son los únicos que, en vísperas del congreso sindical, arrojan discrepancias entre el MOIR y el Partido Comunista.

Desde el mismo 7 de agosto de 1974 se vio que el gobierno de López Michelsen sería una de las grandes calamidades históricas del pueblo colombiano.

A lo largo y ancho de Colombia, el MOIR y la UNO fueron explicando a las masas populares, en desarrollo de la campaña electoral pasada, que cualquiera de los dos candidatos oficiales en puja, que resultare ungido por el imperialismo y sus intermediarios para dirigir el país desde el más alto cargo de la democracia oligárquica, sería en el fondo una idéntica desgracia, en consideración a que estaba determinado que el liberalismo y el conservatismo continuarían coligados y compartiendo el poder paritariamente. Conocido el resultado de las elecciones se fue propagando como pólvora por toda la sociedad, y alentado especialmente por la pequeña burguesía, un sentimiento de que tal vez sí López era el mal menor. Pero la coalición burgués-terrateniente proimperialista interpretó los tres millones de votos contabilizados al liberalismo como un designio providencial que indicaba que había llegado la hora de exprimirle a la nación hasta el último peso.

Así fue como López inició su obra macabra, autorizando la orgía de alzas, centuplicando los impuestos al pueblo, garantizando el saqueo imperialista. Su primer acto de gobierno consistió en establecer la emergencia económica, estrenando el artículo 122 de la Constitución que él mismo había propuesto y luego negociado con Lleras Restrepo en la reforma de 1968. Mediante esta norma de excepción se instauró una legislación tributaria regresiva, que acentúa aún más la tradicional política oligárquica de los impuestos indirectos y grava ruinosamente a los pequeños y medianos productores, mientras aligera los tributos de los consorcios industriales, sobre todo de los extranjeros; se consolidaron y aumentaron los privilegios que el gobierno de Pastrana había concedido con largueza al sector financiero de la gran burguesía, se derrumbaron talanqueras legales para facilitar a los monopolios norteamericanos el robo de los recursos naturales del país; se reajustó escandalosamente el impuesto a las ventas; se recortaron gastos y se ordenaron emisiones inflacionarias para proteger las partidas que el Estado presupuesta cada año con el fin de subsidiar al gran capital colombiano e internacional. Durante 45 días y 45 noches el señor López legisló sobre lo habido y por haber, echando a un lado el Parlamento, al que le tenía preservada la vergüenza pública de obligarlo a cambiar de opinión en menos de 24 horas, cuando éste se atrevió en un arranque de independencia frente al Ejecutivo a empantanar la ley de aparcería, reclamada con tanto interés por los terratenientes. Claro está que el Parlamento cambió su opinión, y su pudor, por el aumento de las dietas que el presidente igualmente amenazaba con empantanar.

La flamante política de “ingresos y salarios” propalada a los cuatro vientos con bombo y platillos por el candidato López, resultó ser a la postre la vulgar “economía concertada”, que consiste en pedir a las masas trabajadoras que se aprieten el cinturón, algunas veces a través de pactos suscritos entre gobierno,

patronos y sindicatos como en la Argentina, en nombre del “desarrollo”, de la “convivencia”, de la “paz social” y de otras chácharas.

En relación con la política internacional, el presidente López se inventó una hipotética cuarta posición, que se la explicó en detalle al príncipe Bernardo de Holanda cuando éste visitó a Colombia, y cuya aspiración sublime se compendia en: *“No queremos la confrontación entre países ricos y países pobres”*². Tal cuarta posición, mientras en el planeta, como dicen los camaradas chinos, “hay un gran desorden bajo los cielos” es una forma ladina, muy lopista, de apoyar el imperialismo que se debate herido de muerte en medio de una crisis económica y política irreversible, y de traicionar la lucha portentosa de los países del Tercer Mundo por sus derechos, por su independencia y por su soberanía, y a los cuales pertenece Colombia.

Pero, definitivamente, la característica más peculiar de este gobierno es su incapacidad de negarse cuando los gremios poderosos tocan a su despacho en solicitud de decretos para subir los precios.

En realidad no es sectaria la afirmación de que el gobierno de López es una de las grandes calamidades históricas del pueblo colombiano.

Dentro del sistema neocolonial y semifeudal que ha imperado en Colombia desde comienzos del siglo, las masas populares han llevado siempre una vida miserable, llena de privaciones y humillaciones. Los regímenes reaccionarios y apátridas que se han sucedido durante décadas, no han hecho más que agudizar los sufrimientos del pueblo. En la actualidad, las contradicciones sociales llegan a un extremo jamás conocido. Las medidas adoptadas por el gobierno de López han tenido ya repercusiones supremamente claras, como mayor parálisis de la producción, aumento del desempleo, encarecimiento desbordado del costo de la vida, hambruna en el campo y en la ciudad. Mucho antes de lo que esperaban los plumíferos de la gran prensa, la protesta popular comenzó a desatarse en todas partes, desde Riohacha hasta Puerto Asís. Los trabajadores de las distintas ramas de la economía han manifestado su firme y rotundo rechazo a la política de explotación y represión del mandato de hambre, y han hecho paros, huelgas y luchas varias, o las están anunciando.

El paro nacional bancario de enero hace parte de la actual escalada combativa de las masas asalariadas y explotadas. El gobierno, como proceden todos los gobiernos antipopulares que están al borde de recibir severa reprimenda de sus gobernados, corrió a explicar que todo mundo estaba feliz, que las dificultades serían llevaderas, que la lucha de los bancarios y del resto de trabajadores se reducía a un plan subversivo preparado por minorías anárquicas controladas desde el exterior. Y la ministra del Trabajo, como ya dijimos, acusó a la CSTC de estar involucrada en semejante plan.

Entonces se presentaron dos hechos protagonizados por la dirección de la CSTC, sobre los cuales vale la pena hacer algunas consideraciones, porque son episodios de un solo drama, unidos entre sí por el mismo comportamiento político, y ambos íntimamente relacionados con la cuestión de cómo librar consecuentemente la lucha contra el régimen. Dos hechos en los cuales no hemos tenido participación, a pesar de nuestra condición de aliados cercanos de sus ejecutores. El uno no nos fue consultado; el otro hace parte de la guerra no declarada del Partido Comunista contra nuestro Partido.

El 21 de enero, la CSTC elevó ante el presidente de la Cámara de Representantes una demanda penal contra la ministra del Trabajo, *“por los delitos contra la libertad de asociación, falsas imputaciones y calumnia, así como los demás que pudieren resultar comprobados como infracciones de la ley penal dentro del proceso”*³. Y el 24 de enero, los mismos dirigentes de la CSTC produjeron una declaración, en la cual, después de acomodar los acontecimientos a sus deseos, amparar a unos cuantos esquiroles, atacar al MOIR y darle un puntillazo al movimiento bancario, se formula esta reconvención: *“Hacemos un llamamiento a los trabajadores bancarios para que defiendan su unidad, para que rechacen todo método aventurero y anarquista de grupos que llevados por la desesperación facilitan la acción de los enemigos de los trabajadores”*⁴.

La trascendencia de una demanda penal

Empecemos por el primero. En el texto de la denuncia publicado íntegramente por *Voz Proletaria*, se leen cosas de este tenor:

“Se ha difundido por medio de órganos de expresión con circulación intensa en todo el país afirmaciones que ni en con la verdad, sobre las cuales no existiendo una prueba y que además causan perjuicios a la central obrera CSTC, ya que la afectan directamente por el simple hecho de ejercer facultades legales y derechos constitucionales”.

*“Ello implica en consecuencia que se ha violado la ley, se ha atentado contra la libertad de asociación, se pretende intimidarnos en nuestros derechos y se nos han imputado falsas afirmaciones, cayendo en el terreno de la calumnia”*⁵.

Varios artículos de la Constitución y del Código Penal se acopian para que la Cámara de Representantes los tenga en cuenta, y los aplique en el juicio del siglo contra la ministra. Agrega la demanda:

“a) El artículo 16 de la Constitución Nacional ordena que las autoridades de la República están instituidas precisamente para proteger a todas las personas y asegurar el cumplimiento de los deberes sociales del Estado y de los particulares;

“b) El artículo 17 de la Constitución determina que el trabajo es una obligación social y que ‘gozará’ de la especial protección del Estado;

“c) El artículo 309 del Código Penal dice: El que impida materialmente o turbe una reunión o asociación lícita o el ejercicio de los derechos que concede la ley sobre sindicatos o el-

gas, o userepresalias con motivo de huelgas legítimas incurriera en arresto de dos meses a un año y en multa de cincuenta a dos mil pesos. Si el hecho de que trata el inciso anterior fuere cometido por funcionario o empleado público se le impondrá además la privación del cargo que ejerza;

“d) El artículo 337 del mismo Código señala que quien por cualquier medio eficaz para divulgar el pensamiento o ataque el honor, la reputación o la dignidad de una persona estará sujeto al arresto de tres días a diez y ocho meses y multa de cincuenta mil pesos”⁶.

Tanta inocencia mueve a compasión. No se sabe qué es más ingenuo en la demanda: si la creencia de que la ley del Estado oligárquico respeta la “libertad de asociación”, presta “especial protección al trabajo”, o ha sido instituida para “asegurar el cumplimiento de los deberes sociales”, o la sorpresa porque los funcionarios de ese Estado violen las leyes que ellos fabrican. Sin embargo, el que inocentemente peca, inocentemente se condena. Aléguese el móvil que quiera, pero una denuncia presentada al Congreso de Colombia, ante la faz del país, acusando a un miembro del gabinete ministerial, en representación de la clase obrera, y esgrimiendo la Constitución y las leyes de la República, es defender, o dar a entender que se defiende y se cree en el derecho burgués con que las clases dominantes apalean a los esclavos de hoy, y, lo que es peor, reclamar, o dar a entender que se reclama que ese derecho continúe vigente. Y no se vaya a justificar el asunto alegando que los “extremo-izquierdistas” decimos todas estas sandeces porque no sabemos que los trabajadores y los sindicatos tienen que recurrir a menudo al derecho burgués, y presentan demandas en los tribunales en defensa de sus intereses. Pero una cosa es que un trabajador, obligado por las circunstancias, o convencido todavía de que las leyes son para todo el pueblo por igual, entre a una oficina de Trabajo, con el Código Laboral bajo el brazo, y reclame en su propio interés. Y otra cosa muy distinta es que los generales de los obreros entren al Capitolio Nacional, caigan de rodillas ante la Constitución y los códigos, como cualquier leguleyo de trece por docena, y pongan la política revolucionaria del proletariado a la altura de los tribunales laborales.

Mucho más cándida es la pretensión de que un Parlamento lacayuno, de aplastantes mayorías frentenacionalistas y convertido en rey de burlas, vaya a tener la osadía de tocarle un pelo al más intonso de los ministros de Alfonso López, aunque este ministro sea la señora de Crovo. Del hecho de que la CSTC, después de diez años de combate, haya recibido la personería jurídica, no se desprende tampoco que el gobierno que se la concedió esté dispuesto a aceptar un juego en el cual los “subversivos” y los “anarquistas” aparezcan como partidarios de la legalidad y el orden, y los encargados de mantenerlos como sus infractores. Este juego le conviene menos a la clase obrera, que no podrá jamás emanciparse, ni liberar a Colombia, sino a condición de que esta legalidad y este orden sean quebrantados y sepultados para siempre.

Pero, si el Parlamento no sancionará a la señora de Crovo, ni la destituirá, ni la multará, ni la arrestará, ¿qué utilidad puede tener esta comedia? Dejemos que *Voz Proletaria* lo explique: “Al recurrir ante el Congreso de la nación la clase obrera demuestra, de manera trascendental, que es la bandera de la democracia y del respeto a los derechos ciudadanos”⁷.

De tal forma que con el proceso penal contra la ministra del Trabajo, o ministra del capital, se absolvió fue a la clase obrera. Pero este veredicto, proferido de manera tan trascendental, será rechazado por el proletariado colombiano. Los obreros demostrarán ante sí mismos y ante el pueblo, no el respeto, sino la profunda repugnancia que les produce la democracia oligárquica, con sus derechos y libertades para matar de hambre a los desposeídos; con sus leyes y jueces para hacer del pillaje un negocio lucrativo y honrado; con sus cárceles y verdugos uniformados para mantener la santa paz social; con sus sabios y doctores para embaucar a los humildes, y con su señora de Crovo.

El triste final de una disputa pública

Pasemos al segundo episodio de este drama. En la declaración del 24 de enero de la CSTC se afirma:

*“Entre estas luchas (las de los trabajadores de los bancos) tuvo lugar un paro de solidaridad del 17 de enero, cuyo éxito fue posible por la participación unitaria de las diversas organizaciones de los bancarios. Posteriormente algunos sectores plantearon transformar este paro de solidaridad de 24 horas en un movimiento huelgístico nacional indefinido, con lo cual se hacía el juego y se daba el pretexto que buscaban empresarios y gobierno para efectuar despidos, aplicar medidas represivas y, llegado el caso, imponer de nuevo el estado de sitio, que le facilita más a la clase dominante dificultar el proceso unitario que ha venido encausando la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia”*⁸.

El argumento central de la dirección de la CSTC en la condena que hace del movimiento bancario como producto de un “método aventurero y anarquista”, se resume en que un paro indefinido era incorrecto, pero un paro de solidaridad, definido, no lo era. No vamos a discutir ahora la diferencia táctica de uno u otro paro, ni el resto de problemas que se precipitaron aceleradamente en el seno de los trabajadores bancarios durante las jornadas de enero. Lo haremos en próxima ocasión. Hoy queremos sólo destacar algo de bulto: el Comité Ejecutivo de la Confederación alteró a su acomodo los hechos, y para proteger a los esquiroles del movimiento, dio a entender que éstos se opusieron siempre al paro indefinido. Absolutamente falso. Los esquiroles estuvieron de acuerdo con el paro indefinido, le hicieron propaganda, hablaron de él favorablemente por la prensa y la radio, hasta el día 22 de enero, cuando lo levantaron unilateralmente, a espaldas de los trabajadores, mediante una resolución que la derecha aplaudió. Después

inventaron la diferencia tan radical, tan intransigente, tan insalvable, tan antagónica, del paro indefinido. La dirección de la CSTC se plegó a este invento, o lo urdió. En todo caso, el paro bancario, que tenía enormes dificultades, es cierto, quedó definitivamente aplastado por el gobierno ese día, con las consecuencias por todos conocidas.

Por otra parte, la declaración del Comité Ejecutivo de la CSTC coincidió en el fondo con un comunicado emitido por el Ministerio de Gobierno y difundido por la prensa en la misma fecha, el 24 de enero. La CSTC señalaba con nombres propios a dirigentes bancarios como miembros de nuestro Partido y los culpaba de la lucha “aventurera” y “anárquica”. El ministro de Gobierno decía: el paro bancario “*es un movimiento político que el MOIR ha confesado que ha tomado bajo su dirección, con fines subversivos*”⁹.

Además resulta inaudito que el Comité Ejecutivo de la Confederación, entre las muchas desventuras que pinta de mano maestra, mencione que con los métodos “anárquicos” de los bancarios se le estuvo facilitando el pretexto al gobierno para “imponer el estado de sitio”. Y llama aún más la atención la forma como relaciona la amenaza del estado de sitio con las facilidades que tendrán las clases dominantes para “dificultar el proceso unitario”. Claro está que toda esa metafísica es para acusar al MOIR de atentar contra la política de unidad obrera: si los paros “aventureros” del MOIR son pretexto para el estado de sitio, y el estado de sitio facilita a las clases dominantes el dificultar el proceso unitario, luego el MOIR es enemigo de la unidad obrera. La clase trabajadora se ríe de estos sofismas del padre Faría.

Se cae de su peso que si el gobierno busca imponer el estado de sitio, siempre encontrará mil pretextos. Como tales le servirán, no sólo una u otra huelga, sino también las justas invasiones de los campesinos a las fincas de los grandes terratenientes, o los paros cívicos de ciudades que como Barrancabermeja solicitan servicios públicos elementales, o las movilizaciones de los estudiantes en defensa de sus derechos y de la nueva cultura colombiana, o cualquier otro ataque de histeria ministerial. La clase obrera que combate el estado de sitio y todas las demás medidas antidemocráticas de sus explotadores, no se amedrentará por esta amenaza, ni dejará de combatir, ni paralizará el proceso unitario que tantas luchas abnegadas y duras le ha costado, y le costará en el futuro.

Lo que perjudica a la unidad obrera son los embelecos sectarios, las vacilaciones en el permanente combate contra sus enemigos principales, los métodos burocráticos de sus cuadros directivos para resolver los problemas, la ausencia de crítica y de ánimo para corregir los errores. Pero el proletariado colombiano ya encontró el camino de su unidad de clase, y nada ni nadie podrá apartarlo de él.

El Congreso de la CSTC

El epílogo de toda esta tragicomedia fue que la señora de Crovo pudo al fin dormir tranquila. Ella, que el 10 de enero bautizó de anárquico el paro bancario, acusándolo de hacer parte de un complot de la CSTC para derrocar el gobierno, ella, que había hablado de la “guerrilla sindical”, ilegalizado el movimiento de los bancarios, autorizado a la banca el despido masivo de los huelguistas, pudo exclamar el 7 de febrero, con una sarcástica sonrisa en los labios: “*la opinión pública se enteró de cómo la CSTC calificó de aventurismo la orden de paro indefinido*”¹⁰.

Comprendemos que ha quedado abierta una gran polémica entre el MOIR y sus aliados. Polémica, que nos llevará necesariamente a algunos replanteamientos sobre las actuales condiciones, no con el objeto de desbaratar la alianza, sino a fin de proyectarla con más sólidas y amplias perspectivas. Para el movimiento obrero colombiano será de enorme utilidad una discusión acerca de las cuestiones de principio de su política de clase. Y las fuerzas revolucionarias colombianas ganarán con el avance de la ideología del proletariado, el marxismo-leninismo, que sólo se ha desarrollado allí donde hay lucha, discusión y movimiento.

Notas

1. *Voz Proletaria*, enero 9 de 1975.
2. Del discurso de López Michelsen en el banquete al príncipe Bernardo de Holanda, *El Tiempo*, enero 29 de 1975.
3. Del texto de la demanda, *Voz Proletaria*, enero 16 de 1975.
4. Declaración CSTC, *Voz Proletaria*, enero 30 de 1975.
5. De la demanda citada.
6. Idem.
7. Del editorial de *Voz Proletaria*, enero 23 de 1975.
8. Declaración citada.
9. Del comunicado del ministro de Gobierno, Cornelio Reyes, *El Tiempo*, enero 24 de 1975.
10. Del reportaje a la ministra del Trabajo, María Helena de Crovo, en *El Espectador*, febrero 7 de 1975.

Los acuerdos y los virajes

Tribuna Roja N° 15, mayo 10 de 1975

El Partido Comunista viene publicando en su semanario *Voz Proletaria*, por entregas y con suspenso como en los novelones radiales de Félix B. Caignet, una serie de artículos bajo el título poco unitario de “Las posiciones oportunistas del MOIR”. Desleales a los compromisos y desleales en la discusión, los dirigentes del Partido Comunista recurren al método liberal de citar a su favor entre comillas expresiones, frases, calificativos, sin indicar la fuente de donde han sido tomados pero dando entender que se trata de declaraciones oficiales del MOIR. O le echan mano al recurso de acusarnos de anticomunistas, buscando de una plumada y desde una posición de gran partido invalidar las críticas que hemos formulado con mayor o menor tino, en medio de crecientes diferencias entre nuestras dos agrupaciones. O simple y llanamente lanzan sin demostrar afirmaciones de esta especie: “*Curiosos maoístas estos del MOIR... echan espuma por que no condenamos la rectoría de Luis Carlos Pérez, por que no nos oponemos (vaya locura!) al reconocimiento de Cuba por parte del gobierno colombiano...*”¹. Con estos métodos se podrá confundir a unos cuantos militantes y sectarizarlos, mas no se ayudará a esclarecer las viejas y las nuevas contradicciones de las distintas fuerzas de la izquierda colombiana ni a resolver los complejos problemas de nuestra revolución. Mucho menos se coadyuva a la unidad del pueblo.

Es bastante conocida la escrupulosidad con que los verdaderos dirigentes del proletariado, desde Carlos Marx, han adelantado sus polémicas y han citado a sus adversarios, hasta el punto de que hoy podemos sostener con orgullo los marxista-leninistas que a nuestros jefes y maestros jamás se les comprobó una falsificación, una tergiversación, una invención. Los comunistas colombianos debemos ser fieles a esta tradición revolucionaria, así no seamos discípulos adelantados. La discusión pública que está planteada entre las dos organizaciones no es la primera que se presenta, como tampoco es la primera vez que los dirigentes

del Partido Comunista se escudan en esa especie de macartismo al revés de mojar de anticomunista al MOIR, para tratar de despachar en esta forma, por la vía más rápida pero más oportunista, no sólo las contradicciones políticas, sino las divergencias ideológicas que nos separan.

Si algo está por verse en Colombia, al margen de la trayectoria larga o corta, buena o mala, que puedan ostentar los grupos políticos que se autocalifican de marxista-leninistas, es quién interpreta certeramente las condiciones internas y externas de la revolución y la conduce a la victoria, en una palabra, quién aplica consecuentemente una línea comunista auténtica. Todo está en ciernes y aquellos que tienen más experiencia están obligados a saberlo mejor.

En cuanto a que los “maoístas del MOIR echan espuma” porque el Partido Comunista no condenó el reconocimiento de Cuba por parte del gobierno colombiano, es una calumnia infame. En verdad hemos tenido discrepancias en relación con el análisis de la rectoría de Luis Carlos Pérez y de la “diferenciación” que el Partido Comunista hace de “ciertos sectores del gobierno”²; en verdad divergimos sobre la interpretación de la revolución cubana y es posible que diverjamos también sobre la manera de enfocar el paso dado por el gobierno colombiano de reabrir relaciones con la gloriosa isla de Martí y de Fidel, pero en ningún momento se nos ha ocurrido (no se nos podría ocurrir), y nunca hemos propuesto ni dentro ni fuera de la UNO, ni en público ni en privado, que una política revolucionaria aconsejable fuese la de oponerse a la reapertura de relaciones entre los dos países. De algo estamos absolutamente seguros y tranquilos: con ataques de tan baja estofa y de tal perversidad, la dirección del Partido Comunista no tendrá cuándo ganarle la pelea a nuestro Partido.

Pero en esta ocasión queremos examinar especialmente los conceptos que la dirección del Partido Comunista ha formulado alrededor de un asunto de palpitante actualidad: ¿qué pasó con la política de unidad sindical?

El MOIR ha sostenido en esencia que el proceso de unidad del sindicalismo independiente comienza a visualizarse con proyecciones prácticas en las postrimerías de marzo de 1972, a raíz del anuncio hecho por Tulio Cuevas y José Raquel Mercado de que la UTC y CTC trabajarían en busca de la fusión en una sola central más gobiernista, más patronal y más amarilla. Esta noticia, respaldada por el propio presidente Pastrana Borrero, contribuyó a disipar hasta la última ilusión que dentro del sindicalismo independiente pudiera aún quedar sobre la posibilidad de concertar acuerdos de unidad sindical con las camarillas de UTC y CTC, y puso a los destacamentos sindicales avanzados en la perspectiva concreta de emprender a su vez la tarea de la conformación de una central unitaria. No obstante, para lograr este objetivo, había que empezar por reconocer “la existencia de muy diversos matices y tendencias políticas” dentro del movimiento obre-

ro, y señalar claramente cuáles serían los principios programáticos y de funcionamiento de la nueva central. Sin acuerdos sobre tales puntos no podría pensarse en la unificación del sindicalismo independiente, o en la afiliación a la CSTC de más de medio centenar de organizaciones sindicales de disímil orientación política. Y en efecto, durante los encuentros de unidad sindical efectuados en 1972 y 1973 se fueron concretando estos principios, hasta concluir en el Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973 que convocó el congreso unitario. A la luz de aquellos acuerdos se vio la conveniencia de afiliarse el mayor número de sindicatos a la CSTC. El MOIR cumplió con los compromisos contraídos y luchó y logró junto con sus aliados la vinculación de decenas de sindicatos a la CSTC. Para demostrar que la unidad obrera que se estaba gestando y que debía desembocar en el congreso unitario fue producto de claros y precisos acuerdos, el MOIR publicó en *Tribuna Roja* del 18 de marzo pasado una selección de los documentos que en casi todo el país se aprobaron en los encuentros unitarios. Estos documentos señalan inequívocamente que la nueva central estaría al servicio del proletariado y el pueblo, combatiría a los imperialistas norteamericanos y sus lacayos colombianos, batallaría hasta aislar y derrotar a las camarillas vende-obreras de la UTC y CTC y se regiría por la “democracia sindical”.

Veamos qué dice la dirección del Partido Comunista. En la primera entrega de su novelón publicado en *Voz Proletaria* del 3 de abril último, se lee: “... *el MOIR habla de presuntos acuerdos entre él y el PC. Esos acuerdos no existieron en su calenturienta imaginación. No olvidemos que en 1973 el MOIR ingresó a la UNO después de haberle dado muchas vueltas. Para este grupo, profundamente desprestigiado después de su alianza oportunista con Zalamea, criticado a fondo por la clase obrera por su política suicida en el movimiento sindical, la alianza con el PC y el MAC fue una tabla de salvación. Su llamada política de ‘unidad y combate’, encontraron en la UNO el ‘frente político’ de que hablaban. Y después se prendieron con toda sus fuerzas al congreso unitario citado por la CSTC. No hubo ni podía haber ‘convenio previo’. El PC no confundió los términos del movimiento sindical con el movimiento político’.*”

La dirección del Partido Comunista sostiene sin el menor reato que no hubo acuerdos para la política de unidad del movimiento obrero independiente, y niega de plano que el congreso unitario hubiera sido convocado por el Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973. Pero, además, según se deduce de las frases que hemos transcrito, tampoco hubo acuerdos en la UNO, sino que la explicación de la alianza queda reducida a que el MOIR fue salvado gracias a la generosidad del MAC y del Partido Comunista. El MOIR no tiene inconveniente en reconocer que se ha beneficiado, como se beneficiaron las fuerzas revolucionarias en general con la política de unidad del movimiento sindical y de la Unión Nacional de Oposición, política que no ha sido casual o unilateral, sino que hace

parte históricamente de un proceso de acuerdos unitarios de tres años. ¿Acaso el MAC y el Partido Comunista, condenado como revisionista por la clase obrera colombiana, no se beneficiaron también de esta política de unidad acordada, tanto para el movimiento obrero como para las organizaciones partidarias?

Continuemos. La dirección del Partido Comunista reconsideró sus afirmaciones de la primera entrega y calculó que si no hubo acuerdos, alguna interpretación habría que darle a los encuentros unitarios de 1972 y 1973. Y es así como en el tercer episodio del novelón de *Voz Proletaria*, del 17 de abril, se comenta al respecto: “*Quien lea esa colección de materiales, publicados el 18 de marzo por Tribuna Roja, lo único que se saca en claro es la gran misión unitaria y coordinadora de la CSTC, su participación creadora en los Comités Intersindicales y cómo en la medida que se eliminaban las asperezas, se encontraban líneas coincidentes y se elaboraba una política de diálogo, todos los sectores empeñados en el Congreso Unitario encontraban una mayor audiencia y se crecían*”. En qué quedamos por fin ¿hubo o no acuerdos? La dirección del Partido Comunista es muy astuta y no se deja concretar: lo que pasó fue que “se limaban las asperezas”, “se encontraban líneas coincidentes” y “se elaboraba una política de diálogo”. Las fuerzas sindicales que asistieron a los encuentros unitarios durante todo este proceso de tres años, saben muy bien que lo que se elaboró no fue una abstracta e indefinida “política de diálogo”, sino una clara y precisa política unitaria para el movimiento sindical colombiano, que seguirá teniendo vigencia por mucho tiempo.

Lo anterior no obsta para que el Partido Comunista, siga gritando: ¡vivan los acuerdos! El compañero Alvaro Vásquez en un artículo editorial del mismo número de *Voz Proletaria*, del 17 de abril, hace un llamamiento a favor de la “*lucha consecuente y sistemática por la unidad del movimiento obrero y popular, en la cual los comunistas deben hacer todo cuanto esté a su alcance para llegar a acuerdos y para unificar acciones, consignas de lucha y medios de llevarlas adelante*”. Es decir, el Partido Comunista estima que los “*comunistas deben hacer todo cuanto esté a su alcance para llegar a acuerdos*” por la “*unidad del movimiento obrero y popular*”, aunque “*el PC no confundió los términos del movimiento sindical con el movimiento político*”. Es acertado hacer todos los esfuerzos por que se cumplan los acuerdos unitarios convenidos durante estos tres años, o que se llegue a nuevos acuerdos para consolidar la unidad del movimiento obrero y popular. Pero como la credibilidad se desgasta en las maniobras por justificar los yerros, nos vemos tentados a indagar a qué clase de acuerdos se refiere nuestro aliado: ¿a presuntos acuerdos de imaginaciones calenturientas, o acuerdos para perdonarle la vida a las organizaciones revolucionarias que no tienen más tabla de salvación que la que le arroje el Partido Comunista, o acuerdos para elaborar sólo una política de diálogo, o para desconocerlos y simplemente jurar que no existieron nunca?

Finalmente, recordemos la reciente experiencia del movimiento de los trabajadores bancarios, cuando la dirección de la CSTC ordenó levantar el paro nacional apoyando a unos cuantos esquirols que pretextaban haberse opuesto al paro indefinido. *Tribuna Roja* publicó las fotografías de las declaraciones dadas por los esquirols a favor del paro indefinido, con lo cual quedaron destruidos los argumentos de la dirección de la CSTC para combatir e impedir a algunos dirigentes bancarios el acceso al congreso del 4 de marzo. A pesar de la importancia de estas pruebas, la dirección del Partido Comunista nada ha dicho sobre ellas en ninguno de los cinco capítulos del novelón de *Voz Proletaria*, porque implica tocar el asunto más espinoso que dio origen a las insuperables contradicciones de un considerable sector sindical con la dirección de la CSTC, en vísperas del congreso unitario. Sólo conocemos unas palabras del informe del compañero Gilberto Vieira al Pleno del Comité Central del PC que bien pueden referirse a la conducta de ese partido en el pasado movimiento bancario: “No podemos quedarnos atrás de las luchas de masas, ni tampoco actuar con ligereza, ni dar virajes sin explicación previa”³. Si esta recomendación de Vieira a la dirección de su propio partido se refiere al pasado movimiento bancario, debió haberse señalado explícitamente y con ello se hubiera hecho justicia a un grupo de dirigentes sindicales que, con aciertos o errores, su único delito es haber combatido fielmente a favor de los intereses de su propia clase. De todas maneras la dirección del Partido Comunista debiera meditar sobre la recomendación, si es que desea servir sinceramente a la política de unidad que dice defender, y meditar particularmente en esto: “No podemos dar virajes sin explicación previa”.

Nota

1. “Las posiciones oportunistas del MOIR”, *Voz Proletaria*, abril 3 de 1975, pág. 5.
2. Idem.
3. Suplemento de *Voz Proletaria*, abril 17 de 1975

Por el más amplio frente de lucha antiimperialista

Tribuna Roja N°. 15, mayo 10 de 1975

Discurso pronunciado por el camarada Francisco Mosquera el PrimerodeMayode1975, en la concentración unitaria obrera realizada en la ciudad de Bogotá.

Compañeras y compañeros:

El primero de mayo de 1886, los Estados Unidos de Norteamérica, ya desde entonces uno de los más ricos países capitalistas, quedaron semiparalizados a consecuencia de un escalonamiento huelguístico de sus masas trabajadoras. La clase obrera que soportaba, tanto en Europa como en América, agotadoras jornadas de catorce, dieciséis y más horas diarias, venía impulsando un movimiento de amplias repercusiones en procura de las ocho horas de trabajo. Las huelgas de aquel día hacían parte de este movimiento. El capitalismo, que naciera “chorreando sangre por todos los poros de la piel” y que no ha estado dispuesto nunca a conceder a sus esclavos una sola conquista, dio por aquellos tiempos en Estados Unidos y a la vista de todos sobradas demostraciones de su naturaleza voraz y sanguinaria. El movimiento fue reprimido brutalmente. Los sabuesos del orden la emprendieron contra las manifestaciones de los huelguistas que se hallaban armados sólo del ardor de sus sentimientos y de la firmeza de sus convicciones y en Chicago la metralla homicida segó la vida de varios obreros. Posteriormente fueron encarcelados los principales adalides del movimiento por las ocho horas de trabajo, a quienes se les condenó a la horca en un juicio en el cual sus acusadores fueron a la vez sus jueces y verdugos. Los sentenciados subieron al cadalso sin haberse doblegado jamás ante sus victimarios y dejando un ejemplo de heroísmo sin par en defensa de la causa obrera. Este horrendo crimen perpetrado en nombre de la “libertad burguesa”, conmovió a la opinión pública y enardeció al proletariado de todos los países.

Desde aquellos dolorosos acontecimientos hasta hoy ha pasado mucha agua bajo el puente de la historia. Ante todo, la clase obrera mantiene vivo el recuerdo

de los mártires de Chicago y en su memoria ha señalado el Primero de Mayo como el día universal de los trabajadores. Hoy es la fiesta de la clase obrera, el día más luminoso de la tierra.

Hoy, los obreros de Moscú y de Pekín, de Nueva York y de La Habana, de Praga y de París, de Hanoi y de Phnom Penh, los obreros de los cinco continentes, los que libres combaten y construyen en una patria libre y los que luchan por alcanzar su redención y el socialismo, se congregan como lo hacemos nosotros, levantando una sola bandera y renovando la fe en los ideales de un mundo pleno de felicidad y de esperanzas, un mundo libre de hambre, de odios y de guerras, un mundo nuevo sin amos ni señores, que proscriba para siempre la explotación del hombre por el hombre y emancipe a la humanidad entera.

Desde cuando Carlos Marx y Federico Engels pregonaron por primera vez su consigna “Proletarios de todos los países, uníos”, se han presentado profundas transformaciones revolucionarias. La constante histórica ha sido el desarrollo continuo de la lucha revolucionaria del proletariado que, superando mil obstáculos, marcha sin cesar hacia adelante elevando su conciencia, fortaleciendo sus partidos revolucionarios, estrechando entre sí sus lazos internacionalistas y golpeando a sus enemigos permanentes y ocasionales. El auge del capitalismo de libre competencia hace mucho tiempo quedó atrás y se convirtió en un capitalismo imperialista, desahuciado, que depende para su existencia cada vez más de la explotación de sus colonias y neocolonias. Siempre que los países imperialistas han hecho la guerra o se han comprometido en aventuras para atajar el avance revolucionario de los pueblos han perdido terreno. Al final de la Primera Guerra Mundial, en 1917, estalla en Rusia la Revolución Socialista de Octubre que inaugura toda una época, la época de las revoluciones socialistas. En la Segunda Guerra Mundial el ejército soviético derrota al ejército nazi y colabora con la independencia y con el triunfo del socialismo en varios países de Europa Oriental y en Asia se suceden la Revolución China, que vincula al sistema socialista una cuarta parte de la población mundial, y las revoluciones del Norte de Corea y del Norte de Viet Nam.

El imperialismo norteamericano que llegó a su máximo apogeo después de la última conflagración mundial y extendió su dominio hegemónico a casi todo el globo, se retuerce en medio de una crisis aguda y el filo de los movimientos de liberación nacional de Asia, África y América Latina amputa sin piedad sus tentáculos de pulpo explotador. En nuestro continente, Cuba, a sólo noventa millas de Estados Unidos, arrojó a los imperialistas norteamericanos de su suelo y se proclamó el primer país socialista de América. Y ahora en el sudeste asiático, los pueblos del Viet Nam, Camboya y Laos, que contabilizan más de cincuenta años luchando primero contra los colonialistas franceses y japoneses

y luego contra los intervencionistas norteamericanos, están a punto de alcanzar una victoria total en Indochina. Las Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Camboya tomaron la capital camboyana el pasado 17 de abril y sus dirigentes anunciaron desde Phnom Penh que la nueva república será no alineada y neutral, y establecerá relaciones con todos los países según los principios de coexistencia pacífica. En el día de ayer se supo la jubilosa noticia que el reducto del gobierno pronorteamericano de Saigón había capitulado y que las Fuerzas Armadas Populares del Sur de Viet Nam habían ganado su prolongada y justa guerra de salvación nacional, con lo cual ha quedado abierto el panorama para la reunificación pacífica de todo Viet Nam. En Laos las Fuerzas Armadas Populares estrechan el cerco al estado mayor reaccionario y su triunfo definitivo está cercano.

En Indochina fracasaron todas las estrategias de los Estados Unidos: la guerra especial, la guerra local, la guerra secreta de Laos, la guerra aérea del Norte de Viet Nam. Nada les valió: ni los 150.000 millones de dólares que invirtieron, ni los millones de soldados que desembarcaron, ni los miles de millones de toneladas de bombas letales que arrojaron sobre la población civil, ni los sabotajes, ni el napalm, ni los genocidios, ni los treinta años de ardidés y argucias diplomáticas. Nada pudo quebrar el espíritu de lucha de estos pueblos que desean vivir y trabajar en paz, pero que son profundamente celosos de su soberanía, su neutralidad, su integridad territorial, su honor nacional, y que no están dispuestos a aceptar ninguna injerencia en sus asuntos internos. En Indochina ha quedado demostrado una vez más que un pueblo por pequeño y atrasado que sea puede defender triunfalmente sus derechos a la autodeterminación nacional y puede vencer a la potencia más poderosa de la tierra, siempre que se decida a hacerlo, empuñe las armas y persista en una línea correcta.

El frente de combate de los movimientos de liberación nacional de Asia, África y América Latina, principal frente de la lucha antimperialista, se agiganta y le imprime una dinámica, un empuje y un vigor jamás conocidos al desarrollo de la revolución mundial. Mientras los revolucionarios de todos los países se regocijan de esta situación, los imperialistas y sus aliados contemplan con angustia el curso de los acontecimientos. Pero a quien más vivamente le entusiasman las victorias alcanzadas por las naciones coloniales y neocoloniales es a la clase obrera, cuyo día estamos celebrando, porque el proletariado internacional comprende plenamente que los triunfos de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo no sólo despejan el camino hacia el socialismo en los países atrasados y contribuyen a la lucha emancipadora de los obreros en las repúblicas capitalistas, sino que son un insustituible apoyo a la consolidación del sistema socialista mundial.

¿Cuál es la ubicación y el destino de Colombia en la actual coyuntura internacional? Colombia está ubicada entre los países del Tercer Mundo y su destino es aprender de ellos y acompañarlos en el venturoso sendero de la liberación. Pero la revolución colombiana no está tan adelante ni ha tenido una trayectoria como la de la revolución indochina. A pesar de que la dominación del imperialismo norteamericano sobre nuestra patria lleva tres cuartos de siglo y de que las fuerzas populares han librado muchas y perseverantes batallas contra los opresores extranjeros y sus lacayos colombianos, nuestra revolución se encuentra aún dispersa e incipiente. La dominación imperialista se ejerce en todos los terrenos: en el económico, en el político, en el cultural y en el militar. Nuestros recursos naturales renovables y no renovables son saqueados sin tasa ni medida, todas las principales ramas industriales están controladas por los inversionistas norteamericanos y el país ha sido obligado, a través de gobiernos manejados desde Washington, a suscribir acuerdos y a participar en organismos contrarios al interés nacional como la Organización de Estados Americanos y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Esta dominación tan larga y tan costosa tiene sumida a Colombia en una crisis crónica de atraso y de miseria, de la que sólo se favorece una minoría privilegiada de grandes burgueses y grandes terratenientes intermediarios de los monopolios, a tiempo que las inmensas masas populares padecen los flagelos del desempleo, del hambre, de la insalubridad, de la incultura, de la explotación.

Por eso las luchas y los objetivos de clase del proletariado perseguido y explotado, del campesinado sometido al doble yugo de la explotación imperialista y terrateniente, de los pequeños y medianos productores amenazados por la ruina, del estudiantado y de la intelectualidad patriótica, se entrelazan y se confunden en la suprema lucha y en el supremo objetivo de liberar a Colombia de la dominación extranjera, causa principal y determinante de todos los males del pueblo colombiano. Sólo mediante la conformación del más amplio frente de lucha revolucionario, integrado por todas las clases, capas, sectores y personas que en una u otra forma sufran o les indigne la opresión imperialista, podrá nuestro pueblo derrotar a sus tradicionales enemigos y construir una patria soberana, independiente, próspera, y en marcha al socialismo. El primer deber de los partidos revolucionarios y de los patriotas sin partido en Colombia es combatir con denuedo para levantar las talanqueras, destruir las falsas murallas, desbaratar todas las vacilaciones que se interponen artificialmente a la construcción de ese frente único de obreros, campesinos, pequeños y medianos productores y comerciantes, estudiantes, intelectuales, artistas, personalidades democráticas y que excluya y aplaste a los imperialistas norteamericanos y al puñado de advenedizos vendepatrias que le sirven de sostén y han mancillado el honor y la dignidad de la nación colombiana.

Empecemos con una lucha unitaria contra el mandato de hambre, demagogia y represión de Alfonso López Michelsen, que ha recogido la peor herencia de los viejos regímenes liberal-conservadores. En el pasado debate electoral la Unión Nacional de Oposición advirtió que un gobierno lopista no significaría ningún cambio favorable para el pueblo colombiano. Nueve meses lleva la actual administración y ya presenta un balance negro: ha colmado de más y mejores garantías a los monopolios extranjeros, a la banca y corporaciones financieras, a los terratenientes; ha aumentado las cargas tributarias al pueblo y elevado escandalosamente el costo de la vida; ha autorizado despidos masivos de trabajadores de las empresas; ha derramado sangre inocente de campesinos, indígenas, obreros y estudiantes. Y el señor López, que hablaba de que en su gobierno no habría “delitos de opinión”, viene montando una bien orquestada campaña contra las manifestaciones de descontento popular, dirigida a establecer el estado de sitio y demás medidas represivas no sólo para facilitar el alza de la gasolina y del resto de derivados del petróleo, por orden de las compañías norteamericanas, sino para acallar la voz de las organizaciones y publicaciones de izquierda.

Pero los reaccionarios son torpes, no aprenden del desarrollo histórico y están condenados a escarmentar en cabeza propia. Siempre han creído que la tormenta revolucionaria podrá aplacarse sacando de la escena a unos cuantos agitadores; y con esa estratagema pretenden engañar al pueblo. Sin embargo, no logran más que engañarse a sí mismos, hasta que la ira huracanada de las masas arrase los cimientos de la vetusta sociedad y los triture o los expulse disparados de sus palacios como a Lon Nol en Camboya, como a Batista en Cuba. Los triunfos de la revolución colombiana y de la revolución mundial serán inevitables. Sobre los escombros de los imperios explotadores caerá el polvo de los siglos, y las tumbas de los mártires de Chicago seguirán eternamente florecidas.

Una posición consecuentemente unitaria

Carta abierta del MOIR al Partido Comunista de Colombia

Tribuna Roja No. 16, septiembre 12 de 1975

Consideraciones preliminares

Compañeros del Comité Ejecutivo Central del Partido Comunista de Colombia:

En la última reunión bilateral del MOIR y el Partido Comunista se pusieron sobre la mesa de trabajo dos problemas inquietantes: el porvenir de la Unión Nacional de Oposición y el porvenir de la unidad del movimiento sindical independiente. Ustedes indagaron nuestro concepto acerca de estos dos asuntos. Nosotros expresamos en dicha reunión la decisión de agotar los medios al alcance con el propósito de superar los escollos y salvar un proceso unitario que lleva ya tres años y que irrumpió en la escena política del país anunciándose con los mejores augurios para las luchas revolucionarias del pueblo colombiano. No obstante, solicitamos entonces de ustedes un tiempo prudencial para dar una respuesta que englobara la situación en su conjunto y al mismo tiempo comprendiera aquellos puntos que merecen examinarse y discutirse, teniendo en cuenta las contradicciones que a cada momento brotan entre el MOIR y el Partido Comunista, ahondando los antagonismos y debilitando la alianza.

Hemos pensado que debido a la complejidad de las cuestiones a tratar y a la importancia que indudablemente tienen para la revolución colombiana, bien valía la pena consignar por escrito nuestras opiniones. Como la dirección del Partido Comunista, a través de sus órganos de expresión, ha publicado sistemáticamente sus particulares criterios alrededor de antiguas y recientes discrepancias con el MOIR y ha dado a conocer su propia versión de los acontecimientos, no nos queda más remedio que refrescar la memoria con un poco de historia, tocar viejos y nuevos temas, y hacerlo también públicamente. En tal forma, con la presente carta abierta pretendemos cumplir ese cometido.

En artículos de prensa y en documentos oficiales del Partido Comunista se ataca permanentemente al MOIR con acusaciones y comentarios de esta naturaleza: “...en 1973 el MOIR ingresa a la UNO después de haberle dado muchas vueltas”¹ “Condenando todo contacto con la Anapo por considerarla ‘el peor obstáculo contra revolucionario’. Pero al mismo tiempo, tienden puentes hacia ese partido”². “La Tercera Convención de la UNO, replicando a quienes consideraban esta alianza como un mero acuerdo electoral, declaró que ‘hasurgido un frente de fuerzas revolucionarias y populares, con un programa de nueve puntos, cuyo objetivo final es abrirle el camino a Colombia hacia el socialismo’”³. “...en relación con la unidad popular y concretamente con la UNO, el MOIR viene solicitando su ‘radicalización’. ¿Qué entiende el MOIR por ‘radicalizar a la UNO’? Entiende que ésta se convierta en un ‘bastión inexpugnable’ al cual sólo tengan acceso ‘los verdaderos revolucionarios’”⁴.

De las citas extractadas, escogidas casi al azar de la copiosa literatura destinada por ustedes con más apremio que juicio a convencer a sus seguidores de que no es el MOIR sino el Partido Comunista quien posee la verdad verdadera en materia de uniones y desuniones, se desprende que lo que realmente está en controversia es la comprensión de todo el proceso unitario, desde cuando vio su luz primera hasta hoy, así como la concepción misma del frente de liberación nacional. Como se ve, la polémica se extiende al nacimiento de la UNO y a sus tropiezos iniciales, pasa por la función que representó la Anapo durante este periodo, o mejor, por la función que no desempeñó, se detiene en las disquisiciones para definir a qué tipo de alianza corresponden los compromisos adquiridos y concluye en el tema de mayor actualidad: el rumbo y la dinámica que deben imprimírsele a la Unión Nacional de Oposición. Empezaremos, por consiguiente, un recorrido por los más destacados episodios del proceso unitario, ciñéndonos al máximo a su sucesión cronológica, y documento en mano.

Creemos que contribuir a esclarecer asuntos tan estrechamente vinculados a la lucha revolucionaria colombiana de los últimos años podrá contribuir a la vez a despejar los oscuros nubarrones que amenazan la Unión Nacional de Oposición, o al menos ayudará a que el debate ideológico y político se limite fundamentalmente al análisis de la práctica vivida y de los planteamientos esgrimidos por cada dirección en cada ocasión para justificar su conducta, y queden sin validez los intentos de empantanarlo todo en una reyerta de invenciones, intrigas y consejas. El peor servicio prestado a la unidad del pueblo es pretender ocultar los problemas o velar las diferencias cuando unas y otras se nos presentan como enormes y tentadores desafíos. El primer paso para vencer las dificultades es empezar reconociéndolas. Y “al toro hay que cogerlo por los cachos”.

Dividiremos la jornada en dos grandes etapas: antes y después de las elecciones del 21 de abril de 1974, en viejas y nuevas contradicciones. En las primeras, veremos lo referente al origen de la UNO, la explicación del fenómeno

anapista, el carácter de la alianza y, para rematar, las condiciones y principios del frente único revolucionario en Colombia. En las segundas, trataremos sobre las discrepancias motivadas a raíz del surgimiento de la tendencia conciliacionista promovida por Hernando Echeverri y sobre las encontradas interpretaciones acerca del gobierno de Alfonso López Michelsen. En temas aparte nos remitiremos a la cuestión de la unidad del sindicalismo independiente y a la cuestión de las divergencias en torno del movimiento comunista internacional. En una palabra, compendiamos en la forma más completa posible nuestro pensamiento, en relación con aquellos puntos en los cuales ha habido discrepancias de enfoque y de principio entre el MOIR y el Partido Comunista y que han influido notoriamente en el resquebrajamiento del proceso unitario.

Primera parte: Viejas contradicciones

Política diáfana, concreta y firme

El Partido Comunista ha dicho que *“en 1973 el MOIR ingresa a la UNO después de haberle dado muchas vueltas”*, insinuando que nosotros teníamos una actitud inconsecuente desde un comienzo. Ustedes no pueden tener tan mala memoria para olvidar así como así las razones por las cuales el MOIR no ingresó a la UNO hasta 1973. Nuestro partido propició las reuniones preliminares e intercambió opiniones con las otras fuerzas políticas sobre la necesidad de conformar un frente que permitiera a las organizaciones interesadas concurrir con ciertas opciones de éxito a las elecciones de 1974. Y participó en la asamblea del Capitolio que prácticamente fundó la Unión Nacional de Oposición, el 22 de septiembre de 1972. Pero hubo un obstáculo, el primer gran enfrentamiento entre ustedes y nosotros en este proceso: la obcecada posición del Partido Comunista a que el frente electoral en ciernes se constituyera con la Alianza Nacional Popular, proposición que el MOIR veía irrealizable, a no ser que se hicieran concesiones demasiado costosas y se diluyeran campaña, frente, programa y todo en una amalgama oportunista sin ton ni son. No se trataba, desde luego, de dirimir si era deseable conformar un frente amplio o pequeño. Se trataba de comprender que no había condiciones para que un movimiento como Anapo, decadente y descompuesto, corroído por el cretinismo y que no daba señales de querer soltar las amarras que lo atan al sistema, pudiera ingresar de pronto a un frente que aspiraba enarbolar un programa revolucionario. Sólo cuando ustedes abandonaron esta idea carente de piso material, cosa que hicieron después de agotar todos los procedimientos, desde los más públicos hasta los más privados, y de comprobar que en realidad no existía la más remota probabilidad de entendimiento con la Anapo, se hizo viable un acuerdo del MOIR con el Partido Comunista con miras

a una campaña electoral conjunta, y sólo entonces se puso a marchar en serio a la Unión Nacional de Oposición.

Hasta dónde los moiristas en 1972 comprendían la situación y preveían los requisitos que harían factible una alianza electoral de izquierda para 1974, se demuestra en los siguientes apartes tomados de *Tribuna Roja*:

“La estrategia reaccionaria es clara: la promulgación indefinida de la Gran Coalición del Frente Nacional... La alternación termina en 1974, pero el presidente que se elige entonces deberá gobernar con los partidos tradicionales. Las camarillas dirigentes liberales y conservadoras pueden lanzar para 1974 un candidato presidencial por cada partido o lanzar un solo que los represente a ambos. En cualquier de los dos casos la obligación es la misma: gobernar coligadamente. A esto se han comprometido los varios aspirantes de los dos partidos. Hasta el doctor Alfonso López...”

“Frente a esa situación se viene hablando de la necesidad de que la izquierda también se unifique y proclame un candidato único para 1974... El MOIR no rechaza ni su intención torpedear la perspectiva de un frente que, al rededor de una plataforma revolucionaria de lucha, lance un candidato único de la izquierda para 1974 y aglutine los más amplios sectores de masas posibles.

“Cuatro son las condiciones que creemos se deben dar para que ese frente contribuya al desarrollo de la lucha revolucionaria del pueblo colombiano en la situación actual.

“Primera. El frente propuesto debe aprovechar la campaña electoral para desenmascarar la política antipatriótica y antidemocrática del Frente Nacional, para agitar un programa revolucionario y para apoyar a las luchas de los obreros, los campesinos, los estudiantes y demás sectores populares...”

“Segunda. La Anapo no podría ser la columna vertebral del frente electoral de izquierda... Para que la Anapo pueda convertirse en la columna vertebral del posible frente electoral de la izquierda colombiana tendríamos que variar radicalmente, cosa que creemos en verdad imposible... A la Anapo no se le debe hacer una sola concesión.

“Tercera. El frente electoral debe aprobar una plataforma antimperialista y democrática, a la que se ceñirán sin excepción para la agitación y propaganda de cada una de las fuerzas integrantes.

“La importancia principal de un frente de esta naturaleza en la situación actual es la agitación que haga y la educación que imparta a las masas. Hay que profundizar la conciencia revolucionaria del pueblo colombiano; explicar que la dominación extranjera y la trabas semi-feudales son los factores determinantes del estancamiento de la producción y de la ruina económica de las mayorías. Exigir la nacionalización no sólo del petróleo, sino de todos los recursos naturales, así como la supresión de la injerencia del imperialismo yanqui en todas las ramas de la economía colombiana. La reforma agraria a propugnamos es una reforma cualquiera; hace estar basada en la eliminación de la explotación de la tierra enientemediantelaconfiscaciónde los grandes latifundios y el reparto de la tierra para los campesinos que la trabajan...”

*“Cuarta. Debe hacerse un acuerdo previo entre todos los partidos y organizaciones del frente que garantice: a) La dirección colectiva de la alianza y b) el respeto al carácter independiente de los partidos y organizaciones”*⁵.

Al asegurarse el cumplimiento de las cuatro condiciones enumeradas, el MOIR formalizó la alianza con el Movimiento Amplio Colombiano y el Partido Comunista. Lejos de tener una actitud inconsecuente, consignamos una posición diáfana, concreta y firme. La violación o la no cristalización de alguno de los requisitos exigidos, hubiera impedido nuestra vinculación a la UNO. La manzana de la discordia fue en este caso la Alianza Nacional Popular. Sin embargo, el Partido Comunista ha ocultado con insinuaciones y falsos cargos el fondo de un conflicto que ha rondado como un fantasma la casa de la Unión Nacional de Oposición durante toda su existencia.

Insistencia en una táctica fallida

En la polémica contra el MOIR, ustedes han recurrido a menudo al cómodo artificio de atribuirse a sí mismos los éxitos y achacar a los demás los desaciertos. La participación del MOIR en la UNO se explica como acto de mezquina conveniencia y su presencia como perturbadora para el desarrollo del “frente patriótico”, mientras que al Partido Comunista se le dibuja con muchas trazas de magnánimo gestor visionario de la unidad. Pero este recurso ayuda muy poco y terminará derrumbándose fácilmente tan pronto las fuerzas revolucionarias se interesen en estudiar cuidadosamente la experiencia de la UNO y comparen los pronunciamientos de los distintos partidos con el acontecer político. Continúemos mirando y comparando algunos de estos pronunciamientos.

En febrero, víspera de las elecciones de 1970, el Partido Comunista sostuvo:

*“Las candidaturas de Betancury Rojas Pinilla, aunque surgieron en frentadas a las maquinarias de las convenciones oficialistas y se presentan como exponentes de la oposición, sostienen el sistema paritario antidemocrático e incluso se oponen a las iniciativas ultrarrevolucionarias de prolongarlo indefinidamente”*⁶.

En abril, inmediatamente después de las elecciones afirmó:

*“Por nuestra parte, debemos reconocer que nos upimos medi el grado de decrecimiento del rojismo en la opinión pública... En la eleva d votación por Rojas se manifestó un profundo sentimiento de clase, planteado en forma de ‘lucha de los de abajo contra los de arriba’... Las grandes masas de la oposición al sistema están actualmente con la Ana apoyes a ellas que debemos unirnos principalmente en la acción”*⁷.

Novamos a refutares o de “unirnos principalmente en la acción” con las masas anapistas, tesis de una simpleza infinita y que bien podría extenderse con la misma lógica a las masas de todos los partidos y movimientos. Señalemos que el

Partido Comunista, que le había negado en febrero el apoyo a la Anapo porque *“las candidaturas de Betancury Rojas Pinilla, sostienen en el sistema paritario antidemocrático”*, descubren abril que *“las grandes masas de la oposición al sistema están actualmente con la Anapo”*. Pero tampoco es este el hecho que deliberadamente buscamos resaltar, ya que es ajeno a nuestro ánimo cazar al Partido Comunista en tan flagrante contradicción, pues un grupo partidista corre el riesgo de equivocarse al apreciar el desenlace táctico de una situación, sobre todo de una situación tan compleja como la de esos meses, cuando para las fuerzas revolucionarias hubiera podido ser ganancioso respaldar una candidatura que aunque no se salía de los marcos del sistema, significaba un gran aprieto momentáneo para la coalición liberal-conservadora, en una coyuntura en la cual la revolución se hallaba completamente debilitada, sin audiencia e impedida para hacer valer su propia alternativa. Buscamos destacar que desde aquellos días, y después de cambiar intempestivamente el criterio sobre Anapo, la estrategia principal del Partido Comunista y en particular su estrategia de la *“unidad popular”*, o de la Unión Nacional de Oposición, o del *“frente de la oposición democrática”*, o del *“frente patriótico”*, según las distintas denominaciones por ustedes utilizadas, consistió fundamentalmente en lograr una alianza con dicho movimiento.

Tal vez el énfasis en esta empresa se pueda explicar por el impulso que a la *“unidad popular”* le daban a la sazón los diversos partidos comunistas de América Latina, inspirados en el caso chileno que entre otras cosas pondría al descubierto la inconsistencia de la *“vía electoral”*. O porque se creyó sinceramente que con el repunte anapista de 1970 los partidos tradicionales colombianos entraban en una crisis de la cual no se recuperarían ya. Algo hubo de ambas cuestiones. De todas maneras ustedes hicieron de la aspiración de aliarse con la Anapo la consigna capital de la hora. No así, sencilla y llanamente, por supuesto, sino mediante algunas piruetas.

El propio congreso del Partido Comunista de 1971 dispuso:

*“La tarea del momento para los comunistas en hallar el camino que conduzca a la unidad de todas las fuerzas de oposición democrática al sistema, como fase inicial para la formación del Frente Patriótico de Liberación Nacional”*⁸.

Pero como la situación real no daría más que para la conformación de un frente pequeño, con un MAC recién aparecido y sin expansión nacional y un MOIR “extremoizquierdista” y “anárquico”, porque hasta la prudente y sensata Democracia Cristiana, de la que el Partido Comunista tanto habla como cofundadora de la Unión Nacional de Oposición, desertó furtivamente sin pena ni gloria la noche del día de la fundación, ustedes entonces se entregaron a la ingrata labor de convencer a la única agrupación que lograría con su contingente desvinciado salvar la estrategia trazada, la pieza que faltaba y cabía en el esquema

preconcebido: la Anapo. Había que vigorizar la UNO para poder negociar con la Anapo y había que aliarse con la Anapo para configurar el “frente de la oposición democrática”, “fase inicial” del “Frente Patriótico de Liberación Nacional”. Verdadero acertijo con una sola solución: la Anapo.

Y ustedes lo explicaron:

“Debemos trabajar intensamente por fortalecer la UNO con el fin de que sea una fuerza que por su importancia se convierta en elemento imprescindible para lograr la unidad con la Anapo en la lucha común”⁹.

Para el MOIR tal insistencia adolecía de fundamento. No porque sosten-gamos a ultranza que a la revolución le esté prohibido, según las circunstancias, llegar a compromisos con una corriente como Anapo, por más que su ideología sea retardataria, sino porque a esta táctica ya le había pasado su tiempo. Si en 1970 pudo haberse justificado, en 1974, sería meramente una añoranza. Aquí la historia no se repetiría ni siquiera como farsa.

No han sido, pues, consideraciones de tipo dogmático las que nos llevaron a rechazar la propuesta del Partido Comunista. Nuestra experiencia y el estudio del marxismo-leninismo nos han enseñado que compromisos de esa índole dependerán siempre de la situación concreta, de las contradicciones de las fuerzas enemigas, del desarrollo político de las masas, del grado de fortaleza de los partidos revolucionarios, de las perspectivas mediatas e inmediatas. Su duración, es decir, que tales alianzas sean más o menos temporales, dependerá también de las circunstancias anotadas y sin duda de las vacilaciones del aliado.

Si en 1970, comprendiendo que la candidatura de Rojas Pinilla, por encima de sus flojeras y trapisondas, representaba objetivamente un complicado contratiempo para el bipartidismo tradicional, hubiese sido discutible apoyar a la Anapo, semejante alianza en 1974, erigida sólo en graves claudicaciones y sin contraprestación mayor, habría denotado una torpeza superlativa. En 1974 el anapismo no representaría contradicción de cuidado para las clases dominantes y su significación política quedaría casi reducida a su capacidad de vociferar proclamas altisonantes e inconexas, maldecir lo acontecido y renegar del porvenir. El 19 de abril de 1970 marcó para la Anapo el clímax de su vertiginoso desarrollo, fue la fecha de la victoria acariciada, pero también el día de la derrota inexorable. El pueblo anapista, esperanzado por dos lustros, caló en una cuantas horas de escaramuza comicial el alma de los jefes del “tercer partido” quienes, frente al fraude, las vejaciones y la violencia del estado oligárquico, no sacaron lección distinta de la de solicitar una reforma de las normas del sufragio y un asiento en la corte electoral. A la Anapo le sucedió lo que tarde o temprano les sucede a los partidos que se declaran en rebeldía y sólo están preparados para hacer elecciones, esto es, que, cuando vencen, lo pierden todo y sus tropas se

dispersan. En el pasado a pesar de sus muchas desventajas poseyó el poder de poner en calzas prietas a los partidos tradicionales. En el futuro no contará más que con sus desventajas.

La concertación para 1974 de un frente con la Alianza Nacional Popular requería por los menos dos concesiones: votar por un candidato presidencial salido de sus filas, o más exactamente de la familia Rojas, y recortar el programa de nueve puntos de la Unión Nacional de Oposición. Esta consideración es valedera, pues, al contrario, proponerle a la Anapo que se sumara a Hernando Echeverri o a cualquier otro candidato del MOIR o del Partido Comunista, y que respaldara nuestro programa mínimo, en las condiciones de aquel entonces, resultaría un exabrupto y un sabotaje a la estrategia de “la unidad de todas las fuerzas de oposición democrática”. Luego aquel frente con candidato rojista y programa común habría configurado la ironía de que mientras la Anapo, desacreditaba y derruida, iniciaba su ciclo descendente, las fuerzas revolucionarias saldrían a recorrer el país anunciándola como la nueva panacea milagrosa.

Hasta qué punto ustedes eran conscientes de que para acercar a la Anapo sería imprescindible hacerle tales concesiones, lo veremos en esta posterior explicación de finales de 1973:

*“Nuestra propuesta consistió en que se realizara un acuerdo para escoger libremente al candidato único de la Oposición y que se discutiera y aprobara en forma conjunta un Programa Común. Candidato de la Oposición que podría ser designado de las filas anapistas. Programa Común que también recogería los planteamientos anapistas en los cuales concordaran las demás fuerzas”*¹⁰.

Y hasta qué punto se entusiasaban con una batalla decisiva para derrotar a la oligarquía en 1974, por la que estaban dispuestos a conceder en materia programática queda comprobado con los párrafos que siguen, tomados del “Informe al Pleno” de mayo de 1972:

“La Resolución política aprobada por el Undécimo Congreso señaló una táctica correcta, cuando dijo: Todo indica que las elecciones presidenciales de 1974 pueden convertirse en una decisiva batalla popular contra la oligarquía. Si las fuerzas de la oposición se unen en torno a un programa y a un candidato único, estarán en condiciones de derrotar y de hacer respetar su victoria electoral, cerrando así el paso a todas las maniobras de la oligarquía tradicional.”

*“Nuestra táctica tiene que encaminarse a plantear a todas las fuerzas interesadas en el cambio democrático y popular la necesidad de escoger de común acuerdo un candidato a la presidencia que se capacite de unificar a la oposición, sobre la base de un programa mínimo. Programa que no es el nuestro, que puede ser incluso menos avanzado que los cinco puntos de nuestra Plataforma electoral. Pero en el cual se planteen y se levanten reivindicaciones mínimas, entre ellas la plenitud de los derechos y libertades democráticas, la reforma agraria y la nacionalización del petróleo”*¹¹.

El programa de cinco puntos de la plataforma electoral a que ustedes se refieren en la cita anterior y que estaban dispuestos “*incluso*” a hacer “*menos avanzado*”, con el fin de “*unificar a la oposición*”, es éste:

“Nuestros partidos sugiere como bases mínimas para el programa del Frente de la Oposición Democrática lo siguiente:

“1) Nacionalización de la industria del petróleo.

“2) Reforma Agraria democrática que comience por la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos.

“3) Alza general de sueldos y salarios.

“4) Plena vigencia de las libertades públicas y el derecho de huelga.

“5) Reforma de carácter democrático y patriótico de la Universidad y del sistema educativo en general”¹².

Programa nacional y democrático de la UNO

Resumamos lo que tenemos expuesto hasta aquí. La estrategia defendida por el Partido Comunista para las elecciones de 1974 consistía en crear un frente de toda la oposición, con un programa común y un candidato único. Para coronar este propósito era indispensable la participación de la Anapo que, a pesar de su desmoronamiento, aún se mantenía cuantitativamente en tercer lugar después del liberalismo y el conservatismo. Esta participación había que lograrla con un programa “*incluso menos avanzado que los cinco puntos*” de su plataforma electoral y con un candidato “*que podría ser designado de las filas anapistas*”. Y todo ello como paso inicial de la futura constitución del frente patriótico. El MOIR propugnaba un frente electoral de izquierda con el programa revolucionario y un candidato único, aclarando que no veía posible ni conveniente la vinculación de la Alianza Nacional Popular. No le parecía posible que la Anapo diera un viraje tal que terminara suscribiendo un programa revolucionario, y no le parecía conveniente que se hicieran concesiones programáticas con las cuales se contribuyera a la confusión del pueblo. Las dos propuestas se semejaban en el convencimiento de la utilidad de constituir un frente con candidato único y programa conjunto, pero diferían en las calidades de éste y de aquel.

Como no se trataba de adherir a una candidatura por determinadas razones tácticas, sino de conformar un frente de lucha con programa común, el MOIR estimaba infranqueables los abismos programáticos que lo separaban de la Alianza Nacional Popular. Y así lo proclamó reiteradas veces.

Pasada la apoteosis del rojismo en 1970 y acogida en Villa de Leyva la plataforma que lo convirtió en “tercer partido”, advertimos a mediados de 1971:

“El análisis de los aspectos más importantes de la Plataforma de la Anapo, lanzada en Villa de Leyva, demuestra que el nuevo partido es una bandera de la política de las poderosas clases dominantes”¹³.

A finales de 1972, volvimos a insistir:

“En los dos problemas claves de la Colombia de hoy, la dominación neocolonialista y el semifeudalismo, la Anapo toma como suyos, y como si fueran grandes reivindicaciones, los viejos postulados reformistas de la Gran Coalición burgués-terrateniente proimperialista...

“El hecho de que sigasiendo un partido tradicional, a pesar de que formalmente proclame lo contrario, explica el porqué de la apoyodela Anapo a ciertas iniciativas del gobierno y sus contradicciones cada día más crecientes con las masas trabajadoras de la ciudad y el campo”¹⁴.

Y un año después, conociéndose los doce puntos preelectorales de María Eugenia y días antes de participar en la convención del 22 de septiembre de 1973, que aprobó el programa mínimo de la UNO, proclamó la candidatura de Hernando Echeverri y protocolizó el resto de acuerdos para la campaña electoral unificada, expusimos de nuevo nuestro criterio y en particular comentamos:

“No se trata de un acuerdo cualquiera. Vamos a agitar en la campaña electoral una plataforma programática que contenga las reivindicaciones fundamentales y más urgentes del pueblo y la nación colombiana. No existe otra forma de concentrar los ataques contra los enemigos principales ni de declarar una batalla que valga la pena en las próximas elecciones contra la alianza liberal-conservadora. Esta es la táctica de las fuerzas revolucionarias, la que contribuirá a nuestro avance...

“Los portadores de la desviación de derecha sin úan que lo importante es abarcar a todas las fuerzas de la oposición, así sea al precio de aceptar un programa ‘amplio’, impreciso y difuso como fórmula expedita para llegar a un acuerdo con la Anapo o adherir sin condición alguna al candidato anapista. Estas personas desconfían de la capacidad del luchador frente electoral pequeño, aunque armado de una política revolucionaria; renuncian por temor; a la batalla en pro de una verdadera alternativa popular; confunden las condiciones de 1970 con las que se presentarán en 1974; no quieren apoyarse en la experiencia de las masas ni ayudarlas a avanzar; lo juegan todo a la carta de un socialismo presidenciable y ‘ala colombiana’. La dimensión del frente electoral de izquierda depende del real desarrollo de las fuerzas revolucionarias y su crecimiento no puede fincarse en las ‘ampliaciones’ a su orientación y a su plataforma. No vamos a discutir si esta estrategia, después de muchas ‘ampliaciones’ y diversas suplicas, conduzca a que la Anapo participe en la UNO, o a que la UNO se diluya en la Anapo, si eso es lo que se busca. Pero estamos absolutamente convencidos de que en la actualidad es en el camino paraganar vastos sectores de masas, organizarlos, educarlos y movilizarlos hacia las luchas revolucionarias; es un callejón sin salida en cuyas penumbras resultará muy difícil distinguir entre lo correcto y lo erróneo, entre la oposición consecuente y la oportunista, entre la revolución y la reacción. Un caso es que la Anapo no sea el blanco de nuestro ataque y otra cosa es que lo embrollemos todo de manera que terminemos por nuestra propia cuenta amarrados e impedidos para jalarla a izquierda. El momento no está para lamentarnos por lo que haga o no haga el general Rojas. La ampliación del frente electoral de izquierda estriba en llegar a las masas populares con una política nacional y democrática, coherente y clara”¹⁵.

Como ha quedado demostrado, siempre creímos que las fuerzas revolucionarias estaban en la obligación de hacer un esfuerzo supremo, a pesar de su relativa debilidad, para estructurar un frente que apareciera en la campaña electoral de 1974 como una alternativa nueva y cierta. Su papel debía consistir en combatir la estrategia de la reacción, confrontándole una estrategia revolucionaria, educar a las masas en los principios de la revolución nacional y democrática e, inclusive, explicar conscientemente el desengaño de las masas anapistas. Y este encargo lo cumplió la Unión Nacional de Oposición. Su programa es correcto, interpreta en líneas generales las profundas y urgentes mutaciones que reclama la sociedad colombiana en la actual etapa de su desenvolvimiento histórico y es tierra fértil para las siembras del mañana. Desde esta óptica, la lucha electoral librada por la UNO fue un éxito completo, por sus enseñanzas y por sus resultados, hasta donde la correlación de fuerzas nos lo permitió.

La otra variante, la definida inicialmente por el Partido Comunista, de sacrificar el programa para engrosar los efectivos, pretendía repetir en 1974 lo que pasó en 1970 o, en otras palabras, rectificar con la hija del General el comportamiento que se tuvo con el General. Pero el proyecto desconocía que las viejas contradicciones, al cabo de cuatro años, cederían su lugar a contradicciones nuevas. De habernos aventurado por aquel atajo, hoy, después de la tragedia que habría significado la fallida intentona de contener la desbandada anapista, tendríamos como irónico premio de la hazaña un programa para todos los gustos, vago e inexacto, con una única destinación parecida a la de las modernas mercancías desechables que se usan y se botan. En cambio, los nueve puntos de la Unión Nacional de Oposición tendrán en sus rasgos esenciales una actualidad que perdurará hasta el triunfo de la presente revolución democrática y comienzo de la revolución socialista. Si alguna razón le asiste ahora al Partido Comunista paraufanarse de que la UNO representa la “*semilla del Frente Patriótico de Liberación Nacional*” es su programa nacional y democrático.¹⁶

La importancia del programa mínimo de la Unión Nacional de Oposición consiste en que no se circunscribe a blandir esta o aquella aspiración sentida por las masas, sino que además se aferra a las consignas centrales de la lucha por una Colombia independiente, democrática, popular, próspera y en marcha al socialismo.

Esto no quiere decir que el programa mínimo cope todos y cada uno de nuestros anhelos al respecto, o que en su elaboración colaboramos únicamente con nuestras exigencias, sin haber hecho concesiones en aras de la unidad. Claro que hicimos concesiones secundarias, y aún pensamos que el programa de la UNO es susceptible de mejoras tanto que lo profundicen como que lo simplifiquen. Sin embargo, los nueve puntos de la UNO satisfacen íntegramente la

observación expresada por el MOIR de que un “*frente de esta naturaleza*” habría de “*exigirla nacionalización no sólo del petróleo, sino de todos los recursos naturales, así como la supresión de la injerencia del imperialismo yanqui en todas las ramas de la economía*”. Tal pedido, formulado rigurosamente en esa forma, buscaba refutar en concreto la escueta pretensión del partido Comunista de integrar un “*Frente de la Oposición Democrática*” cuyo programa olvidaba el principal objetivo de la revolución: la plena independencia de Colombia ante el imperialismo norteamericano. Ustedes no incluyeron esta reivindicación fundamental en los cinco puntos de la plataforma electoral aprobada en su Undécimo Congreso. Y lo formulamos públicamente, como está visto, desde la aparición del artículo *La hora es de unidad y de combate* y lo puntualizamos desde la primera reunión de grupos políticos del 22 de septiembre de 1972.

Sin perjuicio de las modificaciones que se le puedan introducir más adelante, lo cierto es que los nueve puntos de la UNO recogen en sus rasgos esenciales las cuestiones básicas programáticas de la revolución colombiana en su actual etapa democrática, a saber:

a) “*Combatir el neocolonialismo y la dominación exterior de tipo económico, político y cultural, que los Estados Unidos de Norteamérica ejercen sobre nuestra patria a través de las clases sociales reaccionarias en las cuales se apoyan internamente*”; b) “*Luchar por la realización de una reforma agraria democrática que en base a la confiscación de la propiedad de terreno, entregue la tierra a los campesinos que la trabajan y a las comunidades indígenas*”; c) “*Batallar sin descanso por la constitución de un Estado democrático de los obreros, campesinos, clases medias, industriales y productores nacionales*”; y d) “*Este Estado, al desarrollar una economía próspera e independiente, sentará las bases materiales, sociales y políticas para la futura construcción de una patria socialista en Colombia*”¹⁷.

De otra parte, el programa unitario aprobado por el MOIR, el Movimiento Amplio Colombiano y el Partido Comunista, es literalmente contrapuesto a la plataforma anapista de Villa de Leyva de 1971 y a los doce puntos preelectorales de María Eugenia de 1973. La Alianza Nacional Popular no se separó ideológica ni programáticamente de los partidos tradicionales, de los que heredó su atávica inclinación a prohijar la entrega del país al imperialismo norteamericano, justificar la explotación de la gran oligarquía burguesa y terrateniente y hacerle el juego al anticomunismo. En ningún período de su agitada vida a la Anapo se le ocurrieron, para las necesidades ancestrales del pueblo colombiano, soluciones aparte de las fórmulas manidas de los dirigentes de liberalismo y del conservatismo, a los cuales buscaba destronar, pero a quienes sólo ambicionaba suplantar. A lo que más se atrevió fue, en las elecciones de 1974, a reencauchar los viejos postulados oligárquicos en nombre de un “*socialismo a la colombiana*”. Sin poder interpretar los reclamos de las clases revolucionarias y deseando encarnar los

ideales de las clases reaccionarias en contra de la antigua casta política probada, terminó por perder las simpatías de las primeras y de las segundas, iniciando lo que parece será una larga y melancólica decadencia.

Objetivos revolucionarios de la lucha electoral

Las rivalidades entre el MOIR y el Partido Comunista acerca de las características de la alianza a pactar, no se redujeron a la controversia estrictamente programática. Hubo otro aspecto, tocado ya tangencialmente en esta carta, que aun cuando no se debatió con igual resonancia, no es por ello menos trascendente. Nos referimos a los objetivos que debía perseguir la Unión Nacional de Oposición en la campaña electoral, o el frente que se constituyera para este fin.

Tema también relacionado con la Anapo. El Partido Comunista tejía demasiadas ilusiones alrededor de la perspectiva que él mismo calificó de “*decisiva batalla popular*”. Para ubicarnos, volvamos a leer las palabras del Undécimo Congreso, citadas por el pleno de mayo de 1972:

“Todo indica que las elecciones presidenciales de 1974 pueden convertirse en una decisiva batalla popular contra la oligarquía. Si las fuerzas de la oposición se unen en torno a un programa y a un candidato único, estarán en condiciones de derrotar la y de hacer respetar su victoria electoral, cerrando así el paso a todas las maniobras de la oligarquía tradicional”.

Se comprende que tales apreciaciones fueron escritas aún bajo el impacto producido por el inusitado desenlace de las elecciones de 1970 y con la mirada puesta en la Alianza Nacional Popular. El proyecto no podía ser más ambicioso, derrotar en las urnas a la oligarquía y “*hacer respetar*” la victoria. ¡Qué lejos caerían del blanco estos pronósticos! Pero lo sorprendente es que el fraude, el estado de sitio, el toque de queda, el encarcelamiento masivo de los líderes populares, el terror, recursos preferidos por la coalición gobernante para desconocer la victoria rojista, en lugar de mover a la reflexión sobre lo efímero de un triunfo puramente electoral, mientras se mantenga intacto el aparato burocrático-militar del Estado, terminaron estimulando las creencias y los creyentes en que sí se puede arrebatar el Poder a los depredadores con las armas de los votos. La clave del asunto, según ustedes, estaba en hacer un frente amplio y saber escoger el candidato presidencial, parecido al caudillo del 19 de abril, o de su misma alcurnia. Hoy no se nos puede desmentir que, cuando el congreso del Partido Comunista planeaba tamaña obra, lo hacía sobre el presupuesto de que la Anapo había herido de muerte al bipartidismo colombiano y se hallaba predestinada a grandes dignidades. Porque con otro aliado y sobre otro presupuesto el plan sería más disparatado y la utopía más utópica.

Existen abundantes testimonios con relación al convencimiento que ustedes tenían por ese entonces de que Colombia se encontraba a las puertas de

una “*crisis decisiva del sistema paritario*” y de que la perspectiva del legal Poder de brazo con la Anapo estaba lista. Revivamos algunos de ellos. El XI Congreso del Partido Comunista remarcaba:

*“Estamos en el umbral del desencadenamiento de la crisis decisiva del sistema paritario, crisis que expresará todo el desbarajuste de la vieja estructura económico-social del país”*¹⁸.

Y el propio Gilberto Vieira, secretario general del PC, a principios de 1972, aventuraba tesis de que el anapismo “*puede, si se consolida como partido independiente, precipitar la disolución del anti-democrático monopolio bipartidista*”. Por la misma fecha, completaba: “*Si la Anapo llegara al gobierno, sería dentro de un vasto movimiento de frente único con los otros sectores de la oposición*”¹⁹.

Y a los oídos de la Anapo se musitaron declaraciones tan tiernas como ésta: “*En 1970, las masas anapistas recuerdan que nos sólo hicieron falta los votos comunistas, sino también la organización y la capacidad de nuestro partido para defender el triunfo que les arrebató con fraude y represión el gobierno oligárquico*”²⁰.

Impugnando tan patéticas intenciones, el MOIR llamaba la atención sobre algo que hemos repetido hasta el cansancio: la Anapo no se encontraba ya en la edad dorada, había iniciado su proceso descendente, sin salvación. Pero no se trataba únicamente de averiguar en qué estadio de su desarrollo se encontraba el movimiento del general Rojas; era indispensable comprender que una corriente que se nutría de la charca doctrinaria del bipartidismo tradicional, nunca estaría en condiciones de desencadenar la crisis decisiva del sistema oligárquico. En la Colombia actual hay dos formas de hacer política. La una, apoyando al imperialismo norteamericano y a sus lacayos criollos; la otra, respaldando a las grandes masas populares que luchan por su liberación y bienestar. La primera política hace mucho tiempo que está en bancarrota en nuestro país, y si su colapso definitivo no ha llegado, es precisamente por la ausencia de un partido revolucionario capaz de organizar y unificar al pueblo, mediante una estrategia y táctica correctas que lo conduzca a la victoria. En entonces sí la nueva política sepultará la vieja y Colombia cambiará de color. El partido que haga este milagro no puede ser otro que el partido de la clase obrera. El “*tercer partido*” en Colombia será su partido proletario. Las fuerzas marxista-leninistas vienen luchando con tenacidad tras este gran empeño, y a no dudarlo el triunfo será suyo.

Para rechazar el despropósito de que la Alianza Nacional Popular estuviera en condiciones de generar la crisis contundente del bipartidismo colombiano y en defensa de la tesis de que el “tercer partido” en nuestro país no podría ser ninguna de las disidencias que de vez en cuando se precipitan en las filas del liberalismo y del conservatismo y que al final de cuentas desaparecen por inercia o regresan como el hijo pródigo al hogar de sus mayores, redactamos oportunamente las siguientes frases:

“La Anapo ha retrocedido precisamente porque en el fondo no ha dejado de ser un partido tradicional”...

“El tercer partido en Colombia no puede ser otro que el partido de la clase obrera. Sólo el partido proletario podrá convertirse en el vocero auténtico de los oprimidos y humillados de Colombia. Ese partido y no otro podrá apoyar e interpretar los intereses de las masas campesinas, organizar el pueblo y liberar al país”²¹.

Las elecciones de 1974 ratificaron con creces estas palabras. El hecho de que el descontento popular y el ascenso de la lucha de las masas a finales de la década del sesenta hubieran sido capitalizados por un movimiento de las características de Anapo, fue en realidad un alivio para los viejos partidos, quienes resurgieron con renovados ímpetus para proseguir su obra de pillaje y depredación aprovechando el desconcierto general.

Al mismo tiempo insistíamos en que no obstante haber desaparecido la alternación presidencial y la paridad en las corporaciones públicas, por vencimiento de los plazos, la oligarquía había prolongado el paritarismo en la rama ejecutiva del poder hasta 1978, en virtud de la última reforma constitucional. Esto concluyó siendo denunciado por todas las fuerzas democráticas y la Unión Nacional de Oposición lo explicó exhaustivamente en la campaña electoral. Pero hemos advertido también que incluso de 1978 hacia adelante, los gobiernos oligárquicos, según la Constitución, seguirán siendo paritarios, mediante el mecanismo de que el partido vencedor deberá darle participación administrativa “*adecuada y equitativa*” al partido mayoritario distinto al del presidente de la República. En otras palabras, que el espíritu frentenacionalista del Estado continuará indefinidamente a través de los llamados “*gobiernos nacionales*”. Este fenómeno tan peculiar de nuestra situación obedece en Colombia a la ley histórica de que el imperialismo no puede ejercer su dominación sino por intermedio de la alianza de la gran burguesía y de los grandes terratenientes, cuya expresión política es la coalición liberal-conservadora.

Las elecciones de 1974 se efectuarían bajo esas disposiciones y las fuerzas revolucionarias no podían contentarse con hablar únicamente de los factores de la eliminación de la paridad parlamentaria y de la alternación. Debían a la par esclarecer a las masas convocadas a sufragar, que éstas irían a una contienda en la cual de antemano se hallaba establecido el resultado. Ganara cualquier candidato, de todas maneras seguirían gobernando el liberalismo y el conservatismo, mancomunadamente.

Pero además de lo anterior, nosotros no estábamos dispuestos por ningún motivo a que quedara flotando en el ambiente la duda de que participábamos en la batalla electoral siquiera con la remotísima esperanza de derrotar a nuestros enemigos tradicionales, no sólo por la desventajosa correlación de fuerzas,

sino principalmente por el convencimiento arraigado de que jamás ganaremos el Poder en unas elecciones. En la historia de la lucha de clases no se ha dado aún el primer caso en que los opresores entreguen pacíficamente a los oprimidos las riendas de la sociedad. E inclusive el ejemplo chileno, sobre el que tanto se teorizaba diciendo que había iniciado la época de las revoluciones incruentas, el modelo viviente de la “*vía electoral*”, “*un camino para explorar hacia el socialismo*” y demás estulticias, se vino al suelo hecho trizas con el cuartelazo sanguinario de Augusto Pinochet y el sacrificio de Salvador Allende. El pueblo colombiano no olvidará las respuestas que dieron los defensores de esa singular teoría cuando se les increpaba: “*Esto es engañar al proletariado y a pueblo, desarmarlos, entregarlos mansamente en manos de sus enemigos, que no permitirán por las buenas la implantación de la dictadura de las clases revolucionarias dirigidas por el proletariado*”²².

Gilberto Vieira, por ejemplo, comentaba:

*“Un factor verdaderamente decisivo en Chile es el Ejército. Lo ha demostrado los shechos. La reciente visita de una misión militar chilena a Cuba me parece una contecimiento sensacional y significativo de todo ese proceso. O sea, no es fácil que el imperialismo pueda movilizar el ejército chileno, en su conjunto, contra el gobierno de la Unidad Popular, y esa es una de las ventajas más grandes con que cuenta el pueblo chileno”*²³.

La dictadura militar en Chile y el ahogamiento del pueblo en un mar de sangre terminaron dando dramáticamente la razón a quienes en el mundo pensaban como nosotros: “¡Lástima grande que no sea realidad tanta belleza!” Después de los dolorosos sucesos del hermano país se nos ha querido combatir con la vil calumnia de que respaldamos a la junta militar chilena. A nosotros, que con nuestra débil voz tratábamos en vano de alertar sobre los peligros que corren los revolucionarios que duermen en la misma cama con los asesinos, que no defendimos a los golpistas en potencia como lo hicieron nuestros calumniadores, se nos pretende presentar ahora como partidarios de la banda de Pinochet, con el oculto propósito de eludir este debate de principios relativo a la vía de la revolución e impedir que se resuma experiencia tan cara y tan valiosa para el marxismo-leninismo. El pueblo chileno sabrá corregir los errores de estos años turbulentos y con su lucha heroica, liberadora, rasgará la noche oscura que ha caído sobre su querida patria. Y si en alguien podrán confiar los revolucionarios chilenos en estas horas aciagas, será en aquellos que en las de fugaz ventura les aconsejaron sincera y respetuosamente.

Nos hemos separado deliberadamente del tema que veníamos analizando para dar una noción de la atmósfera ideológica que se respiraba en los albores de los años setenta y de los conceptos encontrados que sobre los problemas del Poder se esgrimían con especial ardor y aún siguen copando el interés de los revolucionarios. Para el MOIR era, por tanto, de suma importancia la forma

como se proyectara la campaña electoral conjunta, los objetivos que se trazaran, la manera de explicar el aprovechamiento de este tipo de lucha. Sabíamos que el frente de izquierda tendría que designar un candidato presidencial si deseaba sacarle todo el jugo a su participación en las elecciones de 1974. Pero nos oponíamos a que aquella necesidad condujera a la conciliación con quienes espontánea o conscientemente pregonaban obtener el Poder mediante la estrategia de llegar tarde que temprano a controlar por los votos el primer cargo de la dictadura oligárquica proimperialista: la Presidencia de la República. En contra de esta entelequia de derrotar a las clases dominantes en una “*decisiva batalla*” electoral y hacer “*respetar la victoria*” de un candidato único de toda la oposición, expusimos en estos términos nuestras opiniones:

“La conveniencia de postular un candidato presidencial de izquierda ha sido estudiada, discutida y en general aceptada no por que tenga probabilidad de salir victorioso, sino por que la alianza electoral de izquierda necesita una cabeza visible que la represente y que con el respaldo a su candidatura aglutine la lucha y la votación a nivel nacional”.

“La imposibilidad de victoria de un candidato presidencial de izquierda se desprende de la correlación de fuerzas y de las reglas de juego electoral. Alfonso López y Álvaro Gómez como candidatos del régimen contabilizan a su favor el aparato estatal, la autoridad del dinero, la gran prensa, la radio, la televisión y se apoyan en las fuerzas de la tradición bipartidista del país”...

“Las clases explotadoras dominantes realizan elecciones o las suspenden, abren sus parlamentos o los oscierran, imponen gobiernos civiles, mediante votaciones o caudillos militares mediante ‘cuartelazos’ según, cuándo y donde les convenga. Esta ha sido la historia hasta hoy de la casi totalidad de las repúblicas latinoamericanas, para nosotros de nuestro continente, o por lo menos es la experiencia de Colombia. El Estado y sus instituciones representativas tienen su definición natural de clases y son instrumentos de dominación de una determinada clase. Las clases revolucionarias no pueden esperar a que el Estado de las clases reaccionarias y sus instituciones representativas se pongan a su servicio, así que ellas consigan la mayoría en unos comicios generales. Si aspiran a emanciparse y a transformar la sociedad, las clases trabajadoras oprimidas están obligadas a construir, sobre los escombros del Estado opresor destruido revolucionariamente, su propio Estado con sus instituciones diferentes a las desaparecidas”.

“Entonces, ¿para qué participamos los revolucionarios colombianos en la selección y en el Parlamento? Aprovechamos la campaña electoral y vamos a las corporaciones públicas con la finalidad de desenmascarar la política antipatriótica y antidemocrática del Frente Nacional y sus instituciones reaccionarias, de agitar un programa revolucionario y de apoyar las luchas de los obreros, los campesinos, los estudiantes y los demás sectores populares. Así acumularemos fuerzas. Para eso utilizamos los partidos revolucionarios el sufragio en los regímenes explotadores: para acumular fuerzas. Luchamos y exigimos respeto por la libertad de las políticas, por los derechos de reunión y expresión de las organizaciones populares, pero a cada paso recordamos

que bajo el régimen de explotación y represión, en el cual los grandes potentados internacionales y sus sirvientes criollos se hartan de riquezas a cambio del sudor y las angustias de las mayorías, y continúe el imperialismo controlando los resortes vitales de la economía y por ende se mantenga en lo fundamental intacta su influencia política, bajo este régimen, la mejor democracia del mundo es falsa; que sólo en un Estado de obreros, de campesinos y del resto del pueblo, independiente y soberano, con sus organismos representativos auténticamente democráticos, las masas podrán gozar de todos sus derechos y participar plenamente en la política. Educaremos a las clases revolucionarias en la idea leninista de que 'la revolución debe consistir en que la clase nueva mande y gobierne con la vieja máquina del Estado, sino que destruya esa máquina y mande, gobierne con ayuda de otra nueva'... "La esencia de la cuestión radical es mantener la vieja máquina estatal (en la zafra por miles de hilos a la burguesía y en papá hasta el tuétano de rutina e inercia) o si se le destruye, sustituyéndola por otra nueva" ²⁴.

En esa forma expresábamos los objetivos que debía perseguir nuestra participación en la campaña electoral. A su turno pertenecíamos a nuestro Partido y al resto de sectores avanzados en su lucha ideológica contra las teorías seudo-revolucionarias del Estado. El acertado aprovechamiento de la lucha electoral serviría para facilitar el avance y consolidar los progresos de las fuerzas revolucionarias. Nos propusimos, por consiguiente, tres finalidades muy definidas: combatir y desenmascarar la política y las maniobras de la Gran Coalición liberal-conservadora, agitar un programa nacional y democrático y apoyar las luchas del pueblo colombiano. Y ésta fue la única política unitaria posible, porque sólo estableciendo y yendo en pos de tales objetivos, podría lograrse, como se logró, un frente combativo, revolucionario, que en la contienda electoral se distinguiera por su empuje, originalidad y consecuencia. Así actuó la Unión Nacional de Oposición, y en los primeros meses de 1974 llegó a preocupar a la reacción apátrida, por un lado, y por el otro, sorprendió al oportunismo de 'izquierda' que no acabará de especular y de demeritar el espectáculo de disciplina, de vigor y de beligerancia que vio desfilarse ante sus ojos.

Cuanto más nos hallemos distanciados de una situación revolucionaria, tanto más imperioso será para las fuerzas de la revolución el correcto aprovechamiento de la lucha electoral. Tan peculiar condición resulta doblemente cierta para los países neocoloniales y semif feudales como Colombia. En la casi totalidad de los casos, el desbordado entusiasmo de las más amplias masas por este tipo de lucha denota más el atraso que el auge de la revolución. Precisamente por eso los revolucionarios están obligados a ir a elecciones, retrocediendo en comparación con sus máximos objetivos, conscientes de que a éstos no podrán arribar jamás, si rehúsan encuadrar su táctica flexiblemente en las circunstancias concretas del variable desarrollo de la lucha de clases. En el futuro esta observación se la seguiremos exponiendo a los compañeros que confían honestamente en que basta

dar la orden para que las masas se alinien y se apresten al combate. Las masas populares sólo comprenderán nuestro pensamiento revolucionario cuando nosotros nos pongamos a la altura de sus necesidades y partamos del nivel en que se encuentran. Sin embargo, esto no significa que al vincularnos a la lucha electoral nos pleguemos a las corrientes en boga. Por el contrario, combatiremos fieramente por disipar las ilusiones que las gentes sencillas se hacen y los promeseros de la oligarquía alimentan, de descubrir una camino llano y corto, sin mayores traumatismos, para sacudirse el yugo que los oprime de generación en generación. Las fuerzas revolucionarias no deben renunciar un solo día a su labor de educar a las masas atrasadas, ni en aquellas circunstancias en las cuales la ola reaccionaria aparece aplastante, como suele suceder en las temporadas electorales. Esta crítica se la lanzamos a quienes prefieren acallar sus intenciones a cambio de ganar “*amigos*”, pasar el chaparrón en medio del tumulto sin dar la pelea o aguardar camuflados ocasiones más propicias. A veces resulta “*mejor estar solos que mal acompañado*”, como aconseja el aforismo popular. Y si no nos atrevemos a tocar nuestra trompeta para que la escuchen hasta los propios enemigos, así sea una clarinada impertinente, no habrá cuándo tengamos una opinión pública revolucionaria, ni unos bravos escuadrones que como los de Rondón vencieron y humillaron a las huestes españolas en el Pantano de Vargas.

Sin capitulaciones de ninguna especie y sin haber perdido la visión de los objetivos estratégicos, la Unión Nacional de Oposición combatió infatigablemente durante la campaña electoral la política oligárquica, agitó su programa revolucionario y se solidarizó y estimuló las luchas de las clases oprimidas. La UNO educó a las masas en los principios de la revolución nacional y democrática, consolidó el avance de las fuerzas revolucionarias y sus tres partidos de importancia nacional, como los múltiples movimientos populares de provincia que la integran, se expandieron y fortalecieron.

Exactamente así concebimos los objetivos de la UNO en la lucha electoral, mientras el Partido Comunista pataleó hasta el final por su estratagema de conseguir el entendimiento con la Anapo. Y tan obsesivo sería este deseo que una vez escogida oficialmente la candidatura de Hernando Echeverri y habiendo quedado, por lo tanto, sellada la posibilidad del candidato único de toda la oposición, ustedes propusieron esta última fórmula de acercamiento:

*“Pese a las diferencias presentadas, es nuestro deber continuar realizando esfuerzos por buscar acuerdos entre la Anapo y la UNO. Dos fuerzas de Oposición pueden entenderse para realizar un labor de conjunto, orientada a la ayuda mutua en las tareas electorales. Planteamientos como la defensa unida contra la represión, por el respeto a las libertades y derechos, para evitar la ruptura de carteles, por la ayuda en los actos públicos, tiene acogida en ambos sectores”*²⁵.

Pero al mismo tiempo era tal la aversión del estado mayor anapista por todo cuanto tuviera que ver con el comunismo y su total despreocupación por una política unitaria, que ni siquiera se dignó nunca responder las propuestas afables del Partido Comunista, ni aun ésta, tan parca y tan modesta, como cosa pintoresca, de un acuerdo para “evitar la ruptura de carteles”.

La izquierda anapista y las tres opciones del 21 de abril

Hemos analizado desde los orígenes de la UNO los problemas candentes en los cuales hubo discrepancias entre ustedes y nosotros. Tanto la cuestión programática como los objetivos de la campaña electoral tuvieron que ver con la contumacia del Partido Comunista a conformar el frente con la Alianza Nacional Popular. Quisiéramos dar por finalizada la réplica a las acusaciones del Partido Comunista con respecto al asunto de la Anapo, pero como nos hemos hecho el propósito de aclarar todas y cada una de las dudas que ustedes han arrojado sobre nuestro comportamiento, vamos a ocuparnos de otra falsa imputación, a manera de cierre de este pleito.

Sin ningún rubor ustedes han sostenido:

“Se conoce sobre la actitud agresiva del MOIR contra la Anapo actual, ciegamente, englobada bajo la definición de ‘organización populista y de derecha’, negando la existencia en su seno de sectores de izquierda y de una radical base popular”. (26) Y: “Públicamente condenan todo contacto con la Anapo por considerarla ‘el peor obstáculo contra la revolución’. Pero al mismo tiempo, tienden puentes hacia ese partido”²⁷.

Como ninguno de los prospectos que el Partido Comunista hizo referentes a la Anapo se cumplieron, recurre a ese ardid antiquísimo como el hombre mismo, de llevar al absurdo el pensamiento de sus contendores para refutarlo a su gusto. Se cuidan ustedes de reconocer que el MOIR tuvo razón sobre la imposibilidad de un acuerdo con la Anapo para las elecciones de 1974, y procuran desviar la atención de quienes siguen esta polémica con una nueva acusación, producida en abril pasado: el MOIR no reconoce sectores de izquierda en la Anapo y en su agresividad la confunde con el enemigo principal. Esto no es más que una burda y desesperada tergiversación. Recordemos algunas de las veces que señalamos la existencia de una izquierda anapista, a la cual, entre otras cosas, había que ganar.

En 1972 dijimos:

“Para que los sectores izquierdistas de Anapo puedan participar en un frente electoral revolucionario no les queda otra salida distinta de la subordinación y desconocimiento de la dirección del General, como lo hicieron los miembros del Movimiento Amplio Colombiano”²⁸.

En 1973 reiteramos:

“Por un lado, la Anapo se nutrió de un núcleo de dirigentes populares sinceros y de gente común que helante de un vuelco en la situación, sin saber exactamente cuál y cómo. Estos constituyeron la izquierda de la Anapo. Por el otro, fueron llegando círculos de políticos aristócratas cuyas aspiraciones personales no tenían cabida por varios motivos en los partidos tradicionales y de personas extraídas o vinculadas al gran capital y a los terratenientes, pero marginadas del control de los organismos claves del Estado. Estos círculos constituyeron la derecha de la Anapo, tomaron sumando y le imprimieron su política de oposición respetuosa del sistema...

“La Anapo continuó siendo escenario de lucha entre sus dos alas, notablemente mermaidas. Las fuerzas revolucionarias debían tratar de influenciar a los sectores de izquierda que aún quedaban en la Anapo y ganarlos para una posición realmente antiimperialista y antioligárquica”²⁹.

Y en la última convención de la UNO, anterior a las elecciones, el compañero Francisco Mosquera sintetizó nítidamente la actitud distinta que correspondía con los enemigos principales, las fuerzas intermedias y los aliados. Dijo así:

“Nuestra táctica electoral es sencilla y clara. Concentramos el ataque contra los enemigos principales del pueblo colombiano: la coalición oligárquica proimperialista, gobernante, cuyos candidatos oficiales significan el continuismo, la opresión extranjera, el atraso, la miseria, el hambre y la represión fascista. Criticaremos las vacilaciones y el manzanillismo de la Anapo, estimulando a la vez a sus sectores de izquierda para que asuman una posición consecuentemente antiimperialista y antioligárquica. Y estrecharemos los vínculos entre los partidos y movimientos políticos de convergencia nacional y regional que están resueltos a abandonar la alternativa revolucionaria, despejando el camino de la unidad del pueblo y preparando las condiciones para más profundas y extensas batallas por la liberación nacional y por la revolución”³⁰.

Empecemos por lo último. Nunca pretendimos que se combatiera a la Anapo cual si se tratara de la más grave desventura del país, atribución gratuita con la que únicamente se busca desvirtuar nuestras críticas a ese partido. Ni hemos sustituido en ningún tramo de nuestra lucha al imperialismo norteamericano y a las cabezas visibles de las clases dominantes proimperialistas colombianas como blanco principal de nuestro ataque. Conforme a esta inalterable posición de principios fue como propusimos la política de Unidad y Combate, cuyo contenido se resume en la máxima de: concentrar el fuego en la gran coalición liberal-conservadora. Contra esta táctica conspiraba la Alianza Nacional Popular, que aparecía a todo trance remisa a romper su indiferencia ante la cruel explotación imperialista de que Colombia es víctima predilecta y a respaldar efectivamente las luchas de las masas populares por sus derechos a gozar de una patria libre y democrática. Como no perdimos el sentido de las proporciones y sabíamos matemáticamente cuál era nuestra fuerza real, no nos trazamos la meta de aislar definitivamente en unos cuantos meses, ni siquiera en unos pocos años, al núcleo dirigente de la

alianza oligárquica. En forma voluntaria nos redujimos a trabajar por unificar en un frente revolucionario a los movimientos susceptibles de integrarlo según las condiciones y dimos la alarma sobre el obstáculo que simbolizaba el anapismo para la conformación de dicho frente. Y objetivamente la Anapo se convirtió en el “peor obstáculo” de la política de Unidad y Combate, en la medida en que el Partido Comunista, haciendo las veces de abogado del diablo, terciaba a su favor. En fin de cuentas, nuestra divisa de unir todo lo unificable para las elecciones de 1974 se abrió paso justo a tiempo. Y en septiembre de 1973 ya estaban definidas las tres opciones más caracterizadas: *“Desde la reaccionaria y antipatriótica, representada por los candidatos de los partidos Liberal y Conservador, Alfonso López y Álvaro Gómez, pasando por la intermedia e inconsecuente de la Anapo, con María Eugenia de Moreno Díaz, hasta la nacional y democrática de la Unión Nacional de Oposición”*³¹.

En cuanto a la izquierda anapista, la discrepancia fue diametralmente a la inversa de la versión amañada que se pretende dar después de cuatro años de agudas discusiones. Pero ustedes no se saldrán del embrollo tergiversándonos. Así harán menos decorosa la retirada. Nosotros insistíamos no en que no hubiese una izquierda en la Anapo, sino en que ésta, para poder contribuir efectivamente a una política revolucionaria, se veía abocada con posterioridad a 1970 a la ineludible disyuntiva de rebelarse o seguir uncida a una línea oportunista que sólo fracasos cosecharía. Ustedes, al contrario, creían que la izquierda anapista podría tomar el timón y enrumbar el “tercer partido”, hacia aguas unitarias. Aceptemos que sus deseos eran altruistas, pero la Anapo había encallado y sus sectores avanzados no tenían ni la influencia en el mando ni el respaldo suficiente para enderezar la situación. En la práctica, la consigna de permanecer a bordo hasta el final, facilitaba la labor de la pequeña burguesía arribista que soñaba con escalar posiciones en la Anapo y llegar al Parlamento bajo su manto protector, aprovechando la desbandada de sus más reputados dirigentes de derecha y de izquierda. Si algo merece calificarse de populista es precisamente este intento ulterior de arribismo pequeño burgués por salvar los dogmas reaccionarios de Anapo en nombre de la revolución, por cubrir el viejo santoral con el palio del “socialismo a la colombiana”. Este novísimo “socialismo” fue al postre el más acérrimo enemigo de la política unitaria que lo amenazaba a muerte.

La inutilidad de esta táctica fue reconocida por el Partido Comunista al mes de las elecciones, en mayo de 1974, cuando resolvió suspender su posición de “neutralidad” frente a la Anapo.

Leámoslo:

“Ahor más que nunca debemos acercarnos a los sectores más consecuentemente revolucionarios de la Anapo. Hay que modificar actitudes de neutralidad ante las contradicciones de este movimiento a fin de pasara una lucha activa y continua para estimular a tres usuarios activistas

y adherentes las acciones unitarias y para atraer a los más avanzados a la UNO y a la militancia en nuestras filas”³².

La postrera rectificación del Partido Comunista de “*modificar*” la “*neutralidad ante las contradicciones de la Anapo*”, ¿significa acaso una implícita aproximación a la orientación del MOIR de “*influenciar a los sectores de izquierda que aún quedan en la Anapo y ganarlos para una posición realmente antiimperialista y antioligárquica*”? De ser así no podemos menos de alabar que la experiencia, madre de la sabiduría, ayude por igual a todos a distinguir el acierto del error. De todos modos no tenemos prisa, confiamos en que la práctica de la lucha de clases proferirá su fallo inapelable y dará a cada cual lo merecido. Y en verdad que nuestra paciencia ha sido premiada. Al cabo de estos tres últimos años podemos hacer un balance victorioso. Logramos concurrir en la pasada campaña electoral con un frente conjunto de fuerzas que, aunque pequeño, presentó una auténtica alternativa revolucionaria al pueblo colombiano. Las pretensiones de diluir la UNO en una amalgama informe e indefinible fueron contundentemente derrotadas. Los resultados electorales contabilizados son altamente favorables si se tienen en cuenta las dificultades supremas en las que se libró la contienda, y las fuerzas revolucionarias conquistaron significativas posiciones en las corporaciones públicas que han convertido en puestos de combate y tribunas de denuncia de las arbitrariedades y atropellos del régimen. Los objetivos de educar al pueblo, consolidar el avance revolucionario de nuestras fuerzas y apoyar las luchas populares se cumplieron hasta el límite de nuestras capacidades. Pudimos librar una gran batalla ideológica contra las concepciones liberales y contra las que pretenden revisar el marxismo-leninismo.

La UNO ha quedado armada de un programa revolucionario que consigna las principales reivindicaciones estratégicas de la actual etapa nacional y democrática de la revolución colombiana. Se abre un nuevo período de la historia de Colombia en el cual, no obstante el triunfo montado y transitorio de las fuerzas reaccionarias, la crisis política y económica de las clases antipatrióticas gobernantes y del imperialismo norteamericano se agudiza irreversiblemente, mientras las masas oprimidas arrecian la lucha en todos los frentes de batalla. Las tendencias unitarias de las diversas clases, capas y organizaciones revolucionarias de la sociedad colombiana se acentúan por encima de los tropiezos naturales y a través del combate ideológico necesario, imprescindible y vivificante. Y nuestro Partido, más fogueado, más disciplinado, más unido, más extendido y más arraigado en el corazón del pueblo, está en condiciones de desempeñar un papel de mayor importancia en la conducción de las luchas revolucionarias.

Doblemos esta doliente página de la Alianza Nacional Popular con el siguiente comentario. El Partido Comunista aceptó que su “*consigna del onceavo Con-*

greso, por un candidato único de toda la oposición democrática en la batalla electoral de 1974, no ha podido realizarse”³³.

Aceptación apenas obvia. Pero como lo hemos explicado, la infundada insistencia del Partido Comunista por forzar la aplicación de su línea trazada, originó todas estas contradicciones de la alianza, la amplitud del frente, el programa de la UNO y los objetivos de la campaña electoral. Ustedes no podrán decir que la “*consigna del Onceavo Congreso*” no se concretó debido a las interferencias del MOIR. Nuestro poder decisorio no era tan determinante. Por el contrario, nos limitamos a fijar nuestros puntos de vista, a negarnos a participar en la UNO mientras no se clarificara la política y a esperar. De tal manera que el Partido Comunista tuvo el campo libre hasta el 22 de septiembre de 1973 para negociar su esquema unitario. ¡Y cómo lo gestionó! Por esto resulta tendencioso y ruin despachar esta polémica con la afirmación de que “*el MOIR ingresa a la UNO después de haber le dado muchas vueltas*”. Y por eso nos hemos ocupado en desmenuzar esta historia para comprobar que “*en definitiva*” nos guiáramos “*por el criterio*” de que era “*preferible constituir un frente que, aunque pequeño*”, le pudiera “*presentar al pueblo una verdadera alternativa revolucionaria*”³⁴. Ustedes fueron los que dieron vueltas y revueltas alrededor de una quimera, desinteresada y piadosa si así lo prefieren, pero quimera al fin y al cabo, como revolotea el cucarrón alucinando en torno a una lámpara encendida.

Dos tareas paralelas de Unidad y Combate

Conocidos los orígenes de la Unión Nacional de Oposición, sus dificultades y luchas del comienzo y explicadas cómo quedaron las cuestiones del programa y de los objetivos y frutos de la campaña electoral, pasaremos a ocuparnos del problema de su carácter, es decir, a responder el interrogante ¿qué es la UNO?

El Partido Comunista se apresuró a definir a la UNO como la “*semilla del Frente Patriótico de Liberación Nacional*”. Retomamos esta definición porque con ella se ha pretendido, por un lado, refutar nuestra consigna inicial de la necesidad de la creación de un “*frente electoral de izquierda*” para las elecciones de 1974, y por el otro, proporcionarle algún basamento doctrinal a la insinuación de que el MOIR se muestra reacio a facilitar la unidad de las fuerzas revolucionarias. Tal infundio está regado en múltiples materiales del Partido Comunista, queriendo significar, a punta de repetirlo, que ustedes son partidarios del frente único mientras nosotros tenemos de él una miope visión electorera. Es como si se creyera a pie juntillas que asuntos tan fundamentales para la teoría y la lucha revolucionarias se pudieran despachar mediante golpes de mano y argucias ingeniosas. Sin embargo, quien haya escuchado con atención la melodía monocorde de que la UNO es la “*semilla del Frente Patriótico*” habrá descubierto fácilmente que el Parti-

do Comunista una vez más sólo aporta como argumentos suyos sus deseos y sus calumnias contra el MOIR.

Estamos seguros de que con definiciones abstractas no habrá cuándo desentrañar el problema, ni la polémica la debemos reducir a la competencia de quién le augura a la UNO la mejor de las suertes. Ya observamos cómo el esquemadeconvertirlaenel“*Frente de la Oposición Democrática*”; “*esencia*” del “*Frente Patriótico*”, desembocó en un fracaso. No basta con decir “*hágase la luz y la luz fue hecha*”. Para prever el destino de la UNO es forzoso no olvidar cuáles son sus fuerzas verdaderas, conocer las distintas concepciones que chocan en su seno y entonces sí, mediante la discusión, inquirir si es posible o no concordar las políticas más indicadas que solventen su actual crisis y la transformen en un centro eficaz de dirección y coordinación de las luchas revolucionarias. Pero mientras la UNO no pase a cumplir una función efectiva como centro orientador y cohesionador de estas luchas y no garantice el mínimo de identidad y de cooperación entre sus fuerzas integrantes, será la negación del frente unido. Si sinceramente queremos constituir la “*semilla*” de la alianza que a la larga abarque y organice a todo el pueblo colombiano, tendremos que empezar por corregir ésta su falla principal. Y es más, no existe otra salida, remarcamos, para evitar su deceso. El deceso de la UNO como organización unitaria y democrática, se entiende, porque no se nos escapa el hecho de que cualquiera de sus componentes pueda prolongarle artificialmente la vida, pero ya como apéndice exclusivamente suyo. En esta última eventualidad la Unión Nacional de Oposición perdería su carácter de aglutinante de distintas corrientes políticas y, por ende, la “*semilla*” se marchitaría sin haber germinado.

Antes de intentar tan ingente labor dejemos establecidas dos premisas. En primer término que nuestro interés sigue siendo el de salvar y desarrollar la Unión Nacional de Oposición. Una alianza de esta índole, no obstante su relativa debilidad, es altamente positiva para la revolución colombiana, siempre y cuando cumpla con una política unitaria, democrática y revolucionaria. Creemos que nuestra mejor colaboración en esta hora es señalar críticamente las rectificaciones a que haya lugar, pero somos conscientes de que solos no podremos imprimirle ni la política ni la pujanza que requiere la UNO. Se precisa de un replanteamiento de los acuerdos entre las fuerzas que han venido comprometidas con el proceso unitario de los tres últimos años. Y como lo dijimos al principio de esta carta, estamos dispuestos a agotar pacientemente todos los medios al alcance para superar la crisis y proveer las bases del nuevo entendimiento.

En segundo término, sea cual fuese el resultado de nuestras gestiones, el MOIR seguirá invariablemente la línea de luchar por la unidad de las fuerzas revolucionarias. Desde nuestro nacimiento como organización partidaria indepen-

diente hemos proclamado con claridad meridiana que la revolución colombiana en su presente etapa democrática sólo conquistará la victoria con la unidad de todas las clases, capas, partidos y personas que en una u otra forma repudien la dominación del imperialismo norteamericano y de las clases antinacionales que le sirven de soporte. Bajo esta suprema directriz hemos venido combatiendo. Nuestro proyecto de programa para el Primer Congreso del Partido del Trabajo de Colombia lo destaca como uno de sus grandes postulados. Ninguna consideración logrará separarnos de esta senda. Y tenemos una seguridad absoluta en que el pueblo colombiano, a pesar del curso zigzagueante de la revolución, llegará a obtener su unidad y con ella la liberación, la prosperidad y la grandeza del país. Los problemas de la conformación de un frente único antiimperialista, así como el resto de los asuntos vitales de la revolución, sólo podrán resolverse satisfactoriamente aplicando el método de la participación democrática de todas las fuerzas revolucionarias. Sin democracia no habrá unidad. Precisamente la reacción sojuzga al pueblo dividiéndolo y lo divide negándole la libertad de organización, de expresión y demás derechos políticos. Las amplias masas repudian los procedimientos antidemocráticos. Y dentro del movimiento revolucionario colombiano ningún partido aceptará jamás estar bajo la férula de otro. Atrás quedaron los tiempos en los cuales los litigios se absolvían conforme al respeto que reclaman los “*mayores en edad, dignidad y gobierno*”. Las fuerzas nuevas son irrespetuosas, se atreven a desmentir a las viejas autoridades, recorren velos y destruyen mitos. Es la dinámica de la lucha. Gracias a ella la revolución no se estanca sino que avanza sin cesar hacia adelante, superando los períodos de desconcierto y de marasmo.

Sentadas las dos premisas anteriores, manos a la obra. Escudriñemos en la corta existencia de la Unión Nacional de Oposición cuál ha sido su labor de dirección y coordinación. Partamos de unas frases aún calientes del pleno del Partido Comunista de abril pasado, arriba citadas:

“La Tercera Convención de la UNO, replicando a quienes consideraban esta alianza como un mero acuerdo electoral, declaró que ‘ha surgido un frente de fuerzas revolucionarias y populares, con un programa de nueve puntos, cuyo objetivo final es abrirle el camino a Colombia hacia el socialismo’” .

Al año de efectuadas las elecciones, el Partido Comunista no ceja en revivir su querrela contra el MOIR acerca del carácter de la UNO. Lo que resulta doblemente insólito, si se comprende que los documentos aprobados por la Tercera Convención lo fueron por unanimidad y con la participación voluntaria nuestra, y, sobre todo, si se persiste en la turbia costumbre de refutar al MOIR haciendo caso omiso de sus posiciones públicas. Ustedes pretenden cosechar laureles en el campo de la teoría sobre el frente único, tiroteando la formulación que hicimos,

asutiempo,delanecesidaddelaconstruccióndeun“*frente electoral de izquierda*” para las elecciones de 1974. Y de carambola ubicar al MOIR en el bando contrario de la unidad de las fuerzas revolucionarias. Contraponer el MOIR a la línea dedesarrollarun“*frente defuerzas revolucionarias y populares*” porquedefendimosy sacamosavantelaconsignadel“*frente electoral de izquierda*” en1974,esunenfoque tan formalista, como el que sería atacar a la UNO porque según su nombre se limita a unificar la llamada “oposición”.

¿A qué obedecía que propusiéramos un “*frente electoral de izquierda*” para las pasadas elecciones? Creemos que esta pregunta ha quedado suficientemente respondida en los capítulos precedentes. Ustedes hablaban de un frente de toda la “*oposición democrática*” con candidato único y programa común, con la Anapo como columna vertebral. Nosotros considerábamos que conforme a las circunstancias reinantes sólo era viable un frente mucho más reducido, pero con un contenido revolucionario, con el que podrían colaborar el MOIR, el MAC, el Partido Comunista, movimientos avanzados de provincia y sectores de izquierda de otros partidos. A esa alianza la denominamos “*frente electoral de izquierda*” para distinguirla de la proyectada por el Partido Comunista y que la práctica encontró irrealizable. ¿Cuál de las propuestas era más consecuente, no desde el punto de vista de su viabilidad, como ha sido aceptado por ambas partes, sino del de su contenido? ¿Bastaba simplemente la retahíla de que la UNO era la “*esencia*” o la “*semilla*” del futuro frente único para imprimirle un carácter revolucionario? Su carácter revolucionario únicamente podrían determinarlo el programa y los objetivos concretos que se fijaran en consonancia con el tipo de lucha inminente que teníamos delante. Y la UNO cumplió una gran tarea revolucionaria porque pudo concurrir a la contienda electoral con un programa nacional y democrático y con los objetivos de desenmascarar la estrategia de los partidos oligárquicos proimperialistas, agitar y explicar la estrategia revolucionaria y apoyar las luchas del pueblo colombiano. La lucha inminente que teníamos delante era la participación en las elecciones, una de las principales preocupaciones de ustedes y de nosotros. Para demostrarlo sería suficiente repasar las muchas citas que llevamos recopilando del MOIR y del Partido Comunista.

Siendo esto exactamente cierto, el MOIR, sin embargo, no confinaba las alianzas al lindero exclusivamente electoral. Cuando proclamamos nuestra política de “Unidad y Combate” en 1972, además de la tarea de crear un “*frente electoral de izquierda*”, nos trazamos la de la unidad del movimiento sindical independiente. Las condiciones para esta segunda tarea estaban también dadas: la profunda crisis de la UTC y la CTC, el anuncio de su fusión a comienzo de ese año y la desesperada decisión del gobierno de Pastrana de apoyarse abiertamente en sus camarillas antiobreras, desnudándolas por completo y contribuyendo a

enmendar los equívocos que todavía campeaban en el movimiento obrero sobre su verdadera catadura. Además, el reconocimiento del Partido Comunista de la presencia de diversas fuerzas políticas antiutecistas y anticetecistas dentro del sindicalismo independiente y su oportuna declaración a favor de la perspectiva de la creación de una central unitaria. Sobre los logros y tropiezos de esta empresa nos ocuparemos luego por separado. Aquí nos interesa resaltar que cuando llamamos a trabajar por la política de “Unidad y Combate” lo hacíamos con la mente puesta tanto en la urgencia del “*frente electoral de izquierda*” como en la necesidad de unificar el sindicalismo independiente.

Ambas tareas suponían para nosotros una alianza con el Partido Comunista y procedimos en consecuencia a dar los pasos concernientes. Así lo entendíamos y así lo explicamos:

“La central obrera independiente y el frente electoral de izquierda son dos tareas cuya realización exige que el MOIR trabaje en ellas conjuntamente con el Partido Comunista y otras organizaciones partidistas. Para ello, tendremos que hacer y hemos hecho, modificaciones adecuadas a nuestra política”³⁵.

De tal manera que seguir martillando con la acusación de que el MOIR ha reducido su política unitaria revolucionaria a un estrecho criterio electoral es otra desfiguración más que tenemos que abonarles a ustedes, en el afán de echarnos el agua sucia, revuelta con su propio barro. Y en verdad es el Partido Comunista quien ahora niega a toda costa, como lo avizoraremos después, que la política de alianza entre ustedes y nosotros hubiese abarcado acuerdos referentes al movimiento sindical. Pero al mismo tiempo nos arroja la recriminación de que el MOIR no piensa en una unidad más amplia ni más profunda como se supone seala empresa de construir un “*Frente Patriótico*” o una “*semilla de Frente Patriótico*”.

Lo que sucede es que nosotros no hemos especulado acerca del frente único. Con la concepción que tenemos de él como máximo aglutinante de las fuerzas revolucionarias y principal forma de dirección de la revolución nacional y democrática, dilucidamos que tal objetivo aún se encuentra distante de nuestros anhelos, a pesar de los innegables progresos de la conciencia política del pueblo colombiano. Sin embargo, cuando propusimos la línea de “Unidad y Combate”, reparábamos en que sus tareas del frente electoral de izquierda y de la unidad sindical, aunque no significaban de por sí que estuviéramos en los umbrales del frente único, la una y la otra se acogían a su espíritu. Alrededor de estas dos tareas se podrían comprometer corrientes y sectores distintos a los del MOIR, como efectivamente sucedió, pero jamás creímos que movilizaran a las inmensas masas, ni siquiera al grueso destacado de las clases explotadas y oprimidas. Con la campaña electoral unificada y el trabajo conjunto en el movimiento sindical,

aplicábamos una línea de frente, no obstante encontrarnos a miles de jornadas de éste. Y no lo decimos hoy para defendernos de un ataque artero. Lo planteamos antes de pactar los acuerdos con los aliados de la UNO. Veámoslo:

“La política de Unidad y Combate busca el cumplimiento de las tareas mencionadas (el frente electoral y la unidad sindical) y se halla enmarcada en la estrategia de la revolución nacional y democrática. Esta política principia por reconocer la lucha que contra el imperialismo yanqui y sus lacayos adelantan las grandes mayorías nacionales. La creación de una Colombia independiente y próspera será producto de la victoria del frente único antimperialista que integrarán los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y el resto de los sectores patrióticos. En la actualidad no hay condiciones para conformar un frente de esas dimensiones. A la revolución colombiana aún le falta correr mucho trecho para lograrlo. Sin embargo, unificar fuerzas susceptibles de aliarse en la actualidad contra el imperialismo yanqui y las oligarquías coligadas, principales enemigos del pueblo y la nación colombiana, es una política que interpreta el espíritu de frente único, aunque se circunscribe a áreas particulares de la revolución”³⁶.

Después del esclarecimiento hecho sobre nuestro criterio de frente único en relación con las dos tareas de la campaña electoral unificada y de la unidad sindical, procedamos a indagar cuál ha sido en realidad la labor de la UNO. Cumplidos sus tres años, ¿se puede asegurar que haya desempeñado efectivamente un papel de dirección? A excepción de la tarea electoral, en la cual su Comando nacional discutió y decidió de manera positiva y actuante, la Unión Nacional de Oposición se ha reducido a una que otra declaración, las más de las veces rectificando malos entendidos. En sus organismos directivos, por ejemplo, nunca se analizaron ni mucho menos se trazaron orientaciones concernientes al proceso unitario del movimiento obrero. La unidad obrera marchó siempre paralela a la UNO. La actividad de ésta con respecto a aquella se redujo a producir esporádicamente algún pronunciamiento de apoyo a los logros conocidos de la zona estrictamente sindical, como lo hizo la Tercera Convención hace un año.

Sabemos que no se hará esperar la réplica de ustedes, cuando lean esta líneas, pidiendo la milimétrica demarcación entre el trabajo sindical y el trabajo político, de la que han sido fieles defensores. Anticipemos también nuestra respuesta, ampliamente conocida. Existe una esfera sindical, una agrupación de los obreros por oficio y ramas industriales, que se da espontáneamente, sin que medie la conciencia comunista. Ésta es su primera forma de organización de clase, imprescindible como escuela de lucha del proletariado y base de apoyo de sus progresos políticos en procura de una más elevada expresión organizativa, su partido revolucionario. La organización sindical es insustituible. Ella abarca teóricamente a toda la clase. El partido se conforma de sus elementos avanzados, y es la vanguardia esclarecida que guía al proletariado hacia su emancipación y hacia el comunismo. Pero entre una y otra forma de organización de la clase

obrero no puede levantarse una Cordillera de los Andes. La burguesía predica desde todos sus púlpitos que el movimiento sindical debe proscribir la política de sus predios, especialmente la política revolucionaria. Los moiristas, a la inversa, creemos que el partido proletario debe nacer y crecer entre los obreros de carne y hueso, que se hallan organizados en sus sindicatos, conocer al dedillo y resolver todos sus problemas y con ello ponerse al frente del resto de oprimidos de la sociedad colombiana por la liberación nacional y la revolución. Los sindicatos adelantan la lucha económica en procura de mejores condiciones de vida y de trabajo dentro del actual sistema, pero también luchan políticamente por la destrucción del mismo. En las condiciones de Colombia los problemas de la unidad sindical no gravitan privativamente en la órbita gremial, sino que pertenecen por sobre todo a la lucha política de los obreros, y su partido puede y debe discutirlos con las clases aliadas que padecen la persecución del enemigo común. La derrota de las camarillas vendeobreras y vendepatrias de la UTC y la CTC y la unificación del sindicalismo en una sola confederación nacional, serían una gran conquista de la revolución, conquista que entusiasma primordialmente al proletariado revolucionario en su conjunto. La UNO como tal no ha examinado estos asuntos, no obstante haber en su seno fuerzas políticas fervorosamente partidarias de la unidad sindical.

Los acuerdos sindicales en torno a la construcción de una central unitaria se lograron en los encuentros obreros, efectuados en 1972 y 1973. Eso estuvo bien. El MOIR, el Partido Comunista y demás organizaciones políticas participantes en dichos encuentros se expresaron y comprometieron a través de sus respectivos dirigentes sindicales. Nosotros preveíamos el desarrollo paralelo de las dos tareas, la de la concurrencia conjunta en las elecciones y la de la unidad sindical, cuando distinguíamos en la formulación de nuestra política de “Unidad y Combate” entre la lucha por el “*frente electoral de izquierda*” y la lucha por la “*central unitaria independiente*”. No aspirábamos a que la Unión Nacional de Oposición se ocupara de la tarea de la unidad obrera, como si la UNO fuese una alianza integral que tuviera que estudiar y resolver sobre aquellas cuestiones claves de la lucha revolucionaria colombiana, cual si se tratase de un verdadero frente único, o de su “*semilla*”.

Conocíamos los grandes impedimentos que concitaban entonces contra una pretensión de esa categoría, y preferimos, a favor de la objetividad y para no complicarnos las cosas, hablar de un frente “electoral”. Y esta es ciertamente la tarea que la UNO ha atendido con mayor dedicación. Coordinando, organizando, disponiendo de los medios necesarios, en síntesis, dirigiendo. Durante el debate electoral sus organismos de dirección resolvieron democráticamente sobre todos estos puntos importantes: el programa, las normas organizativas, el

candidato presidencial, las giras y las listas conjuntas. A medida que transcurría la campaña, el Comando Nacional se iba apersonando con mayor entidad de aquellos asuntos que en un principio se creyeron exentos de dirección compartida, como fue el caso de la designación de los candidatos para las corporaciones públicas. Y los distintos partidos integrantes mantenían celosamente su independencia ideológica y orgánica y hacían sentir sus demandas particulares, las cuales eran aceptadas o rechazadas, según coadyuvaran o no a la prosecución de las metas convenidas. El mando compartido, lejos de mimetizar las direcciones de las diversas fuerzas aliadas, las resaltaba, aguzando su iniciativa y promoviendo una viva y permanente controversia que era el brío siempre renovado de la Unión Nacional de Oposición. Esta es, para nosotros, la experiencia más positiva de la UNO. Cada vez que los problemas se sustrajeron de la dirección compartida, éstos se agudizaron y la UNO se debilitaba y detenía.

¿“Política suelta” o “Dirección compartida”?

Que la Unión Nacional de Oposición se hubiese especializado, por así decirlo, en la labor electoral, la cual enrutó y coordinó a satisfacción, no se debe preferentemente a la estricta objetividad del MOIR para calcular los alcances de la alianza. Al contrario, en infinidad de oportunidades nosotros reclamamos que se discutiera y decidiera compartidamente no sólo sobre la tarea de la central unitaria, sino sobre los enfoques contradictorios y declaraciones públicas que los aliados hacían del nuevo gobierno y de ciertas medidas oficiales. Mientras tanto el Partido Comunista continuaba reservándose el arbitrario derecho de combatirnos cual enemigo de la unión, urdiendo una maraña de intrigas, como la supuesta división interna del MOIR, y esparciendo a los cuatro vientos toda clase de chismes y especies calumniosos. La insistencia en que la UNO se posesionara de un papel más actuante y positivo y se le facultara para funciones más ambiciosas, obedecía a una inequívoca política de nuestro Comité Ejecutivo Central, fijada por cierto públicamente y con antelación al 21 de abril de 1974. En las postrimerías de la campaña el MOIR explicó cómo la UNO aún no había dado todos sus frutos y que con justicia las masas populares demandaban mucho más de ella, en correspondencia con las esperanzas levantadas y con las fuerzas revolucionarias que había puesto en pie de lucha. Con las elecciones se cerraba para la UNO un período y se abría otro.

Así lo anunciamos:

“La consigna de unir al pueblo en un gran frente de combate contra sus opresores se ha abierto camino entre las masas y explica el respaldode amplias capas de la población a la Unión Nacional de Oposición. La UNO y a días sus primeros resultados positivos, pero no ha cosechado aún todos los frutos que se vislumbra del completo desarrollo de las fuerzas revo-

lucionarias que ha destacado. Por ello la UNO tiene contraído un compromiso con el pueblo colombiano que la obliga a continuar más pujante, más unitaria y más combativa después del 21 de abril, de seguir adelante, fiel a la línea revolucionaria aprobada en su última convención de septiembre y aplicada con tanto éxito en los meses subsiguientes”³⁷.

Y en cuanto a la necesidad de perseverar en la unidad alcanzada y proyectarla a otras tareas de la revolución, manifestamos:

“El MOIR, como lo ha venido haciendo, seguirá luchando por afianzar la unión. Creemos que las fuerzas de la izquierda colombiana deben ampliar su alianza y prolongarla para las otras tareas de la revolución y no solamente para las labores electorales”³⁸.

En esta directiva se halla el meollo del futuro de la Unión Nacional de Oposición, en especial si pretendemos convertirla en una “semilla” del frente único antiimperialista. De los éxitos que logremos en aplicar esta línea depende el que podamos o no sacar a flote la UNO, restablecer la unidad y la confianza y recuperar el tiempo perdido en mutuas recriminaciones. El quid de la cuestión radica en que la UNO como frente ejerza una “dirección compartida” sobre aquellos asuntos vitales de la lucha revolucionaria del pueblo colombiano, que amplíe su función coordinadora y cohesionadora a todos los puntos en los cuales tales coordinación y cohesión se hacen imperiosas para poder trabajar conjuntamente. La “política suelta” es incompatible con la esencia misma del frente único antiimperialista. Por lo menos ésta ha sido nuestra experiencia de lo que llevamos andado en pos de una alianza de las clases y fuerzas revolucionarias.

Sobre los peligros de una “política suelta” hablamos por primera vez en visperas del llamado “Segundo Encuentro de las Fuerzas de Oposición” en marzo de 1973, durante las reuniones previstas multilaterales, en las cuales no nos fue posible llegar a acuerdo. Nosotros exigíamos a la sazón que se dejara establecido sin ambages que la candidatura presidencial de izquierda recaería en un compañero perteneciente a alguno de los tres partidos integrales de la Unión Nacional de Oposición. El Partido Comunista se negó a concertar entonces un compromiso tan tajante, y así continuaba con las manos sueltas para negociar un entendimiento fuera de la UNO y concretamente con la Anapo, tal cual lo analizamos más arriba. El MOIR no participó en dicho encuentro y efectivamente éste aprobó un llamamiento sutil que sería como el último rayo de luz sobre la desesperanzada estrategia, de alcanzar “la unidad de todas las fuerzas de oposición democrática”. La “política suelta” para que cada cual pueda como le venga en gana decidir sobre aquellos asuntos importantes que conciernen por su propia naturaleza a la responsabilidad conjunta, es antagónica con la esencia y funcionamiento de un frente como la Unión Nacional de Oposición. No se puede demandar mutua solidaridad en resoluciones que se hayan tomado unilateralmente y en pugna con los criterios y propósitos de los aliados. Mientras más sea el número de cuestio-

nes que se sustraigan a la “*dirección compartida*” y mayor la trascendencia de éstas, en esa proporción disminuirá la importancia del frente, su utilidad y dinamismo. Y viceversa. En la medida en que suprimamos la “*política suelta*” lograremos con el tiempo que la Unión Nacional de Oposición, por su labor coordinadora y cohesionadora, se vaya convirtiendo, simultánea al auge de la lucha de las masas revolucionarias, en un verdadero “*embrión*” del frente único antiimperialista. En las presentes circunstancias no existe otra salida ni otro método para consolidar este proceso unitario de tres años y proyectarlo hacia nuevas tareas y más grandes objetivos.

Con posterioridad al 21 de abril la UNO encaraba, como consecuencia directa de las posiciones obtenidas en la campaña electoral unificada, la obligación de atender una labor parlamentaria igualmente conjunta, ya que cada uno de sus tres partidos de envergadura nacional lograron cargos tanto en el Parlamento como en asambleas departamentales y concejos municipales. En efecto, se convino en que la lucha parlamentaria la orientaría el Comando Nacional, con la asesoría de un comité de trabajo parlamentario, creado para tal fin. Por otra parte y debido al cambio de gobierno dentro de la coalición liberal-conservadora, a partir del 7 de agosto, la Unión Nacional de Oposición debería definir una política ajustada a la nueva situación. Así se hizo. La Tercera Convención dispuso por unanimidad la batalla frontal contra el gobierno de López Michelsen, albacea de la política antipopular y antipatriótica de los viejos regímenes y cabeza visible del sistema oligárquico proimperialista. Igualmente la convención aprobó una línea de acción revolucionaria para los congresistas, diputados y concejales de la UNO.

Contrariando lo establecido, la lucha en las corporaciones públicas no se llevó a cabo plenamente de común acuerdo y conforme a las directrices consecuentes de combate. Claro que hay ciertos aciertos. Aciertos que se obtuvieron cada vez que la fracción minoritaria de la UNO en esas corporaciones mantuvo su independencia ante los partidos tradicionales y siempre que aplicó las orientaciones revolucionarias de la Tercera Convención con respecto al gobierno lopista de hambre, demagogia y represión. En algunas oportunidades incluso fue posible criticar errores y corregirlos con arreglo a las normas de la “*dirección compartida*”.

Desafortunadamente, la acción parlamentaria de la UNO en su conjunto no se guió por tales normas y en particular proliferaron las conductas reñidas en un todo no sólo con los postulados que defendimos durante el debate electoral, sino con las orientaciones posteriores. La actitud beligerante y activa fue puesta repetidas veces para plegarse a las promesas, los halagos o la demagogia de la coalición gobernante. Estos errores de conciliacionismo fueron cometidos

principalmente por tres de los cuatro parlamentarios del Movimiento Amplio Colombiano, los cuales terminaron siendo expulsados de su organización por sus desviaciones oportunistas, en febrero de 1975. Entre estos “*tres tristes tigres*” se encontraba quien había sido el candidato presidencial de la UNO, Hernando Echeverri Mejía.³⁹

La “*política suelta*” en la acción parlamentaria de la UNO, se reflejó preferentemente en estos hechos:

En la presentación de proyectos de ley, de ordenanza y de acuerdo sin previa discusión en los organismos respectivos de dirección.

En la alteración posterior de textos acogidos por unanimidad, de manera arbitraria, inconsulta y violatoria de las determinaciones convenidas.

En la falta casi absoluta de coordinación y cohesión en el trabajo adelantado en asambleas y concejos.

En la votación a favor de candidatos del oficialismo para distintos cargos, a cambio de magras “*conquistas*” burocráticas y a costa de desvanecer la diferencia radical que existe entre el comportamiento de los representantes de una alianza revolucionaria y la de los personeros de la podrida coalición liberal-conservadora.

En el apoyo velado a ciertas medidas del gobierno oligárquico, que en apariencia se presentan como beneficiosas para el pueblo y para la nación colombiana, pero que en el fondo son todo lo contrario.

Estas han sido las principales manifestaciones de una política errónea por parte de determinados voceros de la Unión Nacional de Oposición en las corporaciones públicas, que expresan las tendencias hacia el “*cretinismo parlamentario*” y comprueban la ausencia de vigilancia de los organismos de dirección de la UNO y la necesidad de promover la crítica a nivel de masas. Con este análisis no queremos decir que tales errores sean exclusivamente de nuestros aliados. El MOIR ha señalado serenamente las tendencias “*cretinistas*” que se han desarrollado dentro de la UNO, inclusive ha exigido la autocritica a sus militantes y organizaciones responsables de estas faltas, como la pública que se hiciera el Comité Regional del MOIR de Risaralda.⁴⁰

Cuando los “*tres tristes tigres*” comenzaron a sacar las uñas y mostraron de cuerpo entero sus inclinaciones conciliacionistas y burocráticas, el MOIR, después de agotar los medios persuasivos internos, exigió una condenación categórica de su conducta contrarrevolucionaria, la cual debía hacerse conocer primero de las bases de la UNO y luego de las más amplias masas. Y cuando Echeverri y sus dos sanchos reclamaron la “*autonomía política*” para continuar sus triquiñuelas y componendas con el oficialismo, propusimos que el Comando Nacional produjera un comunicado anunciando que estos caballeros ya no hacían parte de la Unión Nacional de Oposición. El Partido Comunista se opuso a promover la crítica a nivel

de masas y a poner fuera de la UNO a los tres parlamentarios, contentándose con que se dijera que éstos no estaban “*autorizados*” para dar declaraciones en nombre de la Unión Nacional de Oposición y alegando que la “*expulsión*” sólo podría dictaminarla el Movimiento Amplio Colombiano. Como el MAC no se atrevía a producir tal determinación, dejamos la constancia de que en esas condiciones era imposible mantener una solidaridad política con nuestros aliados, al precio de que las bases que lucharon con nosotros durante la campaña electoral y las masas populares que conocieron nuestro ideario revolucionario nos vieran metidos en el mismo costal con quienes habían pisoteado la palabra empeñada y en esa forma se burlaban de los nueve puntos programáticos y de los compromisos.

Ese fue uno de los momentos de mayor incertidumbre y desconcierto de la Unión Nacional de Oposición. Los sectores obreros, campesinos, estudiantiles e intelectuales que lucharon hombro a hombro con la UNO y quienes veían con simpatías el desarrollo de esta experiencia aguardaban interesados el desenvolvimiento de su lucha interna. Y no era para menos. Los errores de los tres parlamentarios del MAC eran graves y de la solución que se les diera dependía la credibilidad en la UNO. Hernando Echeverri, a guisa de ejemplo, había declarado que respaldaría las “*medidas positivas*” de la administración López Michelsen y en la práctica defendió en el Senado algunas maniobras de los manzanillos liberales y conservadores contra las clases asalariadas y votó proyectos oficiales demagógicos y antipopulares. En las primeras sesiones del Congreso se deshizo en alabanzas desbocadas hacia las tesis del canciller Liévano Aguirre, quien estrenaba su charlatanería sobre las relaciones con los países socialistas, pero que de hecho establecía la adhesión del nuevo gobierno a la línea tradicional oligárquica de seguir servilmente la política internacional imperialista dictaminada por Washington. Estas traiciones las perpetraba Echeverri en complicidad con sus dos escuderos de aventura. Los tres resolvieron una tarde cualquiera fundar en las gradas del Capitolio el “*partido socialista de Colombia*”. Esta era la parte grotesca de la leyenda. Su parte trágica consistía en que, siendo Echeverri como era uno de los más conocidos dirigentes de la Unión Nacional de Oposición y mientras no rompiéramos cobijas con él, el pueblo seguiría necesariamente identificándonos con las andanzas de estos “*tres tristes tigres*”.

El MOIR dejó de manera perentoria una constancia en todos los comandos de la UNO en donde fue factible hacerlo, expresando su criterio de que los oportunistas debían ser censurados drásticamente y que las masas, especialmente los sectores que sufragaron por nosotros, tenían el derecho a conocer sus felonías y condenarlos por el delito de sumarse al carro vencedor, cuando en la víspera habían solicitado los votos en su contra. Durante la campaña electoral propagamos la teoría revolucionaria de que las corporaciones públicas en las que

algunos de nuestros candidatos tendrían asiento, eran instituciones corrompidas y desahuciadas históricamente. Que el pueblo no podía esperar nada de ellas a no ser mandobles y cargas pesadas, como lo venía sufriendo por décadas. Que si participamos en dichas instituciones creadas y dominadas por las clases explotadoras vendepatrias sería con la finalidad de convertir las curules alcanzadas en tribunas de denuncia de los crímenes del sistema; hacer propaganda al programa por una Colombia libre de la opresión externa e interna, y proclamar que sobre las cenizas de los cuerpos parlamentarios de la democracia oligárquica, el pueblo edificará las asambleas de obreros, campesinos, pequeños productores y comerciantes y del resto de patriotas, en las cuales se centralice todo el Poder de la nueva democracia revolucionaria.

Diez días antes de las elecciones y para cerrar el debate electoral, el MOIR resumió en la siguiente forma las obligaciones que había contraído la Unión Nacional de Oposición ante el pueblo colombiano:

*“Tal como está la situación, la UNO conquistará importantes posiciones en las corporaciones públicas. Esto plantea la cuestión de desarrollar una acción parlamentaria coordinada, conforme al programa defendido durante la campaña y según las determinaciones tomadas de común acuerdo por el Comando Nacional y por un comité especial constituido para el efecto. En relación con este trabajo la UNO hará respetar un criterio defendido y explicado profusamente durante la campaña y es el principio de que los candidatos nuestros que salieren electos responderán ante el pueblo y ante la UNO de su conducta política en la respectiva corporación. Quienes violen los compromisos y traicionen el programa en cuyo nombre resultaron favorecidos, serán señalados ante las masas como renegados de la causa del pueblo. Esta es una diferencia fundamental entre la UNO y los partidos reaccionarios y oportunistas, ya que en estos partidos los elegidos no responden ante los electores de su acción y como casi comúnmente se mojan de las promesas electorales”*⁴¹.

Advertencias de este tenor hicimos en las plazas de los grandes centros y en los villorrios apartados, a todo lo largo y ancho del país. Nadie protestó. Todos asentimos que eso era lo más justo y conveniente. Y ahora que estábamos frente al hecho cumplido, algunos vacilaban en sancionar ejemplarmente a los bufones.

Incluso el Partido Comunista ha llegado a reprobar públicamente la actitud de censurar con la máxima severidad la transgresión de los acuerdos contraídos y a los transgresores. No hace mucho ustedes ironizaban sobre nuestros graves reclamos diciendo que el MOIR *“ha aplicado el culto a la personalidad, heredad de sus maestros maoístas... Y cuando ingresó a la UNO, no lo hizo agotando todas sus reservas de incienso para elogiar a Hernando Echeverri? Luego, cuando éste mostró el cobre, saltó del amor frenético a la diatriba sin límites”*⁴².

Para combatirnos el Partido Comunista ha puesto a funcionar su artillería pesada, desempolvando de la despensa revisionista la consabida *“teoría”* de la

“*lucha contra el culto a la personalidad*” con que los nuevos zares de Rusia bombardean la fortaleza proletaria de la China comunista, dirigida por el camarada Mao Tsetung. Ustedes saben que dicha “*teoría*” fue llevada a su apogeo por Nikita Kruschev, lo que ignoran es que el proletariado revolucionario del mundo la tiene relegada al cuarto de los trastos inservibles. Las masas explotadas de todos los países respaldan y siguen lealmente a sus jefes y maestros que las guían por el camino luminoso de la victoria, como Carlos Marx y Vladimir Ilich Lenin, a quienes aún después de muertos la clase obrera continúa con gratitud venerando y haciendo honor a sus enseñanzas revolucionarias. Esto, por una parte. Y por la otra, el proletariado internacional vapulea sin compasión a los renegados de todas las especies, a los dicharacheros y saltimbanquis y a los enemigos del progreso. Es una ley ineluctable de la historia. Pero no era nuestra intención mezclar a nuestro héroe de marras en tan solemnes veredictos. Simplemente traemos a cuento la cita anterior porque refleja como ninguna otra las trastocadas contradicciones entre el MOIR y el Partido Comunista en relación con Hernando Echeverri Mejía. El Partido Comunista ha creído excesivos nuestro respaldo y nuestras críticas al candidato presidencial de la Unión Nacional de Oposición, primero, cuando fue justo respaldarlo y, las segundas, cuando resultaba imperioso criticarlo. Y efectivamente, a ustedes les parecía mejor un candidato anapista para las elecciones de 1974 y ahora consideran que las condenas al “*cretinismo parlamentario*” son “*diatribas sin límites*”. Pero estos dos conflictos han quedado cancelados, el uno con la convención del 22 de septiembre de 1973 y el otro con la resolución de expulsión emitida por el MAC el 13 de febrero de 1975.

La más valiosa experiencia de la UNO como frente, o como “*semilla*” de frente, es a nuestro entender que, cuando se aplicó para las materias de común interés una “*política suelta*”, aquella pasaba *ipso facto* a un estado de parálisis y atonía. Igual cosa sucedió cada vez que el Partido Comunista pretendió utilizar a la UNO a favor de sus particulares objetivos, ya en asuntos de la problemática nacional o internacional desconociendo olímpicamente los puntos de vista y las reclamaciones de los aliados y en detrimento de la coordinación y cohesión necesarias de una alianza de este tipo. Si se aspira a que haya mutua solidaridad en todos los problemas, o por lo menos en aquellos de mayor importancia, lo más indicado entonces es que éstos sean examinados, discutidos y resueltos democráticamente con la participación de todas las fuerzas comprometidas. En todo caso la UNO no puede reducirse a apoyar lo que hagan sus partidos por aparte, o un partido en especial. La dirección debe ser compartida e incluir paulatinamente todas las luchas revolucionarias, desde las más simples y comunes hasta las más complejas y elevadas. He ahí una de las principales dificultades para calificar a la UNO de “*semilla*” de frente único.

Una posición consecuentemente unitaria

Con una dirección “*compartida*” para todas y cada una de las cuestiones básicas de la revolución, sobre una línea de unidad y democracia, no tenemos la más mínima duda de que la Unión Nacional de Oposición saldrá adelante, y saldrá adelante en el sentido de que se constituya realmente en el comienzo embrionario del frente único antiimperialista del pueblo colombiano. Con una “*política suelta*” para tales cuestiones, que desconozca los procedimientos democráticos y lesione la coordinación y la cohesión indispensables será absolutamente imposible que dentro del movimiento revolucionario de Colombia perdure ninguna alianza. A lo más que pudiéramos ambicionar en aquellas condiciones sería a mantener de vez en cuando acciones unitarias esporádicas, las cuales, igualmente, sólo podrían concretarse bajo el estricto cumplimiento de las normas democráticas. Desde luego que no rechazamos tales acciones. Por el contrario, las estimularemos y pactaremos siempre que convenga y lo exija la lucha revolucionaria del proletariado colombiano. Aun cuando las acciones unitarias favorecen la unidad del pueblo, resulta obvio que ustedes y nosotros en esta ocasión nos venimos ocupando es del frente único antimperialista, y es pensando en dicho frente que criticamos la “*política suelta*” y defendemos la “*dirección compartida*”.

La Unión Nacional de Oposición aplicó rigurosamente para la tarea electoral una “*dirección compartida*” y cosechó triunfos. Es innegable que sin el programa común, el candidato único y las listas conjuntas ninguna de las fuerzas coligadas hubiese avanzado cuantitativa y cualitativamente en las elecciones de 1974. Sin embargo, la UNO no siguió con esmero esta línea en el segundo período, ni siquiera en la acción parlamentaria. Además, como lo hemos señalado, no se ocupó de las tareas de la unidad sindical, a pesar de que sus fuerzas integrantes se hallaban comprometidas en la lucha por la central unitaria. La UNO no sirvió ni de vehículos para que se nos explicaran las razones del aplazamiento del congreso unitario del 6 de diciembre de 1974, convocado por el Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973. Para este caso el MOIR tuvo que recurrir a solicitar una reunión bilateral con el Partido Comunista, en la cual nosotros criticamos el aplazamiento y censuramos el procedimiento antidemocrático. Ustedes lo aceptaron autocriticamente, por lo menos en dicha reunión.

La UNO tampoco se preocupó por orientar los múltiples combates que últimamente han llevado a cabo los obreros, los campesinos, los estudiantes, los maestros, los bancarios, etc., no para sustituir la dirección concreta que tuvieron estas luchas, ni para suplantarse sus formas organizativas peculiares, sino para coordinar la labor de los partidos coligados que se hallaban vinculados de una u otra manera a esas batallas y así contribuir con una apreciación global unificada a que no afloraran, a lo sumo, contradicciones innecesarias entre las corrientes integrantes de la Unión Nacional de Oposición. El Comando Nacional de la UNO

debió también servir de medio para airear y resolver las diferencias del MOIR y el Partido Comunista relativas a la conducción del movimiento estudiantil y hacerlo con la participación del resto de organizaciones aliadas. Al enumerar tales errores no pretendemos eludir la responsabilidad que por ellos nos competa. Hacemos la crítica como muestra de nuestras intenciones de contribuir a que la UNO dé un salto cualitativo tras la meta soñada por los revolucionarios y que el pueblo algún día hará realidad: la unidad de todas las clases, capas, partidos y personas que luchan por la liberación de Colombia y por la instauración en el territorio patrio de una democracia popular.

El Frente Único: estrategia central de la revolución

Colombia es una república neocolonial y semifeudal bajo la dominación del imperialismo norteamericano. De esta situación exclusivamente sale favorecida una minoría antinacional de grandes burgueses y grandes terratenientes que se enriquecen facilitando la expoliación imperialista sobre las masas trabajadoras de la ciudad y el campo, manteniendo viejos y aberrantes privilegios y usufructuando el Poder del Estado para hacer enormes negociados, concusiones e ilícitos de toda laya. La inmensa mayoría de la nación se encuentra explotada, arruinada y privada de la libertad y demás derechos democráticos. En nuestro país las fuerzas productivas sufren en lo sustancial la atrofia del estancamiento y la economía soporta las consecuencias de una crisis permanente. El pueblo colombiano no sólo carece de pan, vivienda, salud, trabajo, vestido y del resto de medios materiales e indispensables para llevar una existencia decorosa, sino que su vida espiritual se halla al margen de la educación y sumida en la ignorancia y el analfabetismo. Esta miserable condición de las masas populares que se transmite de padres a hijos y de hijos a nietos no tendrá cuándo remediarse dentro del actual sistema de opresión externa e interna. Las gentes han visto pasar por la conducción del Estado, como en una pesadilla interminable, gobiernos militares y civiles, “estadistas” liberales y conservadores, economistas y abogados, herejes y camanduleros, letrados y doctores en *honoris causa* y han escuchado la letanía de promesas incumplidas que cada dos o cuatro años los dirigentes políticos de las clases dominantes renuevan a cambio de sus votos. Sin embargo, el pueblo contempla cómo su suerte va de mal en peor, hasta llegar a extremos intolerables. Y en efecto, las masas colombianas únicamente saldrán de su postración el día en que liberen el país de la sojuzgación imperialista y destruyan el Poder antinacional y despótico de la gran burguesía y de los grandes terratenientes. Hasta cuando esto no sea posible, cualquier “*reforma social*” emprendida por los opresores será un grillete que caerá sobre los oprimidos.

En Colombia ha habido personas que sostienen la tesis de que el pueblo no podrá jamás prescindir de los partidos Liberal y Conservador y que su destino es colaborar con los mandatarios de turno en los programas por desarrollar la producción, abrir fuentes de empleo y construir escuelas. Que Colombia no tiene la fuerza suficiente para derrotar a una potencia tan poderosa como los Estados Unidos. Esta tesis derrotista lo que persigue es que el país continúe aherrojado bajo el neocolonialismo y el semifeudalismo y el pueblo colombiano siga siendo eternamente un pueblo sometido e infeliz. Pero ni siquiera la producción capitalista nacional podrá desarrollarse, ni aumentará el empleo, ni las masas populares gozarán de una cultura propia y avanzada, mientras no desaparezcan los impedimentos que hacen que tales conquistas no sean una realidad: la dominación del imperialismo norteamericano sobre nuestra patria y el régimen oligárquico burgués-terrateniente. Dentro del actual sistema sólo prosperará la economía de los grandes monopolios extranjeros, en perjuicio de la economía del pueblo y la nación colombiana.

Ciertamente el poderío de nuestros enemigos es considerable. Pero infinitamente más poderosas son las fuerzas que subyacen en el seno del pueblo. Contra los opresores imperialistas y los lacayos criollos conspira y lucha más de 90 por ciento de la población colombiana. En primer término, la clase obrera, motor de la industria moderna; el campesinado, responsable de la producción agropecuaria, base de la economía nacional; los pequeños productores y comerciantes creadores de una inmensurable gama de bienes y servicios indispensables; los intelectuales y estudiantes, poseedores de cierto grado de conocimientos avanzados y técnicos insustituibles en el trabajo de la ciudad y el campo, y, en fin, hasta la burguesía media, el sector progresista de la burguesía colombiana, tiene contradicciones irreconciliables con el imperialismo, que la hacen susceptible de apoyar en determinadas condiciones la lucha por la liberación nacional y la revolución. Si todas estas fuerzas se levantan unificadamente en formación de combate no habrá sobre la tierra poder capaz de impedir su victoria. Si todas estas clases, capas y sectores antiimperialistas se organizan en un gigantesco frente único revolucionario, harán prodigios. Un frente de esa magnitud podrá crear y sostener un invencible ejército revolucionario que aplaste al ejército títere y con él a todo el viejo aparato estatal neocolonial y despótico y, después del triunfo, podrá constituir una república popular y democrática, soberana e independiente, próspera y respetable. La línea estratégica central de la revolución colombiana es, por consiguiente, la conformación del frente antimperialista que cumplirá tan grandiosas tareas de nuestra historia como nación, comparables sólo con la gesta emancipadora que nos liberó del yugo colonial español hace siglo y medio. Con lo dura y valerosa que fue aquella lucha y con los progresos que trajo aparejados

la fundación de la República de Colombia, las jornadas heroicas que la época ha puesto al orden del día son cien veces más difíciles y más gloriosas. La revolución actual será más ardua y prolongada y sus beneficios superiores. Como producto de la victoria en nuestro suelo sobre la dominación del capital imperialista, el pueblo colombiano creará una república no de déspotas y tiranos como la anterior, sino de gentes sencillas y trabajadoras que abrirán el camino para borrar de la faz de Colombia la explotación del hombre por el hombre. Esta revolución pertenece a la era radiante de la revolución socialista mundial, inaugurada por la Revolución Socialista de Octubre de 1917.

Sin embargo, nuestra revolución en su primera etapa no será socialista, sino democrático-burguesa. Sus objetivos estratégicos corresponden a los de la liberación nacional y la eliminación del régimen de explotación de la gran burguesía y de los grandes terratenientes. No se propondrá inicialmente suprimir la economía privada de los campesinos ni la producción capitalista provechosa para el desarrollo del país. Se estatizarán los grandes monopolios que explotan y oprimen a las masas populares, los cuales serán arrebatados a los capitalistas internacionales y a la burguesía colombiana vendepatria. Igualmente se confiscarán las propiedades de los grandes terratenientes y se repartirán entre los campesinos que posean poca tierra o que no tengan tierra en absoluto para trabajar. No obstante, la revolución estará dirigida por el proletariado, la clase más revolucionaria, consciente y avanzada. Aunque las capas medias y bajas de la burguesía colombiana pueden, según las circunstancias, apoyar la lucha revolucionaria de las grandes mayorías nacionales, no lograrán nunca desempeñar un papel de dirección debido a su enorme debilidad y sus vacilaciones. Y por último, la nueva dictadura que sustituirá a la dictadura omnímoda de la alianza burgués-terrateniente, no será exclusivamente del proletariado, sino de las clases revolucionarias coligadas en el frente único de toda la nación. Esta dictadura popular constituirá la forma de gobierno más democrática que jamás haya prevalecido en Colombia y estará bajo la dirección de la clase obrera.

Hemos expuesto en sus lineamientos esenciales nuestra concepción acerca de las transformaciones principales que requiere Colombia en la actual situación: una revolución nacional y democrática, hecha por todas las clases antiimperialistas, con la dirección de la clase obrera, para un país neocolonial y semifeudal y en la era socialista mundial. Acaso nos falte agregar que dicha revolución culminará necesariamente, en una segunda etapa, en la revolución socialista.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, se comprende por qué el MOIR le atribuye al objetivo de la construcción de un frente único revolucionario en Colombia la primerísima importancia, como estrategia fundamental de la lucha de la clase obrera y de su partido, en la hora presente. El proletariado no podrá liberar

el país, ni desarrollar la producción, ni desbrozar el camino hacia el socialismo, si no alcanza la unidad nacional de todas las clases y fuerzas antiimperialistas. Contra esta concepción se levantan el oportunismo de derecha que le niega a la clase obrera su función dirigente y el oportunismo de “izquierda” que sostiene que ésta no debe perder tiempo con una revolución democrática, sino pasar directamente al socialismo. Ambas posiciones, profundamente reaccionarias, coinciden en torpedear la misión histórica del proletariado. La primera en forma directa y desembozada, la segunda de manera velada e ingenua. La clase obrera colombiana lucha por el socialismo, pero tanto más temprano llegará a él cuanto más pronto corone las montañas de la liberación nacional y de la democracia.

Es necesario que la clase obrera colombiana y su partido proclamen su papel de dirección pero no es suficiente. No van a dirigir la revolución simplemente porque digan: “¡Reconózcanos, somos el estado mayor!”. Para que el resto de las clases antiimperialistas depositen su confianza en la vanguardia proletaria y la reconozcan como tal, ésta, ante todo, debe tener muy en cuenta aquellas reivindicaciones primordiales de las fuerzas aliadas que no lesionan la unificación popular y por el contrario la cimentan. Mediante la defensa de un programa revolucionario común el proletariado unifica junto a él al campesinado, a la pequeña burguesía urbana y a las demás capas y sectores revolucionarios, a la vez que aísla y cerca en el territorio nacional a las fuerzas del imperialismo norteamericano y del puñado de vendepatrias que lo acolitan vergonzosamente. Entre las demandas y peticiones revolucionarias del programa de unificación popular, el proletariado les dará especial preferencia a las de los campesinos, fuerza principal y determinante en la liberación y construcción de una nueva Colombia. Sólo la clase obrera y su partido proclaman y luchan consecuentemente hasta ver cumplidos todos y cada uno de los puntos de dicho programa. Además de los opresores tradicionales del pueblo colombiano, las tendencias políticas del oportunismo de derecha y de “izquierda” combaten en forma recalcitrante el programa común antimperialista. Éste ha sido el comportamiento de los círculos más reaccionarios del liberalismo y del conservatismo, por una parte, y de los grupúsculos trotskistas propugnadores del “socialismo pequeño burgués”, por la otra. Es de esperar que tales tendencias se mantengan en lo fundamental inalteradas durante todo el curso de la revolución.

Para llevar a la práctica la unificación popular y cumplir acertadamente las grandes tareas revolucionarias no basta tampoco con agitar el programa común, sino que el proletariado debe darle una forma organizativa a la alianza de todas las fuerzas antiimperialistas, y ésta no puede ser otra que la constitución de un frente que aglutine a más de 90 por ciento de la población colombiana. El frente único antimperialista será la forma concreta y orgánica que adoptará la dirección

compartida de todas las clases y partidos revolucionarios en Colombia. A través de esa dirección compartida es como el partido obrero ejercerá idealmente su labor dirigente de la revolución. Pero para que todas las clases y partidos revolucionarios acepten voluntariamente una dirección compartida y única es condición indispensable garantizar en dicha dirección la participación democrática de todas las fuerzas antiimperialistas. Siendo el frente único la forma ideal de dirección revolucionaria en las actuales circunstancias del desarrollo histórico de nuestro país, el proletariado y su partido defienden como ninguno el estricto y escrupuloso cumplimiento de los principios democráticos que lo rigen. La cooperación y unificación del pueblo colombiano en un poderoso frente de combate que derrote al imperialismo y construya una república nueva, sólo podrá erigirse con base en el respeto a la democracia. Los primeros divisionistas son, por tanto, quienes violan la democracia revolucionaria, y los más grandes hipócritas divisionistas son los que de palabra respaldan la unidad del pueblo y de hecho pisotean los procedimientos democráticos. El MOIR espera poder ponerse de acuerdo con el Partido Comunista y el resto de fuerzas aliadas no únicamente en esto, sino en las otras cuestiones básicas para la creación del frente único nacional y democrático.

Respetemos los compromisos y la democracia interna

¿A qué distancia se encuentra la Unión Nacional de Oposición del frente único antiimperialista? Marchando a paso firme y sostenido nos hallamos aún a miles de jornadas de la meta suprema de aglutinar y organizar bajo un centro a más de 90 por ciento de la población colombiana. ¿Cuáles son sus fuerzas? Hasta hoy la UNO ha estado integrada por el MOIR, el Partido Comunista, el Movimiento Amplio Colombiano y algunas organizaciones de provincia. Aunque tales agrupaciones lograron mediante la política unitaria revolucionaria extender su influencia y consolidar sus efectivos, es evidente que ninguna por separado, o en conjunto, moviliza a las más amplias masas populares, ni siquiera a los sectores más importantes de las clases revolucionarias. Existen regiones enteras en Colombia donde nuestro poder organizativo apenas se insinúa y otras donde éste es nulo por completo. Son defectos de crecimiento que se subsanarán sólo en la medida en que la clase obrera y el resto de clases revolucionarias vayan progresando en la lucha y en su conciencia política. Entonces, ¿en qué sentido podemos referirnos a la UNO como “*semilla del Frente Patriótico de Liberación Nacional*”? La Unión Nacional de Oposición posee dos pilares sólidos que en esencia son puntales de la unificación del pueblo colombiano: su programa nacional y democrático, como ya lo dijimos, y su estatuto organizativo que, de

Una posición consecuentemente unitaria

acatarse rigurosamente, garantiza la dirección compartida sobre la base de la participación democrática de todas sus fuerzas. Estos representan dos aportes considerables, dos experiencias positivas, dos grandes conclusiones que las fuerzas revolucionarias colombianas pueden y deben tener en cuenta en su lucha por la unidad y la liberación. En ese sentido, desde el punto de vista de su programa nacional de unificación popular y de sus principios de funcionamiento democrático, la UNO es un germen de frente único. Sin embargo, ésta ha adolecido de una falla, también estudiada atrás, consistente en que no efectúa a cabalidad una labor de orientación y coordinación de las luchas populares. El renunciar a la tarea concreta de dirigir y por ende a la de facilitar la cohesión y cooperación de los partidos comprometidos entre sí, riñe con su espíritu de frente único. Se comprende que esta deficiencia le merma importancia a la Unión Nacional de Oposición y la retrasa en su desarrollo.

¿Qué corresponde hacer si queremos sinceramente desatascar la UNO e impulsarla hacia nuevas conquistas? Lo que la lógica del pueblo aconseja: apoyarnos en el lado bueno y curar el lado malo. O sea, primero, defender su programa nacional y democrático y aplicarlo creadora y consecuentemente a las circunstancias que vive el país; segundo, observar al pie de la letra su estatuto organizativo y llevar a la práctica los métodos democráticos de funcionamiento, creando un ambiente de franco intercambio de opiniones y de críticas y, tercero, corregir su estrechez directiva abarcando paulatinamente más y más asuntos de interés general y conveniencia recíproca, en tal forma que los organismos de dirección de la UNO puedan examinar, discutir y resolver democráticamente aquellos problemas revolucionarios en los cuales debe haber una política compartida, si de veras estamos resueltos a mantener la cooperación entre los diversos partidos coligados. Cumpliendo con estas tres normas iremos transformando los factores adversos en favorables. De insistir en esta línea es seguro que con el tiempo se adherirán a la Unión Nacional de Oposición nuevos contingentes de combate que alinearemos con los nuestros frente a las legiones del régimen bipartidista tradicional. Y viceversa, si descuidamos alguno de estos tres requisitos lo más probable es que a la UNO no se le sumarán fuerzas de consideración, y si lo hacen, será entrada por salida, debido, ya a las vacilaciones en la lucha contra los enemigos principales y comunes, ya a la falta de democracia interna o por pérdida de coordinación y cooperación en las políticas de mutua incumbencia. Estas tres reglas básicas, producto de la experiencia de la lucha revolucionaria colombiana, seguirán siendo válidas durante todo el curso de la etapa de construcción del frente único antiimperialista en nuestra patria. El proletariado como principal núcleo dirigente de la revolución las utilizará como las mejores herramientas para aglutinar en torno suyo al resto de clases y organizaciones revolucionarias.

Quien persevere en ellas obtendrá triunfos y quien las menosprecie terminará aislado irremisiblemente. Esto es fácil de comprender. El programa común, la democracia interna y la dirección compartida son los requisitos fundamentales del frente único y éste es la principal estrategia revolucionaria para Colombia en la hora presente.

El Partido Comunista le ha endilgado al MOIR la culpabilidad de la parálisis de la Unión Nacional de Oposición en el periodo pos electoral. La queja se monta sobre el supuesto de que nuestro partido formula exigencias extremas de imposible cumplimiento. Ustedes, por ejemplo, nos reprochan.

*“En relación con la unidad popular y concretamente con la UNO, el MOIR viene solicitando su ‘radicalización’. ¿Qué entiende el MOIR por ‘radicalizar a la UNO’? Entiende que ésta se convierta en un ‘bastión inexpugnable’ al cual sólo tengan acceso ‘los verdaderos revolucionarios’”*⁴³.

Por supuesto que nosotros no hemos solicitado que la UNO se convierta en un “*bastión inexpugnable*” al que sólo tengan acceso “*los verdaderos revolucionarios*”. Al rompe se deduce que tan curiosa reclamación carece de sentido por abstracta, por absurda, por irracional. Son las libertades imaginativas que se toma con frecuencia el Partido Comunista para quitarse de encima a sus contradictores. Pero que sirva una sola consideración. Si el MOIR hubiese demandado las exigencias traídas de los cabellos y entre comillas por ustedes, o algo parecido, no habría podido avanzar un solo milímetro con este proceso unitario de tres años. En el sinuoso desarrollo de la revolución tendremos muchos compañeros de viaje.

Esta tal vez fue una de las primeras lecciones asimiladas por todos los militantes del MOIR. Sabemos que el proletariado colombiano necesita de la cooperación de otras clases y fuerzas amigas para procurarse las mejores condiciones hacia el socialismo, como son la liberación nacional y la democracia. Sin embargo, la clase obrera no arrastra tras de sí al grueso de la población colombiana en esta etapa exigiéndole que asuma una posición comunista, sino una posición patriótica y democrática en defensa de los intereses nacionales comunes y de aquellas reivindicaciones fundamentales de las distintas clases revolucionarias que las unen contra el enemigo principal: el imperialismo norteamericano y sus sirvientes lacayunos. Por eso la vanguardia proletaria defiende en la actualidad un programa que no es su programa socialista, sino el programa del frente único.

El MOIR no se ha hecho la ilusión de que sus aliados cambien de naturaleza porque se alíen a él. Ni jamás ha formulado en abstracto ninguna demanda. Fueron muy concretas las condiciones que planteamos para contribuir a crear la Unión Nacional de Oposición. Entre ellas propusimos que se aprobara un programa nacional y democrático. Y hoy, después de la rica experiencia vivida, seguimos considerando que quien ingrese a la UNO, sea revolucionario de

“tiempo completo” o de “medio tiempo”, debe comprometerse a defender y aplicar consecuentemente sus nueve puntos programáticos. Y quien viole los compromisos contraídos merece ser severamente criticado. Éstas no son formalidades engorrosas o perturbadoras de las cuales podamos desembarazarnos para incrementar el montón. Son imperativos de principio, claros, concretos, necesarios y de fácil comprensión. Nadie conseguirá desvirtuarlos o refundirlos con litigios acerca de la cuantificación porcentual del grado de revolucionarismo de los aliados, o con alegatos sobre la necesidad de las alianzas tácticas, fugaces y cotidianas de las acciones unitarias que el proletariado adelanta en beneficio de determinados puntos reivindicativos, para capear dificultades transitorias o aprovechar contradicciones de sus enemigos declarados. Se trata de las normas perentorias que regulan la alianza estratégica, permanente y a largo plazo que la clase obrera y su partido mantienen con otras clases y fuerzas dentro del “*embrión*” de frente único, como se ha insistido en apodar a la Unión Nacional de Oposición. ¿Podría ingresar a la UNO, preguntamos, una corriente política análoga al trotskismo tropical que rasga sus vestiduras delante del programa nacional de unificación popular e invita al proletariado de un país neocolonial y semifeudal a enclaustrarse y a rumiar un socialismo incontaminado de las impurezas y vanidades de este mundo? Indudablemente que no podría. Pero esto ya ha sido exhaustivamente explicado.

La cooperación entre los partidos de la UNO se encuentra prácticamente rota, a consecuencia de la “*política suelta*”. No ha habido ni puede haber solidaridad política en decisiones y luchas que no se examinan, discuten ni resuelven conjunta y democráticamente. Hagamos un replanteamiento general y audaz de este método disgregacionista y optemos porque poco a poco los organismos de dirección de la Unión Nacional de Oposición vayan resolviendo aquellos asuntos de importancia general para la lucha del pueblo colombiano y de recíproca incumbencia, con la participación democrática de todas sus fuerzas, aprovechando la experiencia de la campaña electoral unificada. Apoyémonos en el programa de nueve puntos y en las decisiones de la última convención, respetemos la democracia interna, discutamos las contradicciones y resolvámoslas sin pérdida de tiempo. Esta es nuestra propuesta. Al anunciarla no estamos creyendo con sobredosis de optimismo que la ruta esté expedita. Al revés, sabemos que se interponen enormes obstáculos, que prevalecen diferencias considerables, que la polémica pública ha sido inevitable y podría seguir siéndolo en el futuro. Sin embargo, al hacer nuestra propuesta, recurrimos para ello a las reiteradas oportunidades en que ustedes han manifestado estar dispuestos a consolidar y fortalecer la Unión Nacional de Oposición y a las justificadas esperanzas que ésta despertó en no despreciables sectores de la opinión popular.

El proletariado dirige a través del Frente Único

En las condiciones de Colombia la alianza de fuerzas políticas en torno a un programa común revolucionario, reclama a la vez la organización de una dirección compartida y democrática, necesidad doblemente urgente bajo las actuales circunstancias de relativo desarrollo de la revolución. En nuestra situación no podemos contentarnos con que combatimos a los mismos, luego para qué más acuerdos. Se hace indispensable coordinar y cohesionar las luchas de los distintos destacamentos que se enfrentan en una correlación desfavorable a un enemigo superior en fuerzas y con un mando central organizado, desde la propia jefatura del Estado. La UNO debe orientar la cooperación de sus partidos integrantes, si quiere sacar alguna ventaja material de su existencia.

En la Unión Nacional de Oposición no ha existido claridad sobre su función coordinadora y cohesionadora. Prima la tendencia de que cada partido decida por su cuenta y riesgo asuntos que por naturaleza conciernen a todas las fuerzas comprometidas. Muchas veces las decisiones unilaterales se presentan a los aliados como hechos cumplidos e irreversibles. En lugar de concentrar esfuerzos en tareas conjuntas, sus partidos integrantes se desgastan y debilitan en tácticas dispersas y con frecuencia contrapuestas. En esa forma la UNO es sólo una fachada de unidad, que la propaganda presenta como muestra de que también se cumple con el trabajo de construir el frente único, pero, como ha sucedido con la realización de casi todas las grandes estrategias de la revolución colombiana hasta el presente, no deja de ser eso, una fachada, una caricatura y un consuelo efímero.

El secretario general del Partido Comunista, quien había sostenido en la Segunda Convención que *“los comunistas no vemos a la UNO como un mero aparato electoral, sino como la semilla del Frente Patriótico de Liberación Nacional”*, en la última convención pronunció las siguientes palabras:

*“La UNO no pretenda sustituir a la clase obrera. Es la clase obrera la que tiene que dirigir su propia lucha y las luchas de todo el pueblo por su emancipación”*⁴⁴.

No es que estemos zurciendo demasiado delgado ni buscando con lupa los errores del Partido Comunista en su variado repertorio teórico, pero la conclusión es de bulto: según las últimas palabras citadas, la UNO no tiene nada que ver con la dirección de *“las luchas del pueblo colombiano por su emancipación”*. Ustedes ahondarán el alcance de dicha concepción y nosotros, que no estamos a la caza de triunfos fáciles, reconoceremos sin inconvenientes, si así se desprende de cualquier posterior aclaración, el criterio genuino que el autor de estas frases y con él el Partido Comunista tienen alrededor de la labor directiva de la Unión Nacional de Oposición. Pero como lo dicho dicho está, utilicémoslas como maestro negativo para completar nuestro pensamiento, de un lado, sobre la necesidad de que

la UNO desempeñe una función coordinadora y cohesionadora de las luchas populares, mediante una dirección compartida, basada en la participación democrática de todas sus fuerzas y, del otro, sobre la relación entre la clase obrera y su partido con el frente único o con la “*semilla*” del frente único.

Con el argumento que la clase obrera es el máximo dirigente de la revolución no podemos exonerar a la UNO, como frente de partidos aliados, de su papel muy concreto de dirección y coordinación. Por otra parte, el carácter de vanguardia del proletariado no tiene por qué contraponerse con los frentes de lucha que éste conforma. Todo lo contrario, su capacidad directiva se facilita enormemente con dichos frentes. Para ello los crea. A través de éstos el proletariado ejerce en mejores condiciones su misión orientadora y educadora de las amplias masas no proletarias. Y hay más, la clase obrera y su partido condenan los métodos burocráticos y despóticos de dirección. Cuando la clase obrera y su partido llaman a las otras clases revolucionarias a integrar con ellos un frente único, es sobre la base de la participación democrática de todas las fuerzas amigas y a todo nivel. Y cuando llaman a constituir una dictadura popular a más de 90 por ciento de la población colombiana, garantizan a todos y cada uno de sus aliados la plena democracia y la libre injerencia en los asuntos del Estado. Así y sólo así pueden la clase obrera y su partido dirigir y coronar exitosamente la revolución colombiana en la presente etapa.

Allí donde la clase obrera y su partido para llegar al socialismo encaran primero las tareas de la liberación del país y de las transformaciones democráticas, su lucha de clases adquiere la forma de la lucha nacional de liberación y su programa socialista lo postergan en aras de un programa que unifique a todas las fuerzas enemigas de la opresión externa. Con esto el proletariado no está traicionando sus intereses de clase, está optando por el único camino que lo conduce a su emancipación. La clase obrera y su partido no pierden de vista un solo instante sus máximas aspiraciones socialistas y comunistas. Por eso siempre que el proletariado propugna la formación del frente único, no se diluye en él, sino que mantiene su organización partidaria independiente y distinta del resto de organizaciones aliadas. La independencia del partido obrero dentro del frente único garantiza dos cosas: la dirección proletaria de la revolución democrática y el paso posterior al socialismo. Dentro del frente el partido obrero colombiano no desempeñará su papel de vanguardia negándoles la participación democrática a las otras clases revolucionarias en los organismos de dirección, lo ejercerá mediante una lucha ideológica y política, constante y aguda, que no pide ni da tregua, pero sin atropellar los principios democráticos que, junto con el programa común, permiten la cooperación de todos los patriotas en la gloriosa empresa de derrotar en nuestro suelo al imperialismo norteamericano y a sus lacayos crio-

llos, y de fundar una república de obreros, campesinos, pequeños y medianos productores y comerciantes, intelectuales, en marcha al socialismo. El partido obrero no teme perder su supremacía en esta confrontación con las otras clases y partidos aliados, porque está armado de una ideología invencible, el marxismo-leninismo, que le permite por intermedio de la práctica conocer las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad y trazar una estrategia y una táctica victoriosas. El partido obrero es, en fin, el más connotado defensor de los intereses del pueblo. El más insigne combatiente antiimperialista, el más consecuente garante de la democracia revolucionaria, por eso nadie podrá arrebatarle su liderazgo ganado en franca lid.

En Colombia no contamos aún con antecedentes de cómo ha de funcionar un frente de las proporciones indicadas, en el que concurren todas las organizaciones revolucionarias políticas y de masas, en torno a una dirección unificada y acatada, pero en la arena internacional existe ya una vasta experiencia al respecto. En la reciente guerra del Sudeste Asiático, que sirvió de escenario a la más resonante derrota del imperialismo norteamericano, tanto en el sur de Viet Nam como en Camboya y Laos, la lucha política y militar de los pueblos indochinos estuvo dirigida por sus correspondientes frentes de liberación nacional. En estas alianzas confluyen en pie de igualdad y sobre la base del centralismo democrático, al lado de los respectivos partidos proletarios, las más variadas organizaciones partidistas, gremiales, sociales y religiosas. La máxima dirección revolucionaria concreta en cada uno de los tres países indochinos recae en el núcleo central de su frente único, el cual no se limita a mantener una unidad formal de las fuerzas revolucionarias, sino a coordinar, orientar, organizar y decidir realmente sobre todas las manifestaciones de lucha, hasta la lucha armada. Los distintos partidos obreros de Indochina ejecutan su labor dirigente a través de dichas alianzas de unidad nacional. Y el nuevo tipo de dictadura establecido en Indochina es la dictadura democrático-popular de frente único dirigida por el proletariado. La experiencia de los pueblos indochinos corresponde en general a la situación de los países coloniales y neocoloniales atrasados sometidos a la dominación imperialista que combaten por la liberación nacional y las transformaciones democráticas, bajo la dirección del proletariado y en la era de la revolución socialista mundial. Colombia hace parte de estas naciones oprimidas y atrasadas del Tercer Mundo y su lucha es idéntica. No hemos copiado jamás mecánicamente la experiencia de otras revoluciones, empero resulta indudable que la enseñanza universal de la actual lucha de los pueblos coloniales y neocoloniales del mundo por su independencia y progreso es muy valiosa para nuestro pueblo, si la sabe aprovechar acertadamente y según las particularidades del país y las características de la revolución colombiana.

Plantear primero el criterio que la Unión Nacional de Oposición sea una “*semilla*” del futuro frente patriótico y contraponer después la UNO a la dirección proletaria es borrar con el codo lo que se ha escrito con la mano. La misión de vanguardia de la clase obrera y la dirección compartida de todas las clases en una gran alianza nacional, no se excluyen sino que se complementan. Si queremos enrumbar la UNO hacia el puerto distante de la formación en Colombia de un frente único antiimperialista, comencemos por establecer en su seno la dirección compartida de manera progresiva, hasta que abarque todos y cada uno de los aspectos de la lucha revolucionaria. En verdad esta concepción de la dirección compartida no la improvisamos ahora con el objeto de pasar al contraataque en la controversia pública del MOIR y el Partido Comunista. El compañero Francisco Mosquera ya la había enunciado precisamente en la Segunda Convención de la Unión Nacional de Oposición, del modo siguiente:

“La necesidad más urgente de Colombia, la reivindicación más sentida por el pueblo y la nación colombiana, por la cual han combatido las fuerzas revolucionarias y los sectores avanzados de las masas desde principios del siglo, de la que depende la salvación de nuestra patria, es la liberación nacional y la construcción de una república soberana, democrática, de obreros, de campesinos y del resto de fuerzas populares. Esta tarea determina y requiere de la unidad nacional de la unificación de más de 90 por ciento de la población colombiana bajo una dirección política, organizada y correcta compartida por todas las clases revolucionarias”⁴⁵.

Si logramos una conclusión unánime alrededor de estas observaciones y coincidimos en que hay que darle nueva vida a la UNO, imprimiéndole un carácter activo de dirección y una mayor dinámica, podemos empezar anotando en la agenda de discusiones dos temas de palpitante actualidad para las fuerzas revolucionarias colombianas: 1) La lucha ante el gobierno de Alfonso López Michelsen, y 2) la unidad del movimiento sindical colombiano.

Segunda parte: nuevas contradicciones

Entre lo superfluo y accesorio sacar lo principal

Durante lo que hemos dado en denominar el período pos electoral descuelan las contradicciones tocantes con la interpretación del gobierno de Alfonso López Michelsen: la campaña de la Unión Nacional de Oposición se distinguió por haber concentrado el ataque contra los candidatos presidenciales del liberalismo y el conservatismo, pero después de que uno de estos dos candidatos asumió el poder con la estrecha colaboración del otro, no fue factible mantener la identificación en concebir una lucha que sería la prolongación de la pelea por la cual nos aliamos. De nuestra parte podemos afirmar que tales desavenencias las procuramos debatir en las reuniones bilaterales o en el seno de la UNO;

sin embargo, ustedes madrugaron a publicar su traducción antimoirista de las mismas. He aquí un compendio, a manera de abre bocas, de dichas versiones del Partido Comunista:

“Arrancando algunas líneas de documentos del PCC, separándolas de su texto y presentándolas como prueba flagrante del ‘gobiernismo’ del PC, sindicando éstas de ‘posiciones poco firmes contra López’. Para esto se agarró de la diferenciación que hemos hecho de ciertos sectores del gobierno. ¡Curiosos maoístas del MOIR! Olvidan que el propio Mao, al que santifican, les enseñó que hay que diferenciar los matices del gobierno en enemigo”⁴⁶.

Lo curioso no es que el MOIR, en gracia de discusión, llegue a cometer errores al asimilar y aplicar el pensamiento de Mao Tsetung, el más grande marxista-leninista, porque al fin y al cabo no somos infalibles y tenemos siempre presente una de las recomendaciones olvidadas de los jefes inmortales del proletariado: el que sirve al pueblo de todo corazón no teme equivocarse y le sobra valor para reconocer las deficiencias y corregirlas en bien de su justa causa. Lo curioso es que, con tal de encubrir sus desatinos, el hirsuto antimaoísmo del Partido Comunista no le impida referirse a la dialéctica materialista demoledora de Mao Tsetung, que salió triunfante de cuatro guerras y tres revoluciones y transformó a la China milenaria de Confucio en la China socialista moderna, todo ello en el lapso de cincuenta años, es decir, en un cuarto de siglo menos de lo que llevan los revolucionarios de Colombia batallando contra el imperialismo norteamericano, desde los tiempos remotos de la separación Panamá. Algún día, ojalá no lejano, tengamos el privilegio de describirle a fondo a nuestro pueblo cómo ha sido de destructora y constructora a la vez la portentosa lucha del Partido Comunista de China y de su máximo y más querido dirigente, no sólo para labrar un porvenir venturoso de trabajo y progreso a los 800 millones de seres del pueblo chino, sino para apoyar a los pueblos hermanos que combaten como éste contra el imperialismo y el hegemonismo y a favor de la revolución y de la paz mundial. Hoy el deber nos impone la excluyente labor de examinar cuán dialécticos y materialistas han sido los combatientes colombianos al otro lado del globo.

El MOIR les concede atención a las interpretaciones y explicaciones que sus aliados hacen del régimen de López Michelsen, porque éstas influyen determinantemente en la posición y la lucha que despliegue la UNO frente a la coalición oligárquica proimperialista gobernante. Atrás quedó analizado el comportamiento oportunista que en tal sentido tuvieron tres de los cuatro parlamentarios del Movimiento Amplio Colombiano. Las discrepancias con los tres congresistas del MAC arrancan del momento mismo en que Hernando Echeverri acuñó como suya y en calidad de personero destacado de la UNO, la consigna prestada a la Anapo de que la oposición atacaría las medidas “negativas” y aplaudiría las “posi-

tivas” de la nueva administración. Aunque en un principio se tildó nuestra crítica de rebuscada, no fue necesario esperar demasiado para observar cómo la divisa de apoyar lo “*bueno*” y denunciar lo “*malo*” del gobierno, y las otras consignas gemelas de que la UNO haría una “*oposición científica*”, una “*oposición racional*”, una “*oposición persuasiva*”, no eran más que el preludio del ulterior deslizamiento hacia la madriguera de los vencedores de la víspera. Anotábamos en algunas de esas discusiones internas que aceptar la hipótesis de que al nuevo régimen lopista, entre la escoria de sus proyectos antipopulares y antinacionales, podría escurrírsele uno que otro decreto en beneficio del pueblo, sería hacerle el juego a la contracorrente derechista de moda que proclama: con el advenimiento del liberalismo al Poder “*los mejores días están por llegar*”.

Hace un año que López Michelsen recibió el mando y, a pesar de que ya ensayó cuanto “*experimento*” se le haya ocurrido lesivo para las masas populares y el país, lo mismo en el campo de la soberanía, como en los terrenos económico, militar y cultural, todavía resuena en el ambiente el eco de la vocinglería laudatoria con que los exponentes de los más variados movimientos celebraron el ascenso al trono del mesías prometido. Ni la UNO se salvó de participar en el multitudinario cortejo de aduladores que llevó en andas hasta el solio de Bolívar al escogido entre veinticuatro millones de colombianos. Ahí, con el tropel de manzanillos, en primera fila, estaban batiendo palmas Echeverri y sus dos escuderos. Era como si nadie recordara la historia del país y todos hubieran olvidado los cien discursos del presidente electo durante la reciente campaña electoral, con los cuales, de distinto modo expuso que él no encarnaba siquiera al compañero jefe del Movimiento Revolucionario Liberal, sino a uno de los delfines que la oligarquía liberal-conservadora había designado para continuar la obra inconclusa del Frente Nacional. Pero, al contrario del cuento de García Márquez, ninguno le creería este “*presagio*”. A él, que pasará a la historia cual vulgar continuador, se le presentaba, lo mismo que a su padre cuarenta años antes, que nada inauguró tampoco, como el forjador de una nueva época.

Las doce familias liberales y las doce familias conservadoras más ricas de Colombia, de que hablara Gaitán, no cabían en sí de gozo. Si no habían inaugurado una nueva época, por lo menos habían descubierto un método que aparentemente no fallaba para apacentar el rebaño: confiar sus intereses a personajes obsequiosos y con veleidades “*izquierdistas*” en el pasado, y llamar a calificar servicios a los “*jefes naturales*” reconocidos y quemados ante el pueblo a consecuencia de su tétrico historial. Desde luego que no todo siguió siendo exactamente igual. El lenguaje oficialista tuvo un cambio notable: en lugar de dependencia extranjera se dirá “*interdependencia*” de Colombia y los Estados Unidos; no habrá desarrollismo a secas, habrá “*desarrollismo con justicia social*”; quedaron proscritos

los delitos de opinión, sólo tendremos “*delitos de información*”; se acabó el estado de sitio para perseguir a los enemigos del gobierno, se establecerá para sancionar “*los delitos comunes*”; los campesinos proseguirán sin tierras no por falta de reforma agraria, sino porque estábamos “*mal informados*”, en Colombia “*no existen*” terratenientes; a los obreros se les “*protegerá su poder adquisitivo*” impidiendo el alza de salarios; los estudiantes no tendrán “*rectores policías*”, únicamente serán reprimidos en nombre de “*experimentos marxistas*”, y la alianza liberal-conservadora dejará de ser reaccionaria y de derecha, en adelante se le reconocerá como mandato de “*centro-izquierda*”. A ese estilo refinado, sibilino y farisaico para acicalar las políticas más oscurantistas y retrógradas de la oligarquía proimperialista, se le atribuyen los tres millones de votos obtenidos por el Partido Liberal el 21 de abril. No nos debiera extrañar entonces que el nuevo lenguaje oficial se propagase como la peste contagiosa. Hasta el mismísimo Ospina Pérez, dando el ejemplo, sorprendió a propios y extraños autocalificándose conservador de “*izquierda*”.

Contra toda esta tendencia de adornar con retórica barata las oscuras intenciones de las clases dominantes, llamaba el MOIR a la UNO a ponerse en guardia. Ni a las personas ni a los partidos los podemos juzgar solamente por lo que dicen. Si el arte de la política reaccionaria es, entre otras cosas, embaucar al pueblo, el arte de la política revolucionaria debe consistir preferencialmente en desenmascarar los verdaderos propósitos que se esconden tras las palabras melifluas de los adversarios de clase. Así las masas populares lograrán prepararse, armarse y vencer en la lucha contra los enemigos más tramposos y más ladinos. En el debate electoral la Unión Nacional de Oposición explicó hasta la saciedad que cualquiera de los dos candidatos de los partidos tradicionales que resultare escogido por la oligarquía vendepatria, en últimas resultaría una tragedia semejante. Los portavoces de la UNO solían decir en sus discursos agitacionales que López y Gómez eran “*la misma perra con distinta guasca*”. A los campesinos avanzados de la Costa Atlántica les escuchamos también con sus propias metáforas que los dos candidatos oligárquicos eran “*cucarachos del mismo calabazo*”, y lo celebrábamos como la comprensión plena de la jugada que estaba poniendo en práctica la gran coalición burgués-terrateniente proimperialista.

A algún historiador de pacotilla se le podrá ocurrir en el futuro que tan tajante afirmación dejaba por fuera del análisis las diferencias que median entre el hijo de Laureano Gómez Castro y el hijo de Alfonso López Pumarejo. La política revolucionaria, aprovechando los aspectos secundarios y la apariencia de las cosas, hace énfasis en el aspecto principal y en la esencia de éstas. Al contrario, la reacción busca que el pueblo se enrede en los fenómenos externos, en la forma como se presentan los problemas, para que no pueda jamás desentrañar las leyes y contradicciones internas que rigen y determinan el curso de los acontecimientos.

tos. De esta manera engañan y confunden a las masas explotadas y subyugadas. La misión educadora de un partido proletario revolucionario radica en sacar entre lo superfluo y accesorio, la raíz y el meollo de las contradicciones de clase, y con base en ello elaborar una estrategia y una táctica acertadas. Así opera la dialéctica revolucionaria.

Por eso el MOIR alertaba en su tiempo que las candidaturas de Gómez y López, no obstante sus diferencias formales, estaban en lo esencial identificadas. Afirmábamos:

“Ciertoesqueapesardelentendimientohaydiferenciasentreloscandidatosdelospartidostradicionales.Peroéstassonsecundarias.Serefierenmásalamaneradecómopreservar mejor,nosólo losprivilegiosdel imperialismo,sinolosdelasclasesexplotadorascolombianas que sebeneficiandelignominiososistemaquemantieneesquilma calpaís y sometida cal pueblo. Lasdiferenciasentreellosontransitorias,mientrase lentendimientoesnecesarioy permanente ...Elunodice:primero‘desarrollo’y luego‘distribución’;elotrorefuta:‘desarrollo’con‘justiciasocial’.¿PerocuáleselmedioqueproponenLópezyGómezpararealizarsuspropuestas? Es uno solo, la necesidad y urgencia del capital extranjero”⁴⁷.

La prueba irrecusable de que los dos herederos en línea directa del liberalismo y el conservatismo estaban predestinados a prorrogar la vieja coalición de sus progenitores, fue analizada cuando vimos los alcances de la reforma constitucional de 1968, que prolonga por otros medios y con otro nombre el dominio bipartidista típico del Frente Nacional. Acuerdo que los dos candidatos oficiales habían jurado respetar en las respectivas convenciones de sus partidos. Las elecciones de 1974 no fueron más que la puja de los delfines, una inmensa farsa para averiguar quién de los dos hacía las veces de anfitrión de su oponente en el Palacio de San Carlos. Los visos singulares de sus programas no podían ocultar una realidad tan gigantesca como era la de que ambos proponían el “*desarrollo nacional*” con base en la dominación del imperialismo norteamericano sobre nuestra patria. El fundamento económico seguiría siendo el mismo, empuñara el timón del Estado el señor Gómez o el señor López. Los planes y proyectos continuarían dependiendo en absoluto de las “*recomendaciones*” de los monopolios imperialistas. Hasta para abrir una letrina habrá que pedirles el visto bueno a las agencias prestamistas especializadas extranjeras. Y este fundamento económico les imprime su marca de hierro candente a todas y cada una de las medidas del régimen, sea cual fuere el ave que trine en la casa presidencial. Así concluye el materialista revolucionario cuando enfoca la política y las declaraciones de buena voluntad de los agentes del imperialismo. Por eso teníamos toda la razón al sostener durante la campaña electoral que entre el “*desarrollismo*” de Álvaro Gómez y la política de “*ingresos y salarios*” de Alfonso López Michelsen no mediaba una diferencia sustancial. Gómez Hurtado pedía abiertamente que se permitiera la

injerencia del capital extranjero como vía de “*desarrollo*”, López, como genuino liberal, matizaba esta recomendación pero no se apartaba de ella. Un año de práctica del nuevo gobierno ha clarificado plenamente todo, confirmando las tesis expuestas por nosotros. El señor López resultó un continuador ejemplar: ha aumentado los impuestos y las tarifas al pueblo para cumplir los compromisos estatales de endeudamiento; abrió las esclusas de los precios y produjo la mayor espiral alcista de la historia del país; ha tolerado quintuplicada la inmoralidad administrativa; colmó de privilegios a los grandes banqueros y a los pulpos urbanizadores; ha consolidado las aberrantes garantías de los latifundistas y de la burguesía intermediaria, e implantó el estado de sitio, los consejos verbales de guerra y demás disposiciones represivas para privar de las libertades públicas y de los derechos democráticos a las masas populares. Todo ello con el aplauso de su socio conservador, al margen de las cordiales discordancias. Y quienes abrigaron ciertas ilusiones sobre el mandato liberal de “*centro-izquierda*”, ante la evidencia abrumadora de los hechos, salen clamando escandalizados: “*El gobierno viró a la derecha!*”. Pero no hay tal; no es que el gobierno haya cambiado, sus obras son hijas legítimas de su naturaleza profundamente reaccionaria y antinacional. Lo que pasa es que algunas personas no saben descubrir a tiempo “*tras la bondad de las palabras la impiedad para los hombres de su pueblo*”.

Opiniones sobre el lopismo en cuatro temas

En el marco de esa situación pos electoral afloraron las nuevas contradicciones que han sumido a la UNO en una crisis recurrente. Las expectativas benévolas que el Partido Comunista ha propiciado sobre el gobierno de López Michelsen terminaron por paralizar a la Unión Nacional de Oposición. La crítica la habíamos formulado en distintas reuniones. A través de esta carta la resumiremos global y públicamente. Como ustedes nos han acusado de que arrancamos “*algunas líneas de documentos del PCC, separándolas de su texto y presentándolas como prueba flagrante del ‘gobiernismo’ del PC*”, vamos a citar párrafos enteros de aquellos materiales en los cuales se expresan de la forma más explícita las concepciones erróneas motivo de esta controversia.

Al mes siguiente de las elecciones ustedes comentaron el resultado de la campaña y las perspectivas para el nuevo período como transcribimos a continuación:

“Laderrotadelaultraderechaesmuchomáassignificativadelastendenciaspolíticas colombianas”...

“Sehademostradoenestedebateelectoralquelatendenciapredominanteenelpueblo colombianoesdesignodemocráticoyprogresista,quepresiona porelcambiodelasituación económica,socialypolíticadelaetapadel‘frentenacional’.Estosecompruebasietieneencuenta

que contra el sector ultraderechista se pronunció la aplastante mayoría de los participantes en las elecciones: los que votaron por López, María Eugenia y Echeverry”...

“López planteó el contenido de sus campañas sobre la base de diferenciar en sólo en lo político sino también en lo económico y social, de su rival por la Presidencia de la República. López prometió abocar la solución de los problemas más apremiantes del pueblo sobre bases distintas a las del frente oligárquico paritario... A ello hay que agregar una razón que no es la menor para el triunfo de López: el núcleo principal de la gran burguesía puso sus cartas en favor del candidato liberal, por la continuidad sin sobresaltos del sistema actual y contra los aspectos más anticuados y aventureros de la ultraderecha. Además, los imperialistas yanquis y sus agentes más caracterizados tuvieron claro, casi desde el principio de la campaña electoral, que en la actual situación colombiana y latinoamericana, la carta de López era para ellos más segura que la de Gómez. Igualmente, los grupos más importantes de los grandes terratenientes, que al principio se hacían eco de la demagogia reaccionaria de Gómez, terminaron por rotar a López o se mantuvieron en actitud de expectativa. Tanto el imperialismo yanqui como los latifundistas presionaron al candidato liberal para que tomara posiciones más definidas y López les hizo cada vez más y más concesiones”...

“Muchos sectores democráticos apoyaron a López con la ilusión de que realmente va a significar un cambio del actual, un avance hacia la democracia y el progreso social, una solución de los grandes problemas de las masas trabajadoras”...

“Nosotros sabemos que, en lo esencial, López es la continuidad del sistema. Pero centenas de miles de colombianos suponen que no es así y han depositado en López su esperanza de cambios importantes. Y seguramente, luego de un período de expectativa, estarán dispuestos a presionar por que se produzcan efectivamente los cambios que anhelan. En este sentido, López no es solamente el Presidente del temor a la ultraderecha sino que también es en parte el Presidente del descontento y la esperanza de grandes masas. Esto, que puede parecer un paradoja para algunos, es una realidad. Así lo considera el propio López”⁴⁸.

Y en noviembre ustedes sacaron conclusiones mucho más definitivas:

“En el liberalismo se ha demarcado el lloismo, el llerismo y el turbayismo. Lo más significativo es la oposición a la política de López, que ha asumido Lleras Restrepo, quien trata de recoger las manifestaciones de descontento de núcleos de la gran burguesía (exportadores y comerciantes) y de los terratenientes, molestos por que algunos jugosos filones de sus negocios se les han reducido o modificado. La agresiva actitud del expresidente es una posición de derecha que persigue dejar las cosas en el menor cambio, mientras que López y sus amigos políticos tienen conciencia de la necesidad de que algo cambie para que todos siga igual.

“La pugna jurídica sobre el artículo 122 de la Constitución, debate en el cual se han caracterizado conocidos lleristas como Augusto Espinosa Valderrama, vinculado a los grandes negocios de la tierra en Santander, es una tifa para esconder el fondo del problema. Porque fueron los lleristas los que impulsaron la reaccionaria reforma de 1968 que estableció la dictadura económica presidencial.

“La maniobra de Lleras Restrepo está dirigida a reorganizar la política del frente nacional, a atraer a los sectores o spinistas al fortalecimiento de una coalición oligárquica con vistas a futuros desarrollos de la política y como alternativa a las posiciones ‘liberales’ de la administración López.

“En las directivas conservadoras se manifiestan igualmente las contradicciones frente al desarrollo de la política oficial. Cada vez se cristaliza más un sector autodenominado ‘progresista’, francamente favorable a las medidas del gobierno, mientras que el sector de Gómez Hurtado la critica, sobre todo a aquellas que tienen aspectos democráticos (ampliación del margen de libertades, tolerancia a la actividad del Partido Comunista, necesidad de las relaciones con Cuba).

“Las medidas oficiales han repercutido también en la oposición. Hay sectores de la UNO que no ven la necesidad de una oposición democrática adecuada en sus métodos y persuasiva con las masas ilusionadas en López” ...

“Es posible arrancar al sistema concesiones importantes en materia de libertades y otros puntos del programa de la UNO. Y debemos reivindicar como un logro del movimiento popular cada posición ganada en vez de permitir que el gobierno las presente como gratuitas y voluntarias concesiones de la burguesía, contribuyendo a fomentar la ilusión de las masas” ...

“El contenido y el carácter de nuestra oposición es radicalmente distinto de la oposición de derecha. Además, no debe olvidarse que el grupo dirigente de la burguesía conciliadora no representa al sector más retrógrado de la oligarquía colombiana y, por tanto, siempre habrá una oposición de derecha que si expresa los intereses de las capas más reaccionarias de los grupos diversos de los monopolios para los cuales hasta la menor concesión es un ataque al sacrosanto ‘orden’ burgués.

“Pero la verdad es que el gobierno sí tiene un sector de derecha muy definido compuesto por el Ministro de Gobierno, los cuerpos policivos, el grupo de generales que han hecho la contra guerrilla (Matallana, Valencia Tovar), el Ministro de Agricultura. En nuestra acción unitaria y de oposición, tenemos que golpear principalmente a este sector; luchar por aislarlo y por desenmascararlo como responsable de los aspectos más negativos del Gobierno de López”⁴⁹.

Finalmente, en el pleno de abril último, ustedes completaron:

“En el informe al Pleno de Mayo del año pasado... se insistió en la idea de que estamos en una situación política diferente del período de dominación absoluta del Frente Nacional’.

“En dicho informe se señala que: ‘Estamos en los comienzos de un proceso político nuevo ... que puede ser conducido hacia el fortalecimiento de una nueva situación nacional, hacia una nueva situación política y hacia un nuevo poder’...”

“Efectivamente, si se compara la situación actual con la etapa anterior, lo que se destaca es el logro, por parte de las fuerzas populares, de un nuevo clima para su acción y organización, conquistando garantías y derechos que, a pesar de no ser aún muy decisivos, sí tienen importancia como estimulantes de la acción popular.

“Se trata de un terreno conquistado por la movilización popular y la larga lucha democrática contra el estado desitio, contra los aspectos ultrarreaccionarios del llamado ‘frente nacional’, por las libertades y derechos democráticos para el pueblo”...

“El cuadro general del sistema del ‘frente nacional’, ideado en el marco del entendimiento entre los grupos más reaccionarios de la gran burguesía de nuestro país, se sostiene en algunos de sus principales aspectos (repartición por iguales partes entre liberales y conservadores del sector administrativo y judicial, manejo omnímodo de la parato electoral, extrema limitación del Congreso y de los cuerpos colegiados en general). Pero es evidente la tendencia hacia el retroceso de esa estructura antidemocrática, tan cuidada y sostenida por Laureano Gómez y Alberto Lleras.

“Lo importante de precisar es que este aspecto de la situación favorece el desarrollo de la lucha inmediata por reivindicaciones democráticas más amplias y por la demolición de una serie de obstáculos que traban el desenvolvimiento de la lucha y de la organización de las masas populares”...

“Hay que tener en cuenta que se trata de un gobierno que fue elegido por grandes masas democráticas y que tiene un cierto compromiso con esas masas, a las que no puede volver totalmente la espalda, para tratarla sólo a punta de represión y estado desitio, como en gobiernos anteriores sin correr el riesgo de un rápido y absoluto descrédito”⁵⁰.

Hasta aquí los apartes más demostrativos del pensamiento del Partido Comunista alrededor del análisis sobre el triunfo de López Michelsen del 21 de abril y el período que le sucedió. Las citas son algo extensas. No se nos podrá hacer el cargo de pescar entre líneas lunares pasajeros que obedecen más a una acomodaticia interpretación que al contenido mismo de los textos. Todas son opiniones emitidas en documentos de organismos de dirección y copan casi un año, desde mayo de 1974 hasta abril de 1975. Ahora nos permitiremos agruparlas por temas, a fin de ordenar y facilitar nuestra crítica a los graves y falsos criterios que originaron no pocas contradicciones en las filas de la Unión Nacional de Oposición. No vamos desde luego a reproducir nuevamente todas y cada una de las frases. Vaciamos lo que interesa escudriñar en detalle. Los lectores podrán observar el cuidado con que adelantamos esta labor de exploración y ordenamiento, buscando retratar fielmente el modo característico propio del Partido Comunista de entender y aplicar la dialéctica materialista. Y tendrán cómo hacerlo; para ello nos tomamos la molestia de copiar los largos párrafos anteriores. Ustedes, por su parte, no podrán incomodarse porque les facilitemos un espejo en el cual se verán reflejados de cuerpo entero.

Dividiremos las opiniones del Partido Comunista y nuestras críticas en cuatro grandes temas:

1. Análisis de la victoria electoral de López Michelsen y el significado de su candidatura. 2. Los realineamientos producidos en los partidos tradicionales

frente al actual gobierno y los sectores que componen a éste. 3. La “*nueva situación*”, el “*nuevo clima*” ocasionado por el cambio de gobierno, y cómo influyen en las luchas por las reivindicaciones democráticas, y 4. Sobre la forma de adelantar una “*oposición adecuada*” y la posibilidad de arrancarle al sistema “*concesiones importantes*”.

1. La victoria de López Michelsen y su significado

Dicen ustedes acerca del primer tema:

“*Se ha demostrado en este debate electoral que la tendencia predominante en el pueblo colombiano es designo democrático y progresista*”, lo cual “*se comprueba*” con los votos depositados “*por López, María Eugenia y Echeverri*”. Conclusión: “*La derrota de la ultraderecha es mucho más significativa de las tendencias políticas colombianas*”. Causas del triunfo de López: “*Prometió abocar la solución de los problemas más apremiantes del pueblo sobre bases distintas a las del frente oligárquico paritario*”. Hay que agregar “*una razón que no es la menor*”: “*el núcleo principal de la gran burguesía puso sus cartas en favor del candidato liberal*”; “*los imperialistas yanquis y sus agentes más caracterizados tuvieron claro*” que “*la carta de López era para el más seguro que la de Gómez*”, y “*los grupos más importantes de los grandes terratenientes... terminaron por rodear a López o se mantuvieron en actitud de expectativa*”. El Partido Comunista sabe “*que en lo esencial López es la continuidad del sistema. Pero centenares de miles de colombianos suponen que no es así*”, y “*muchos sectores democráticos apoyaron a López con la ilusión de que realmente va a significar un cambio del actual, un avance hacia la democracia y el progreso social, una solución de los grandes problemas de las masas trabajadoras*”. “*En este sentido, López no es solamente el Presidente del temor a la ultraderecha como que también es en parte el Presidente del descontento y la esperanza de grandes masas. Esto, que puede parecer un aparato para algunos, es una realidad. Así lo considera el propio López*”.

Nuestra crítica es la siguiente. Hacemos una observación general aplicable a todos los puntos que estudiaremos: sin mayor esfuerzo de abstracción se capta que la tendencia marcada del Partido Comunista al analizar el desenlace de las elecciones y luego el gobierno que de ellas resultó, es la de diferenciar a todo trance a López Michelsen no sólo de la posición de derecha o de “*ultraderecha*” que enmarca el señor Gómez Hurtado, sino presentarlo como exponente de un régimen menos antidemocrático que el del Frente Nacional. Por eso, desde un principio, el Partido Comunista comienza a hacer malabares con su dialéctica y nos pide que lo imitemos. Nos dice que López Michelsen “*prometió abocar la solución de los problemas más apremiantes del pueblo colombiano sobre bases distintas a las del frente oligárquico paritario*” y a renglón seguido agrega que triunfó a causa también de que el imperialismo norteamericano y sus lacayos colocaron “*sus cartas en favor del candidato liberal*”. Fundamentados en ese juego de “*contrarios*” ustedes

sacan una concluyente deducción: López es “*en parte el Presidente del descontento y la esperanza de grandes masas*” y para que no haya la menor duda, rematan: “*Así lo considera el propio López*”. Pero esto no es dialéctica; esto es fe, porque fe es creer lo que nos dice el enemigo.

Las elecciones son un indicativo aproximado para calibrar la correlación de fuerzas entre los distintos partidos y por consiguiente para medir el grado de desarrollo político de las masas. Permiten a la vez averiguar con alguna precisión los alcances de nuestra influencia organizativa y descubrir aquellas regiones que por la importancia en la producción, la concentración de enormes porciones de masas y el explosivo fermento de problemas sociales demandan un mayor cuidado de la vanguardia obrera. Los procesos electorales nos ayudan a complementar y actualizar la visión que tengamos de la cambiante lucha de clases, para acoplar nuestras acciones abiertas y cerradas sin ir más allá de lo que las circunstancias permitan, mas sin quedarnos atrás de las exigencias de cada momento. Estas entre otras son las ventajas que obtienen las fuerzas revolucionarias al concurrir a dichos eventos legales y al auscultarlos. Sin embargo, los marxistas-leninistas no perdemos de vista jamás que las elecciones de los regímenes explotadores son amañadas y manipuladas por las clases dominantes, y que los partidos revolucionarios participan en ellas sin los recursos de movilización y propaganda con que cuentan excesivamente los partidos reaccionarios. Debido a ello casi siempre los vencedores en las urnas montan el espejismo de que las “*mayorías populares*” los respaldan. Pero a la vuelta de la esquina el pueblo encuentra otros medios para expresar sus más sentidas simpatías. Y esto le sucedió precisamente al presidente López Michelsen, quien a los pocos meses de su mandato se quejaba ya de que a través de los paros cívicos, de las huelgas, de las asonadas callejeras, de las invasiones a las grandes fincas, se estaba configurando un movimiento subversivo de proporciones mayúsculas. En tales condiciones las batallas comiciales arrojarán siempre una imagen parcial de los movimientos y mutaciones que se suceden a veces con extraordinaria rapidez a unos cuantos metros bajo la corteza social. Saberlos descifrar, he ahí la pericia no de los encuestadores del DANE, sino de un partido lúcido, consciente y aprovisionado de una ideología científica, como se supone sea el partido revolucionario del proletariado.

El imperialismo norteamericano y sus lacayos colombianos, la gran burguesía y los grandes terratenientes patrocinaron la candidatura de López Michelsen y la sacaron avante principalmente porque éste, lejos de prometer un gobierno “*sobre bases distintas a las del frente oligárquico paritario*”, se comprometió solemnemente a salvaguardar el fundamento mismo del Frente Nacional: la prolongación de la gran coalición liberal-conservadora antipopular y antidemocrática. En

la convención liberal que lo designó como candidato presidencial de su partido, juró que el entendimiento y la concordia los preconizaba conforme los concebía el ex presidente Ospina Pérez.

El precandidato López Michelsen habló así ante sus correligionarios:

“Yo quisiera preguntarles a cada una de las personas a quien estantopreocupala concordia, si el entendimiento que buscan, lo conciben en los términos que preconizamos el doctor Mariano Ospina Pérez y yo, o sea, el entendimiento de partido a partido, autorizado por sus respectivas jerarquías y apoyado por sus mayorías, o si lo que patrocina, con el nombre de entendimiento, es la estratagema de que las mayorías liberales sirvan para desconocer las mayorías conservadoras, otorgándole la personería de ese partido a sus minorías”. Y recordando un documento suyo redactado en las Islas del Rosario, puntualizó: “Estaríamos dispuestos a aceptar como plataforma común lo que ya constituye un consenso, en el que están de acuerdo nuestros partidos: defensa de nuestros derechos en el campo internacional, lucha contra la vida cara, control y reorganización de los institutos descentralizados. Finalmente, como promiso solemne de que el Ministro de Gobierno, el Contralor General de la República y el Procurador General de la Nación, se an de filiación del partido distinto al del Presidente; paridad en el Poder Judicial y en los organismos electorales, con adecuada representación de todos los intereses. Se podrá configurar de esta suerte, después de las elecciones, una coalición de gobierno, en donde, como es obvio, será necesario hacer transacciones de parte y parte, bajo un presidente, elegido por un partido, que represente a toda la Nación en los términos del artículo 120 de la Constitución”. E increpándole a Lleras Restrepo, su peligroso contendor, quien era más sinceramente partidario de los acuerdos bipartidistas, remachó: “Cuantoyohedichocoincide con la posición de la directiva nacional conservadora, con el ex presidente Ospina Pérez y con el señor Presidente Pastrana. ¿Quién lleva entonces, la bandera del entendimiento, el señor ex presidente Lleras, con la apariencia de un acuerdo nacional, o yo, con una candidatura del partido, que no se disfrazade hegemonía liberal sino que se acoge a las mismas reglas del juego que la candidatura conservadora.”⁵¹

Nos corresponde ahora preguntar a nosotros: ¿No son acaso estas terminantes palabras del candidato liberal su sagrada promesa a la convención de su partido de que se sometería sin sombras a prolongar los acuerdos bipartidistas, esencia del Frente Nacional? ¿De dónde rayos saca entonces el Partido Comunista la descabellada conjetura de que López Michelsen “*prometió abocar la solución de los problemas más apremiantes del pueblo colombiano sobre distintas alas del frente oligárquico paritario?*” ¿O caprichosamente no se le concede ninguna repercusión al hecho de que la reforma constitucional de 1968 prorrogó el régimen paritario y a que el futuro presidente sustentó por salones y callejones, que él sería en San Carlos el más desvelado guardián de la “*Magna Carta*”, como jurisperito constitucionalista que había sido toda su vida? ¿O se guió el Partido Comunista para llegar a tan arrevesada conclusión por ciertas expresiones demagógicas del señor

López Michelsen, estas sí entresacadas de su texto completo? No hubo un solo aspecto programático de importancia del llamado “*mandato claro*” que se apartara de la más pura ortodoxia frentenacionalista. Con relación al dominio del capital internacional en todas las ramas de nuestra economía, el candidato liberal, para proteger los multimillonarios intereses del imperialismo norteamericano, inventó la procaz excusa de que en Colombia no había necesidad de proponer “*nacionalizaciones*”, debido a que las principales industrias y actividades productivas estaban en manos de colombianos. Con el evidente propósito de respaldar la famosa ley 4ª de 1973, compendio del programa más siniestramente reaccionario en cuestión agraria, conocida también como el “*Acuerdo de Chicora*” de la gran burguesía y los grandes terratenientes, el ex compañero jefe predijo que el próximo gobierno no debería emprender nuevos ensayos para el campo, ya que los agricultores colombianos lo que requerían para desarrollar la producción era ante todo una atmósfera de sosiego y tranquilidad. A los obreros les prometió la vieja política oligárquica de la “*economía concertada*” que, como sabemos, consiste en pedirles por igual “*sacrificiosa empleadores y empleados*”, mientras los grandes plutócratas contabilizan fabulosas ganancias y las familias de los trabajadores recortan su presupuesto diario, en medio de indescriptibles angustias y sinsabores. Y en cuanto a la lucha contra el alto costo de la vida, vitrina de su campaña electoral, el “*pollo del mandato claro*” cacareó en todo momento que ésta dependía no de su voluntad generosa, sino del grado de estabilidad inflacionaria, de las fluctuaciones del mercado internacional, de la “*crisis energética*”, de las buenas cosechas, de la psicosis de la bolsa de valores y de otra serie de factores inextricables, hasta el extremo de que las promesas lopistas a este respecto no podían con mover en serio más que a las damas del voluntariado liberal. Acerca de las UPAC, uno de los instrumentos especulativos favoritos del capital financiero y de los pulpos urbanizadores, ideado por la administración Pastrana y que ha preocupado hondamente a las clases y capas más bajas de la población, carentes de vivienda y víctimas propiciatorias de dicho instrumento, el señor López Michelsen conceptuó estar dispuesto a perfeccionarlas y consolidarlas, comprometiéndose a legislar sobre ellas y despejar las lagunas jurídicas que persistían en torno a estos papeles de valor constante.

De ese cariz fueron las otras promesas electorales del actual presidente. Al referirse a los grandes problemas nacionales y a las penalidades del pueblo lo envolvía todo en un lenguaje criptográfico, imposible de concretar, como cuando hablaba de la necesidad del nuevo Concordato, del matrimonio civil y el divorcio civil, de los derechos de la mujer y de la juventud y de las libertades públicas y garantías democráticas. Pero cuando se pronunciaba sobre el apoyo a las gigantes cas compañías imperialistas, a los consorcios del comercio internacional y a los

privilegios de la gran propiedad inmobiliaria, sus postulados eran claros, directos y sin bemoles. No tuvo el menor empacho, por ejemplo, de viajar cuatro meses antes del día de las votaciones a los Estados Unidos a explicar personalmente a los magnates de ese país sus planes de “*centro-izquierda*”. A las agencias prestamistas extranjeras les aseguró que sanearía el fisco para que el Estado pudiera en lo sucesivo cumplir religiosamente con el pago de los elevados intereses de su deuda pública, mediante la supresión de determinados subsidios, el incremento de los impuestos al pueblo y el alza de las tarifas en los servicios públicos. A los grandes potentados del café, al contrario, les prometió reducirles las cargas tributarias, lo mismo que a las grandes sociedades anónimas y en general al capital financiero. Tal vez lo único que se pueda alegar aquí es que estas oscuras intenciones del candidato liberal las formulaba en procura del “bien” de la República y de la “prosperidad” de los pobres de Colombia, y a nombre de su sensibilidad social. Pero enternecerse por los mañosos fingimientos y la repugnante sensibilidad con que los ideólogos de las clases reaccionarias envuelven y aderezan sus planes de filibusteros, a fin de hacerlos presentables, es caer en la más abominable ingenuidad. Si el candidato López Michelsen juró solemnemente prorrogar los acuerdos bipartidistas propios del Frente Nacional y promulgó un programa definitivamente proimperialista y oligárquico, ¿de dónde sacar que aquel “*prometió abocar la solución de los problemas más apremiantes del pueblo sobre bases distintas a las del frente oligárquico paritario*”? ¿O que López seano “*solamente el presidente del temor a la ultraderecha sino que también es en parte el Presidente del descontento y la esperanza de grandes masas*”? ¿*Simplemente porque “así lo considera el propio López*”?

He ahí la forma como funciona la dialéctica del Partido Comunista. El lado negativo del actual gobierno consiste en que fue designado por el imperialismo norteamericano y sus testaferros, la gran burguesía y los grandes terratenientes; pero el lado positivo radica en que “*muchos sectores democráticos apoyaron a López*”. Esta “*paradoja*” arrojó tres millones de votos liberales escrutados por el general Gerardo Ayerbe Chaux. Pero los “*oportunistas*” del MOIR no quieren entender la “*contradicción*” de que una misma persona y un mismo partido encarnaron a la vez los intereses antagónicos del imperialismo y el pueblo, de los explotadores y los explotados, de los ricos y los pobres, de los satisfechos y los descontentos; y “*sindicar*” al Partido Comunista de “*posiciones poco firmes contra López*”. En lo que a nosotros corresponde, debemos admitir que esa “*curiosa*” sapiencia de desdoblarse escolásticamente los aspectos contradictorios de una cosa se la habíamos conocido a nuestros curas de parroquia al explicar el misterio de la trinidad, y al protagonista de este drama, cuando, desde los balcones engalanados de los municipios miserables, en plena campaña electoral, peroraba: “*No faltaba más que los liberales se dieran a perder en nuestros partidos. Ni los ricos para que los defiendan*”

el Partido Conservador, ni los pobres para que los defiendan la Anapo, porque hay un partido que defiende a todos los colombianos, que es la sombra brillante para ricos y pobres, que es el Partido Liberal” 52.

El MOIR critica todos aquellos ataques almirados con que la llamada “oposición” recibió al gobierno de “centro-izquierda”. La táctica ridícula de apoyar lo “bueno” y combatir lo “malo” de la nueva administración, que les escuchamos a los máximos dirigentes de la Anapo, resulta en la práctica una voz de aliento para los tradicionales enemigos del pueblo colombiano. La fermentada “oposición racional y científica” de Hernando Echeverri y sus dos escuderos marchan por el mismo camino de la vacilación y de la entrega. El papel educador y orientador de las fuerzas revolucionarias en la hora presente es combatir todas esas ilusiones alimentadas por la propaganda oficial, a costa si es preciso de momentáneos contratiempos. Tal es la digna posición de lucha que reclamamos para la UNO, con la firme creencia de que las masas populares seguirán nuestra huella, incluyendo a los hombres y mujeres honestos que inicialmente se dejaron confundir por los encantadores de serpientes que nunca faltan.

El Partido Comunista no ha tomado con empeño esta cruzada revolucionaria y, por el contrario, extendió a su manera su cheque en blanco al presidente López. Ustedes montarán en cólera por nuestra crítica, pero los instamos a que reflexionen sobre lo antedicho y sobre lo siguiente. Un valiosísimo servicio se les presenta a los renegados del extinto MRL y con ellos a la reacción en su conjunto, que de labios de un integrante de la UNO salga el comentario de que “*Se ha demostrado en este debate electoral que la tendencia predominante en el pueblo colombiano, es designo democrático y progresista*”; lo cual “*se comprueba*” con los votos depositados “*por López, María Eugenia Echeverri*”. Desde luego que la tendencia predominante del pueblo colombiano es la democracia, y esto se desprende no de los votos sumados al señor López Michelsen, sino de las múltiples y variadas batallas que las masas sostienen dentro del gran torrente de la lucha por la liberación y la revolución. Equiparar la democracia revolucionaria del pueblo colombiano con la votación registrada por López, es honra que no enaltece a nuestro pueblo, ni a la UNO, y en cambio pone sin apelación al continuador y a su partido en las corrientes renovadoras de este siglo. Y la gravedad de tan protuberante desvarío no se disminuye con el consuelo de que “*la derrota de la ultraderecha es mucho más significativa de las tendencias políticas colombianas*”; ni la desvergüenza propia podrá ser cubierta con la hoja de parra de que nosotros sí sabemos que “*en lo esencial López es la continuidad del sistema*” y “*centenares de miles de colombianos suponen que no es así*”.

En primer lugar, fue López quien reclamó como soporte de su mandato no solamente los tres millones de votos liberales, sino el millón y medio de

conservadores, ya que su gobierno es por sobre todo de raigambre bipartidista. Los sufragios de 1974 sortearon la cabeza de la gran coalición entre los delfines López y Gómez, pero preservaron para sus respectivos bandos el control del Estado oligárquico, con idénticos derechos y deberes. De todas las victorias contra la “*ultraderecha*” esta ha sido la menos victoriosa. Y de todas sus derrotas la menos derrotada. Las últimas elecciones ratificaron lo que se viene evidenciado desde 1930: en Colombia el liberalismo es más numeroso que el conservatismo. Sin embargo, la pantomima electoral comprobó algo aún más importante. Que a pesar de lo anterior, el imperialismo norteamericano y sus agentes no pueden prescindir de ninguno de los dos partidos tradicionales para proseguir su obra de extorsión y vandalismo. De ahí la verdadera “*paradoja*” de que el Partido Conservador, representante por excelencia de la clase terrateniente, en notorio y progresivo declive, continúe gobernando de tú a tú con su compinche liberal mayoritario, desde hace varias décadas. Tales acoples burocráticos confirman a la vez la necesidad de la revolución antiimperialista y antioligárquica que sepulte en una fosa común a la “*ultraderecha*” y su carnal, la demagogia.

Ensegundolugar, del fenómeno de que “*centenares de miles de colombianos*” honestos y engañados no intuyan siquiera, como se precian ustedes de saberlo, que el señor López personifique políticamente “*en lo esencial la continuidad del sistema*”, no podemos inferir que los votos depositados a su favor se dan de “*signo democrático y progresista*”. Ello significaría caer en la ilusión que proclamamos combatir. El carácter represivo o democrático, regresivo o progresista, reaccionario o revolucionario de una fuerza política lo determinan en última instancia los intereses de clase bajo cuya influencia actúa. Alfonso López Michelsen es, para utilizar la expresión de ustedes, la “*carta más segura*” del imperialismo norteamericano y sus lacayos y ello le imprime el sello imborrable reaccionario, regresivo, represivo y antinacional a sus actos de gobierno, al margen de los que sus apologistas comenten de éstos. Tampoco variaría en los más mínimo el contenido político del régimen el hecho de que en las elecciones hubiese obtenido un millón por encima o por debajo de los votos que se le imputaron, o que éste logre por más o menos tiempo conservar su aureola demócrata, manteniendo en la mentira a considerables sectores de las masas. López Michelsen ha sido la herramienta perfecta para prolongar sin traumatismos el mando de la coalición bipartidista en esta época de constantes convulsiones sociales. Ningún otro hubiese forjado con tanta idoneidad y eficiencia el monumento al engaño de los colombianos del “*mandato claro*”. A nuestro pueblo le urge desmontar pieza por pieza esta patraña inicua y concentrar el ataque en quienes son sus artífices principales, para destaparlos y aislarlos.

La experiencia de los cuatro períodos del Frente Nacional nos está indicando inequívocamente que es el liberalismo la palanca clave tanto para impulsar como para crearles algún ambiente a las iniciativas antipatrióticas y antidemocráticas cocinadas conjuntamente con el conservatismo. La caverna conservadora estaría bloqueada en Colombia sin los trogloditas liberales, quienes son los que hacen los mandados denigrantes bajo la raída escarapela de libertad, igualdad, fraternidad. No entender esta ley histórica de Colombia, enredarse en las diferencias domésticas de los partidos tradicionales sin percatarse del contubernio no divorciable que los une hasta que la muerte los separe y, especialmente, no comprender que la paternidad responsable recae en el Partido Liberal, es cargarle ladrillo consciente o inconscientemente a la alianza burgués-terrateniente proimperialista. Si el pueblo colombiano le ha vuelto la espalda al conservatismo pero se enreda aún en los hilos de araña de la seudodemocracia liberal, a las fuerzas revolucionarias les corresponde, y en primer término a los elementos avanzados del proletariado, cortar estas trabas ideológicas y políticas que impiden a las inmensas mayorías alzar velas con la presteza que requiere la situación actual. Si combatimos la “*ultraderecha*” conservadora, también debemos, y principalmente, arrancarle la máscara a la “*ultraderecha*” liberal, para poderlas derrocar a ambas. La fuerza política que no haga esto y se empeñe en encontrarle tintes democráticos al señor López Michelsen y al grupo de confianza que lo rodea se adentrarán paso a paso en la manigua del oportunismo.

Unámonos los revolucionarios en un gran frente de combate contra la caverna conservadora y contra sus moradores, los trogloditas liberales, e invitemos a los burlados y humillados de siempre a que emprendan con nosotros la prolongada lucha por la salvación de Colombia.

2. La “*derecha*” y la “*izquierda*” del “*centro-izquierda*”

En relación con los realineamientos producidos en los partidos tradicionales frente al actual gobierno y a los sectores que componen a éste, sostienen ustedes:

“En el liberalismo se ha demarcado el lloismo, el llerismo y el turbayismo” ... Lleras Restrepo “trata de recoger las manifestaciones de descontento de núcleos de la gran burguesía (exportadores y comerciantes) y de los terratenientes, molestos porque algunos jugosos filones de sus negocios se les han reducido o modificado. La agresiva actitud del expresidente es una posición de derecha que persigue dejar las cosas en el menor cambio”. “La pugna jurídica sobre el artículo 122 de la Constitución... es un antifaz para esconder el fondo del problema. Porque fueron los lleristas los que impulsaron la reaccionaria reforma de 1968 que establece la dictadura económica presidencial”. “La maniobra de Lleras Restrepo está dirigida a reorganizar la política del frente nacional, atraer a los sectoresospinistas al fortalecimiento de

una coalición oligárquica con vistas a futuros desarrollos de la política y como alternativa a las posiciones 'liberales' de la administración López". En las directivas conservadoras "cada vez se cristaliza más un sector autodenominado 'progresista', francamente favorable a las medidas del gobierno, mientras el sector de Gómez Hurtado la critica, sobre todo a aquellas que tienen aspectos democráticos (ampliación del margen de libertades, tolerancia a la actividad del Partido Comunista, necesidad de las relaciones con Cuba)". Y a manera de pílogo teórico de lo antedicho, el Partido Comunista preceptúa: "No debe olvidarse que el grupo dirigente de la burguesía conciliadora no representa al sector más retrógrado de la oligarquía colombiana y, por tanto, siempre habrá una oposición de derecha que si expresa los intereses de las capas más reaccionarias de los grupos diversos de los monopolios, para los cuales hasta la menor concesión es un ataque al sacrosanto 'orden burgués'". Y finalmente: "El gobierno sí tiene un sector de derecha muy definido compuesto por el Ministro de Gobierno, los cuerpos policivos, el grupo de generales que han hecho la contraguerrilla (Matallana, Valencia Tovar), el Ministro de Agricultura. En nuestra acción unitaria y de oposición, tenemos que golpear principalmente a este sector, luchar por aislarlo y por desensamblarlo como responsable de los aspectos más negativos del gobierno de López".

De nuevo anotamos que es palmaria la tendencia del Partido Comunista a exonerar al máximo dirigente de la gran coalición oligárquica, al jefe del Estado, de los estragos de la política oficial, poniendo en hombros de otros la responsabilidad de llevar ésta a cabo. Muchos de los innobles ajetreos que ustedes asignan a Lleras Restrepo como cabecilla de una facción liberal enfrentada a la del actual presidente, pueden atribuírsele con mayor propiedad a López Michelsen, en su condición de primer mandatario. Por ellos padeció también el ex presidente durante su período. Como saber que cada alcalde manda en su año, los gobernantes de Colombia son escogidos para eso, para que manden y protejan los excluyentes privilegios, y lo hagan a cabalidad y sin limitaciones. A esto obedece la interrumpida acumulación de facultades extraordinarias en el Ejecutivo recortándose las a otras ramas del poder público. No discrepamos con ustedes en que el ex presidente, aunque venido a menos desde cuando abandonó el empleo más codiciado de la república oligárquica, todavía se desvela por las clases dominantes. Y a ustedes les va a quedar muy difícil seguir discrepando con nosotros en que, a partir del 21 de abril, es a López Michelsen y no a Lleras Restrepo a quien le ha correspondido el principal papel de vocero de la defensa de los intereses de la alianza burgués-terrateniente proimperialista. Invertir las funciones de estos dos personajes, cual lo hace la declaración del Partido Comunista de noviembre pasado, es desviar la puntería e indultarle al "mandato claro" las deudas de sangre, sudor y lágrimas que ha venido contrayendo con el pueblo colombiano, en cumplimiento de su proditorio cometido de garantizar la violenta explotación de los oprimidos por los opresores.

Mientras Lleras Restrepo dicta conferencias a favor de los monopolistas externos e internos, bregando a rescatar parte de las simpatías perdidas que le procuren un nuevo cuatrienio, López Michelsen promulga los decretos que aquellos demandan. Mientras el primero diserta sobre los alcances de la reforma constitucional de 1968, el segundo la utiliza para consolidar las ganancias del gran capital y de los grandes terratenientes, aumentando la carga a las clases trabajadoras. Mientras el transformador Lleras planifica el futuro de su vida pública en el desarrollo del bipartidismo tradicional, el continuador López apunta las bases económicas y políticas para la supervivencia del mismo. Por eso, las críticas de aquel contra éste no van más allá de ciertos asuntos accesorios, porque nadie más que Lleras Restrepo sabe hasta dónde su propio porvenir depende del éxito de la gestión gubernamental de quien lo apabullara y apartara de las elecciones de 1974.

Cuando el Partido Comunista dio a conocer, a finales del año pasado, el planteamiento de que Lleras Restrepo “*trata de recoger las manifestaciones de descontento de núcleos de la gran burguesía (exportadores y comerciantes) y de los terratenientes, molestos porque algunos jugosos filones de sus negocios se les han reducido o modificado*”, nos encontrábamos al final de los 45 días de la emergencia económica decretada por López. ¿Quién o qué había “*reducido o modificado*” los “*jugosos filones*”? No hay duda de que ustedes se remiten a las disposiciones emanadas de la aplicación del artículo 122 de la Constitución, y admiten sin juicio de inventario que el gobierno ha lesionado las entradas de las clases dominantes, o por lo menos de ciertos “*núcleos*” de ellas. O sea, se da un fallo, digámoslo, benigno sobre la racha de medidas gubernamentales de aquellos días. Sin embargo, desde un principio se visualizó que los decretos de emergencia estaban dirigidos, por una parte, a arrebatarles a las clases laboriosas muchos miles de millones de pesos y, por otra, a incrementar los “*jugosos filones de los negocios*” no sólo de la gran burguesía y los grandes terratenientes, sino de su amo extranjero.

No haremos un balance de la legislación de excepción derivada del uso del 122, pero podemos brevemente resumir en unas cuantas palabras sus alcances principales. Extendió a las compañías extranjeras encargadas de la exploración y explotación del gas natural no asociado, el tratamiento ventajoso que reciben los monopolios petroleros en materia de régimen cambiario y comercio exterior. Redujo notoriamente a los grandes comerciantes del café el impuesto a las exportaciones del grano. Y elevó desmesuradamente, como su finalidad más apetecida, los ingresos del Estado no a cargo de las capas más pudientes de la población, cual lo pregona el gobierno, sino por cuenta de los desfalcados bolsillos del pueblo colombiano. La reforma tributaria, timbre de orgullo de la presente administración, fue separada en dos paquetes: las modificaciones del denominado

impuesto a las ventas y las del recaudo sobre la renta y complementarios. A las primeras, es decir, a los aumentos de los gravámenes al consumo que los pagan siempre las masas trabajadoras, corresponden los estipendios más cuantiosos de la reforma. Últimamente los expertos del gobierno han venido admitiendo que las nuevas contribuciones por este concepto duplican y hasta triplican el estimativo inicial de 1.500 millones de pesos anuales, hecho por ellos mismos. Lo cual no significa que el impuesto a la renta y complementarios, acrecido en proporciones menores pertenezca a la cuota de “sacrificios” de las clases dominantes que los alcabaleros del régimen dicen repartir por igual entre todos los colombianos. Si el impuesto a las ventas es por excelencia regresivo, los otros cambios introducidos a la tributación no lo son menos. La reforma tributaria disminuyó las obligaciones de las grandes sociedades anónimas extranjeras y nacionales y multiplicó los aportes de la pequeña y mediana industria, poniendo a muchas de ellas al borde de la quiebra. Y para complementar, el estatuto impositivo deja, como ha sido usual en el sistema tributario colombiano, las consuetudinarias compuertas de la evasión abiertas, con el objeto de que la alta plutocracia pueda esconder, sin pagar mayor cosa, los “jugosos filones de sus negocios”.

Apaciguados los ánimos y asentada la polvareda de críticas contradictorias que levantó la utilización de las facultades discrecionales del Ejecutivo en asuntos económicos, en virtud del artículo 122 de la Constitución, quedó nítido y a simple vista que la emergencia económica buscaba preferentemente esquilmarle al pueblo, durante los cuatro años del “mandato claro” más de 20 mil millones de pesos. Con esa suma se irá cancelando la enorme deuda pública que el Estado viene contrayendo con las agencias prestamistas extranjeras. En esto consistía una de las exigencias categóricas del imperialismo norteamericano a sus agentes en Colombia. También lo fueron las otras medidas colaterales de la actual administración, tendientes a sanear el fisco, como la supresión de algunos subsidios y las alzas de las tarifas de los servicios públicos ya sancionados y las que se anuncian para el futuro inmediato. A quien abrigue dudas al respecto le conviene leer el informe que el ministro de Hacienda de Colombia presentó en el pasado mes de junio a la reunión de París del Grupo de Consulta, integrado por los más poderosos organismos internacionales de crédito, con el cual el gobierno de López rindió cuentas a sus acreedores, explicó cómo había puesto orden a las finanzas y “procedió” finalmente a solicitar el consabido préstamo. Satisfizo tanto el informe al Grupo de Consulta que éste dio el visto bueno para empréstitos por 2.600 millones de dólares, cuando los mandatarios colombianos habían calculado que les bastaría con 2.400. Parece que ése es el precio de la administración López Michelsen: ¡2.600 millones de dólares! He ahí la estrategia económica del “mandato claro”. La cuenta la paga el pueblo a través del aumento de los impuestos y de

la elevación progresiva del costo de la vida, por cuyas causas se verá impelido a trabajar más y a comer menos. Cabe añadir que siguen pendientes autorizaciones como las de las alzas mensuales de la gasolina y demás derivados del petróleo, que desatarán nuevas ráfagas de carestía, con su secuela de hambre y sufrimiento para las mayorías nacionales.

No todos están tristes en Macondo por esta situación. Fuera del imperialismo norteamericano a quien le toca la parte del león, las capas más encumbradas de la oligarquía burguesa y terrateniente han exteriorizado su dicha embriagadora, porque están seguras de que a ellas también les quedará su buena porción del ponqué de los 2.600 millones de empréstitos. No creemos necesario reproducir los comunicados y declaraciones de los grandes gremios, de la banca, de los monopolios, expresando su aprobación por las orientaciones económicas del gobierno. Nos haríamos demasiado extensos, pero los tendremos cerca como pruebas irrefutables. Desde luego que en este concierto de alabanzas de los selectos y empingorotados amigos de la política oficial hay voces que disuenan, no a consecuencia de que sus *“jugosos filones”* se hayan *“reducido”*. Se trata de las disputas de los bandidos a la hora del reparto del botín, del pugilato entre quienes reclaman más porque más tienen: es *“la codicia sin fin de los señores”*.

Trae el Partido Comunista a colación que *“la pugna jurídica sobre el artículo 122 de la Constitución”* esconde el fondo de la *“posición de derecha”* del grupo de Carlos Lleras. Y agrega: *“Fueron los lleristas los que impulsaron la reaccionaria reforma de 1968 que establece la dictadura económica presidencial”*. En su afán de encontrar mojonos deslizantes entre el transformador y el continuador, ustedes cometen un error injustificable. Silencian, primero, que la última reforma constitucional no hubiera podido ser expedida en el Congreso sin la estrecha colaboración de los parlamentarios del desaparecido MRL, quienes concertaron la unidad liberal en torno a la defensa del gobierno de Lleras Restrepo y a trueque de los correspondientes gajes burocráticos, incluyendo los nombramientos al ex compañero jefe, designado gobernador del Cesar y luego ministro de Relaciones Exteriores. Y, segundo, olvidan que no fue Lleras Restrepo el autor de la emergencia económica del tantas veces mencionado artículo 122 de la Constitución, sino el propio López Michelsen.

La reforma constitucional de 1968 se caracteriza, como es ampliamente conocido, por su catadura antidemocrática y antipopular. Se inspira en dos inquietudes claramente definidas de las clases dominantes: la prolongación sin plazo del régimen bipartidista y el fortalecimiento del Ejecutivo, mediante el traslado en la figura del presidente de la República de casi todas las prerrogativas estatales. Ambos propósitos cumplen con los requerimientos de los imperialistas norteamericanos y de sus intermediarios de desarrollar un capitalismo de Estado

que esté a su servicio. No obstante, el gobierno de Lleras, encargado de plasmar la enmienda constitucional, no tenía en el Congreso una fuerza decisoria, debido a la mayoría calificada de los dos tercios de los votos que la misma Carta fijaba para su modificación. Después de muchos avatares que desembocaron en la renuncia no aceptada del primer mandatario, la nueva Constitución vendría a este mundo con un privilegio muy especial: difícilmente quedaría huérfana, ya que no poseía uno sino varios padres. El soplo de vida se lo dieron colectivamente los dos partidos tradicionales, los parlamentarios del disuelto MRL y la Alianza Nacional Popular.

El senador Alfonso López Michelsen presentó al Parlamento en 1966 un proyecto Legislativo, en cuyo texto se encontraban precisamente dos de las más relevantes normas que después formarían parte de la Constitución vigente. En la numeración definitiva pasaron a ser, la una, el artículo 32, por el cual se promulga que *“la dirección general de la economía estará a cargo del Estado”*, y, la otra, el artículo 122, que, como usted es dicen, *“establece la dictadura económica presidencial”*. El autor, en misiva dirigida a sus ex compañeros del MRL, de agosto de 1967, sustentó las razones de la unidad liberal y explicó los acuerdos previos relativos a la reforma constitucional. Así se expresó López Michelsen: *“La enmienda constitucional que está actualmente a estudio del Congreso es el fruto de coincidencias, compromisos o concesiones entre las dos reformas: la oficial y la nuestra.*

“Al amparo de este proceso de unificación de reformas legislativas, no menos que al adoptar el gobierno puntos esenciales del programa del MRL, éste se encontró súbitamente de aliado del gobierno en la lucha por la reforma constitucional, la reforma agraria, la autonomía monetaria y el control de cambios, las relaciones comerciales con los países socialistas y otros aspectos de la orientación de la actual administración... De esta suerte, y sin que fuera voluntad mía impuesta al movimiento, éste se vio colocado en un limbo político. No era gobierno ni era oposición. Compartía los programas renovadores del Gobierno..., pero sin dejar de criticar la política represiva del Gobierno, como lo hacían, por lo demás, algunos miembros del oficialismo, y como debimos hacerlo, en calidad de hombres libres, cuando quiera que nuestra interpretación de las garantías individuales esté en conflicto con la de los gobernantes”⁵³.

El senador López era también ferviente devoto de la táctica de apoyar lo *“bueno”* y combatir lo *“malo”* del gobierno de Lleras Restrepo, tal cual éste se le aplica ahora al *“mandato claro”*. Con decir que esa es la *“oposición racional”* de obligado recibo entre las corrientes y jefes políticos del sistema cuando se turnan unas veces en el gobierno y otras como aspirantes al mismo. Pero lo que vale la pena subrayar aquí es que desde la época de la reforma constitucional de 1968, obra conjunta de los partidos tradicionales, como el resto de la superestructura jurídica del país, el actual presidente era ya peón de brega del sistema bipartidista. Inventar, por lo tanto, que Lleras Restrepo se le enfrenta a López Michelsen

desde una “*posición de derecha*”, como lo arguye el Partido Comunista, apoyándose, de un lado, en que fue el llerismo quien impulsó “*la reaccionaria reforma de 1968 que estableció la dictadura económica presidencial*”, mas callando deliberadamente la participación que en ella tuvo el lopismo; y basándose, del otro, en que el gobierno de “*centro-izquierda*” ha “*reducido o modificado*” algunos jugosos negocios de “*núcleos de la gran burguesía y de los terratenientes*”, no sólo es un velado servicio al régimen imperante, sino una abierta trasgresión histórica. No estamos exagerando un ápice al hacer esta crítica descarnadamente. La interpretación política que el Partido Comunista pretende hacer del gobierno de López Michelsen, baila toda sobre el supuesto de que la actual administración es diferente a la vieja coalición oligárquica, la del Frente Nacional, la misma que el pueblo colombiano ha presenciado y sufrido durante décadas. Y no se nos puede desmentir. Para la muestra un botón. Narran ustedes en la declaración de noviembre pasado que “*la maniobra de Lleras Restrepo está dirigida a reorganizar la política del Frente Nacional, atraer a los sectores ospinistas al fortalecimiento de una coalición oligárquica con vistas a futuros desarrollos de la política y como alternativa a las posiciones liberales de la administración López*”. ¿No es volver a insinuar con otras palabras que el gobierno del “mandato claro” está a la vera de la gran coalición oligárquica? Si Lleras Restrepo busca reorganizar dicha coalición, ¿a qué poderes de clase obedece el jefe del Estado? ¿No están acaso los sectores ospinistas y alvaristas y demás estamentos del alto mando conservador cerrando filas con su presidente? ¿No tienen estos sectores la mitad de los ministerios, de las gobernaciones, de las alcaldías, de las inspecciones, de las gerencias de los establecimientos públicos, de los cargos en la rama judicial y no influyen determinadamente en las fuerzas armadas y demás organismos estatales a todo nivel, en los cuales nada se resuelve sin la aquiescencia del conservatismo? Es cierto que el ex presidente Lleras Restrepo cifra sus esperanzas de reelección en la supervivencia de la concordia liberal-conservadora, pero sus pretensiones en este sentido no se contraponen a la línea oficial del gobierno de “*centro-izquierda*”, cabeza visible del bipartidismo tradicional. Ya vimos los fundamentos económicos y políticos de esta administración. Ni sus medidas gubernamentales, ni sus declaraciones públicas, ni su trayectoria de los últimos diez años, indican que Alfonso López Michelsen haya tenido aspiración distinta de la de ser continuador del Frente Nacional. Y lo ha sido con lujo de competencia. Desde cuando clausuró el MRL, con el cual afiló sus primeras armas y firmó la paz con las vacas sagradas de su partido, hizo votos de perpetua lealtad a la santa alianza burgués-terrateniente proimperialista. Y en verdad que ha cumplido. De este personaje de la oligarquía colombiana lo más que se podrá decir es que venció a los denominados “*jefes naturales*” del liberalismo, a quienes lanzó al destierro político o tendió en el campo; y los venció a todos no con banderas propias,

sino con las mismas que supo arrebatarnos. Una vez adueñado del poder entero, no contento con dictarle pautas a la derecha que le rinde pleitesía, ha pretendido dividir las fuerzas de izquierda, metiendo cuñas entre ellas, halagando a los arribistas, promoviendo la vacilación, disfrazándose de tolerante y utilizando un lenguaje demagógico.

En un mensaje suyo a la dirección liberal, cuando todavía desempeñaba el cargo de ministro de Relaciones Exteriores de Carlos Lleras Restrepo, López compendia con inigualable claridad y desfachatez las coincidencias fundamentales que atan indisolublemente a los dos partidos tradicionales. No hemos resistido a la tentación de reproducir el pasaje más elocuente y que ilustra con lente de aumento los criterios que ha venido sosteniendo el MOIR. Así recapacita este prócer de las altas finanzas y de la gran propiedad inmobiliaria:

*“Se viene repitiendo, desde hace casi un cuarto de siglo, que se borraron las fronteras entre los partidos. Yo creo que así es pero que en la práctica no se ha derivado ninguna consecuencia de este diagnóstico. Ambos partidos, como se vio en la reciente reforma constitucional, comparten la concepción del Estado en lo político, en lo económico y en lo social. Un y otro son agrupaciones policlasistas que no amenazan en modo alguno la estructura actual de la sociedad colombiana. Y en materias internacionales, con excepción de la cuestión concordataria, existe una coincidencia bipartidista. De esta suerte, nuestras dos colectividades históricas se confunden en el empleo de un mismo vocabulario de desarrollistas y casi marxista, invocando los unos las encíclicas pontificias y los otros el pensamiento de Uribe Uribe sobre liberalismo y socialismo”*⁵⁴.

La excepción a que se refiere el párrafo transcrito quedó transada con la reciente aprobación del nuevo Concordato. Cuanto importa aprender a las fuerzas revolucionarias colombianas en la presente coyuntura, y en especial a los partidos que conforman la UNO, es que tienen entre sí a un enemigo consciente de su misión, leal como tal vez ninguno al bipartidismo tradicional y sin el menor reato para aparecer según convenga como defensor de las encíclicas papales o del “*marxismo*”. Arrancarle la careta demagógica mediante una lucha ideológica y política jamás conocida en la historia del país: he ahí nuestra tarea principal. Sólo en esa forma lograremos cosechar triunfos actualmente en la aspiración de unir y organizar a todos los revolucionarios en un frente común.

Es innegable que los análisis atañedores a los acontecimientos políticos, efectuados después de transcurrido un largo tiempo y conocidos todos y cada uno de los aspectos de la realidad económica y social, hasta sus últimas consecuencias, cuentan con mejores posibilidades de acierto de los que intentamos formular cuando todavía somos actores y espectadores de los mismos. El Partido Comunista ha sido particularmente desventurado en esta esquivada labor. En las páginas iniciales de esta carta señalábamos cuán manfífo resultó, por ejemplo, el

vaticinio de la “*crisis decisiva*” del bipartidismo tradicional, a raíz de la victoria electoral de la Anapo en 1970. A los cuatro años los partidos Liberal y Conservador mancornados seguirían controlando el panorama político de la nación quizá con mayor atrevimiento que en los albores del Frente Nacional. Atrás dijimos que el desenfoco del Partido Comunista en sus pronósticos de comienzos del decenio radicó en no comprender que el movimiento del general Rojas Pinilla, no obstante su auge esporádico, no podría dar al traste con el bipartidismo colombiano. Que el sepulturero de éste sería sólo un partido auténticamente revolucionario, el partido de la clase obrera. Los desaciertos acerca del análisis político del vencedor de 1974 consisten en pasar por alto que López Michelsen, con todo y sus tres millones de votos, no ha dejado de ser más que el mandadero oficioso de las clases dominantes desde la cúspide del poder, y, por lo consiguiente, no tiene a su derecha enemigos que merezcan el calificativo de tales. Allí está, por ejemplo, Lleras Restrepo girando cada vez más hacia el “*centro-izquierda*” en auxilio del gobierno, ante la ola de protestas populares desencadenada por las medidas oficiales.

Ustedes dirán que los moiristas enredan la pita y tratan de confundirnos, porque no fue el ex presidente quien virara hacia el “*centro-izquierda*”, sino el presidente quien torció hacia las “*posiciones de derecha*”. Que entre el diablo y escoja. Nosotros hemos aclarado y seguiremos sosteniendo que el régimen de López Michelsen encarna, en su calidad de principal baluarte de la oligarquía proimperialista, la posición reaccionaria, antinacional, antipopular y antidemocrática, de derecha. La denominación de “*centro-izquierda*” que el mismo gobierno reclama para sí, no es más que el taparrabos que lo viste. Ustedes son los culpables de este nudo. Nosotros simplemente procuramos desatarlo.

Un mentís parecido le han dado a la declaración del Partido Comunista los recientes acontecimientos suscitados en las toldas del apellidado “*progresismo*” conservador. pero a la inversa. El apoyo que tal sector le brindaba al gobierno, según ustedes, contrarrestando las críticas de los parciales de Álvaro Gómez a las medidas oficiales, “*sobre todo a aquellas que tienen aspectos democráticos (ampliación del margen de libertades, tolerancia a la actividad del Partido Comunista, necesidad de las relaciones con Cuba)*”, se convirtió en la más acérrima diatriba. En efecto, los “*progresistas*” conservadores en su última asamblea general, que se hizo mucho antes de la instauración del estado de sitio, lanzaron su queja vehemente contra el lopismo y sus decretos. A pesar de todo, tales episodios no dejan de ser circunstanciales en el examen que estamos adelantando. La médula del asunto se ubica en saber si los llamados “*aspectos democráticos*” que ustedes enumeran lo son en realidad y si obedecen a un fundamento económico y político verdadero, o son, como tantos otros axiomas del Partido Comunista, fervientes deseos y juicios subjetivos.

Por ejemplo, la “*ampliación del margen de libertades*”, ¿cuenta bajo el régimen vigente con una base económica y política que la haga posible? De ninguna manera. A un poder que se yergue sobre la explotación y extorsión de 90 por ciento y más de la población colombiana, no le queda otro remedio que acudir a la represión violenta. Siempre que los intereses económicos de las masas populares han chocado con los del puñado de imperialistas y sus agentes criollos, la minoría dominante recurre sin excepción a acallar a los desposeídos, echando mano de sus instrumentos de coerción: los fusiles y las cárceles. Por eso Colombia ha vivido en el decurso de este siglo sometida casi interrumpidamente al estado de sitio. Los mandatarios lo levantan sólo cuando amaina la tormenta de la lucha de clases y a veces en los períodos anteriores o subsiguientes a las elecciones, con el objeto de preservar las apariencias pseudo democráticas. Debido a ello los escasísimos derechos democráticos y las libertades públicas muy recortadas, de los cuales han alcanzado a gozar las masas populares en Colombia, son fruto de sus luchas valerosas, por lo general abonadas con su sangre. Aquellos nunca fueron regalos bondadosos de los títeres de turno. Posteriormente hablaremos de esto. Aquí únicamente buscamos precisar la ausencia de un piso económico y político que haga tender hacia la democracia y la libertad a los regímenes conocidos en nuestra patria. Hasta López Michelsen, quien llegara a la Presidencia con cerca de cinco millones de votos liberales y conservadores de respaldo, la votación más caudalosa de la historia republicana colombiana, antes de cumplido el primer año de su mandato y contrariando sus fingidas declaraciones de amor por las libertades públicas, se refirió como cualquiera de sus antecesores en el estado de sitio.

Ustedes replicarán: ¡bonita manera de predecir el porvenir, lloviendo sobre mojado! Ese documento del Partido Comunista fue escrito mucho antes del estado de sitio lopista y el MOIR nos refuta ahora, después de que éste ha sido instaurado. Ciertamente no se necesitaba ser adivino ni esperar a la consumación de los crímenes para desentrañar la naturaleza antidemocrática y represiva del nuevo gobierno. Con antelación a la posesión de López, en la Tercera Convención de la UNO de julio de año pasado, el secretario general del MOIR, camarada Francisco Mosquera, hizo esta advertencia.

“Y en cuanto a la falsa creencia de que Alfonso López será menos represivo y sanguinario que sus antecesores, vale la pena hacer la siguiente consideración. ¡Qué va a pasar cuando los obreros acosados por el hambre exijan aumentos de sus salarios y hagan uso del legítimo derecho de la huelga, o cuando los campesinos invadan las grandes latifundios en procura de un pedazo de tierra para trabajarlos, o cuando los estudiantes se subleven en defensa de sus derechos y de una cultura nacional y científica al servicio de las masas populares, o cuando el pueblo se levante contra el saqueo imperialista, contra el alza continuada del costo de la vida,

contrala inseguridad social, qué va a pasar, preguntamos, ¿cuál será la orden del presidente liberal a los aparatos represivos del régimen?, ¿qué intereses se van a proteger?, ¿a quién se va a encarcelar y a reprimir, a los explotadores o a los explotados, a los presos o a los oprimidos? Por experiencias sabemos que estos conflictos de clase, de los cuales en última instancia depende el desarrollo de la sociedad colombiana, no se podrán congelar, que, latentes como se hallan en toda la actividad política del país, a cada paso estallarán con mayor furia y más definidos perfiles. Y también por experiencias sabemos que el Estado oligárquico golpeará cada vez más violentamente a los justos reclamos de las masas, para eso fue creado y es así su función hasta que lo destruya el pueblo. La lucha de clases en pleno auge hará saltar en pedazos todas las ilusiones sobre el nuevo gobierno, pondrá a cada cual en su sitio y demostrará que el resultado electoral no fue más que un delostantos aspectos contradictorios de la multifacética sociedad colombiana”⁵⁵.

Sobre la tolerancia del Partido Comunista por parte del mandato de “*centro-izquierda*”, nadie mejor que los miembros de ese partido para juzgarla justiciaramente. Y acerca de un último “*aspecto democrático*” de las medidas oficiales: la “*necesidad de las relaciones con Cuba*”, queremos hacer un comentario muy sucinto. El rompimiento del bloqueo económico levantado por los Estados Unidos contra la gloriosa isla de Martí y de Fidel, como lo hemos dicho en otras oportunidades, es una victoria de la revolución cubana y una aplastante derrota del imperialismo norteamericano que día a día pierde terreno en sus afanes hegemónicos de dominación mundial. Y saludamos alborozadamente que Colombia reinicie sus intercambios comerciales y diplomáticos con la hermana república de Cuba, dentro de nuestra política de propugnar las relaciones del país con el resto de Estados del planeta, en particular con los pueblos del Tercer Mundo y las naciones socialistas, según los principios revolucionarios de la coexistencia pacífica. No obstante, el hecho que nos ocupa no significa que el régimen lopista haya variado su política exterior, dictada en lo fundamental por el gobierno de los Estados Unidos. Es más, la reapertura de las relaciones con Cuba la gestionaron los portavoces del “*centro-izquierda*” procurando no transgredir ni una coma del humillante Tratado Internacional de Asistencia Recíproca, impuesto por el imperialismo norteamericano a sus neocolonias del Continente. Por parte de Colombia el proceso del restablecimiento de relaciones fue llevado con suma cautela. Es de público conocimiento que los mandatarios colombianos mantuvieron un estrecho y constante contacto con la Embajada estadounidense, cuidándose vergonzosamente de que el paso que daban no fuese malinterpretado en Washington. En suma, de dientes afuera el “*mandato claro*” habla de entablar conexiones con todos los países, incluyendo las repúblicas socialistas, pero en la práctica su política externa se orienta, bajo la influencia de los Estados Unidos, contra las naciones sojuzgadas y contra los pueblos que han conquistado el socialismo.

Conforme a nuestros planes previos proseguimos el peregrinaje por todos los parajes y vericuetos de la escabrosa política oficial, siguiendo el rastro que ha ido dejando nuestro aliado en la UNO en sus surtidos materiales. Cuando pensábamos que ya habíamos descubierto lo más interesante, tropicamos de pronto con la veta principal: el basamento “teórico” del Partido Comunista de todas sus interpretaciones del gobierno de López Michelsen. Helo aquí: “No debe olvidarse que el grupo dirigente de la burguesía conciliadora no representa al sector más retrógrado de la oligarquía colombiana y, por tanto, siempre habrá una oposición de derecha que sí expresa los intereses de las capas más reaccionarias de los grupos diversos de los monopolios para los cuales hasta la menor concesión es un ataque al sacrosanto ‘orden’ burgués”. De tal manera que “el grupo dirigente de la burguesía conciliadora no representa al sector más retrógrado de la oligarquía colombiana” y por fuer del gobierno “siempre habrá una oposición de derecha que sí expresa los intereses de las capas más reaccionarias de los grupos diversos de los monopolios”. Sustentartodo lo que se ha venido sosteniendo sobre la nueva administración con tan improvisado e incoherente análisis busca, para decirlo claramente, liberar al régimen lopista, por lo menos en “teoría”, del baldón de ser el instrumento de las fuerzas más negras y retardatarias. El imperialismo norteamericano es la base de toda la política reaccionaria y fascista del país. Y el imperialismo, causa principal del atraso y la miseria de las colonias y neocolonias, se apoya invariablemente en las corrientes más retrógradas y antipatrióticas de las países sometidos. El imperialismo norteamericano en Colombia se une íntimamente con los círculos más poderosos y reaccionarios de la gran burguesía y los grandes terratenientes y la alianza de estas tres fuerzas, enemigas por naturaleza del progreso y la libertad, controla el Estado. ¿O quién controla el Estado en Colombia? ¿Qué clases? ¿Será el “sector MENOS retrógrado de la oligarquía colombiana?” O “las capas MENOS reaccionarias de los diversos grupos de los monopolios”? No, señores. Los grupos más privilegiados, más poderosos, más influyentes de la burguesía y de los terratenientes, es decir, una minoría selecta, es la que manda y se favorece directamente de las medidas oficiales. Basta examinar los efectos de los decretos para saber qué poderes económicos se esconden detrás del trono y de su majestad. Los primeros beneficiados son los grandes monopolios imperialistas, luego sus intermediarios, los magnates de la banca y de la bolsa y los caballeros de la gran propiedad territorial. El resto del país paga con su ruina y con su famélica existencia el festín de esa minoría de elegidos de la fortuna. Y los intereses económicos del Estado determinan sus intereses políticos, el carácter de su orientación super antinacional y archireaccionaria. Las capas directivas de la burguesía conciliadora representan, junto a las de los grandes terratenientes, la piedra angular de la sojuzgación imperialista. Los aliados naturales del imperialismo en la Colombia

de hoy son, por lo tanto, dichas capas dirigentes, portaestandartes de la política más reaccionaria y antinacional del gobierno. Entre estos enemigos del progreso afloran de cuando en cuando cierto tipo de contradicciones ocasionales que nunca llegan a amenazar la supervivencia de su alianza. Ninguno de ellos por separado puede sostener la explotación y el dominio sobre el pueblo y la nación colombiana. En nuestro país la alianza burgués-terrateniente proimperialista se expresa políticamente en la coalición liberal-conservadora, cuya principal fortaleza es en la actualidad el gobierno que dirige Alfonso López Michelsen. Esta es la concepción materialista, marxista-leninista, del problema del Poder de la sociedad colombiana en su presente etapa.

Sólo así podremos comprender la justeza de la línea de la unificación popular, ya que las clases y estamentos avanzados y progresistas, por encima de cualquier consideración subalterna, deben bloquear los núcleos dirigentes de la reacción, como responsables que son de mantener a Colombia en el atraso y en la dependencia externa. Y la lucha principal del pueblo unido es contra el Estado oligárquico proimperialista, porque por intermedio de éste el imperialismo y sus aliados aprisionan el país en dicho atraso y dicha dependencia. Y, por otra parte, sólo así podremos explicar coherentemente un fenómeno tan peculiar en la política de las clases dominantes en Colombia: el de que los liberales siempre terminan accediendo a las peticiones más ultrarreaccionarias de sus socios conservadores. Fue, precisamente, por ejemplo, un Parlamento de abrumadora mayoría liberal el que reimplantó no hace mucho la ley de aparcería, una de las instituciones feudales por antonomasia, adobándola, desde luego, con la forma de contrato capitalista. Por eso, fraccionar en la “teoría” a las clases enemigas de la revolución, desconociendo el hecho principal de que en la práctica están indefectiblemente unidas, es caer en la trampa del maniobrerismo de los partidos tradicionales que, a pesar de sus íntimas avenencias, preservan con astucia las apariencias de agrupaciones con destinos diferentes y contrapuestos.

Como una derivación apenas lógica de su breviario teórico, el Partido Comunista se imponen la tarea de “golpear principalmente” a “un sector de derecha muy definido” del mandato de “centro-izquierda”, al cual hay que “aislar y desenmascarar” como “responsable de los aspectos más negativos del gobierno de López”. E incluso a sus aliados en la “acción unitaria y de oposición” a hacerse copartícipes de esta táctica tan privativamente suya. ¿Cuáles es ese “sector de derecha muy definido”? Ustedes lo señalaron sin pérdida de tiempo: “El Ministro de Gobierno, los cuerpos policivos, el grupo de generales que han hecho la contra guerrilla (Matallana, Valencia Tovar), el Ministro de Agricultura”. Sin embargo, esta línea conlleva unas lagunas inmensas que los lectores más atentos ya habrán notado. ¿Qué haremos con el jefe del Estado? ¿Y con su equipo liberal? Porque no hay que olvidar que el presidente,

como él lo hadicho, “*no es un hombre sin un equipo*”. ¿Dónde los archivamos: en la derecha, en la izquierda, en el “*centro-izquierda*”? La propuesta presenta otros inconvenientes peores. Vamos a aislar la derecha, ¿del Estado? ¿Cómo hacerlo, si la Constitución oligárquica garantiza su permanencia dentro de la rama ejecutiva, con amplias y determinantes prerrogativas? Para hacerlo tendremos que derrocar el gobierno y cambiar la Constitución. ¿O vamos a aislarla por fuera del Estado, ante las gentes? Pero si la “*ultraderecha*” fue “*derrotada*” el 21 de abril, según lo atestiguaron ustedes.

La línea opositora del Partido Comunista naufraga en un océano de interminables inconsecuencias. La confusión proviene de ignorar la ley por la cual la política reaccionaria y antipatriótica de la alianza burgués-terrateniente proimperialista, propia del bipartidismo tradicional, defendida y aplicada principalmente por el Estado oligárquico, cuenta actualmente en la figura de López Michelsen, en su calidad de presidente de la República, a su jefe y mentor indiscutido. El Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario propone su línea de concentrar el ataque en la cabeza visible de la gran coalición gobernante. Arranquemos la careta de “*centro-izquierda*” al reaccionario y antipatriótico gobierno lopista y señalemos al primer mandatario como principal instigador y gestor de todas las medidas oficiales, que invariablemente lesionan los intereses y derechos del pueblo colombiano. Mostremos sin tapujos a las masas populares la doble faz del “mandato claro”: su rostro liberal reaccionario y su rostro conservador reaccionario. Esta es una posición revolucionaria, consecuentemente unitaria, porque es la que mejor interpreta los intereses económicos y políticos de 90 por ciento y más de la población colombiana.

Los ministros liberales han descollado por su labor persecutoria contra las masas o por su obsequiosidad con los altos poderes económicos. Tenemos el caso de la señora de Crovo, ministra del Trabajo, especializada en romper huelgas, ilegalizar sindicatos y autorizar los despidos masivos de las grandes empresas. O el del canciller Liévano Aguirre, quien colecciona méritos cantando loas a los imperialistas norteamericanos en el campo de la política internacional. O el del recientemente nombrado ministro de Minas y Energía, ex dirigente del MRL como los dos anteriores, encargado de llevar a cabo el alza de los combustibles demandada por los monopolios extranjeros del petróleo. Todas estas demostraciones de repugnante lacayismo con los amos imperialistas y sus intermediarios deben ser prioritariamente combatidas. Inclusive, maniobras de tan elemental comprensión como la de las designaciones de los llamados “*rectores marxistas*”, aparejadas con la falsa propaganda oficial de democratización y popularización de la educación universitaria, media e inferior, merecen una intensa contraofensiva política por parte de las fuerzas revolucionarias, que neutralice los intentos del

gobierno de adormecer la conciencia y apagar la lucha de uno de los estamentos más rebeldes del pueblo colombiano, cual ha sido la juventud universitaria. Por carencia de esa política revolucionaria de esclarecimiento y orientación, vimos el deprimente espectáculo en los últimos meses de que, mientras el gobierno escamoteaba los derechos democráticos de las masas estudiantiles, por medios refinados y sutiles, éstas quedaban atrapadas en la red invisible de las expectativas y promesas tejida desde las cumbres gubernamentales. Sólo cuando la lucha del estudiantado, volviendo por sus fueros, destapó la olla hedionda de la demagogia oficial, el gobierno mostró su juego y los pontífices de la gran prensa vocearon: “*Fracasó el experimento marxista*”. De improviso quedaron destacadas y claramente definidas las siluetas de los actores principales de esta comedia, cual si una descarga eléctrica hubiese caído en medio de la escena. El gobierno, sin escapatoria, se sinceró diciendo que sus rectores “*democráticos y autónomos*” nada tenían que ver con la democracia y la autonomía universitarias. Que habían sido nombrados ante todo para velar por las leyes, la autoridad y el orden y quien no entendiera esto por la buenas lo entendería por las malas. Como epílogo se inculcó al marxismo y a la izquierda de incapaces para regentar los destinos de la universidad y de pasada los del país. Entonces sí llovieron las rectificaciones y contraclaraciones de aquellos que habían abierto un compás de espera a la política de los “*rectores democráticos*”. Y entre ellos el Partido Comunista, que tenía por qué sentirse directamente aludido, a manera de comentario sobre la fulminante destitución del rector de la Universidad Nacional, se apresuró a corregir: “*El doctor Pérez ejecutaba en la Universidad la política del gobierno y de ninguna manera la ideología marxista*”⁵⁶.

En cierta forma estas postreras palabras del Partido Comunista compendian muy a pesar suyo lo que el MOIR venía tratando de explicar en el terreno de la lucha estudiantil. Que los rectores de las universidades estatales escogidos por el régimen no pueden ser más que **ejecutores** en dichos centros docentes de “*la política del gobierno*”. Y, ¿cuál es la política del gobierno en materia educativa? Creemos que sobra afirmar que consiste en una política antinacional y antidemocrática, al servicio de la cultura extranjerizante y atrasada del imperialismo norteamericano y sus agentes criollos, y en detrimento de la cultura nacional, democrática y avanzada de las masas populares.

No en vano han sucedido la demagogia oficial y su descalabro posterior. Ni las indicaciones y contraindicaciones de quienes fueron los voluntarios o involuntarios propiciadores de aquella entre el profesorado y el estudiantado. El experimento de pasar gato por liebre en la Universidad Nacional fue detectado a tiempo por las masas estudiantiles. Aprovechemos la experiencia para promover con mayor conciencia y decisión una lucha ideológica y política que cumpla con

estos tres objetivos: 1) Desenmascarar la demagogia oficial; 2) paralizar las ilusiones de los sectores arribistas y vacilantes, y 3) armar las peleas del estudiantado en particular y del pueblo en general con el principio revolucionaria de que las conquistas democráticas no serán fruto de dádivas bondadosas de funcionarios ocasionales del engranaje burocrático del Estado, sino de la acción beligerante, altiva y unificada de las mayorías perseguidas.

3. Sobre la “nueva situación y el nuevo clima”

Con respecto al tema de que hay una “nueva situación”, un “nuevo clima” ocasionados por el cambio de gobierno, y cómo influyen en la lucha por las reivindicaciones democráticas, el Partido Comunista ha manifestado:

“Estamos en los comienzos de un proceso político nuevo... que puede ser conducido hacia el forjamiento de una nueva situación nacional, hacia una nueva situación política y hacia un nuevo poder”. Esto lo deducen ustedes de dos premisas: a) de que el “cuadro general del sistema del frente nacional”, ideado en el marco del entendimiento entre los grupos más reaccionarios de la gran burguesía de nuestro país, se sostiene en algunos de sus principales aspectos (repartición por iguales partes entre liberales y conservadores del sector administrativo y judicial, manejo omnímodo del aparato electoral, extrema limitación del Congreso y de los cuerpos colegiados en general). Pero se evidencia la tendencia hacia el retroceso de esa estructura antidemocrática, tan cuidadosamente creada por Laureano Gómez y Alberto Lleras”; y b) de que “este aspecto de la situación favorece el desarrollo de la lucha inmediata por las reivindicaciones democráticas más amplias y por la demolición de una serie de obstáculos que traban el desenvolvimiento de la lucha y de la organización de las masas populares”, y “sise compare la situación actual con la etapa anterior, lo que se destaca es el logro, por parte de las fuerzas populares, de un nuevo clima para su acción y organización, conquistando garantías y derechos que, apesar de no ser muy decisivos, sí tienen importancia como estimulantes de la acción popular”. En auxilio de la segunda premisa, el Partido Comunista sienta la tesis de que el actual “se trata de un gobierno que fue elegido por grandes masas democráticas y que tiene un cierto compromiso con esas masas, alas que no puede devolver totalmente la espalda, para tratarla sólo a punta de represión y estado de sitio, como en gobiernos anteriores, sin correr el riesgo de un rápido y absoluto descrédito”.

La crítica más implacable a las ideas de los hombres es la práctica. Ante ella los más eminentes pensadores se han quitado el sombrero, en gesto de humildad y además de someterse a su imperio irrecusable. Los sabihondos y mandamases, por el contrario, prefieren en su soberbia ser aplastados bajo el alud de acontecimientos que los desmienten. La diferencia entre un sabio y un necio radica exactamente en la actitud que se mantenga frente a los hechos. El uno los acepta tal como son, escuetamente, y no teme aceptar sus equivocaciones, si las tuvo; el otro, se aferra a sus falsos criterios contra toda evidencia. Los revolucionarios no podemos pertenecer a la categoría de los necios. Quien quiera contribuir a la

emancipación del pueblo ha de obrar según esta norma de principios. Los moiristas estamos siempre dispuestos a reconocer los errores, como lo hicimos cuando modificamos la concepción abstencionista heredada de nuestra ascendencia no proletaria. Con esa misma convicción y decididos a facilitar un acuerdo sobre bases revolucionarias, en beneficio de la unidad y la lucha de las masas populares, adelantamos esta polémica con el Partido Comunista. Para lo cual resulta definitivamente necesario identificar las contradicciones, preferentemente las nuevas contradicciones, las que brotaron con posterioridad al 21 de abril. Transcurrido ya un año del gobierno de López, las actuaciones de éste constituyen la más viva y radical refutación a las tesis que ustedes han venido sosteniendo al respecto. El criterio de que la actual administración, a causa de haber sido elegida “*por grandes masas democráticas*” de una parte, “*tiene un cierto compromiso con esas masas, alas que no puede volver totalmente la espalda*”, y de la otra, no trataría a éstas “*solo a punta de represión y estado de sitio, como en gobiernos anteriores*”; jamás contó con asidero en la realidad. El mandato lopista ha degradado sin misericordia la paupérrima economía de las grandes mayorías y ha calcado los procedimientos típicamente fascistoides de los regímenes precedentes. El estado de sitio que acaba de instaurar y los decretos nugatorios de las libertades públicas y de los derechos de reunión, movilización y expresión de los partidos revolucionarios, son el mismo estado de sitio y los mismos decretos de Pastrana, Valencia y los Lleras. Las cábalas de que López Michelsen no podía “*volver totalmente la espalda*” a las masas, deducidas del cálculo de que al nuevo gobierno le preocupaba el “*riesgo de un rápido y absoluto descrédito*”, tampoco poseerían ni pies ni cabeza. Fueron ustedes y sus suposiciones quienes quedaron de espaldas a los hechos. La relación entre el respaldo obtenido por el candidato liberal y la consideración de éste por el pueblo, sería inversamente proporcional: a más respaldo menor consideración. Con el desenlace electoral el imperialismo norteamericano y las oligarquías dominantes se sentirían más seguros y envalentonados, con mayor holgura para rellenar sus arcas y apretarle la clavija al pueblo. Además, contaba con la “*palabra de oro*” del presidente, quien les había prometido un “*gobierno fuerte*”, dispuesto a mandar a contrapelo de su “*popularidad*”. Durante la campaña López redundó sobre este tema. A continuación unas cuantas palabras suyas acerca del “*gobierno fuerte*”, en prevención a los “*paros cívicos y laborales*”:

“El gobierno fuerte es el que tiene fortaleza, no el que se ve obligado por su debilidad a hacer alarde de su fuerza. La dictadura generalmente encubre una gran debilidad. El gobierno fuerte que propicia es aquel que no cede a las presiones de las minorías. Se trata de que la prensa, con todo el poder de su libertad, no sea más fuerte que el Estado; que las fuerzas económicas no estén en condiciones de imponer al gobierno sus puntos de vista; que los paros cívicos y laborales no determinen decisiones que correspondan a quien rigela comunidad. En suma, que

dentro del Estadio no hayan a nadie más fuerte que él, pues esta falta de fuerza es merita absolutamente la esencia misma de la autoridad ”⁵⁷.

Y para que no quedara la menor duda:

“No seré inferior a Carlos Lleras Restrepo, quien obligó, relojen mano, a esconderse en su casa a quienes pretendían montar un motín súbitamente, por que si somos el partido de las ideas libres, también somos, cuando es necesario, el partido de la mano fuerte y de la disciplina ”⁵⁸.

Dicho y hecho. Una vez culminada la primera runfla de medidas económicas a favor de los intereses predominantes y cuando el pueblo, cuyo instinto de defensa y de lucha es superior a la cretina adhesión al “mandato claro” que los arúspices del sistema le atribuyen, pasó indignado a manifestar su repudio a la engañifa oligárquica, entonces el continuador y su equipo de asesores procedieron a sentar cátedra sobre el respeto a la autoridad legítima y sobre la necesidad de la disciplina social. Pero no lo hicieron como suelen efectuarlo los juriscultores a sueldo de las facultades de derecho de nuestras universidades, mediante lecciones doctrinales, sino a la manera cuartelaria, por los medios persuasivos del sable y de la pólvora. Obreros, campesinos, indígenas y estudiantes han caído en las operaciones intimidatorias de la fuerza pública. Los panópticos se atestan de presos políticos en espera de los sumarisimos consejos verbales de guerra. Una maraña de disposiciones compulsivas impide la actividad normal de las organizaciones partidarias contrarias al régimen. Evidentemente nada tiene que envidiar el “centro-izquierda” a la “ultraderecha” frentenacionalista en materia de terror y cacería de brujas.

Totalmente infundadas eran, por tanto, las premoniciones de que con “*el retroceso de esa estructura antidemocrática*” del Frente Nacional, se favorecería “*el desarrollo de la lucha inmediata por las reivindicaciones democráticas más amplias y por la demolición de una serie de obstáculos que traban el desenvolvimiento de la lucha y de la organización de las masas populares*”. O, en otras palabras: “*Si se compara la situación actual con la etapa anterior; lo que se destaca es el logro, por parte de las fuerzas populares de un nuevo clima para su acción y organización*”. La práctica demostró que quienes aguardaron del nuevo gobierno un trato y un estilo diferentes, acariciaban sólo una ilusión que necesariamente se evaporaría con los primeros zarpazos del monstruo. Tales predicciones caerían como un castillo de naipes porque se fundamentaban en la presunción de que como el gobierno “*fue elegido por grandes masas democráticas*”, aquel estaría obligado con éstas. El pueblo colombiano en sus años de lucha ha progresado y ha hecho méritos por su emancipación. Pero la triste gracia de votar por López sería la que menos lo acredita para reclamar “*un nuevo clima para su acción y organización*”. Las gentes ignoradas que depositaron sus votos por el “*candidato de la esperanza*”, confundidas por la propaganda liberal, no hicieron más que colaborar inconscientemente al endiosamiento de sus desalmados enemigos.

La labor educadora de los sectores avanzados y revolucionarios, y en especial de la vanguardia proletaria, es quitarles la venda de los ojos a los compatriotas que honestamente se dejaron embaucar por el canto de sirena de los explotadores. Señalarles su error sin miramientos y alertarlos a que se preparen para lo peor. Pero el Partido Comunista, al contrario, les repite: Ustedes han conquistado “*un nuevo clima*” porque el gobierno contrajo “*un cierto compromiso*” con las masas, “*alas que no puede volver totalmente la espalda*”. ¿No es esto a caso rendirle pleitesía al mito ante el cual a veces posamos de eruditos y doctos?

Esta manera de raciocinar del Partido Comunista la conocimos cuando analizó el fenómeno anapista, hace sólo unos cuantos años. En aquella ocasión también se consideraba que el respaldo popular obtenido por el general Rojas en las elecciones de 1970, influenciaba a la Anapo a radicalizar su programa hacia puntos “*definitivamente antioligárquicos y democráticos*”. En efecto, así discernía el secretario general del Partido Comunista:

*“La Anapo ha tenido que elaborar una plataforma ideológica que contiene una serie de puntos muy importantes, antiimperialistas, sobre todo, definitivamente antioligárquicos y democráticos. Por la presión de los grandes sectores populares, cada vez más radicalizados, la plataforma ideológica es el producto de esta influencia”*⁵⁹.

No obstante “*la presión de los grandes sectores populares*” y de las fraternales y pródigas reconvenciones del Partido Comunista, el anapismo se negó sistemáticamente a introducir en su ideario programático el único y verdadero postulado antioligárquico y democrático de la hora actual: la liberación nacional de Colombia de las garras del imperialismo norteamericano. Esta mínima y máxima falla puso objetivamente a la casa Rojas y a su movimiento en la corriente de la reacción antipatriótica. “*Los grandes sectores populares*” abandonaron a la Anapo y ahora, de acuerdo con la tesis de ustedes, encontraron asilo en la tienda lopista, convertidos en “*grandes masas democráticas*”, desde donde presionan el “*nuevo clima*”.

Por supuesto que con el ascenso de López Michelsen a la Presidencia hay una situación nueva que se distingue por el “*retroceso de esa estructura antidemocrática*” del Frente Nacional, sino por su prolongación por otros cauces. Y desde luego que la situación actual favorece el desarrollo de las tendencias democráticas del pueblo colombiano, pero no en el sentido del “*nuevo clima*”, sino por las condiciones que se han creado para que las masas entiendan que dicho “*nuevo clima*” no existe ni ha existido, que el cambio de inquilino en el Palacio de San Carlos es un aspecto formal, porque tras las bambalinas del Poder están “*los mismos con las mismas*”, como decía Gaitán. Nuestro deber principal de dirigentes revolucionarios es hacerle comprender al pueblo colombiano que la alianza burgués-terrateniente proimperialista es una ley histórica de la actual sociedad

colombiana, y que la coalición liberal-conservadora gobernante como expresión política de aquélla, se las ingenia para prolongar su reinado con formas legales diferentes mas con idénticos propósitos e instrumentos.

¡Cómo hablar de “retroceso” del Frente Nacional! “Esa estructura antidemocrática, tan cuidadosamente creada por Laureano Gómez y Alberto Lleras”, fue propuesta al pueblo colombiano dentro de un plazo muy concreto. Dicho plazo se ha cumplido no una sino dos veces y todavía Colombia padece el mismo régimen de responsabilidad bipartidista, y la perspectiva inmediata es la de su prolongación sin límite. Ciertamente, la oligarquía colombiana, quien admitía con buen grado de cinismo que el Frente Nacional por ella ideado no se basaba en principios democráticos, lo justificó en un comienzo como una terapia excepcional para la violencia desatada por sus propios gobiernos y que le había costado al pueblo 500.000 muertos. Cuando se convocó el plebiscito del primero de diciembre de 1957 que institucionalizaría el Frente Nacional, los partidos tradicionales adquirieron el compromiso voluntario de que éste no duraría más de doce años. En 1959, mediante enmienda constitucional promovida en el Parlamento, el cipayo Alberto Lleras llevó a cabo la primera prórroga por cuatro años, birlando la opinión pública. O sea, que el remedio no concluiría ya en 1970 sino en 1974. Si embargo, con el Acto Legislativo de 1968, arriba comentado, los mismos personajes, sólo que un poco más viejos, extendieron la paridad administrativa hasta 1978. Ahí no para la cosa. La actual Constitución prevé en su artículo 120 que de 1978 hacia adelante continuarán los denominados “gobiernos nacionales” de auténtico espíritu frentenacionalista. Luego lo que se propuso por doce años, se amplió a dieciséis, más tarde a veinte, y después de los veinte, indefinidamente. La excepción se trastocó tramposamente en la regla. ¿Se le puede llamar a esto “retroceso” de la política de los gobiernos bipartidistas, cual si las clases dominantes se hubieran visto coaccionadas a tocar a retirada? A la inversa. Como el tiempo vuela y todo plazo se cumple, al Frente Nacional le llegó como a todo su hora final. Sin embargo, las fuerzas gobernantes encontraron la forma de proseguir desafiantemente con su régimen favorito, el más antinacional, antipopular y antidemocrático, el que mejor se acomoda a sus intereses económicos, el creado a la imagen y semejanza del bipartidismo tradicional, el régimen de responsabilidad conjunta liberal-conservadora. Para guardar las apariencias seudo democráticas las oligarquías proimperialistas pagaron un exiguo precio: descongelaron la paridad en la rama legislativa, pero antes se aseguraron bien de sustraerles a las corporaciones públicas todo su poder de decisión.

Por consiguiente, hablaren 1975 de que “estamos en los comienzos de un proceso político que puede ser conducido hacia un nuevo poder”, aparecetandes proporcionado e iluso como lo fue en 1971 hablar de que “estamos en el umbral del desencadenamiento

de la crisis decisiva del sistema paritario". Colombiamarcha hacia la crisis del sistema y hacia un nuevo poder pero como una meta a largo término, producto de una constante histórica. La revolución colombiana será prolongada y su camino sinuoso, mas nos encontramos aún en sus períodos embrionarios. El gobierno de López Michelsen representa únicamente una reedición del viejo poder bipartidista proimperialista. Los múltiples acontecimientos de los últimos doce meses lo confirman y a ellos nos atenemos. Esperamos con fervor que quienes desde una posición equivocada pero honesta hayan guardado por una u otra razón esperanzas en el actual gobierno, aprovechando la experiencia del primer año de éste, modifiquen sus puntos de vista erróneos y pasen en la práctica a combatirlo consecuentemente. Lo cual será de una importancia determinante para el desarrollo de la revolución en las presentes condiciones.

El Partido Comunista, en lugar de apoyarse en los hechos antinacionales y antipopulares producidos sistemáticamente por el gobierno lopista, tanto en el campo económico como en el de la represión política, para deducir las correspondientes enseñanzas y rectificar sus criterios primarios, se vale de algunas recientes determinaciones oficiales para denunciar con gran desparpajo, desde *Voz Proletaria* del 5 de junio pasado, "*El viraje hacia la derecha del gobierno*"⁶⁰.

Admitir el viraje a la derecha del gobierno, es aceptar que éste cambió de una posición a otra. Es decir, insistir en que el gobierno arrancó con un rumbo positivo y luego torció en medio de la travesía. No hay tal. Todos los actos del régimen vigente, desde los demagógicos hasta los abiertamente represivos, se producen merced a su naturaleza falsaria y derechista. Pero lo más grave es que los sucesos que movieron al Partido Comunista a señalar que la nueva administración se ubicó en la "*derecha*" o "*más a la derecha*", como lo afirma en el aludido número de su órgano periodístico, fueron la destitución del rector de la Universidad Nacional y la remoción de algunos mandos militares. Al primer caso ya nos referimos. Quizá falte añadir que el gobierno tuvo al respecto otro viraje, y esta vez hacia el "*centro-izquierda*", porque el reemplazo que consiguió para dirigir dicho establecimiento educativo ha sido considerado también como un "*rector democrático*". En relación con las bajas en el cuerpo armado, ustedes las juzgaron como un triunfo de las fuerzas derechistas. Literalmente dijeron que éstas "*lograron sus objetivos con las fulminantes destituciones del coronel Valentín Jiménez, del general Puyanay del comandante del ejército Valencia Tovar*"⁶¹; Pero estoy a ese colmo! Ustedes habían jurado y perjurado en un pasaje de una declaración de su Comité Ejecutivo Central, arribacitado, que "*el gobierno sí tiene un sector de derecha muy definido compuesto por el Ministro de Gobierno, los cuerpos policivos, el grupo de generales que han hecho la contraguerrilla (Matallana, Valencia Tovar), el Ministro de Agricultura*". En esta forma se mofa la dirección del Partido Comunista del pueblo, de los

aliados y de su propia militancia. En su desorbitada ofuscación por eximir al jefe del Estado de su calidad de principal responsable de las determinaciones de la coalición que saquea el país y sojuzga a las masas, ustedes no tienen el menor inconveniente de presentar primero al general Valencia Tovar como exponente del sector derechista del gobierno, y luego, su remoción como prueba fehaciente del “*viraje a la derecha*” del mismo.

No queremos concluir el capítulo sin referirnos, así sea tangencialmente, a las especulaciones entorno a la “*avería*” del “*viejo concepto de disciplina castrense*” y a la “*profunda modificación en la concepción del ‘golpe de Estado’*”, con que ustedes se santiguaron ante los imprevistos acontecimientos precipitados en las Fuerzas Armadas. Leamos la novísima invención:

“No desconocemos que el viejo concepto de disciplina castrense está profundamente averiado en todos los países, y que el militar de hoy ya no es un autómatas inmune a la influencia de las poderosas corrientes ideológicas que se disputan el predominio universal, una de las cuales, el socialismo, cosecha decisivos triunfos que están definiendo el curso de la historia. La disciplina militar era inseparable del concepto de legalidad, que nos siempre anda en armonía con la noción de justicia social y con el anhelo reivindicativo de las masas populares. Esto ha determinado una profunda modificación en la concepción del ‘golpe de Estado’, pues en casi todos los ejércitos se encuentran elementos permeables al socialismo, y otros profundamente reaccionarios”⁶².

Esta concepción de la disciplina castrense que la dirección del Partido Comunista desea hacer pasar de contrabando como producto de los tiempos modernos y como aporte innovador brillante no es más que la antiquísima teoría burguesa sobre el Estado y el ejército, acomodada vulgarmente a las conveniencias del momento. Semejantes innovaciones no sólo no tienen nada que ver con el marxismo-leninismo, sino que éste, cuando las ha pillado medrando en las filas de la revolución, les ha dado palo con el máximo rigor. Únicamente a los liberales y a los revisionistas les hemos escuchado que el “*concepto de la legalidad nos siempre anda en armonía con la justicia social y con el anhelo reivindicativo de las masas populares*” o que “*la disciplina militar era inseparable del concepto de legalidad*”. Desuerte que: ¿Existen momentos en los cuales la legalidad se compagina con los anhelos de las masas populares y hubo épocas pretéritas en las cuales la disciplina militar no atentaba contra aquella? ¡Qué desconocimiento de la historia y en particular de la historia de Colombia! La legalidad en todos los tiempos en que ha imperado no ha sido más que instrumento de dominación de unas clases sobre otras, como el Estado, el ejército, la democracia, la libertad, el derecho y la superestructura entera de la sociedad. La legalidad de la organización social neocolonial y semifeudal vigente en Colombia es un elemento de la dictadura del imperia-lismo norteamericano y de sus agentes colombianos. Nunca esta legalidad se ha visto en armonía con los intereses de la nación y del pueblo. No obstante,

la experiencia histórica indica que las clases explotadoras dominantes no tienen el menor estorbo para violar su propia ley, siempre y cuando lo requieran sus mezquinos propósitos. Merced a ello la legalidad como su violación son medios de sojuzgación de clase. Ahora bien, el quebramiento de las leyes por parte de la disciplina militar no es un atributo característico de los tiempos modernos. Sin ausentarnos de los linderos patrios, encontraremos que el ejército colombiano se ha distinguido desde su nacimiento por infringir constantemente las preceptos legales, a los cuales viene prestando juramento de lealtad todas las mañanas, a la hora de izar el tricolor, durante siglo y medio. Levantamientos, cuartelazos, guerras civiles, golpes de Estado, vejaciones sin cuento: he ahí la tradición de la disciplina militar de nuestro país. Su carácter no ha variado por el desarrollo de la lucha ideológica y política del proletariado. Precisamente lo que enseña el auge de la ideología marxista-leninista es que la naturaleza del imperialismo y de sus aparatos de poder permanece inalterable hasta que la revolución en cada país y a nivel mundial los elimine por *secula seculorum, amen*.

Las clases revolucionarias y con ellas la clase obrera al frente, fincan sus esperanzas de redención única y exclusivamente en el fortalecimiento de sus propios poderes políticos y militares. La revolución no juega al golpismo ni está dispuesta a tolerar el experimento castrense de los autocalificados “*gobiernos anticapitalistas y anticomunistas*” y que en la práctica les niegan a las masas sus más elementales derechos democráticos. El proletariado revolucionario de Colombia sabe que sólo con la fundación de un Estado socialista podrá hacer valer sus orientaciones revolucionarias a nivel de toda la sociedad y establecer un gobierno que funcione según los principios del centralismo democrático y se ponga realmente al servicio del porvenir y el bienestar de las inmensas mayorías de la nación. El sostén de un Estado revolucionario es un ejército revolucionario. Sin éstos, ni la clase obrera ni el pueblo tendrán nada. Las revoluciones victoriosas partieron de cero. Nuestra revolución comenzó ya y su Poder es casi nulo. Sin embargo, por ella han sacrificado la vida miles de hombres y mujeres que creyeron en el triunfo de sus nobles ideales. Quienes estén dispuestos a honrar su memoria combatiendo y a persistir en una línea correcta, lograrán la victoria definitiva y algún día tendrán ejército y Poder aunque hoy no posean una aguja. Y viceversa, quienquiera que controle todo el Poder y mande a un ejército poderoso, si se le enfrenta al pueblo e insiste en una línea reaccionaria, antidemocrática, antipopular y oportunista lo perderá todo irremisiblemente.

A medida que la revolución colombiana vaya cimentando sus bases de apoyo político y militar, a manera de territorios liberados en los cuales comience a germinar el nuevo Estado, y a medida que las fuerzas armadas del pueblo vayan contabilizando batallas a su favor, es seguro que unidades militares patrióticas y

hasta batallones enteros de las tropas enemigas pasen a engrosar y a vigorizar la lucha revolucionaria. Éste ha sido el proceso de las revoluciones de los países coloniales y neocoloniales de Asia, África y América Latina en la época contemporánea. Los cándidos y los ingenuos, o los falsos apóstoles, le insinúan al pueblo colombiano que fundamente su emancipación en las desmembraciones y revueltas del ejército tradicional, o en los golpes de Estado tan tristemente célebres en Latinoamérica. Mas el mensaje de los nuevos tiempos lo traen los movimientos de liberación nacional que como en Indochina, acaban de proferirle la más humillante derrota al imperialismo y a sus aliados. A Colombia ya le llegó este mensaje. Esperamos confiados que nuestro pueblo obrará en consecuencia.

4. Critiquemos las cavilaciones y combatamos el régimen

Sobre la forma de adelantar una oposición “*adecuada*” y la posibilidad de arrancarle al sistema “*concesiones importantes*”, concluyen ustedes:

“Las medidas oficiales han repercutido también en la oposición. Hay sectores de la UNO que no ven la necesidad de una oposición democrática adecuada en sus métodos y persuasiva con las masas ilusionadas en López”... “Es posible arrancarle al sistema concesiones importantes en materia de libertades y otros puntos del programa de la UNO. Y debemos reivindicar como un logro del movimiento popular cada posición ganada en vez de permitir que el gobierno las presente como gratuitas y voluntarias concesiones de la burguesía, contribuyendo a fomentar las ilusiones de las masas”... “El contenido y el carácter de nuestra oposición es radicalmente distinto de la oposición de derecha”.

Hemos arrimado por fin a la cuestión esperada con vivo entusiasmo. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar ante el gobierno lopista de hambre, demagogia y represión? Una vez desmenuzados los aspectos más sobresalientes del “mandato claro”, de reconocer su índole y estirpe definitivamente frentenacionalista propia de los regímenes anteriores y de haber examinado las interpretaciones contrapuestas que sobre aquel y sobre sus medidas han esbozado tanto el Partido Comunista como el MOIR, se descarta de antemano que haya existido entre los dos partidos integrantes de la UNO identidad en cuanto a la política de combate contra el lopismo. Ustedes dicen que “*las medidas oficiales han repercutido también en la oposición*” y que “*hay sectores de la UNO que no ven la necesidad de una oposición democrática adecuada en sus métodos y persuasiva con las masas ilusionadas en López*” y nosotros les respondemos: tienen toda la razón. En la denominada oposición, como era de esperarse, las disposiciones del gobierno han creado un ambiente de benévola expectativa y de oportunismo, que se expresa en objetar ciertos decretos del Ejecutivo y al mismo tiempo encontrarles a éstos algunos artículos e incisos acertados. La oposición se las arregla para hallar en la prolifera legislación del último año los aspectos

favorables, y en consonancia con tales descubrimientos procede a apoyar, por ejemplo, lo *“avanzado”* del estatuto tributario, lo *“democrático”* de la política educativa, lo *“progresista”* de la reforma al código civil, lo *“revolucionario”* de la línea internacional, lo *“justo”* de la justicia social, lo *“afirmativo”* de los derechos y libertades ciudadanos, lo *“izquierdista”* de la derecha. Ésa es la dialéctica opositora de la Anapo y de los ex dirigentes del MAC. Los grandes burgueses, los grandes terratenientes y los monopolios imperialistas aplauden a su modo las medidas gubernamentales, pero todos los días se lamentan y piden más y más privilegios. Así ha funcionado siempre la democracia oligárquica neocolonial y semifeudal de Colombia. Con una oposición de *“izquierda”* y una oposición de derecha. Casi todos los mandatarios de esta falsa democracia no sólo han prohijado la oposición a sus respectivos gobiernos sino que la han reclamado, porque con ella se evitan los desperfectos y se embellece el sistema. Pero eso sí, a quien no se someta a las reglas del juego de la minoría, *“entodo problema serio, profundo y fundamental le tocan en suerte estados de guerra”*, como dice Lenin. A los trabajadores les conceden la personería jurídica, mas si hacen sus huelgas o sus paros, los ilegalizan, los despiden y reprimen violentamente, o les imponen los arbitrarios tribunales de arbitramento obligatorio, cual sucedió en el pasado movimiento de los obreros cementeros. A los campesinos les ofrecen la coyunda de las *“empresas comunitarias”*, y cuando éstos las rechazan los sentencian a muerte por hambre o por otros medios. A los pobladores de Cereté, Riohacha, Condoto, Ovejas, Barbosa, La Florida, Codazzi, Puerto Asís, La Dorada, Marinilla, Barrancabermeja, Tumaco, Facatativa, Cúcuta, El Carmen de Bolívar se les conmina a plomo a silenciar sus reclamos centenarios. Los estudiantes que se *“anarquicen”* y no actúen con sensatez y cordura frente a los *“experimentos democráticos”*, van a parar con sus profesores a los calabozos, si corrieron con fortuna. Y a los partidos revolucionarios se les prohíbe reunirse, manifestar y sus militantes son perseguidos como rufianes. De esta especie es la *“oposición”* que les corresponde a las clases y fuerzas revolucionarias.

En la UNO, el sector de Hernando Echeverri y sus escuderos se deslizó hacia la *“oposición científica y racional”* y a causa de ello fue ejemplarmente expulsado por el Movimiento Amplio Colombiano y mereció el repudio generalizado de las bases y simpatizantes de la Unión Nacional de Oposición. Y el otro sector, el MOIR, francamente no está de acuerdo con la calificada *“oposición democrática adecuada en los métodos y persuasiva con las masas ilusionada en López”* que pregona el Partido Comunista. ¿Qué es eso de *“oposición democrática adecuada en sus métodos y persuasiva con las masas”*? Cuando el MOIR se levantó en la última convención de la UNO de julio de 1974 y denunció como *“ridícula la táctica inventada por la Anapo de apoyar las medidas positivas y combatir las negativas del títtere de turno”*, el Partido Comunista, por boca de su secretario general, replicó:

*“Nosotros no vamos a apoyar lo bueno y a combatir lo malo que haga ese gobierno, sino que vamos a luchar contra el sistema oligárquico y dependiente del imperialismo que representa ese gobierno que será la continuación del actual porque va a seguir con la misma composición política paritaria y defendiendo los mismos privilegios de clase y los mismos intereses antinacionales de los monopolios norteamericanos. Pero si por casualidad o por una contradicción de la vida política, el próximo gobierno se propusiera realizar algún aspecto del programa de la UNO, nosotros apoyaríamos nuestro programa, pero no al gobierno”*⁶³.

Manifiestar que el gobierno de López sería la “*continuación*” del anterior, pero en la frase siguiente enfatizar que si “*por casualidad*” o “*por una contradicción de la vida política*” el nuevo régimen “*se propusiera realizar*” alguna parte de nuestro programa, apoyaríamos a éste y no a aquél, no es, preguntamos, ¿hablar de una cosa y estar pensando en la contraria? ¿Es posible que un gobierno continuador del Frente Nacional y representante directo de los monopolios norteamericanos y sus lacayos criollos, pueda proponerse por “*casualidad*” o “*por una contradicción de la vida política*” llevar a la práctica, así sea una mínima parte, de las reivindicaciones de la revolución? Estamos tan absolutamente convencidos de que no es posible, que nos atrevemos a afirmar: una de dos, o tenemos una concepción eminentemente liberal de la plataforma nacional y democrática de la UNO, o estamos abocados a buscar otro programa que no nos lo puedan “*realizar*” los opresores del pueblo colombiano. En lo que concierne al MOIR, continuaremos respaldando los principios programáticos de la Unión Nacional de Oposición, en la acendrada creencia de que el mandato lopista de hambre, demagogia y represión será el más encarnizado enemigo de todos y cada uno de sus nueve puntos.

Desde la convención de julio de 1974 vimos cómo el Partido Comunista concebía la “*oposición adecuada y persuasiva*”, la cual ha venido profundizando en los sucesivos materiales de sus organismos de dirección y que han sido objeto de nuestra crítica en esta carta pública. Hasta tal extremo alimentaron ustedes el conocimiento de que era “*posible arrancarle al sistema concesiones importantes en materia de libertades y otros puntos de la UNO*”, aprovechando la administración lopista, que alertaban a sus efectivos sobre que el problema consistía en madurar a “*reivindicar como un logro del movimiento popular cada posición ganada en vez de permitir que el gobierno las presente como gratuitas y voluntarias concesiones de la burguesía, contribuyendo a fomentar las ilusiones de las masas*”. Sin embargo, nada igual a las ejecutorias del régimen para contribuir a sacar a flor de tierra su naturaleza demagógica, antinacional y reaccionaria. No hay entre sus políticas ninguna que podamos reclamar como nuestra, o que se nos haya hurtado de la plataforma de cambios históricos y revolucionarios que promovemos para la sociedad colombiana. En menos tiempo de lo que algunos se imaginaban el pueblo colombiano comprendió la inmensa patraña del presidente liberal. Lejos de fomentar la ilusión, los decretos oficiales

en un santiamén pusieron cara a cara con la dura realidad a las grandes masas expoliadas. El hambre, el desempleo, la miseria, el abandono de los desprotegidos, multiplicados a la enésima potencia durante un año, han hecho más claridad política que el trabajo paciente de miles de revolucionarios en varios años. Ningún método más persuasivo que el desenfreno de los aparatos militares, tratando inútilmente de aplacar la protesta pública. La situación es excelente para cuajar un poderoso movimiento revolucionario, consciente, unificado y combativo. Las masas no esperaron la orden de los jefes y se han aprestado a demostrar en los hechos el desprecio al sistema, como éste ha exteriorizado también en sus actos de cada día el odio al pueblo. La debilidad obligó al gobierno a declarar perturbado el orden público e imponer el estado de sitio, al verse sitiado por los brotes de descontento en los grandes centros, en las ciudades intermedias y en los villorrios apartados. Ponerse al frente de todos los combates populares, sin conciliar por ningún motivo con quienes en la penumbra mantienen vivo el rescoldo de las ilusiones sobre las posibilidades “positivas” del “centro-izquierda”, es la consigna de las fuerzas revolucionarias en la hora actual.

Los nueve puntos de la UNO no son un programa de reformas, compendian sí las peticiones más sentidas y urgentes de las masas y la nación colombiana; mas éstas sólo podrán cristalizarse mediante el triunfo del Poder revolucionario. En cuanto a la lucha por los derechos democráticos y las libertades públicas, cuyas conquistas no significan la emancipación del pueblo sino la creación de condiciones para que éste combata por la auténtica democracia de los obreros, campesinos y demás clases y capas revolucionarias, aquella lucha resultará tan ardua, tendremos que disputarle al sistema con tal fiereza cada palmo de terreno, que para nadie habrá confusión con respecto a que cualquier avance, por insignificante que sea, será el resultado de las derrotas del gobierno. Las masas populares de la ciudad y el campo lo saben por experiencia propia, pues viven un proceso progresivo de pérdida de sus derechos y libertades. A mayor explotación mayor represión. A medida que el gobierno concede más y más privilegios al imperialismo norteamericano y a sus intermediarios y aumenta las cargas sobre el pueblo, se obliga a redoblar la represión violenta y por ende a descararse como el verdugo número uno. Y a mayor represión mayor resistencia. Las masas, en su inagotable capacidad de rebeldía, no hacen esperar su respuesta. Por doquier explotan las huelgas, los paros cívicos, las invasiones campesinas. Y quienes se decidan a combatir a favor del pueblo, en cualquier circunstancia y por cualquier medio, saben que cuentan con el apoyo caluroso y definitivo de éste. Por eso el régimen ya no habla sino de subversión, de alteración de la normalidad, de desorden. Ve fantasmas por todas partes y algunos de ellos muy reales.

Ustedes dicen que “*el contenido y el carácter de nuestra oposición es radicalmente distinto de la oposición de derecha*”. Nosotros agregamos que nuestra lucha no sólo es diametralmente diferente de la “*oposición de derecha*”, sino de la oposición tradicional, apódese como sea, de esa oposición que hace reparos a las “*injusticias*” y “*fallas*” del sistema, pero que no va más allá de ciertos mentirosos paliativos. Nosotros no luchamos por esta o aquella reforma, batallamos por el derrocamiento del Poder de los apátridas y por la construcción de una nueva Colombia. En eso y sólo en eso nos diferenciamos de la oposición institucionalizada.

Hagamos realidad y cumplamos fielmente la resolución política de la última convención de la UNO, cuando proclama:

“Con López Michelsen continúa desde el gobierno la dominación de los mismos monopolios extranjeros, las mismas grandes compañías norteamericanas que saquean nuestras riquezas, los mismos terratenientes que oprimen al campesino, la misma gran burguesía dueña de los monopolios...”

“Hay una nueva situación porque ha surgido una verdadera oposición, revolucionaria y decidida, que está dispuesta a desenmascarar la demagogia de López y llevar a las masas a la lucha por sus más auténticas reivindicaciones. Ha surgido un frente de las fuerzas revolucionarias y populares, con un programa de nueve puntos, cuyo objeto final es abrir el camino de Colombia hacia el socialismo. Es un factor político que actúa sobre una situación social tormentosa, en que ascienden las luchas de clase contra la explotación oligárquica...”

“Afirmamos que somos la oposición vertical al gobierno, que encabezamos la alternativa popular, que se opone al engaño y a la mentira. Mediante nuestra lucha se nos era estallada para convertirnos en el centro de atracción de los sectores que están dispuestos a combatir por un cambio revolucionario”⁶⁴.

Luchemos consecuentemente contra el sistema neocolonial y semifeudal que oprime al pueblo colombiano y contra el gobierno de la coalición liberal-conservadora, cuya cabeza visible es el **continuador** Alfonso López Michelsen. Critiquemos severamente todas las cavilaciones, las manifestaciones conciliacionistas, cortemos los hilos invisibles, derrumbemos los puentes levadizos, taponemos los subterráneos secretos que nos vinculen al sistema y estrechemos la unidad en torno al programa revolucionario de la UNO y al apoyo ferviente de las luchas del pueblo colombiano por sus reivindicaciones económicas y políticas, mediatas e inmediatas. Demostremos en la práctica el abismo que media entre la revolución y la oposición tradicional. Sobre estas bases llamemos a cerrar filas con nosotros a todas las corrientes y movimientos democráticos y revolucionarios, a las personalidades patrióticas, a la izquierda anapista e inclusive a los liberales y conservadores ajenos al arribismo burocrático y que estén con sinceridad interesados en combatir realmente a la gran coalición bipartidista gobernante.

A pesar de nuestra relativa debilidad, de la escasez de recursos, de lo reducido de nuestros medios de agitación y propaganda, contamos con tres ventajas definitivas frente al enemigo: a) Un programa correcto e imbatible, los nueve puntos de la UNO; b) un pueblo entero decidido a pelear en todos los campos, con una larga experiencia de luchas y frustraciones que lo radicalizan cada día más ante sus tramposos opresores y c) unos militantes probados, pertenecientes a nuestros respectivos partidos, de elevada conciencia y espíritu de lucha, quienes están resueltos a cualquier sacrificio en bien de la unidad y del triunfo de la revolución. Aprovechemos al máximo estas ventajas, aplicando una línea consecuentemente unitaria y transformemos a la UNO en la verdadera *“semilla del Frente Patriótico de Liberación Nacional”*.

Logros y tropiezos de la política de unidad sindical

I

La cuestión de la unidad del sindicalismo independiente constituye otro de los puntos neurálgicos de las crecientes diferencias entre el MOIR y el Partido Comunista. A este aspecto ya nos habíamos referido con ocasión de los incidentes que circundaron el Segundo Congreso de la CSTC del pasado 4 de marzo. De entonces para acá hay un hecho nuevo relacionado directamente con el funcionamiento de la Unión Nacional de Oposición. Ustedes han llamado públicamente al MOIR para que suspenda la desafiliación de sindicatos de aquella central, con la advertencia de que de no hacerlo, el Partido Comunista se propondrá *“trabajaren la UNO con los compañeros del MAC”*⁶⁵. Es decir, el Partido Comunista condiciona la alianza con el MOIR en la UNO al desarrollo de los problemas en el campo sindical. La chispa prendida en el perímetro de la CSTC obviamente se extendió y ha envuelto con sus llamas los predios vecinos. Nosotros ya habíamos previsto cómo una cooperación duradera entre distintas fuerzas políticas, característica del frente unido antiimperialista, no puede mantenerse sino a consecuencia de una línea compartida, elaborada conjuntamente, para todos aquellos tópicos importantes de la lucha revolucionaria. Aunque no parezca, tal declaración representaría un progreso si conduce a discutir y a resolver dentro de la UNO las orientaciones que superen la actual crisis que mantiene interrumpido el proceso unitario del movimiento sindical independiente. El Partido Comunista ha impedido sistemáticamente que la Unión Nacional de Oposición examine y decida sobre las fases y aristas más importantes de la política de unidad sindical y ésta ha corrido paralela, por otros cauces, no obstante ser ampliamente conocido que los partidos integrantes de aquella, en una u otra forma, han estado comprometidos e interesados en la feliz culminación de dicha política. Por nuestra

parte, propiciaremos el replanteamiento también con respecto a estos asuntos particulares del movimiento obrero colombiano. Desde luego el conflicto no podrá extinguirse, si en el juicio de responsabilidades se le endosa al MOIR el papel de “*divisionista*” y “*saboteador*” y a la dirección de la CSTC se le indulta de sus atentados contra la democracia y los acuerdos unitarios. Es menester por lo tanto recordar el desenvolvimiento que tuvo la política de unidad sindical desde 1972 hasta el congreso del 4 de marzo.

Cuando Misael Pastrana, a comienzos de aquel año, dio a conocer el proyecto de la fusión de las dos centrales patronales UTC y CTC, lo hizo movido por la necesidad de proporcionar algún respaldo de determinados sectores sindicales a su gestión de gobierno, en los preámbulos de las primeras elecciones que éste organizaba. En lugar de alcanzar su objetivo, el anuncio presidencial desató una borrasca de protestas de la clase obrera. Al proletariado, que, a través de recios y prolongados combates contra todos los intentos divisionistas de las clases explotadoras dominantes y contra las medidas policivas y representativas de las oficinas del Trabajo, había podido sostener y vigorizar un sindicalismo independiente de la politiquería oficial, le indignaba profundamente esta nueva patraña y por sobre manera la impudicia del régimen a utilizar a las camarillas amarillas de UTC y CTC en pro de sus fines electoreros. Como contrapropuesta a los planes de la reacción, el movimiento obrero empezó a agitar la idea de la necesidad de superar al estado de dispersión en que se encontraba el sindicalismo independiente y a desbrozar la política de unidad sindical, la cual enrutaría hacia la construcción de una central unitaria y democrática. Las condiciones favorables para llevar a la práctica tan importante tarea eran producto del avance de la conciencia y de la lucha de los trabajadores colombianos. Las directivas utecistas y cetecistas habían entrado en barrena, debido a la serie escalonada de descalabros que se reflejaban en el asedio permanente de ataques por parte de las bases obreras y en la desafiliación masiva de sus sindicatos y federaciones. Este proceso de debilitamiento y cerco a la vez que padecían las dos centrales vendedobreras se ha mantenido y ahondado hasta hoy. Así fue como en las postrimerías de 1972 retumbó en todo el ámbito sindical la orden de desenmascarar y aislar a las centrales de bolsillo del sistema y de congregar las organizaciones sindicales independientes en una nueva confederación, inspirada y guiada por una línea combativa y revolucionaria.

Por su cuenta, el Partido Comunista tomó la iniciativa de sugerir la conveniencia de procurar un acercamiento entre el atomizado sindicalismo independiente, cuyas agrupaciones recibían influencias de diversas corrientes partidistas, con miras a configurar un solo bloque que, si la situación lo permitía, terminara convirtiéndose en una nueva central en Colombia. La conferencia de dirigentes

obreros del Partido Comunista de Bogotá se expresó en ese sentido, en términos que no requieren traductor:

“Resulta claro que dentro de las nuevas circunstancias políticas, analizadas atrás, aparece como una posibilidad real que los comunistas mejoren sus relaciones con muchas de las organizaciones sindicales denominadas autónomas e independientes; sobre la base de la lucha contra cualquier forma de expresión del anticomunismo, de derecha o de ‘izquierda’. Estambiéndarlo, que un avance significativo del proceso unitario del movimiento sindical no podrá lograrse, sino empezamos por admitir como una realidad la existencia de muy diversos matices y tendencias políticas dentro de cada sindicato en particular y dentro del conjunto del movimiento a escala regional y nacional. Partiendo de estas premisas el último pleno de la CSTC lanzó la iniciativa de organizar un gran encuentro nacional sindical que sirva de foro para la discusión y análisis de los problemas fundamentales que tiene el movimiento sindical en la actualidad y particularmente las cuestiones relativas a la unidad de acción y a su unidad orgánica. Este debate tiene, entre otros objetivos, el estudio de un nuevo reagrupamiento de todas las fuerzas sindicales que no se hallan vinculadas a ninguna de las centrales sindicales que culmine en un congreso del cual nazca, si es el caso, una nueva central de trabajadores, que aglutine el mayor número de sindicatos y federaciones”⁶⁶.

De la oferta que ustedes precisaron en 1972 se destacan, como se puede apreciar inequívocamente de los trozos reproducidos, dos máximas por demás objetivas y concretas. De un lado, había que empezar por *“admitir como una realidad la existencia de muy diversos matices y tendencias políticas dentro de cada sindicato en particular y dentro del conjunto del movimiento a escala regional y nacional”*. Del otro lado, la CSTC se adelantaba a proponer un estrado para el debate amplio y minucioso de los problemas que aquejan al movimiento sindical colombiano, entre los cuales se contaba, en primerísimo puesto, el de la creación, *“si es el caso, de una nueva central de trabajadores, que aglutine el mayor número de sindicatos y federaciones”*. Dicho estrado sería un *“gran encuentro nacional sindical”*. El Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario aplaudió cálidamente la propuesta de la conferencia de obreros del Partido Comunista y del pleno de la CSTC. Para nosotros el pronunciamiento del Partido Comunista constituía en cierta forma una rectificación ostensible de su táctica tradicional de impulsar la llamada *“unidad de acción”* de preferencia con las direcciones de UTC y CTC o con sus organizaciones filiales, con el consiguiente menosprecio de los denominados bloques sindicales independientes o autónomos. Indudablemente que el retroceso de las dos grandes centrales patronales, así como el auge de los aludidos bloques y la presencia cada vez más numerosa de sindicatos de envergadura nacional que no estaban matriculados en ninguna de las confederaciones existentes, eran motivos más que suficientes para las modificaciones del caso. Cabe señalar también que el Partido Comunista no se refería únicamente a la *“unidad de acción”* sino a la unidad

orgánica con el resto del sindicalismo independiente. Los cambios eran notables: la UTC y CTC renqueaban heridas bajo el ala por la acción de las bases tantas veces traicionadas; el sindicalismo independiente aunque disperso crecía sin cesar, y el MOIR y el Partido Comunista deponían las hostilidades entre sí para atender con mayor eficiencia un frente en el cual coincidían. No había duda, nos hallábamos en el preludio de un período completamente nuevo del movimiento sindical colombiano. Quedaba abierto un gran “foro” de “*discusión y análisis de los problemas fundamentales*” del sindicalismo, en el cual concurrirían por intermedio de sus representantes sindicales distintas tendencias políticas identificadas en la urgencia de coordinar la lucha contra el esquirolaje de UTC y CTC y planificar la organización nacional de las muchas y disgregadas entidades gremiales de los trabajadores, a fin de darles más capacidad de defensa y de ataque.

El MOIR resumió con la siguiente directriz de finales de 1972 las nuevas obligaciones que despuntaban por los contornos del sindicalismo colombiano:

*“El movimiento sindical debe ponerle toda la atención a las actuales condiciones favorables para su unidad y no escatimar esfuerzos para lograrla y consolidarla. A nivel nacional, se deben adelantar las conversaciones entre todas las fuerzas políticas que estén de acuerdo con la propuesta hecha por el Partido Comunista y que el MOIR respalda, sobre el reagrupamiento del movimiento sindical para aislar a las camarillas de la UTC y la CTC y echar los cimientos de una central obrera. A nivel regional, continuar adelantando la formación de los comités de unidad sindical como los del Valle del Cauca y otros departamentos”*⁶⁷.

Como paso previo se procedió a la convocatoria de los famosos encuentros regionales de unidad sindical y a la constitución de los respectivos comités conjuntos. A estos encuentros se les encomendó la misión de discutir y aprobar los principios y políticas concernientes a las nuevas tareas unitarias. Los comités eran organismos de dirección y coordinación de las varias organizaciones sindicales que aún no estaban asociadas bajo una sola federación. Durante 1972 y 1973, en casi todas las capitales departamentales y ciudades intermedias de importancia, se reunieron aproximadamente un centenar de dichos foros, a los cuales asistieron no menos de cinco mil dirigentes sindicales que refrendaron con su presencia, sus exposiciones y resoluciones públicas la voluntad del proletariado colombiano de condenar el esquirolaje de la UTC y la CTC, como principal exponente de la política antiobrera y divisionista del imperialismo norteamericano y sus agentes criollos en el seno del sindicalismo colombiano, y de luchar por la construcción de una confederación unitaria y democrática que culminara con el tiempo en la central única de los trabajadores del país. Anotemos que todas las determinaciones de aquellos eventos se adoptaron invariablemente por unanimidad, o sea que fueron siempre el fruto de claros y perentorios acuerdos de las fuerzas afluyentes. El MOIR y el Partido Comunista estuvieron siempre repre-

sentados por dirigentes de las organizaciones gremiales que a la vez lo son de sus correspondientes colectividades políticas; y tanto el uno como el otro iban exteriorizando su complacencia por los logros obtenidos y jamás desautorizaron uno solo de los documentos aprobados. Los acuerdos sindicales contaban con la aquiescencia y el respaldo de los partidos comprometidos, de lo contrario, como es natural, aquellos no hubieran podido llevarse a la práctica ni con la prontitud ni con la resonancia de que gozaron.

Las reuniones obreras ratificaron en términos y formas diferentes la política de clase al mando por la creación de una organización nacional gremial de los trabajadores colombianos unitaria, democrática, amplia y poderosa. La cual estaría sustentada por una línea revolucionaria que el MOIR ha sistematizado en tres grandes principios guías, a saber: La nueva central, 1) estará al servicio del proletariado y del pueblo colombiano, 2) combatirá y aislará a las camarillas dirigentes de la UTC y la CTC y 3) se regirá por la “democracia sindical”. En *Tribuna Roja* del 18 de marzo último hicimos una pequeña recopilación de algunos de los materiales de los encuentros regionales a manera de constancia de que este proceso unitario copó tres años y brotó no espontáneamente sino del compromiso consciente de las fuerzas más avanzadas y representativas del movimiento sindical colombiano.

Todas esas asambleas locales sirvieron de antesala al Gran Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973, el cual lacró lo que ya era un consenso general y citó para el 6 de diciembre de 1974 el congreso encargado de fundar la nueva central unitaria y democrática. Para este trascendental certamen se destinó un comité preparatorio escogido cuidadosamente con el criterio de que en él se encontraran representadas las principales fuerzas copartícipes de la política de unidad sindical. Por razones de carácter legal se convino promover la afiliación a la CSTC de aquellos sindicatos y federaciones que aún no hacían parte de ésta. El MOIR anunció trabajar en esa dirección, aclarando que el nombre de la nueva central le parecía problema completamente formal, que lo importante radicaba en que por su contenido de clase, su práctica y método de funcionamiento, ésta fuera una auténtica confederación unitaria y democrática. No obstante, todo lo concerniente a la organización y reglamentación del congreso del 6 de diciembre correría a cargo del comité preparatorio mencionado. En esa forma la tarea de la construcción de una vigorosa y amplia agremiación nacional independiente de los trabajadores colombianos entraba en su fase final y contaría con un año largo para ultimar los detalles correspondientes. A partir de entonces el MOIR, el Partido Comunista y otras fuerzas políticas que luego contribuyeron con su importante aporte, procedieron a vincular a la CSTC el mayor número de entidades sindicales. Y en dicho lapso ésta vio aumentados sus efectivos con “60

organizaciones que agrupan más de 150 mil trabajadores de diferentes ramas de la economía”, según dato suministrado por su propio Comité Ejecutivo en mensaje de fin de año de 1974 ⁶⁸.

II

Cuando todo marchaba viento en popa, el gobierno resolvió entregarle la personería jurídica a la CSTC, cuatro meses antes del congreso unitario, convocado para el 6 de diciembre pasado. El 7 de noviembre *Voz Proletaria* nos sorprende con la pequeña nota anunciando la noticia de que el congreso fue postergado, pretextándose que muchas organizaciones filiales no alcanzaron a llenar los trámites correspondientes. La dirección de la CSTC había tomado unilateralmente la determinación de aplazamiento, sin reunir, ni escuchar, ni consultar, ni informar al comité preparatorio, alterándose la principal directiva del Encuentro Nacional del 12 de octubre de 1973. El hecho de haber recibido la personería jurídica prematuramente, no en cuanto a que la Confederación no tuviera derecho a ella desde hacía diez años, sino con relación al congreso unitario, no autorizaba a su máxima dirección a disponer arbitrariamente de éste. Tampoco por el antecedente de que las fuerzas aliadas habían acordado asociar a la CSTC sus destacamentos sindicales, cesaban los compromisos del Comité Ejecutivo con quienes habían pasado voluntariamente a ser su base. Por eso se había previsto un comité preparatorio. El frustrado congreso del 6 de diciembre atendería lo relativo al papeleo para la legalización de la nueva central, pero este objetivo no era con todo y su importancia el aspecto de mayor preocupación de los obreros, ni mucho menos el que le diera aliento a la política de unidad sindical. El congreso no era la tumba sino la cuna del proceso unitario gestado durante tres años. Cuanto interesaba a la nueva agremiación, llámese como se le bautizare, era que la inmensa masa de asalariados encontrara personificada en ella, por la claridad del pensamiento revolucionario, la pureza del estilo democrático y el contagio del ejemplo constructivo, el remedio para sus dolencia de dispersión, debilidad y desorganización. Más aún, si se comprendía cabalmente que no obstante los 150.000 nuevos afiliados, producto de los acuerdos de unidad sindical, por fuera de la CSTC se hallaban, y todavía se hallan, el grueso de los trabajadores del petróleo y sus derivados, del azúcar, de las ramas de textiles y confecciones, de la industria automotriz y metalmecánica, de los puertos, de los ferrocarriles, de las carreteras y del resto de servicios públicos, así como centenares de miles de obreros de la producción agropecuaria avanzada. De tal manera que con los encuentros y el congreso se daba comienzo apenas a lo que será una vastísima labor de unificación y organización.

El MOIR solicitó una reunión con el Partido Comunista para discutir el aplazamiento unilateral del congreso. Fustigamos tajantemente la violación de

los procedimientos preestablecidos y demandamos se pusiese a funcionar el comité preparatorio. Ustedes aceptaron nuestras críticas y ante la imposibilidad material de una contramodificación, procedimos a trabajar hacia el congreso del 4 de marzo. Y en enero, a raíz del paro nacional bancario, surgieron nuevas y más agudas contradicciones. Dicho movimiento después de varios días de resistencia valerosa contra la persecución de los magnates de la banca y de la represión oficial que corría en defensa de los grandes intereses financieros, se vio abocado a censurar a un grupo de rompehuelgas que, pisoteando los organismos de dirección y a espaldas de las mayorías, resolvió por arbitrio caprichoso levantar el paro. Lo cual, como era de esperarse, fue aprovechado al rompe por el Ministerio de Trabajo para disponer la arremetida final contra los bancarios. El movimiento afrontaba enormes dificultades pero la socorrida división de última hora constituyó el golpe de gracia. Los despidos masivos no se hicieron esperar y a los dos sindicatos nacionales de los trabajadores de los bancos se les suspendió la personería y se les congelaron los fondos. En medio de la pelea el Comité Ejecutivo de la CSTC, recurriendo a su peso y autoridad, saltó a la palestra para darle lamentablemente protección al grupo rompehuelga en un comunicado que reprodujo *Voz Proletaria* de enero 30⁶⁹. ¿Con qué razones? Dos argumentos peregrinos se blandían. El uno, la “*rabiosa campaña anticomunista*” del MOIR, y el otro, que la posición del “*paro indefinido no fue aceptada por la mayoría de los dirigentes de las organizaciones que conforman el comité intersindical bancario*”. Atacar al MOIR por “*anticomunista*” es acusación que no convence a nadie en este país. Lo que pasa es que ustedes acostumbran escudarse en la lucha contra el anticomunismo para aplastar las críticas que las fuerzas revolucionarias hacen a los errores del Partido Comunista. Al respecto ya hemos fijado públicamente nuestra posición. Sobre el pretexto de que “*el paro indefinido no fue aceptado por la mayoría de los dirigentes*” bancarios, el MOIR presentó también las pruebas con las cuales demostramos cómo hasta los mismos esquiroles lo habían agitado en un principio.

Han transcurrido más de seis meses y ustedes no han podido desbaratar esta prueba. Es más, no han querido siquiera aludir a ella. Todo se redujo a denuestos contra el MOIR y a confusos alegatos acerca de que no fueron reunidas las asambleas estatutarias de los sindicatos para la conducción del movimiento, dando a significar en esa forma que las decisiones carecían de validez. Esta infamia no tiene nombre. Sólo pone en entredicho el comportamiento de quienes originariamente aceptaron las asambleas bancarias y demás formas de organización y dirección que adoptaron los trabajadores para un conflicto nacional de las implicaciones de aquel, y después las reprobaron cuando sus determinaciones no les fueron favorables.

Dejemos que sean las bases por sus conductos regulares y “estatutariamente”, si se quiere, las que fallen sobre las distintas conductas y sobre las vicisitudes de la política unitaria en ese sector sindical. Atendamos la parte que nos corresponde como organización política. Como veníamos diciendo, los ejecutivos de la Confederación se precipitaron a tomar causa en el conflicto interno, movidos por sentimientos sectarios de grupo, sin adelantar las averiguaciones suficientes, ni consultar ni conocer la opinión de los organismos y niveles inferiores de los trabajadores bancarios. Así hubiese obrado una dirección central respetuosa de los procedimientos democráticos, máxime cuando se trataba de una dirección garante de la unidad sindical. El Comité Ejecutivo de la CSTC no aguardó un mes, ni quince, ni ocho días. En menos de 24 horas ya había proferido su sanción inapelable de juez supremo. Y eso no es todo. Su federación regional de Cundinamarca, dos semanas antes del congreso unitario, amenazó con ultimátum público al compañero Carlos Rodríguez, dirigente de los trabajadores bancarios, para que cambiara su criterio acerca de los rompehuelgas, basándose para ello en el baculazo de la CSTC del 24 de enero. Al compañero se le daban ocho días para que se retractara, de lo contrario se procedería sin contemplación. O sea, que a las puertas del congreso del 4 de marzo, los ejecutivos de la CSTC, refugiándose burocráticamente en el control de los organismos centrales de la Confederación, vetaban a un dirigente que había trabajado con tesón y lealtad a favor de la unidad sindical y de la afiliación de ACEB a la nueva central, por un problema acontecido en desarrollo de las jornadas de enero de los trabajadores bancarios y que en el peor de los casos estaba pendiente del fallo de la organización de base. Mientras que al grupo esquirolo se le abrumaba en exceso con inocuas prerrogativas en las comisiones encargadas de rematar la organización del congreso. En todas éstas el Comité Ejecutivo de la CSTC se hacía el de la vista gorda en el comité preparatorio, al cual no citó ni trasladó a su jurisdicción, como su nombre lo indicaba, la preparación del evento de marzo.

En tales circunstancias las fuerzas nuevas de la CSTC, que habían aplicado consecuentemente las resoluciones del Encuentro Nacional Obrero del 12 octubre y, por tanto, habían engrosado y fortalecido la Confederación, consideraron con todo derecho que estaba quebrado el ambiente democrático y fraternal indispensable para que el congreso de marzo fuera la culminación exitosa del proceso unitario de tres años. Y con todo derecho tomaron la determinación de no cohonestar con su presencia en el congreso ni en la CSTC los procedimientos arbitrarios y ventajistas.

Este ha sido el proceso de la política unitaria, desde el primer encuentro obrero regional hasta hoy. Las desafiliaciones que se han presentado en la CSTC y las que se presentarán no implican un sabotaje contra la Confederación, como ustedes lo han propalado. Ni significan que la lucha contra la política antina-

Una posición consecuentemente unitaria

cional y reaccionaria de las clases dominantes dentro del movimiento obrero, acaudillada por las camarillas patronales de UTC y CTC, se merme o se trueque debido a las posteriores contradicciones del sindicalismo independiente. Ni que por nuestra parte llamemos al combate contra la CSTC. Nada de eso. Simplemente, las fuerzas nuevas del sindicalismo independiente, ante los procedimientos antidemocráticos tiene todo el derecho a rescatar su autonomía organizativa, precisamente para seguir combatiendo consecuentemente por la política unitaria del movimiento sindical. Hay quienes piensan que el proceso unitario de tres años terminó en un rotundo fracaso. Desde luego las cosas podrían haber culminado en mejor forma. Empero, la política de unidad sindical aprobada unánimemente por miles de dirigentes obreros, a través del centenar de encuentros de 1972 y 1973, es una gran conquista del proletariado colombiano y sigue vigente en todos y cada uno de los puntos fundamentales. Como el programa nacional y democrático de la UNO, las conclusiones de los encuentros obreros son patrimonio inajenable de las fuerzas revolucionarias colombianas. Para el MOIR ambos logros serán guía permanente de su trajinar político.

III

Después de que nosotros tomamos la determinación de no concurrir al congreso de marzo y propugnar la desafiliación de aquellas organizaciones sindicales que contribuimos a vincular a la CSTC, el Partido Comunista en su alocada desesperación ha respondido con toda clase de ataques soeces, mezquinos y vacuos. De entre el lodo que ustedes han trabajado con rara maestría pero que no nos salpica, queremos rescatar tan sólo una argumentación que quizá valga la pena repeler, no obstante ser un planteamiento toscamente acomodaticio. En su historia sobre el congreso unitario ustedes ponen en labios del MOIR una exigencia que jamás hicimos: la de que dentro de la nueva central *“la minoría mantendrá su independencia”*. Y proceden a refutar: *“Tampoco pueden ningún grupo reservarse un privilegio tal que al ser discutido un problema y tomar acuerdo por mayoría, la minoría pueda continuar desarrollando su actividad polémica o de enfrentamiento, manteniendo la división constante y el debate inacabable que llevaría a cualquier organización a disolverse”*⁷⁰.

Ahora apreciemos cómo aseveramos nuestro criterio sobre la relación de las mayorías y minorías. Uno de los tres principios guías que el MOIR sistematizaba para la nueva central era casualmente el de la *“democracia sindical”*. Los siguientes párrafos fueron publicados antes del encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973.

“Funcionar conforme a la ‘democracia sindical’ significa ceñirse al sistema del centralismo democrático. Éste es el sistema organizativo que garantiza la dirección colectiva y excluye las prácticas burocráticas por las cuales una o dos personas, o un grupo de personas, toma resolucio-

nesa espaldas de la mayoría y decide la suerte de éstas de manera arbitraria. El centralismo democrático es una forma organizada y disciplinada de funcionamiento que exige obediencia a la dirección constituida democráticamente. Los organismos directivos se eligen mediante votaciones en las que intervienen directa o indirectamente todos los asociados; y en los asuntos de interés general se tolera la libre discusión y se tiene en cuenta la opinión de las bases. La nueva central debe funcionar conforme a este sistema de centralismo democrático, cuyos fundamentos son: 1) La minorías se somete a la voluntad de la mayoría; 2) el socio a la organización; 3) los organismos inferiores a los superiores, y 4) toda la central a su dirección nacional.

“Un buen comienzo es facilitar la participación democrática de la totalidad de fuerzas que sinceramente desean contribuir a la feliz culminación de la central unitaria; y reconocer los esfuerzos y el aporte decisivo de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia a este proceso. La verdad se a dicha. Sin el contingente de la CSTC, es un dolor del movimiento sindical independiente, la consigna de la construcción de la nueva agrupación hoy sería un poco menos que imposible. La composición de la dirección de la nueva confederación de ningún modo puede ser igualitaria, debe reflejar al contrario el desarrollo objetivo de las diferentes fuerzas que la integran, única forma de aplicarla ‘democracia sindical’. Dentro de la confederación no seguiremos con el método de la ‘unanimidad’, utilizado en la primera fase que ha requerido de conclusiones aprobadas por todos, a causa de la necesidad de que las diversas fuerzas, sin excepción, compartan voluntariamente el derrotero de principios acordado. Este método de la ‘unanimidad’ lo empleamos fundamentalmente en las alianzas, en las acciones unitarias, en los frentes, cuando se pacta otra cosa. Pero en la central unitaria, como en cualquier sindicato, la designación de la dirección y el resto de definiciones habrá de adaptarse por la simple mayoría, y las fuerzas minorías se someterán disciplinadamente...”

“Las fuerzas integrantes de la nueva agrupación deben empeñarse por instaurar un ambiente de fraternidad, buscar y promover el acercamiento a todo nivel entre los trabajadores que impidan hacer carrera al sectarismo, e inculcarlos del espíritu de estudio y la discusión abierta y franca de los problemas concretos para prevenir el dogmatismo. La nueva central planificará la educación de sus afiliados; estimulará antes que entorpecer la crítica de los errores por parte de la base, y la autocrítica, y así crear las condiciones que aseguren corregir los desaciertos y subsanar las fallas. En fin, en la nueva central ha de prevalecer una situación revolucionaria tal que los trabajadores puedan plantear y abocar los asuntos por difíciles, delicados y complejos que parezcan, sin que ello ponga en peligro su unidad y su cohesión.

“Que la central obrera independiente se rijá por la ‘democracia sindical’ y sea un aprendizaje ideológico y político de la clase obrera colombiana en el cambio de su emancipación”⁷¹.

El MOIR no pretendió jamás que en la central unitaria las minorías mantuvieran “su independencia”. Sin cortapisas de ninguna especie señalamos que éstas debían someterse disciplinadamente a las mayorías. Que sus relaciones se regulaban por los principios del centralismo democrático. Distinguíamos

eso sí entre los dos períodos anterior y posterior al congreso unitario. Para el primero demandábamos que la política de unidad sindical fuese aceptada sin excepción por todas las fuerzas comprometidas, como en realidad sucedió. En los encuentros obreros regionales y en el Gran Encuentro Nacional se aprobaron por unanimidad los principios rectores que gobernarían la vida de la nueva agremiación. Ya que se trataba de una unidad de fuerzas distintas y no de la simple adhesión incondicionada a la CSTC, como ustedes torcidamente lo procuraron sostener una vez cumplido el proceso de la afiliación masiva de más de 150.000 trabajadores a la Confederación. Debido a ello y envanecidos porque el gobierno había concedido la personería jurídica a la CSTC, se echó por la calle del medio, postergándose el congreso del 6 de diciembre, desconociéndose el comité preparatorio, entorpeciendo la concurrencia de compañeros dirigentes sindicales y montándose una campaña de descrédito del MOIR, todo lo cual con la utilización burocrática del control de los organismos centrales de la Confederación. Había quedado roto el clima mínimo de democracia y fraternidad que garantizara que el congreso de marzo sí fuera realmente un congreso de unidad. La iracundia del Partido Comunista por las desafiliaciones posteriores no se justifica. Ustedes no pueden disfrutar de lo mejor de dos mundos antagónicos. Gozar de los frutos de la unidad sindical y al mismo tiempo pisotear los acuerdos y los procedimientos democráticos.

Tan veraz será la acusación del quebrantamiento de los compromisos contraídos por parte del Partido Comunista, que cuando nosotros exigimos la aplicación de los acuerdos de unidad sindical, ustedes exclamaron: ¿Cuáles acuerdos? Textualmente dijeron: *“Los supuestos ‘compromisos’ a que habrían llegado los comunistas con ellos en relación con el Congreso de la CSTC... Para excusar su fuga del Congreso de la CSTC el MOIR habla de presuntos ‘acuerdos’ entre él y el PC. Esos acuerdos no existen sino en su calenturienta imaginación... No hubieron podido haber ‘convenio previo’. El PC no confundió los términos del movimiento sindical con el movimiento político”*⁷².

De una plumada el Partido Comunista se desembaraza de su responsabilidad en el proceso sindical unitario de tres años, que él mismo echó a andar al proponer en 1972 *“el estudio de un nuevo reagrupamiento de todas las fuerzas sindicales que no se hallan vinculadas a ninguna de las centrales sindicales que culminó en un congreso del cual nazca, si es el caso, una nueva central de trabajadores, que aglutine el mayor número de sindicatos y federaciones”*.

¿Nada tuvo que ver el Partido Comunista con el centenar de encuentros sindicales de 1972 y 1973, ni con sus conclusiones? ¿No fueron el Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre y la citación del frustrado congreso unitario del 6 de diciembre producto de claros y perentorios acuerdos? Cuando

por interferencias ajenas a la voluntad del MOIR se demoraba la afiliación a la CSTC de determinados sectores sindicales, ¿ustedes no nos hacían en reuniones bilaterales los correspondientes reclamos en nombre de los acuerdos unitarios? ¿Qué objeto tiene entonces parapetarse en la expresión de que “*el PC no confundelostérminosdelmovimientosindicalconelmovimientopolítico*”? ¿Eludir las obligaciones políticas que sus aparatos sindicales adquieren a la vista de todos? Pero como el pez muere por si boca, permítasenos que sea el Partido Comunista quien se desmienta a sí mismo.

En el informe al pleno del Comité Central de la primera mitad de 1973, ustedes reconocen:

*“El reagrupamiento de importantes sectores sindicales es cualitativamente mejor que las etapas anteriores de la unidad de acción. Se trata de un proceso con un definido contenido político y de clase. Ahora la unidad de acción, sin bajar ni menospreciar los aspectos económicos y reivindicativos, tiene lugar sobre la identidad de una plataforma mínima, de contenido antiimperialista y antioligárquico. En el nuevo proceso, por otra parte, se fija como objetivo el reagrupamiento orgánico de los distintos sectores que participan en él”*⁷³.

Y en el informe al pleno de la segunda mitad de dicho año:

“La reciente realización del Encuentro Nacional Sindical, que es el resultado de la tenacidad y el esfuerzo de miles de militantes comunistas, independientes, del MOIR y de otras corrientes políticas puede considerarse el éxito más importante de la política de unidad sindical que venimos preconizando y practicando desde hace años.

*“Este encuentro, que convocó a un Congreso Nacional Obrero para fines del año entrante, con vistas a integrar una central sindical de mayores proporciones que la actual CSTC, demostró plenamente que a pesar de ciertas dificultades, de diferencias de enfoques sobre una serie de cuestiones del movimiento sindical, es posible acordarse para avanzar seriamente y con ayuda en la unificación de los sectores independientes y de clase del movimiento obrero... Todo lo que sea avance en la unidad del movimiento obrero tiene profundas resonancias en las tendencias unitarias del pueblo. A su vez los acuerdos políticos facilitan los sindicales”*⁷⁴.

Estas dos citas de los plenos que ustedes efectuaron en 1973 despejan cualquier duda en cuanto a la existencia de los acuerdos en torno a la política de unidad sindical que tanto el Partido Comunista como el MOIR prometieron respetar y aplicar. No sólo queda claro que sí se pactaron tales compromisos, sino que: 1) “*Son cualitativamente mejores a las etapas anteriores de la unidad de acción*”; 2) tienen un “*definido contenido político y de clase*”; 3) se dan sobre “*la identidad de una plataforma mínima, de contenido antiimperialista y antioligárquico*”; 4) buscan “*el reagrupamiento orgánico de los distintos sectores que participan en él*”; 5) concluyeron en el “*Encuentro Nacional Sindical, que es el resultado de la tenacidad y el esfuerzo de miles de militantes comunistas, independientes, del MOIR y de otras corrientes políticas*”; 6) satisficieron la necesidad de convocar un “*Congreso Nacional Obrero para finales del año entrante* (el

congreso del 6 de diciembre que ustedes postergaron unilateralmente), *con vistas a integrar un central sindical de mayores proporciones que la actual CSTC*"; 7) demostraron que *"apesar de ciertas dificultades, de diferencias de enfoques sobre una serie de cuestiones del movimiento sindical, es posible acordarse acordarse para avanzar seriamente en la unificación de los sectores independientes y de la clase del movimiento obrero"*; y 8) ayudaron a comprender que *"los acuerdos políticos facilitan los sindicales"*.

Cualquier otro comentario sería redundancia. Nos resta únicamente decirles a ustedes que, si a pesar de todo, queremos recuperar el terreno perdido en la lucha por la unidad sindical, no queda más disyuntiva que la de retrotraernos a las conclusiones de los encuentros regionales de 1972 y 1973 y del Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973. Una experiencia de favorable repercusión deja el último tramo del proceso de unidad sindical para los auténticos revolucionarios; la de que, una vez acordadas las cuestiones programáticas y de contenido, la forma de llevarlas a la práctica, es decir, el escrupuloso acatamiento de los métodos democráticos, es lo principal.

Los procedimientos burocráticos y antidemocráticos son los más solapados adversarios de la unidad revolucionaria. Éste es un principio universal. El proletariado colombiano sabrá acoger íntegramente esta enseñanza y la hará valer, como rescatará la política general de los encuentros obreros de 1972 y 1973. Las masas asalariadas proseguirán en la senda abierta por el proceso unitario de tres años. Sus conclusiones ya forman parte sustancial del arsenal ideológico y político de nuestra revolución.

Diferencias de línea, de estilo y de rumbo

No queremos ignorar por el contenido y fin de esta misiva la más honda y determinante de las contradicciones entre el MOIR y el Partido Comunista, la que siempre ha enfrentado a estas dos agrupaciones cual corrientes políticas claramente definidas y diametralmente opuestas, cuya solución final no podrá dirimirse sino como efecto de un prolongado combate en los campos ideológico, político y organizativo: la controversia en torno a la lucha que a nivel internacional libra el movimiento comunista con la orientación y el apoyo del Partido Comunista de China y su máximo dirigente, el camarada Mao Tsetung, contra el revisionismo contemporáneo acaudillado por el Partido Comunista de la Unión Soviética. Desde cuando las fuerzas marxista-leninistas en el mundo empezaron, a finales de la década del cincuenta y comienzos del sesenta, a formular las críticas por las graves desviaciones de principio de la tendencia revisionista kruschevista al mando del Partido Comunista de la Unión Soviética, el Partido Comunista de Colombia abrazó con singular fervor la causa del revisionismo moderno. Han transcurrido quince años de esta lucha pletórica de acontecimientos y lecciones.

Nikita Krushev fue depuesto de su alto cargo debido a sus enormes fracasos, pero sus sucesores continuaron por el atajo revisionista hasta renegar por completo del legado ideológico del padre y fundador del primer país socialista, y hasta convertir la patria de Vladimir Ilich Lenin en un Estado socialimperialista, que en la actualidad exprime y oprime a su propio pueblo, a los pueblos de las naciones que se muevan en su órbita, y pugna y se colude con el imperialismo norteamericano por el control y reparto del mundo. Los cambios producidos en la Unión Soviética influyen preponderadamente en la nueva situación mundial, en el movimiento obrero internacional y en los movimientos revolucionarios de cada país en particular. Una enconada batalla tiene lugar entre la línea marxista-leninista y la línea revisionista. De su desenlace depende el destino del mundo en los próximos decenios. El marxismo-leninismo ha salido victorioso siempre que para el encauzamiento de la revolución a nivel internacional se trabó en fiera contienda contra las tendencias oportunistas de derecha, o las corrientes burguesas que pretendieron ponerlo a su servicio, revisándolo. Así fue en la época de Marx, así fue en la época de Lenin y así será en la época de Mao Tsetung.

La primera incidencia para Colombia de esa lucha consistió en que las incipientes fuerzas marxista-leninistas se han visto abocadas a la necesidad de crear un partido revolucionario que una con soldadura autógena al movimiento obrero y al socialismo científico. Las experiencias, los avances y en especial los principios que ha sacado a flote el movimiento comunista internacional en su portentoso y persistente combate contra el revisionismo contemporáneo han sido la más apreciada ayuda para los marxista-leninistas colombianos. Conforme a las condiciones específicas de nuestro país y de acuerdo con el desarrollo fluctuante de la lucha de clases, el MOIR ha ido paciente pero seguramente cumpliendo su tarea de la construcción de dicho partido revolucionario, extendido ya a todo el territorio nacional y vinculado cada vez más estrechamente a las amplias masas de obreros, campesinos y del resto del pueblo, y a sus luchas. En esta labor el MOIR ha seguido invariablemente la política de apoyarse sólo en sus propios medios y en el esfuerzo de las masas populares colombianas. Defendemos fervorosamente nuestra independencia. Jamás hemos recibido órdenes ni estamos ni estaremos bajo la tutela de ningún partido, a nivel nacional o internacional, por poderoso e importante que éste sea. No corresponde esta conducta a una superflua o altanera actitud de engreimiento, ya que nadie más que nosotros para comprender nuestras propias deficiencias y la necesidad que tenemos de aprender aún muchas cosas. Ella obedece a una profunda concepción de que las relaciones con el resto de partidos revolucionarios las haremos únicamente en pie de igualdad, mutuo respeto y solidaridad recíproca, y la convicción de que el pueblo colombiano es para nosotros la principal cantera de

Una posición consecuentemente unitaria

recursos materiales y políticos para coronar las dos revoluciones que tenemos por delante: la revolución nacional y democrática y la revolución socialista. Sobre esta base estamos dispuestos a intercambiar opiniones y apoyo con los revolucionarios de dentro y fuera del país y con el resto de sinceros amigos de Colombia y del pueblo colombiano. Somos conscientes de que las victorias de los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y neocoloniales, del movimiento obrero y comunista internacional y de los países socialistas son una ayuda insustituible para la revolución colombiana. Y viceversa, los logros de nuestra revolución representan en la práctica el mejor apoyo que podemos brindarles a los movimientos de liberación nacional, al movimiento obrero y comunista internacional y a los países socialistas en la lucha contra el enemigo común.

Esta posición de principios no nos separa del Partido Comunista de China ni de su pueblo. Todo lo contrario, son precisamente el Partido Comunista de China y el pueblo chino quienes han defendido, en su lucha contra las fuerzas imperialistas y el revisionismo contemporáneo, tales principios de igualdad, mutuo respeto y solidaridad recíproca en las relaciones entre los partidos revolucionarios. La China socialista apoya incondicionalmente los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y neocoloniales, al movimiento obrero internacional y a los revolucionarios del mundo entero en su lucha contra el imperialismo, el hegemonismo y la opresión y a favor de la autodeterminación de los pueblos, la revolución, el socialismo y la paz mundial. Por eso la República Popular China y su Partido Comunista son los más sinceros amigos del pueblo colombiano y de su emancipación.

Las diferencias en torno de la lucha que el movimiento comunista internacional libra contra el revisionismo contemporáneo no han sido aún explicadas a fondo en Colombia, debido a la debilidad inicial de las fuerzas marxista-leninistas y al estado embrionario de nuestra revolución. Sin embargo, estas divergencias tienen que ver directamente con el desarrollo del proletariado colombiano y su partido, en particular, y con el curso de la revolución colombiana, en general. Hasta ahora, a nivel de masas, se vienen desbrozando dos líneas, dos estilos, dos rumbos: el del MOIR y el del Partido Comunista. La lucha ideológica y política entre el marxismo-leninismo y el revisionismo en Colombia ha tenido que ver no sólo con las cuestiones internacionales sino con la estrategia y la táctica de nuestra revolución. Desde luego esta lucha no se definirá de la noche a la mañana. Será prolongada y tendremos que esperar a que sea la práctica tanto de la revolución mundial como de la revolución colombiana la que cancele irrecusablemente el conflicto más apasionante de nuestra época, e inaugure una era completamente nueva: la era de la cabal consolidación del socialismo en todo el planeta.

Ustedes han venido aupando en Colombia la andanada antichina que los revisionistas soviéticos esparcen por doquier sin vergüenza ni principios. La característica principal de esta campaña es la calumnia y la falsificación descarada de los hechos. Y la han arreciado sin importarles el que con ella se atente contra el entendimiento en la UNO y contra la unidad de las fuerzas populares, no obstante predicar de palabra a cada rato que ustedes están por dichos entendimiento y unidad. Nosotros no hemos respondido aún, pero tomamos atenta nota del sartal de sandeces y dislates. Aguardamos en parte a clarificar primero los problemas de la Unión Nacional de Oposición, de la unidad del movimiento sindical, del frente único en Colombia y de la política revolucionaria consecuente a seguir ante el gobierno lopista de hambre, demagogia y represión. Y en parte, a desbaratar el infundio de que el MOIR se mueve dogmáticamente, accionado a control remoto. Hemos demostrado hasta la saciedad nuestro ánimo unitario, nuestro celoso respeto por los compromisos contraídos, y si entramos en contradicción con nuestros aliados es porque nos asisten razones de principio que no podemos menos de plantear públicamente, en bien exclusivo de la unidad del pueblo colombiano y de su revolución. La polémica la estamos adelantando con firmeza pero con altura y así continuará siendo en el futuro, contra el estilo de “*a piedra y lodo*”, como parece ser la consigna de ustedes. Esta carta es una prenda de ello. Hemos procurado que todas nuestras críticas estén respaldadas por documentos cuya existencia es incontrovertible.

Reconocemos los aportes que el Partido Comunista y su militancia han dado al proceso unitario de los últimos tres años. ¿Cómo fue posible que el MOIR haya concertado una alianza tan larga con una fuerza política que se ubica en la corriente revisionista contemporánea? Ha obedecido a circunstancias muy particulares de la revolución colombiana. Pero, por sobre todo, a que logramos acordar un programa conjunto que interpretó cabalmente los rasgos esenciales de la revolución nacional y democrática de la presente etapa histórica de nuestro país. Un programa que proclama como principal objetivo la lucha por la liberación nacional y por la construcción de una patria soberana, popular y democrática, en marcha hacia el socialismo. Y la lucha por la plena soberanía independencia y autonomía de las naciones es una declaratoria de guerra no sólo contra las fuerzas imperialistas sino contra el revisionismo contemporáneo. La consecuencia con que se participe en esta lucha en Colombia por la plena soberanía, la independencia y autonomía de las naciones será la frontera divisoria por excelencia entre el marxismo-leninismo y el revisionismo. Desde luego que existen otras divergencias que iremos dilucidando con el tiempo. Han quedado tocadas algunas de ellas como la concepción acerca del Estado, del ejército, de la construcción del partido y del papel de primerísima magnitud que le ha co-

responsido desempeñar en la actualidad al Partido Comunista de China y a su máximo dirigente, el camarada Mao Tsetung.

La lucha ideológica que se vislumbra está llamada a imprimirle un impulso cualitativamente nuevo a la resolución colombiana. Y el terreno se halla abonado para que se desarrolle con altura y objetividad. Esta es otra de las conquistas de la Unión Nacional de Oposición, porque ya no será posible impedir la discusión de los grandes problemas de la evolución colombiana con la inveterada costumbre de descalificar a los contradictores con acusaciones macartistas de derecha o de “izquierda”. El MOIR ha ganado en campo abierto el derecho a que sus concepciones sean escuchadas y tenidas en cuenta por las fuerzas revolucionarias. De nuestra parte estaremos siempre prestos a atender las críticas que nos hagan los revolucionarios.

Conclusiones

La supervivencia de la Unión de Oposición es una necesidad para las fuerzas revolucionarias de Colombia. Sin embargo, atraviesa por un momento de profunda crisis y enormes dificultades, las cuales no podrán ser solventadas más que como producto de un gran replanteamiento. Replanteamiento que resuelva sus actuales contradicciones internas y le permita avanzar tanto cuantitativa como cualitativamente, es decir, que logre vincular a sus filas nuevos contingentes de lucha y vaya poniendo bajo su dirección poco a poco todos y cada uno de los problemas importantes de la lucha revolucionaria colombiana. El MOIR está dispuesto a propiciar este replanteamiento mediante la discusión fraternal con el Partido Comunista, el Movimiento Amplio Colombiano y demás organizaciones de la UNO.

Proponemos que se ventilen estos cinco puntos:

- 1) Los problemas de la “*dirección compartida*” en la Unión Nacional de Oposición;
- 2) La política frente al régimen de Alfonso López Michelsen;
- 3) La acción parlamentaria unificada, con base en el principio de la vigilancia de los electores sobre los elegidos;
- 4) La solución a las contradicciones del proceso de unidad sindical, y
- 5) La ampliación de la UNO con nuevas fuerzas pertenecientes o provenientes de cualquier corriente política, con base en el acatamiento del programa y demás resoluciones compartidas.

Igualmente discutiremos los asuntos que consideren convenientes los aliados. Estos cinco puntos son las mínimas cuestiones que a nuestro entender requieren urgente atención. Sobre cada uno de ellos hemos fijado en esta carta el criterio de la dirección del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario,

la cual engloba para las circunstancias actuales nuestra posición consecuentemente unitaria. Ustedes tienen la palabra.

Fraternalmente,

Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR

Septiembre de 1975.

Notas

1. “Las posiciones oportunistas del MOIR (I)”. *Voz Proletaria*, 3 de abril de 1975, pág 5.
2. “Las posiciones....(II). *Voz Proletaria*, 10 de abril de 1975, pág 5.
3. “Informe político al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Colombia,” 11 y 12 de abril de 1975. *Voz Proletaria*, suplemento, 17 de abril de 1975, pág.
4. “Las posiciones ...(I), Citado.
5. “La hora es de unidad y de combate”. *Tribuna Roja*, diciembre de 1972, págs 2 y 4.
6. “Declaración del Comité Ejecutivo Central Comunista”. *Documentos Políticos*, enero– febrero de 1970, pág 94.
7. “Informe Político al Pleno Comunista”. *Documentos Políticos*, mayo de 1970, págs 40 y 57.
8. Resolución política del XI Congreso del Partido Comunista de Colombia”, 6 al 10 de diciembre de 1971. *Documentos del XI Congreso*, Editorial Colombia Nueva, 1972 pág 55.
9. “Informe al Pleno del Comité Central“. *Documentos Políticos*, noviembre de 1972, pág 52.
10. Editorial de *Documentos Políticos*,septiembre-octubre de 1973, pág 5.
11. Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista”. *Documentos políticos*, mayo-junio de 1972, pág. 31.
12. “Resolución política del XI Congreso”. Citado, pág 56.
13. “Luchemos por una política proletaria”. *Tribuna Roja*, julio de 1971, pág 2.
14. “La hora es...”. Citado pág 3.
15. “Algo más sobre la política de “Unidad y Combate”. *Tribuna Roja*, julio de 1971, pág 2.
16. Gilberto Vieira dijo en la convención de la UNO de septiembre de 1973 que “*los comunistas no veremos a la UNO como un mero aparato electoral, sino como la semilla del Frente Patriótico de Liberación Nacional*”. *Voz Proletaria*, 27 de septiembre de 1973, pág 5.
17. “Programa de la UNO”. *Tribuna Roja*, octubre de 1973, pág 1.
18. “Informe político” al XI Congreso. *Op. cit*, pag 42.
19. La primera cita es del reportaje a Gilberto Vieira, “Experiencias, de los diputados y concejales comunistas”. *Documentos políticos*, marzo-abril de 1972 pág. 88. La segunda cita corresponde al reportaje que le hicieron H. Valverde y O. Collazos a principios de 1972 y publicado en 1973 en el libro *Colombia tres vías a la revolución*. Círculo Rojo Editores, pág 69.
20. *Documentos políticos* cit. Pág 4.
21. “La hora es. Citado pag 3.
22. “Vamos a la lucha electoral”. *Tribuna Roja*, enero de 1972, Pág. 2.
23. Gilberto Vieira. Reportaje *Colombia tres vías...* Citado, págs 76 y 77.
24. “Algo más” citado de págs 9 y 10.
25. Editorial de *Documentos Políticos*. Citado pág 5.
26. “Las oposiciones ...citado pág 4.
27. “Las oposiciones ...citado pág 5.

Una posición consecuentemente unitaria

28. “La Hora es...” citado pág 4.
29. “Algo más...” citado pág 5.
30. Francisco Mosquera. Discurso en la convención de la UNO, del 23 de septiembre de 1973, *Tribuna Roja*, octubre de 1973 pág 10.
31. Idem, pág. 10.
32. Informe aprobado por el pleno del Comité Central del Partido Comunista de Colombia, mayo 17-19 de 1974. *Documentos Políticos*, No. 110, pág. 84.
33. “Informe al pleno de Comité Central del Partido Comunista de Colombia,” 8 y 9 de diciembre de 1973, *Documentos Políticos*, noviembre-diciembre de 1973, págs. 10 y 11.
34. Discurso Mosquera. Citado, pág 10. El párrafo del discurso del camarada Mosquera al que pertenecen las palabras transcritas, es el siguiente: “*La amplitud del frente electoral que hemos conformado está condicionada por el real desarrollo de las fuerzas revolucionarias de Colombia. Se estudian todas las perspectivas. Se discutieron varias resoluciones. La posición oportunista y vacilante de la dirección de la Alianza Nacional Popular, su altanería, su desprecia a las fuerzas de la izquierda impidieron legar desde su comienzo a un acuerdo con ella para la campaña electoral. En definitiva, no hemos guiado por el criterio de que es preferible constituir un frente que, aunque pequeño, le pueda presentar al pueblo una verdadera alternativa revolucionaria.*”
35. “Algo más...” Citado pág. 2.
36. Idem, pág. 2.
37. “La UNO ha cumplido y seguirá cumpliendo”, *Tribuna Roja*, 11 de abril de 1974, pág 2.
38. “¡Que en esta campaña avance la lucha popular!” *Tribuna Roja*, febrero de 1974, pág 2.
39. El 13 de febrero de 1975, el Consejo Ejecutivo del Movimiento Amplio Colombiano anunció la expulsión de Hernando Echeverri Mejía, Iván López Botero y Giro Ríos Nieto. Los dos primeros senadores y el último representante a la Cámara. El compañero Gilberto Zapata Isaza, también representante a la Cámara por el MAC, es el único parlamentario de ese partido que ha tenido una posición revolucionaria acorde con los principios pregonados en la campaña electoral y con las directrices de los organismos superiores de la UNO.
40. Mediante la declaración pública de enero de 1975, el Comité Regional del MOIR de Risaralda hizo conocer su posición autocrítica por las orientaciones y actuaciones de su acción en el Concejo de Pereira. Los errores consistían en no diferenciar radicalmente la línea revolucionaria de la politiquería tradicional de todas las fracciones en que, por apetitos burocráticos, se hallan divididos los partidos tradicionales en dicho departamento, con lo que se desfiguró la lucha del MOIR y la Uno y se perjudicó al pueblo. Tales desviaciones fueron ejemplarmente corregidas.
41. “La UNO ha cumplido...”. Citado, pág. 2.
42. Las posiciones ...(IV)”. *Voz Proletaria*, 24 de abril de 1975, pág 4.
43. “Las posiciones ...(I). Citado.
44. Gilberto Vicira. Discurso de la UNO, julio 14 de 1974. *Voz Proletaria*, suplemento, 18 de julio de 1974. pág. 2.
45. Discurso Mosquera. Citado, pág. 9.
46. “Las posiciones ...(I)”. Citado.
47. “Que en esta campaña...”. Citado, pág. 2.
48. “Informe al pleno del Comité Central del PC, mayo 17-19 de 1974. Citado. *Documentos Políticos* No. 110, págs. 76, 77, 78 y 79.
49. “Declaración del Partido Comunista de Colombia sobre la política del gobierno” del Comité Ejecutivo Central, noviembre de 1974. *Cuadernos Políticos* No. 3. Editorial Colombia Nueva, págs. 15-16.

Francisco Mosquera Sánchez

50. “Informe político al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Colombia”, 11 y 12 de abril de 1975, págs. 2 y 4.
51. Alfonso López M. Discurso en la convención liberal, *El Tiempo*, 1º de julio de 1973.
52. “Alfonso López Michelsen. Discurso de San Antero, *El Tiempo*, 6 de diciembre de 1973.
53. Anales del Congreso, No. 120 del 7 de septiembre de 1967. Tomado de la obra de Jaime Vidal Perdomo: *Historia de la reforma constitucional de 1968 y sus alcances jurídicos*. Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. Bogotá, 1970, págs. 72 y 73.
54. Alfonso López Michelsen. *Posdata a la alternación*. Populibro. Editorial *Revista Colombiana*. Bogotá, 1970, pág. 339.
55. El discurso del camarada Francisco Mosquera no ha sido publicado en *Tribuna Roja*, pero una copia de él fue entregada a la dirección de *Voz Proletaria*, que reprodujo apartes. En una próxima edición de nuestro periódico imprimiremos su texto completo, junto a otros documentos relacionados con la Unión Nacional de Oposición.
56. Editorial de *Voz Proletaria*, 5 de junio de 1975, pág. 3.
57. Alfonso López Michelsen. Reportaje a *Revista Arco*, septiembre de 1972. Tomado del folleto *Un mandato claro*. Canal Ramírez Antares, julio de 1973, pág. 35.
- 58). Alfonso López Michelsen. Discurso en Armenia, *El Tiempo*, 4 de marzo de 1974.
59. Gilberto Vieira. Reportaje citado, *Colombia tres vías...*, pág. 69.
60. Editorial de *Voz Proletaria*, 5 de junio de 1975, pág. 3.
61. Editorial, *Voz Proletaria*, 12 de junio de 1975, pág. 3.
62. “PC y MAC analizan situación”. *Voz Proletaria*, 12 de junio de 1975, pág. 5. Esta declaración fue posteriormente rectificada por el Movimiento Amplio Colombiano en un comunicado de su Consejo Ejecutivo Nacional.
63. La primera cita, del MOIR, hace parte del discurso de F. Mosquera y la del PC corresponde al discurso de G. Vieira, pronunciados el 14 de julio de 1974, en la convención del a UNO. Ambos discursos ya han sido citados.
64. Resolución de la Convención Nacional de la UNO, julio 13 y 14 de 1974.
- 65). “Incompatible ser de la UNO y sabotear a la CSTC”. “Declaración del PCC”: *Voz Proletaria*, 19 de julio de 1975, pág. 5.
66. Apartes de informe en la “Conferencia de Dirigentes Sindicales Comunistas de Bogotá”, 11 de noviembre de 1972. *Voz Proletaria*, suplemento *Ideología*, 23 de noviembre de 1972, pág. 5.
67. “La hora es...”. Citado, pág. 5.
68. “Mensaje de Año Nuevo del a CSTC”. *Voz Proletaria*, 9 de enero de 1975, pág. 5.
69. “declaración de la CSTC” enero 24 de 1975. *Voz Proletaria*, 30 de enero de 1975, pág. 5.
70. “Posiciones ideológicas en torno al congreso sindical” (Luis Hernán Sabogal). *Documentos Políticos*, marzo-abril de 1975, pág. 10.
71. “Algo más ...”. Citado, pág. 5.
72. “Las posiciones... (I)” Citado, pág. 5.
73. “Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista”, 29 y 30 de junio y 1 de julio de 1973. *Documentos Políticos*, mayo-junio de 1973, pág. 23.
74. “Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista 8 y 9 de diciembre de 1973. *Documentos Políticos*, noviembre-diciembre de 1973, págs. 18 y 19.

El viaje de López a Estados Unidos: “Vine, ví, vendí”

Tribuna Roja, N° 17, noviembre 22 de 1975.

La reciente visita de López Michelsen a Estados Unidos lejos de configurar las funciones de un jefe de Estado que atiende responsabilidades internacionales con autonomía, con brillo, con dignidad, pareció más bien el viaje del caporal a informar al patrón cómo anda el fundo y a solicitar instrucciones y autorización para las mejoras que sean menester. Y es que Colombia a pesar de tener himno, bandera y escudo y elegir a veces cada cuatro años un presidente, continúa siendo una enorme hacienda de propiedad de los monopolios estadounidenses, como en los años de la separación de Panamá, cuando nuestra República ya era una colonia de nuevo tipo del imperialismo norteamericano. El carácter sumiso del gobierno colombiano ha quedado plenamente patentizado, no obstante los esfuerzos de las agencias noticiosas occidentales y de la gran prensa colombiana de presentar las gestiones del presidente López, en la metrópoli, cual originadas en una posición independiente y hasta contraria en algunos aspectos con la política demarcada por Gerald Ford.

Días antes de la reunión de los dos mandatarios, cables procedentes de Washington tendientes a preparar el terreno para la entrevista, comenzaron a propalar que “Colombia encarna hoy día la nueva actitud latinoamericana decreciente alejamiento de Estados Unidos”; que “Colombia por su prestigio internacional, es el país latinoamericano con mejores condiciones para formar un puente entre Estados Unidos y el Tercer Mundo”, y que “Colombia es un país importante y puede desempeñar un papel decisivo como fuerza moderadora en América Latina”¹. ¡Qué más desearía el señor Ford! Pintar con ribetes cuidadosamente improvisados de pseudo-decoro nacional al obsequioso régimen colombiano, para luego designarlo como intermediario o “puente” de las relaciones entre los Estados Unidos y los países neocoloniales de Latinoamérica y hasta del Tercer Mundo.

Veamos qué pasó.

1. La cuestión del Canal de Panamá

Sobre los buenos oficios del señor López ante el gobierno norteamericano alrededor del conflicto del Canal de Panamá los comentaristas a sueldo hicieron especial énfasis, resaltando que el dirigente colombiano sería personero de los intereses del pueblo panameño, en nombre del resto de naciones del Hemisferio. Para el despliegue periodístico fue aprovechada la intempestiva aparición en Bogotá del general Torrijos, en vísperas de la salida de López y de su numerosa comitiva. Se promulgó que el gobernante panameño había nombrado a su colega colombiano como emisario de la causa del hermano país durante la gira de éste por Norteamérica. En torno a ello se especuló lo bastante para prefabricar notoria expectativa acerca de la misión internacionalista del prócónsul del “mandato claro”.

¿Cuál fue el desempeño del señor López con problema tan inquietante para Panamá y para el resto de las naciones latinoamericanas? ¿Qué planteamientos hizo? Sólo sabemos de sus opiniones públicas por versión recogida en la gran prensa y que son de conocimiento general. Con ellas basta para desentrañar los genuinos afectos en política exterior de nuestro caporal en trance de estadista de talla internacional. De lo que pregonó en público podemos deducir cuánto confesaría en privado. A la cuestión canalera se refirió por dos ocasiones. La una en su discurso del banquete de la Casa Blanca y la otra durante rueda de prensa en Washington. Del discurso extractamos al respecto lo que sigue: *“Con la debida consideración por la seguridad de los Estados Unidos, es necesario encarar, con un criterio de la realidad desde 1975, la modificación de las condiciones que teníamos en vigencia a comienzos del siglo, creadas bajo un tipo de relaciones internacionales hoy superado”*². Frente a los periodistas complementó la idea. Según el cable de la UPI, *“López Michelsen sugirió, que en la tarea de defender el Canal, Estados Unidos debe actuar conjuntamente con Panamá, tratando a ese país como un aliado”*. Y comentó textualmente: *“Nadie ignora que en un evento de tal magnitud, el concurso de Estados Unidos sería indispensable, si gustan. Y los panameños están al tanto de ello”*³.

Como se aprecia, el presidente López, en su representación de portaestandarte imprevisto de los intereses latinoamericanos, resultó terciando del lado de las prerrogativas arbitrarias de los imperialistas. Referente a los derechos de Panamá a ejercer la soberanía en todo su suelo patrio, se limitó a sugerir a su anfitrión que tuviera en cuenta *“las realidades de 1975”*. Mientras con desfachatez pasmosa demandó *“la debida consideración por la seguridad de los Estados Unidos”* en Panamá, y planteó que el *“concurso de los Estados Unidos”* en la defensa del Canal *“sería indispensable”*.

Ni con el alegato de la protección de su seguridad, ni bajo ningún título legítimo, al imperialismo norteamericano le está permitido reclamar su intervención en Panamá o en cualquier otro país del globo. Únicamente en el código de la piratería internacional se registra ese inaudito derecho a trasladar tropas, levantar bases militares y mantener jurisdicción en tierras ajenas como lo hace el gobierno de Washington en los cinco continentes. Es la seguridad de Panamá la que ha estado permanentemente amenazada con la presencia del ejército norteamericano. El pueblo panameño lo que exige es soberanía plena en cada palmo de su geografía. El Canal se halla dentro de sus fronteras y al pueblo panameño y a su gobierno les corresponde por consiguiente su indiscutible control. Además, Estados Unidos en tres cuartos de siglo de explotación de aquel, sacó ganancias más que excesivas a sus inversiones de 1903.

Los pueblos latinoamericanos respaldan incondicionalmente las peticiones y batallas del pueblo panameño para ponerle punto final al enclave colonialista yanqui en su territorio y lograr disponer libremente del Canal y demás recursos naturales y económicos, sin la injerencia de ningún poder extranjero. Esta contienda de proporciones gigantescas hace parte de la colosal lucha de los pueblos explotados y oprimidos del Tercer Mundo por anular y derrotar la intromisión y agresión que tanto el imperialismo norteamericano como el socialimperialismo soviético despliegan sin cesar, en la disputa descabellada por el dominio y reparto del mundo. La corriente histórica de los movimientos de liberación nacional de Asia, África y América Latina, fuerza principal de la revolución actual, terminará imponiéndose. Su incontenible desarrollo derrumbará las ambiciones colonialistas del imperialismo y del socialimperialismo y creará las condiciones para la implantación de un nuevo orden internacional, basado en el mutuo respeto y apoyo entre las naciones, en el que desaparezca la extorsión de unos países por otros, la dependencia económica y política y los peligros de la guerra mundial.

La cabeza visible del régimen antinacional y antipopular que sojuzga a Colombia, el presidente López, no pierde oportunidad para posar de demócrata y patriota, pretextando estar con las "*realidades de 1975*" aún en diligencias tan poco defensables como su viaje a los Estados Unidos. Sin embargo, una vez actúa o abre la boca, queda al descubierto su verdadera naturaleza. Nada más demostrativo de esto que sus ínfulas de amigo ferviente del pueblo panameño. No es patriótico, ni democrático, ni favorece a la causa del pueblo panameño prohijar la tesis norteamericana de que Estados Unidos debe velar por su seguridad en Panamá. No es patriótico porque la presencia de las bases militares estadounidenses en el vecino país son una amenaza directa para Colombia. Implícitamente se está admitiendo qué así como el gobierno de los Estados Unidos goza del insólito privilegio de salvaguardar su seguridad nacional en Panamá, lo podría

aplicar en cualquier región, en el Caribe, en Europa, en el Mediterráneo, en Asia, en el Medio Oriente, inclusive en Colombia. Tampoco es democrático porque las relaciones internacionales no pueden estar regidas por la ley de la selva, con arreglo a la cual el más fuerte devora al más débil y a éste se le prohíbe hasta chistar. Estados Unidos parapetado en una supremacía de fuerza se atreve inescrupulosamente a sustentar la intervención militar en Panamá como medida de su seguridad nacional. Pero es a Panamá al que con toda la razón del mundo y en aras de su seguridad interna le asiste el absoluto e incontrovertible derecho a exigir el retiro de todos los soldados y autoridades norteamericanas de su territorio. Amigo sincero de Panamá sólo será quien respalde incondicionalmente las justas reivindicaciones y la heroica lucha del pueblo panameño por su independencia completa, plena soberanía, cabal autodeterminación e integridad territorial, de las cuales nunca ha disfrutado, ya que desde su nacimiento como República el imperialismo norteamericano pisotea su nacionalidad, con el ávido propósito de manipular a sus anchas la puerta que comunica a los dos océanos.

El general Torrijos debió buscar otro emisario digno de mejor confianza.

2. El caso de los cayos colombianos

El viaje del presidente López estuvo relacionado también con el asunto de Roncador, Quitasueño y Serrana. Expliquemos someramente.

Los cayos de Roncador, Quitasueño y Serrana se encuentran ubicados en aguas territoriales colombianas en el Mar de las Antillas, entre las 35 y 75 millas de distancia de las islas de San Andrés y Providencia. Al margen de los cuantiosos recursos naturales de su subsuelo marino, esta zona posee una flora y una fauna muy variada y rica. Razón más que suficiente para que Estados Unidos la haya apetecido durante cerca de cien años. Pero los cayos pertenecen a Colombia, lo cual se sustenta en una larga tradición y en documentos irrefragables que datan algunos de ellos de la época del régimen colonial español. Sin embargo, desde el siglo pasado los gobiernos norteamericanos se han valido de mil tretas y de su prepotencia armada para mantener la posesión arbitraria de los cayos y aprovechar su capacidad piscícola sin tasa ni medida. Después de múltiples intrigas el despojo se pretendió protocolizar mediante el *modus vivendi* Olaya Herrera-Kellog de 1928, impuesto compulsivamente tras la complicidad de los vendepatrias colombianos, con el que se establecía el condominio de los cayos de los Estados Unidos y de Colombia, hasta tanto no se resolviera el *“litigio”*. Durante la administración de Pastrana Borrero el gobierno norteamericano resolvió reconocer la propiedad colombiana sobre los cayos de Roncador, Quitasueño y Serrana, en un alarde de falso acatamiento a la soberanía y prerrogativas ajenas, pues se arrogó el abusivo usufructo tanto de la pesca como de la libre

navegación por los mismos. Este curioso doble reconocimiento de los derechos de Colombia y Estados Unidos sobre un segmento del territorio y del mar territorial colombianos quedó consignado en el tratado Vásquez-Saccio de 1972. El gobierno de Pastrana jamás clarificó a satisfacción a la opinión pública el nuevo tratado. Ni el gobierno actual tampoco. Con el agravante de que el señor López Michelsen tuvo que ver con el asunto cuando desempeñó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores en la Presidencia de Lleras Restrepo.

El tratado Vásquez-Saccio se encuentra hace más de dos años a la aprobación del Congreso de los Estados Unidos pero éste no lo ha refrendado aún. Uno de los objetivos del viaje de López, conforme se precisó posteriormente, fue presionar la aprobación de dicho tratado en el parlamento norteamericano.

No se conocen las alegaciones que presentó el señor López a los congresistas norteamericanos sobre los cayos de Colombia febrilmente codiciados por la superpotencia del norte. Contamos con algo mejor, el informe oficial de su gira de una semana que sometió al examen del Senado colombiano. En él argumentó el presidente, refiriéndose a Roncador, Quitasueño y Serrana: *“No obstante el escaso potencial económico, conocido hasta ahora, de los cayos, siempre he considerado que, para Colombia, obtener en forma inequívoca el reconocimiento de su soberanía, garantizando los derechos de pesca norteamericanos, constituye un paso decisivo dentro del propósito constante de alinear nuestra jurisdicción territorial y marítima”*⁴.

Las palabras citadas agotan por decirlo así el criterio presidencial sobre este tema de vital importancia para la nación. Algo hay oscuro y turbio en el problema que no fue despejado. Demandamos, según el señor López, el reconocimiento de la soberanía colombiana sobre los cayos, pero, y pongamos atención a este pero, *“garantizando los derechos de pesca norteamericanos”*. Tal merced no ha sido lo suficientemente explicada. Simplemente es una frase que se menciona y se desliza entre otras como una más de las cuentas del rosario, sin parar mientes en ella. ¿Por qué tenemos que garantizar los derechos de pesca norteamericanos? ¿Como contraprestación a que Estados Unidos nos conceda el reconocimiento de la soberanía colombiana de los cayos? No hay respuesta para ninguna de estas inquietudes. La notificación recibida por el Congreso menciona a secas: *“garantizando los derechos de pesca norteamericanos”*. A esto se le añade la declaración del subsecretario de Estado, William D. Rogers, quien ratificó hace poco que el mencionado tratado, además de contemplar los derechos de pesca de los Estados Unidos en los cayos, permite *“el mantenimiento de ayuda de navegación norteamericana en los mismos”*⁵.

Atando cabos y siguiendo el curso histórico de las violaciones estadinenses de la jurisdicción colombiana en esa porción del Caribe, la conclusión es obligada: por una parte Estados Unidos, después de un siglo de latrocinio, resuelve ad-

mitir formalmente que los cayos pertenecen a Colombia, y por la otra, mantiene realmente la franquicia para proseguir percibiendo los beneficios de su integral utilización. He ahí la radiografía del neocolonialismo, o colonialismo de nuevo tipo. En apariencia el acatamiento de las normas internacionales de derecho que rigen las relaciones entre los países y de hecho el saqueo, el atraco a mano armada, el soborno, la violabilidad y la transgresión sistemática de los principios de no intervención y no agresión. Todo indica que semejante cosa está sucediendo con Roncador, Quitasueño y Serrana. Colombia recibe una despreciable reparación en el papel, y en los cayos el imperialismo norteamericano continúa como Pedro por su casa.

Este problema tampoco está aislado de la lucha que libra el Tercer Mundo contra las fuerzas imperialistas y socialimperialistas. Las flotas pesqueras de Estados Unidos y de la Unión Soviética surcan los siete mares apropiándose de las riquezas ictiológicas de las naciones ribereñas. Los pueblos víctimas de esta sustracción atrabiliaria y conscientes de la necesidad de preservar principalmente ante las dos superpotencias los recursos de sus plataformas marina y submarina, emprendieron la descomunal batalla por la implantación de las 200 millas de mar territorial. Los países y pueblos del Tercer Mundo que terminaron por integrar un poderoso frente de lucha en las varias conferencias internacionales sobre los problemas marítimos, han propinado duros golpes a las superpotencias. A su vez, el imperialismo norteamericano y el socialimperialismo soviético se asociaron en esas conferencias, acaso como en ningún momento mejor, para oponerse rabiosamente a los proponentes de las 200 millas. La polarización del mundo en estas dos posiciones irreconciliables en lo concerniente a los derechos de las aguas oceánicas resulta apenas natural. Los países pequeños y subdesarrollados, dueños de una riqueza marina y submarina por la cual los pulpos internacionales se relamen, deciden aunar fuerzas entre sí para conseguir instaurar una disposición internacional que autorice a cada república ribereña extender de las 12 a las 200 millas la soberanía sobre su mar territorial y la haga efectiva. En la práctica varias naciones hacen valer actualmente esta conquista. Y viceversa, las dos superpotencias, que se encuentran dedicadas a producir y fortalecer flotas navieras de hondo calado, tanto para fines económicos como militares, pugnan porque se limite al máximo la soberanía marítima y así poder transitar sin mayores trabas en todos los océanos, succionando las riquezas de las naciones pobres e intimidándolas.

En su viaje el señor López dio prueba de su sesgo complaciente con estos procederes vandálicos de las fuerzas imperialistas. Por eso tranquilamente habla de *“alinderar nuestra jurisdicción territorial y marítima”* y al mismo tiempo puede garantizar la navegación y la pesca de los barcos norteamericanos en dicha jurisdicción.

3. El asunto del Tapón del Darién

La construcción del sector de la carretera Panamericana que habrá de unir a Colombia con Panamá, tramo conocido corrientemente como el Tapón del Darién, fue también uno de los tantos negocios que el presidente López trató con el alto mando estadinense.

En más de una oportunidad los colombianos hemos oído comentar sobre este objetivo. Sabemos que consiste en una obra tremenda, un auténtico desafío a la ingeniería que habrá de abrirse paso en medio de la manigua más inhóspita, salvar ríos caudalosos, bordear montes, todo lo cual demanda además una cuantiosa inversión calculada hoy por hoy en cientos de millones de dólares. Las opiniones concuerdan en que la empresa bien vale la pena, no sólo porque complementa la carretera Panamericana y vincula por tierra a los dos países, sino porque desembotella una de las regiones colombianas más promisorias e intrínsecamente ricas y a la vez más pobres y abandonadas, como es el Chocó. Los campesinos de los dos lados de la frontera deberían ser los llamados a beneficiarse en primer término del prodigioso avance. Empero el imperialismo norteamericano, que no da puntada sin dedal y lleva décadas sustrayendo el oro, las maderas y la fauna del lugar a cargo de la miseria de la raza chocoana, ya ha hecho cálculos de los beneficios que le aportaría la apertura de la vía y ha ofrecido correr con una buena parte de las erogaciones. Se ignora en qué consisten exactamente las condiciones financieras de la “ayuda” brindada por el gobierno de Washington, así como el resto de pormenores de un proyecto que contabiliza más de quince años ventilándose. Son secretos de Estado que los funcionarios lacayunos colombianos guardan con singular celo. A sus súbditos les comunican alambicadamente una que otra noticia fragmentaria. No hace mucho se conoció que Estados Unidos impediría la iniciación de los trabajos mientras el gobierno colombiano no pusiera en funcionamiento un plan de sanidad en los departamentos ganaderos que asegurara la extirpación del peligro de transmisión de fiebre aftosa. Hasta aquí en líneas generales la situación de este ambicioso plan, antes del viaje del Presidente y su selecto séquito. Ahora volvamos de nuevo la vista al informe oficial.

El señor López le comunicó al Parlamento que la carretera del Darién ya no valía 150 millones de dólares como en los tiempos de la visita de su antecesor Lleras Restrepo, sino 250 millones de dólares y que Colombia tendría que contribuir con una novena parte del total. El faltante mayor correspondería sufragarlo a Estados Unidos, Panamá y las repúblicas centroamericanas. Y en cuanto a la exigencia de adelantar las campañas contra la aftosa para evitar su propagación, como medida previa a la hechura de la vía, se expresó concretamente López Michelsen: *“Conayudanorteamericanasevienenandopasosenderezadosaconjurarla*

posibilidad del contagio, atendiendo insinuaciones que se vienen poniendo en práctica por el ICA y el Inderena, siendo revisado el proceso por las propias autoridades norteamericanas, periódicamente, con resultados satisfactorios” ⁶.

Decíamos al principio de este artículo que Colombia parecía una hacienda del imperialismo norteamericano, cuyo administrador es el presidente de la República.

Quien quiera que repare en el mensaje del señor López irá reafirmando esta creencia. Desprovisto de todo recato el mandatario colombiano comenta como la cosa más elemental y obvia la de que “*las propias autoridades norteamericanas*” vienen supervisando “*periódicamente*” determinadas actividades del ICA y del Inderena, dos institutos encargados de la investigación agropecuaria y de la preservación de los recursos renovables, respectivamente. No de ahora sino de mucho rato atrás se tiene la certeza que tales establecimientos públicos son programados, mantenidos y accionados por las correspondientes secciones del engranaje colonialista estadounidense. Como conclusión, aquellos organismos promovidos teóricamente para desarrollar y mejorar la agricultura y la ganadería del país y para proteger sus bosques y múltiples especies, muchas de ellas en camino de desaparecer, en lugar de cumplir con su cometido conforme a un riguroso criterio científico y de acuerdo con los intereses nacionales, actúan en consonancia con las conveniencias de los monopolios extranjeros, principales causantes del actual desbarajuste de la producción campesina, de la tala irracional de los depósitos naturales madereros, del cáncer progresivo de la erosión, de la sequía y contaminación de las hoyas hidrográficas, de la extinción implacable de valiosos animales únicos en su género. El Estado colombiano es indolente por completo ante este desastre devastador que lesiona en forma grave la economía patria y el bienestar del pueblo. Cual instrumento dócil del imperialismo norteamericano se preocupa más bien en anestesiar el cerebro de las gentes, de idiotizarlas y tornarlas insensibles como él frente a la intromisión extranjera y demás problemas de repercusión pública y social. Muy acentuada ha de ser la mentalidad colonial en la cúpula estatal, cuando el presidente informa a la rama legislativa del Poder que las autoridades de una potencia extranjera revisan “*periódicamente*” funciones de dos establecimientos públicos, cual requisito previo a que esta potencia conceda la autorización para hacer una carretera, y el Parlamento acepte como algo común y corriente tamaña injerencia en los asuntos internos, violatoria de la soberanía nacional, sin proferir una sola objeción ni hacer una sola pregunta.

En verdad son aberrantes los compromisos adquiridos por el gobierno colombiano en la última salida de su presidente, por más que éste los comente con soberano desparpajo.

4. El capítulo de los préstamos

No hay nada que entusiasme más a la gran burguesía y los grandes terratenientes, las clases colombianas usufructuarias de los favores del sistema neocolonial y semifeudal del país, que los empréstitos alcanzados por sus representantes oficiosos. Los préstamos son encubiertos casi siempre con planes y programas de “*contenidosocial*”. Hoy se dice que beneficiará “*50 por ciento más pobre de la población colombiana*”. Sobra agregar que tales consignas forman parte de la alharaca propagandística de un negocio como cualquier otro. Las agencias financieras imperialistas prestan a intereses elevados y después de la correspondiente aprobación de la finalidad a que se destinen sus capitales. Por encima de cualquier consideración se cercioran que sus erogaciones estén respaldadas, seguras y que sean rentables. El Estado se responsabiliza de cumplir con la destinación y de pagar. Al fin de cuentas el pueblo es quien cubre las pérdidas, proporcionales a las ganancias de los prestamistas, los grandes monopolios internacionales, y a las ganancias de los prestatarios, las clases vendepatrias intermediarias.

En el mes de junio del presente año se reunió en París el denominado Grupo de Consulta, integrado por las principales agencias financieras internacionales, uno de los mecanismos de vigilancia y control constituidos por las fuerzas imperialistas para tramitar los empréstitos. En aquella reunión, a la que asistió el ministro de Hacienda Rodrigo Botero a promover la política de endeudamiento del país, se apreció que Colombia podía absorber en el próximo futuro préstamos por la astronómica suma de 2.600 millones de dólares. El Grupo de Consulta emitió exclusivamente el visto bueno, más con éste las solicitudes gubernamentales son estudiadas y atendidas por la gran banca mundial. El viaje de López a Estados Unidos buscaba precisamente concertar en definitiva con los financistas norteamericanos los proyectos que habían obtenido luz verde, y por eso su comitiva era abundante y escogida. Lo acompañaron, entre otros, los ministros de Hacienda, Desarrollo Económico, Agricultura y Obras Públicas y el alcalde de Bogotá. Cada uno de estos acuciosos servidores públicos velaría por la financiación de los programas y planes de las dependencias a su cuidado ante los usureros del capitalismo internacional. De esta suerte Colombia fue distinguida, con pesadas y numerosas deudas que la hipotecan hasta el siglo XXI, y cuya discriminación está todavía confusa. El informe del presidente menciona algunas. Por su parte, la gran prensa registró otros datos más. Podemos tentativamente esbozar una síntesis en cifras del quehacer internacionalista del “mandato claro”:

Para el Plan de Desarrollo Rural Integrado, préstamo por 180 millones de dólares, con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). Serán ejecutores la Caja Agraria y el ICA y se desarrollará en los departamentos de Boyacá, Santander, Nariño, Cundinamarca, Antioquia, Sucre, Cesar y Córdoba.

Para el Plan Nacional de Nutrición y Alimentación, empréstimo de 150 millones de dólares con el BID, el BIRF y la Agencia Internacional de Desarrollo (AID). Destinación: producción de alimentos de alto poder nutritivo, asistencia técnica, silos y mejoras de comercialización, caminos, electrificación, saneamiento ambiental, escuelas, puestos de salud, investigaciones y mejoras de variedades agrícolas.

Para el Fondo Financiero Agropecuario, 80 millones de dólares con el BID y el BIRF. Objetivo: ganadería y cultivos comerciales.

Para el Plan Cerros, conocido también con, el nombre de la Avenida de los Cerros, 44 millones de dólares. Prestamista: el BID; destinatario: la ciudad de Bogotá.

Préstamos especiales de la AID por 39.9 millones de dólares. Propósitos: carreteras de pico y pala, financiación producción textos escolares, programa Senaaacpo, programas ciencia y tecnología, programa ICA, nutrición, catastro, investigación pesca, apoyo financiero a cooperativas.

El BID concedió además empréstimos para los siguientes proyectos: Plan de Desarrollo de Buenaventura, US \$20 millones; control de erosión, Corporación de Defensa de Manzanas, Salamina y Aranzazu un total de US \$10 millones; reforestación Inderena, US \$22 millones; acueductos y alcantarillados, ciudades pequeñas, US \$20 millones.

El BID concedió también préstamos por 27 millones de dólares para la colonización del Caquetá y por 21 millones de dólares para el desarrollo agrícola del departamento de Córdoba.

El alcalde de Bogotá obtuvo del BID un millón de dólares como financiación para un estudio del transporte colectivo de la capital.

En trámite quedaron préstamos pendientes para los trabajos de regularización de las aguas de los ríos Magdalena y Cauca y construcción de la represa de Salvajina, en el departamento del Valle; para diversas obras en ciudades como Sincelejo, Quibdó, Santa Marta y Tumaco y para programas especiales del Plan Vial.

Finalmente, la elevada misión consiguió *“ayuda”* en recursos y equipos para los cuerpos represivos. Objetivo declarado: *“Ponernos en condiciones de luchar contra las mafias”*⁷.

Este fue un resumen del financiamiento externo, cuyos guarismos divulgó profusamente la gran prensa con motivo de la visita presidencial. Podrá no ser muy exacto, no obstante basta para formar una noción aproximada de cómo todas las actividades esenciales del país se encuentran en última instancia determinadas por la influencia avasalladora, del capital financiero norteamericano.

Sin ocuparnos de otras herramientas de dominación y explotación como la inversión directa en la banca y la industria, la extracción de materias primas básicas y el control del comercio internacional, la relación anterior de préstamos demuestra hasta qué extremos ha llegado la dependencia de la economía colombiana de los dictados del imperialismo norteamericano. En Colombia el gobierno requiere de empréstitos extranjeros para abrir un hueco y, para cerrarlo, también recurre al endeudamiento externo. En tales condiciones la industrialización del país continuará estancada, los productores nacionales medianos y pequeños caerán sin remedio en la quiebra, los campesinos vivirán en permanente ruina, el desempleo crecerá progresivamente en campos y ciudades, el hambre y la miseria asolará a las grandes masas populares y la sociedad entera se debatirá en una permanente crisis. La nación apenas si alcanza a soportar la pesada cobranza, las gabelas y la despiadada explotación. Todo por el enriquecimiento de los potentados imperialistas y del grupillo de antipatriotas que les sirven de sostén.

Y para escarnio de la paciencia de los colombianos, el presidente López expresó a su regreso a Bogotá: *“Cómo me siento de orgulloso de haber reducido la dependencia económica entre nuestros países, sin perjuicio de estrechar las relaciones internacionales”*⁸.

5. La promesa antipatriótica presidencial

Caído el telón y acabada la función de la gira por Estados Unidos, quienes presenciaron este deprimente espectáculo, pudieron observar perplejos en qué forma el gobierno lopista, sin tapujos y después de año y medio de vigencia del *“centro-izquierda”*, a manera de salida a las gravísimas dificultades, le presenta al país la negra perspectiva de ahondar la subordinación y el sometimiento al imperialismo norteamericano. Absolutamente todos los programas del régimen, sus intentos farisaicos para mejorar la *“calidad de la vida”*, como dicen los tratadistas yanquis, sus denominados planes de desarrollo rural y de nutrición, sus proyectos de obras públicas y sus cacareadas estrategias de *“contenido social”*, están definidas por los préstamos, las inversiones, o por cualquier otro *“favor”* de los monopolios imperialistas. La transformación más audaz, la tan llevada y traída reforma tributaria, a la postre no fue más que un escandaloso aumento del impuesto al consumo de las masas trabajadoras, con el cual se adecuó las finanzas del Estado para atender el progresivo endeudamiento y los demás compromisos con los capitalistas internacionales.

No estaban muy desencaminadas las agencias noticiosas imperialistas al difundir la peculiar especie de que Colombia actualmente *“es el país latinoamericano con mejores condiciones para formar un puente entre Estados Unidos y el Tercer Mundo”* y *“desempeñar un papel decisivo como fuerza moderadora en América Latina”*. Eso es una ferviente aspiración del imperialismo norteamericano. Que la vocería de los paí-

ses neocoloniales en creciente ebullición revolucionaria recayera en un gobierno de fachada democrática, constituido de acuerdo al proceso electoral oligárquico tradicional, con ínfulas de “izquierdismo” y “tolerancia”, legalista y dispuesto a ceder a los caprichos de los conquistadores contemporáneos, desde desollar a la nación hasta bañarla en sangre. Un régimen títere “constitucional” para ponerlo de modelo a un continente anonadado por las dictaduras militares y desarticulado por las convulsiones sociales. Y López Michelsen se apresuró a manifestar a Gerald Ford su predisposición a aceptar el histriónico encargo. *“En la débil medida de nuestras fuerzas, señor Presidente le prometió estamos dispuestos a acompañar a los Estados Unidos, dentro de nuestra amistad tradicional, a propiciar el cambio, a admitir las realidades, a reconocer derechos, a lapar que asume responsabilidades, conservando lo que se digno de conservar y reconociendo la obsolescencia de lo que debe ser sustituido”*⁹.

¡Ay de las naciones sojuzgadas que dejan en manos de los colonizadores su propio porvenir! La “amistad tradicional” a los tiburones del capitalismo imperialista se paga con la pérdida de bienes, vida y honra, para usar la antiquísima expresión repetida a menudo por las clases dominantes colombianas. Los problemas ancestrales de Colombia, agudizados al máximo en los campos económico, político y social, tienen como causa primera la explotación y dominación imperialista norteamericana. Un país que no trabaja para el bienestar de sus hijos sino para el enriquecimiento de una potencia extranjera, está condenado a la bancarrota en todos los órdenes. Y citando el presidente de aquel país ofrece familiarmente al mandatario de esta potencia que lo acompañará a “propiciar el cambio”, no pronuncia sólo un cumplido diplomático de intrascendente consecuencia. Está comprometiendo el futuro de la patria y traicionando a sus conciudadanos. El cambio que propicie Estados Unidos, las realidades que pueda admitir, los derechos que se digno reconocer, las responsabilidades que decida asumir, las cosas que proponga conservar y las que acepte sustituir, no son más que las modificaciones requeridas para incrementar el saqueo de sus neocolonias, a tono con las nuevas situaciones que se vayan presentando. El imperialismo, por ejemplo, no reclama ya de las repúblicas que se mueven en su órbita, la entrega tanto de concesiones de explotación, pasadas de moda, como la buena marcha del sistema de asociación, por medio del cual el inversionista extranjero aparentemente comparte por igual los mismos derechos y obligaciones que el capital nacional, más con el resultado de que se lleva la ganancia fundamental con un mínimo de riesgos económicos y políticos. Estas son expresiones típicas del neocolonialismo, a las que se ajustan maravillosamente fenómenos como el de la integración latinoamericana, para mencionarlo de pasada. El Pacto Andino lo han inspirado y manejado entre bambalinas los consorcios internacionales, aunque los gobiernos de la subregión aparezcan en el tinglado actuando. El fruto de toda aquella

El viaje de López a Estados Unidos

pantomima pseudo-nacionalista, hoy reconocido hasta por la misma burguesía colombiana, ha sido el de que las grandes empresas imperialistas pueden invertir en cualquiera de los países del área, dentro de las mayores seguridades y gozar de un mercado ampliado con mínimas trabas arancelarias. Son los cambios que patrocina el imperialismo. Los compromisos del amo norteamericano con sus satélites. La alianza del jinete y el caballo.

Muy confundidos, por el contrario, han estado en Colombia aquellos que fomentan en una u otra forma la ilusión de que el “mandato claro” y su mayor-domo representan una tendencia progresista en el conjunto de los últimos gobiernos colombianos. Acontecimientos como el viaje a los Estados Unidos conducirán a las personas honestamente equivocadas sobre la naturaleza del actual gobierno a reconocer su error, si analizan con ánimo desprevenido y patriótico estos episodios. La revolución saludará fervorosamente el consenso y la unidad de todas las fuerzas políticas en torno al convencimiento consecuente de que el régimen lopista en la práctica no ha sido más que la prolongación de los cuatrienios del Frente Nacional. Con todas sus virtudes y defectos. Y ciertamente el historiador científico del mañana encontrará que López Segundo no se dejó opacar por sus predecesores. Yancófilo fue como míster Alberto Lleras, folclórico como Guillermo León, transformador como el otro Lleras y pacificador como Pastrana.

Notas

1. Cables de la AFP y de la UPI. *El Tiempo*, septiembre 21 y 27 de 1975.
2. *El Tiempo*, septiembre 26 de 1975.
3. *El Tiempo*, septiembre 27 de 1975.
4. *El Tiempo*, octubre 8 de 1975.
5. *El Tiempo*, septiembre 22 de 1975.
6. Informe citado.
7. Idem.
8. *El Tiempo*, octubre 1º de 1975.
9. Discurso citado.

Contra el “mandato de hambre” ¡A la carga!

Tribuna Roja, No. 18 primera quincena de febrero de 1976

Camaradas:

El 14 de septiembre de 1974, a los 38 días de haber prestado juramento como presidente de Colombia ante un Congreso abrumadoramente dócil a su voluntad, Alfonso López Michelsen convocó la “*comisión tripartita*”, cuya supuesta función consistía en propiciar el entendimiento de tres demarcados sectores económicos de la actual sociedad colombiana, a saber, el Estado, las agremiaciones de las clases poseedoras y las directivas gremiales de los trabajadores sindicalizados. El objetivo de la reunión fue profusamente divulgado con anticipación por la propaganda oficial: se trataba de alcanzar el “*consenso nacional*” en torno al enrutamiento general de la política económica de la nueva administración. En esa forma el vencedor del 21 de abril daba crédito a su muletilla electoral de que el país sería conducido conforme a una política de “*ingresos y salarios*”, o sea, mediante la “*economía concertada*” de los tres sectores mencionados. En la reunión, sin embargo, únicamente se escuchó una voz, la del presidente, quien reiteró: “*El cambio de la sociedad colombiana, que hemos prometido, queremos adelantarlo en medio de la calma política y del consenso*”¹. Los gremios patronales en verdad no tenían necesidad de hablar, ya que sus opiniones e intereses se hallaban en lo fundamental interpretados en las propuestas de su principal personero político, el señor López Michelsen. Además, su inclinación natural ha sido por sobre todo la de darle a éste un voto de confianza y esperar, medio incrédulos y medio maravillados, cómo se logra aquello de continuar la obra del régimen bipartidista en santa paz social y con el concurso de todas las clases y estamentos, tanto de los favorecidos como de los estrujados. Para el otro sector, el de los voceros de las centrales obreras, la situación era a otro precio.

Les resultaba incómodo quedar cual simples invitados de piedra, sin musitar palabra y aprobando una estrategia que, aunque alentaba determinadas ilusiones,

sus consecuencias prácticas y sus perspectivas finales no aparecían tan “claras” como reza la consigna del mandato lopista. Si acaso a las camarillas amarillas de la UTC y la CTC les importó menos el que se les escuchara o no en un evento de tal ocurrencia, pues su razón de ser fue siempre la de respaldar abierta o solapadamente las políticas de las clases dominantes, a los representantes del Comité Ejecutivo de la CSTC, que dos semanas atrás habían recibido de parte del nuevo gobierno la personería jurídica, a la cual la Confederación tenía legítimo derecho desde hacía diez años, y que venían enarbolando en el campo sindical los lineamientos unitarios del movimiento obrero, sólo una burla inaudita podría parecerles el hecho de haber sido convidados a oír una larga perorata sobre las dificultades económicas heredadas por el señor López y, de remate, debido a la imposibilidad de fijar en iguales condiciones sus puntos de vista, quedaran ante vastas porciones de la opinión pública, merced al juego publicitario de la gran prensa, auspiciando las concepciones particulares del jefe del Estado sobre los graves problemas de la nación. Los directivos de la CSTC dejaron una constancia al respecto.

No obstante, el gobierno había alcanzado el objetivo apetecido, dar el golpe propagandístico de congregarse en una de las salas del Palacio de San Carlos a lo más granado de los gremios del estamento patronal y a los dirigentes de las tres centrales sindicales reconocidas entonces, y ante este auditorio monologar acerca de porqué no sería viable en los tramos iniciales de su gestión desarrollar la tan trillada política de “*ingresos y salarios*”, la misma política con la cual el señor López movilizó al electorado liberal y derrotó al candidato conservador, doblándolo en votos. En el Comando Nacional de la UNO se discutió la inconveniencia de recomendar la participación en la “*comisión tripartita*”. El MOIR advirtió tajantemente que las fuerzas sindicales que aceptaran la invitación a dicha reunión caerían en una celada no sólo por falta absoluta de garantías para debatir las apreciaciones del movimiento obrero, sino que la filosofía misma de la “*economía concertada*” o del “*consenso nacional*” reclamado por el gobierno suponía, como única opción, el apoyo incondicional a las orientaciones antipatrióticas, antidemocráticas y antipopulares del régimen liberal-conservador proimperialista que encontraba en López al más fiel y desvelado continuador. El Partido Comunista terció a favor de la asistencia y unilateralmente abogó porque se aceptase la convocatoria presidencial. En su tiempo esta fue la primera contradicción de fondo alrededor de la CSTC entre las dos líneas, la del MOIR y la del Partido Comunista, después de que éstos coincidieron en aunar esfuerzos por la unidad de sindicalismo independiente. En parte, el enfrentamiento quedó zanjado con la constancia aludida y con la posterior decisión del Ejecutivo de la CSTC de retirarse incluso de las sesiones del Consejo Nacional de Salarios.

Cambio de planes pero continuismo en el fondo

Hemos querido empezar este informe recordando las interioridades de la llamada “*comisión tripartita*”, porque algunos se obstinan en sostener que el gobierno de López comenzó con un rumbo y unas perspectivas, si no muy halagüeñas, por lo menos que movían a la expectativa general. Pero frente a los aplastantes y desastrosos resultados y para salvar las apariencias de las frustradas ilusiones, aquellas mismas personas agregan que éste dio un brusco viraje, hacia la derecha, un poco antes de cumplir su primer año de ejercicio. Si hubo un timonazo de la política oficial, habría que ubicarlo, precisamente, en esa reunión del 14 de septiembre de 1974, al mes largo de la toma de posesión. El señor López Michelsen venía hablando de su estratagema de “*ingresos y salarios*”, la cual, según su saber y entender, se reducía a lograr un equilibrio controlado entre las entradas de las clases poseedoras y de las desposeídas. Esta política presuponía la entelequia de un entendimiento entre explotadores y explotados, como el que había bregado a poner en vigor el peronismo en Argentina, una especie de “contrato social” por el que magnates y asalariados restringían en utópica amistad sus aspiraciones y depositaban la aplicación de dicho acuerdo en manos del Estado colombiano, apoyándose en la función reguladora de éste sobre la hacienda y la vida de los ciudadanos, contemplada en la Constitución. Desde luego, para la clase obrera y para el resto de las masas populares semejante compromiso sería la firma de su propia perdición, significaba poner su suerte al arbitrio de sus declarados enemigos, las clases detentadoras del Poder, intermediarias de los pulpos imperialistas y por ende traidoras al interés de la nación. Tal contrato jamás lo rubricaría el pueblo colombiano. Pero de lo que se trata es de indicar que la nueva administración, el día señalado para poner en práctica la manoseada estratagema de “*ingresos y salarios*”, resolvió anunciar que lo que correspondía hacer, antes que cualquier cosa, era implantar rígidamente “*un plan de estabilización*”. La presidencia había cambiado de película. Su actitud la justificaba López echándole el agua sucia a su antecesor, hablando de las obligaciones del Estado y del enorme déficit fiscal, con el estruendo de un Colón que descubre nuevos continentes. Sin embargo, sus hallazgos se los sabían de memoria 24 millones de colombianos. Eso lo tenía sin cuidado. Únicamente le interesaba sustentar la orientación económica oficial, así de ella se hubiese parlamentado poco o casi nada en la campaña electoral. Pero como el “mandato claro” da para todo, el continuador pudo recordar cómo durante el debate condicionó la política de “*ingresos y salarios*” al grado de desarrollo de la inflación, y en la “comisión tripartita” repitió, en efecto, unas palabras suyas pronunciadas en calidad de candidato presidencial: “*Lo que hubiera sido viable*

hacetre años, como lo fue, durante la Administración Lleras, una política de ingresos y salarios, en procura de la estabilización sólo podrá cumplirse cuando la inflación hayasido reducida a magnitudes manejables”².

El “plan de estabilización”, confeccionado por López Michelsen en el discurso del 14 de septiembre, estaba dirigido, por una parte, a demostrar la inconveniencia de ejercer un control sobre los precios, y por la otra, a cumplir una promesa hecha clandestinamente al Fondo Monetario Internacional, la de instaurar una reforma tributaria por los trámites excepcionales de la emergencia económica. El “plan de estabilización”, negando su mismo enunciado, arranca de una premisa insólita: que el Estado se encuentra imposibilitado para mantener la estabilidad en los precios. El presidente se detuvo a explicar que la economía no se puede manejar con una vigilancia de precios, ya que ello implicaría la paralización total de la producción. Argumentó que las grandes empresas sabotearían las medidas que al respecto se adoptaran, bien bajando la calidad de los artículos, acaparándolos, promoviendo la exportación subrepticia, cambiando de actividad económica, o simplemente dejando de producir, como en el caso del petróleo. El jefe del Estado, con todo y sus tres millones de votos liberales, se consideraba inhabilitado, ante un país atónito, para evitar los desmanes del gran capital. Ni siquiera garantizó, como se supone sea su deber, el respeto a la legislación que juró cumplir y hacer cumplir. Su confesión de boca entrañaba además una implícita autorización para que los monopolizadores externos e internos de las actividades fundamentales de la economía colombiana entraran a saco sobre la República inerme. Quedó entronizado el reino de la anarquía organizada. Se promulgó la ley de la selva por la cual el más fuerte se come al chico. En esto el “presidente de la esperanza” no era tampoco del todo un innovador. Con su desparpajo imitaba a un ministro conservador de ingrata memoria de la administración Lleras Restrepo, partidaria también de la “estabilización”. Este ministro solía sostener con singular cinismo, junto al desconocimiento de las justas peticiones de los trabajadores abrumados por el aumento vertiginoso de los precios, que el Ejecutivo no podía poner un policía detrás de cada artículo. He ahí un retrato fidedigno del comportamiento característico de los regímenes explotadores que han oprimido a Colombia. Se declaran incapaces de supervisar y encinturar a los grandes especuladores, mas movilizan batallones enteros a las puertas de los sindicatos para ver de impedir las conquistas de los asalariados por mejores condiciones de vida y de trabajo. La orientación económica del “mandato claro” trazada por su máximo intérprete se puede resumir en esta sentencia: control, férreo control, sobre las clases populares y libertinaje, absoluto libertinaje, para las clases dominantes.

La reforma tributaria también tiene su historia. En los años anteriores las agencias prestamistas norteamericanas, a través del Fondo Monetario Internacional, habían presionado la aprobación de un sistema impositivo duro, que les permitiera salvaguardar y recoger las millonarias ganancias de sus préstamos usurarios. Hay quienes se preguntan qué relación existe entre los gravámenes estatuidos en el país y las utilidades de los prestamistas extranjeros. La razón es muy sencilla. El Estado ha sido por antonomasia el garante de los créditos internacionales y el canal preferencial del pago de los intereses y amortizaciones de la deuda contraída por la nación. Si el Estado se mantiene en permanente déficit, lógico que no cumpla puntualmente las obligaciones con sus acreedores, lo cual intranquiliza a los imperialistas. Por eso éstos a menudo les tiran las orejas a los gobiernos títeres y les inculcan la austeridad administrativa, el hábito del ahorro, el espíritu de sacrificio y el pago, sobre todo el pago insensible, sin remordimientos de conciencia, oportuno, en dólares, de cuanto deben. Entre las recomendaciones no ha faltado jamás la de la instauración de un sistema fiscalista más enérgico. El presidente Lleras Restrepo nombró durante su cuatrienio una comisión encargada de estudiar la revisión de la tributación colombiana. Esta comisión fue integrada por técnicos extranjeros y colaboradores colombianos, y estuvo presidida por el profesor de la Universidad de Harvard, Richard A. Musgrave, quien le dio su nombre. No obstante, ni la administración Lleras ni la de Pastrana, que la sucedió, contaron con la fuerza política suficiente para convertirla en norma legal y la reforma Musgrave hubo de esperar su turno en los archivos gubernamentales.

Con el tañer de cuatro millones y medio de votos liberales y conservadores del 21 de abril, su hora había sonado. En consecuencia, nadie más indicado que el “mandato claro” para instaurarla. Y en aquella primera y única, reunión “tripartita”, el señor López Michelsen decidió sacar de los escritorios de sus antecesores la reforma Musgrave y presentársela al país. El propósito evidenciaba un giro intempestivo y notable al programa que aquel había expuesto a sus electores. Muchas personas en Colombia no han olvidado todavía cómo se expresaba el candidato liberal acerca del papel de una eventual reforma tributaria en las circunstancias en que le correspondería gobernar. Sobre el tema señaló textualmente lo siguiente: *“En realidad, la experiencia de los países desarrollados y subdesarrollados es la de que, a menos que se pusiera en práctica una confiscación total, que sería ya el sistema socialista o comunista, los impuestos, lejos de remediar la desigualdad, tienden a ahondarla.... Con un alza en el costo de la vida del 15% y una inflación como la que estamos viviendo, la mayor incidencia de los tributos recae sobre los ingresos salariales que no se incrementan al mismo paso que las ganancias de otros sectores. Pero, aun cuando*

Contra el “mandato de hambre” ¡A la carga!

*no existiera inflación, sería igualmente cierto que quienes iniciaron su empresa y consiguieron amasar un capital cuando los gravámenes eran menos onerosos, llevan una ventaja sobre quienes tienen que arrancar en la escala empresarial pagando cargas tributarias y cargas sociales más altas. Con el correr del tiempo, el efecto de los impuestos, como herramientas de redistribución de la riqueza, ha sido el inverso de lo que nosotros proponíamos. De ahí la necesidad de una política de ingresos y salarios”*³.

El caballito de batalla lopista era “ingresos y salarios”: una especie de bálsamo curalotodo, que el aspirante liberal a la Presidencia de la República vendía para sanar las desigualdades ya creadas. Según esta tesis, la modificación a los impuestos, con inflación o sin ella, como acabamos de leerlo, acarrearía el ahondamiento de esas desigualdades. La metamorfosis en este aspecto entre el candidato y el presidente fue de blanco a negro. Desde aquel septiembre la reforma tributaria no sólo no ampliaría los abismos sociales, sino que mejoraría *“la condición del 50% de la población menos favorecida por la fortuna”*⁴. Así se transmuta, sin brújula y sin norte, la teoría económica y política de la reacción oligárquica proimperialista. Su único dios es la máxima ganancia, por el cual trafica con todos los valores, disfrazando de verdad la mentira y viceversa, en cualquier tiempo y lugar, cuando y donde lo demande el afán obsesivo de enriquecimiento. En las fuerzas revolucionarias colombianas las inconsecuencias y exabruptos tan comunes y corrientes en la palabrería de los más connotados exponentes de las clases antinacionales dominantes, no promueven la elucubración en torno de los saltos imaginativos hacia la derecha, o hacia la “izquierda”, del régimen imperante. Los embaucadores del pueblo siempre llevan miel en los labios y ponzoña en el corazón.

Durante el debate electoral aclaramos insistentemente que el señor López con sus “ingresos y salarios” y el señor Gómez Hurtado con su “desarrollismo”, encarnaban dos interpretaciones diferentes de la política económica de la coalición liberal-conservadora proimperialista. Ambas versiones partían del prospecto que la fementida prosperidad del país bajo tal sistema se hallaba supeditada íntegramente a los intereses y proyectos de los monopolios extranjeros y por lo tanto, el uno como el otro, acaudillaban con diferencias de matiz y acentuamiento la línea continuista del Frente Nacional. Y el inspirador del “mandato claro” merece como el que más en la historia reciente del país el mote de *continuator*. Aunque suele renegar de sus predecesores porque le legaron un fracaso en lo administrativo, en lo fiscal y en lo social, está predestinado a proseguir su triste obra de entrega y sumisión. Los aventajaba en una cosa: había ascendido a la casa de gobierno con más ruido, prestigio y votos que quienes le antecedieron en el mando. Se encontraba resuelto a jugarse lo que él y sus admiradores califican de “popularidad” y se la jugó. *“Derrotismo -decía-*

*serían o afrontar una impopularidad transitoria en aras de un porvenir mejor*⁵. Poeso desenterró la reforma tributaria que ni Lleras Restrepo ni Pastrana lograron aprobar. Y desafiadamente, ante un pueblo que moría de hambre, bendijo el carnaval de las alzas, embelleció el paraíso de la usura, sancionó la ley del más fuerte. Y esa impopularidad ha crecido y se incrementa sin parar, hasta aterro- rizar a los más confiados y sorprender a los más incrédulos.

La clase obrera colombiana rechazó indignada la política que López Michelsen le esbozó al país en la sesión de la “comisión tripartita”. Tras las pala- bras azucaradas de redimir a “la población menos favorecida por la fortuna”, el proletariado entrevió las reales intenciones de aumentar los privilegios al ca- pital imperialista y a sus intermediarios, la gran burguesía y los grandes terrate- nientes colombianos, mientras al pueblo se le condena aún más a la esclavitud, a la miseria y a la infelicidad. Las masas trabajadoras se negaron rotundamente a rubricar la patraña del “contrato social” o del “consenso nacional”, que les planteaban la oligarquía vendepatria y su régimen, así como desenmascararon implacablese lo frecimiento presidencial de que *“sise van a imponer sacrificios, que ellos recaigan por igual sobre todas las clases”*.⁶ La experiencia le enseña a las grandes mayorías cuántos sinsabores y sufrimientos traen consigo esos llamamientos que de cuando en vez los mandatarios alternantes formulan para que “ricos” y “pobres” contribuyan con su cuota de desprendimiento en bien de la Re- pública. En la jerigonza oficial se entiende el reparto igualitario en la siguien- te forma: una porción, los beneficios, corresponden a los imperialistas y sus sirvientes, y la otra, exactamente proporcional, los sacrificios, para el pueblo inculto, gregario e insensible. Y si con esta manera singular de impartir justicia muchos terminan perjudicados se debe a su mala fortuna. El “mandato claro” tampoco era adverso a esa curiosa equidad. Al contrario, aparecía más experto y refinado en el arte de embaucar. Sus maquinaciones en un principio sólo cho- caron con el obstáculo de los sectores más avanzados y patrióticos, que apun- taban directamente a su esencia continuista, pero bastaron unos pocos días, unas cuantas propuestas en concreto, como ésta de la “comisión tripartita”, para que el grueso, en primer término de los obreros y luego progresivamente el de los campesinos, estudiantes e intelectuales, comprendiera que detrás de la cortina verbal de la nueva administración, aguardaban en orden de aparición, sellados y lacrados, los decretos centuplicando las garantías a las compañías extranjeras, a la banca, a los latifundistas, a los monopolios en general. La úni- ca esperanza de los oprimidos seguía siendo, como siempre, la de perseverar en la lucha por las reivindicaciones populares y en especial por la unidad del pueblo, el arma invencible para alcanzar su emancipación y la independencia y soberanía de la nación.

Medidas del gobierno de López Michelsen

Apenas transcurridos año y medio de vigencia del actual régimen son perfectamente definibles sus perfiles antinacionales y antipopulares. A estas alturas del proceso, únicamente los círculos dirigentes y los sectores más recalcitrantes de los partidos de la gran coalición oligárquica salen abiertamente en su defensa y todavía se atreven a presentarlo como una solución a los graves problemas del país. La mayoría de las gentes trabajadoras de la ciudad y el campo, que por uno u otro motivo aguardó con el advenimiento de la nueva administración cambios positivos para sus males centenarios, ha comenzado a salir o ya salió por completo del engaño. Las corrientes partidistas diferentes al liberalismo y al conservatismo, las que se hicieron eco de todas esas ilusiones, optaron al final por endurecer su posición contra el gobierno y acaso sí se preocupan por justificar su conducta anterior con argumentos que la práctica desmiente a cada paso. El MOIR y demás organizaciones políticas que desde diversos ángulos vienen coincidiendo en la necesidad de arrancar cuanto antes la careta demagógica al “mandato claro”, han visto compensado su esfuerzo con la acogida todos los días más amplia que a sus luchas y postulados brindan las masas populares. Es indudable que la credibilidad en las promesas oficiales está quebrantada, lo cual simboliza una alteración importante en la correlación de fuerzas entre la revolución y la reacción. Estas variaciones en el panorama político de Colombia acontecen cuando falta todavía por vencerse más de la mitad del cuatrienio de López Michelsen. En todo ello han influido notablemente sus medidas y actuaciones lesivas a la nación y al pueblo. Intentemos un resumen de las principales de aquellas medidas y actuaciones.

1. Mayores privilegios a las compañías imperialistas.

En este tortuoso terreno de dispensar favores, prebendas y gracias ilimitadas al capital extranjero, el gobierno se ha distinguido por su mano generosa. Las dádivas van desde garantizar la entrega cabal de las viejas como de las nuevas fuentes de recursos naturales, hasta estructurar toda una política tendiente a facilitar las inversiones de los monopolios internacionales en todas las ramas industriales, incluyendo la toma de aquellas empresas que por sus dificultades económicas no logran sobrevivir por su propia cuenta. La lista de las medidas es muy larga y varias de ellas se mantienen en secreto, no obstante las constantes denuncias de los sectores democráticos y patrióticos para que se publiquen, como los contratos leoninos con dos consorcios norteamericanos sobre la explotación de las ricas minas de carbón, en la Guajira, y de níquel en Córdoba. La Presidencia de la República en el primer decreto expedido en virtud de las atribuciones del estado de emergencia económica, legisló exprofesamente para que la Texas pudiera

empezar los trabajos de extracción de los yacimientos de gas ubicados también en la Guajira y cuyas reservas, según parece, son unas de las más grandes de Suramérica. La legislación sobre la explotación del gas en general fue equiparada a la del petróleo, con el objeto de que la compañía norteamericana no estuviese obligada a la inspección ni al reintegro de divisas provenientes de sus ventas en el exterior, además de otras prerrogativas igualmente aberrantes. Dentro de este derroche de benevolencia con el capital extranjero, el régimen petrolero fue a su vez modificado. No sólo se mantuvo la cláusula de “deducción por agotamiento”, mediante la cual los pulpos petroleros que gozan en nuestro país del sistema de concesiones logran reducir la mitad de su renta gravable, a efecto de pagar tasas de impuesto ridículas, sino que fue extendida para los que venían disfrutando del nuevo sistema de “asociación”. En sus neocolonias el imperialismo norteamericano impulsa, de un tiempo para acá, el sistema de “asociación”, de preferencia con el sector económico estatal, porque se presta a una explotación más aguda y sutil, conforme a su naturaleza monopolística, y se acomoda mejor a las nuevas condiciones políticas, caracterizadas por el despertar nacionalista de los pueblos subdesarrollados y oprimidos. En esa forma, desapercibida a ratos, ha incrementado su dominio sobre la economía de estos países, poniendo en funcionamiento la llamada “integración latinoamericana”, con acuerdos subregionales como el Pacto Andino. Los grandes trusts imperialistas, “asociados” a cualquiera de las repúblicas del área, se lucran, como consecuencia de las reglas integracionistas, de los mercados de toda la región. El presidente de Colombia es devoto ferviente de todas estas modalidades de la penetración del capital foráneo y las ha facilitado en grado sumo. La tan publicitada “nacionalización” de la banca extranjera, que acabó de llevar a término el gobierno, cabe dentro del esquema anterior. Los colombianos deberán comprar el 51 % de las acciones de aquellos bancos, por un monto calculado superior a los 2.500 millones de pesos, cifra que ingresará a las arcas de los financistas extranjeros, sin que por ello éstos hayan menguado en nada su poder de control no sólo sobre la banca y demás corporaciones similares del país, sino sobre la industria, la agricultura, el comercio interior y exterior y el resto de negocios fundamentales. Y por si lo anterior fuera poco, el gobierno anunció que, como punto cardinal a sus planes de “descentralización industrial”, otorgará mercedes especiales a la inversión extranjera que se destine a las ciudades diferentes de Bogotá, Cali y Medellín, o a estas ciudades cuando *“dediquen el 50% o más de su producción para la exportación y que no serán rentables al localizarse lejos de dichos centros industriales”*⁷. Los incentivos serán de todo tipo: crédito favorable, infraestructura necesaria, subsidios directos.

Colombia es un reino celestial para los monopolios imperialistas: de aquí pueden extraer y llevarse los recursos naturales estratégicos que descubran y

necesiten, aquí encuentran a la disposición un mercado para saturarlo con sus mercancías y aquí disponen de una extensa área de inversión para sus capitales. Y lo que es más importante, un gobierno dócil, con su pequeña corte de negociantes, cuyo santo y seña es “chambonear” y “chambonear” en contra del pueblo y la nación.

2. Debilitamiento del sector estatal de la economía.

El hecho mismo de que el Estado colombiano esté por completo al servicio del capital extranjero y sus intermediarios, determina su permanente situación ruinosas, los déficit crónicos, la falta de medios para atender debidamente sus empresas, el incumplimiento de las obligaciones con sus propios trabajadores, lo deficiente de los servicios públicos. Pero además de esto, el régimen lopista ha propiciado el debilitamiento acelerado del sector estatal de la economía con medidas como la de eliminar la protección arancelaria a las entidades industriales y comerciales del Estado e imponerles tributos, en algunos casos más gravosos que los estipulados para las empresas privadas. Muchos de esos establecimientos públicos, de innegable importancia para el desarrollo del país, se hallan por dicha causa en enormes dificultades y, frente a las compañías imperialistas colmadas de privilegios, que les hacen competencia y les sustraen recursos, su único futuro es la liquidación. Ejemplo ilustrativo de ello ha sido la Empresa Colombiana de Petróleos, Ecopetrol, a la cual el gobierno, aprovechando la reversión por tiempo cumplido de dos concesiones a nombre de consorcios petroleros extranjeros, le ordenó a finales del año pasado correr con el pago de más de 600 millones de pesos, por concepto de prestaciones sociales que tales consorcios adeudaban a sus obreros. Otra disposición económica del régimen lopista que encaja perfectamente en el análisis que estamos adelantando del detrimento del sector público a favor del sector monopolista privado, fue la de negarle al Estado la prelación de coger las industrias en bancarota. Esta facultad se asignó a las sociedades poderosas a través de un subterfugio tributario por el cual las pérdidas de las empresas quebradas podrán ser deducidas en un plazo de cinco años a las compañías que se hagan cargo de éstas. Así los tentáculos del gran capital bajo la batuta del imperialismo norteamericano, van apropiándose casi gratuitamente de los centros productivos que desafiaron su poder y concentrando la riqueza en una escala nunca vista en Colombia. Y el Estado como gestor económico se convierte en un vulgar instrumento para auspiciar la mortandad de la producción nacional en esa guerra sórdida, desigual, inclemente, de los monopolios. Para justificar la hecatombe, el señor López se ha declarado partidario de una industria atrasada, liviana y de escasa técnica, despreciando la meta para el país de una producción pesada y moderna la cual, según su tesis, le pertenece exclusivamente y por predestinación á las repúblicas imperialistas.

3. El festival de la especulación y de la usura.

Como lo reconocen casi todos los sectores políticos, incluyendo ciertas capas dirigentes menos encumbradas de los partidos tradicionales, el capital financiero imperialista y su carnal, el colombiano, han sido los hijos consentidos del “mandato claro”. Tal creencia se fundamenta en las reformas oficiales emprendidas en este campo. La más vieja y viva preocupación del gobierno, que escuchamos de parte de su principal funcionario desde antes de la realización de los comicios, era la de la consolidación de las UPAC, cuyos basamentos jurídicos se sabían dudosos. Las Unidades de Poder Adquisitivo Constante, como su nombre lo indica, se valorizan con el ritmo de la inflación y constituyen un mecanismo especulativo perfeccionado para extorsionar con la vivienda a los hogares de las clases bajas. Quienes caen en su tela de araña quedan a merced del agio y son exprimidos por días, por años, por decenios, sin llegar nunca a cancelar la deuda. Cuanto más paguen más deben. Al señor López lo tenía sin cuidado que este monstruo hubiese sido creado y sea el timbre de orgullo de la administración Pastrana Borrero, y no sólo lo consolidó sino que lo tomó de inspiración para su reforma financiera. En lugar de suprimirlo se dijo: ya que se hallan en desventaja frente a las UPAC, equiparemos con éstas al resto de transacciones financieras. Y procedió a elevar los beneficios y las tasas de interés a un tope real que llega y pasa a veces de 30 y 40 por ciento. Por otro lado, negoció con la banca los pagarés de emergencia, entregándole a ella en forma prácticamente regalada una enorme ganancia. A las compañías aseguradoras les redujo magnánimamente las inversiones forzosas, a fin de que pudiesen orientar la mayoría de sus efectivos hacia las actividades más atractivas y lucrativas. Y en general instauró el paraíso de la usura. El equipo económico del gobierno defiende estas medidas con el alegato de que estimulan el ahorro legal y debilitan el mercado extrabancario. Mas el resultado está a la vista: la hegemonía absoluta de los grupos financieros, que han captado sumas astronómicas de pequeños y medianos ahorradores, encarecido excesivamente el crédito y sometido a su coyunda a la industria, la agricultura y el comercio del país. A lo que se agrega la devaluación automática del peso y el consiguiente encarecimiento de las importaciones de maquinarias, repuestos y materias primas, que estrangulan la actividad productora, desatan el vendaval alcista de los precios y envilecen el salario de los trabajadores. Lejos de combatir el universo subterráneo del denominado “mercado negro”, el régimen lopista lo sacó de su cloaca, le dio carta de ciudadanía y lo puso a regentar la vida material de los colombianos.

4. Impuestos indirectos, discriminatorios y regresivos.

Atrás nos ocupamos algo del verdadero origen y de la historia de la reforma tributaria, la obra maestra, hasta ahora, de la administración López Michelsen.

Supimos, por ejemplo, que se trataba de una de las obligantes y acuciosas recomendaciones del Fondo Monetario Internacional, que fue herencia legítima del Frente Nacional y que la confeccionó un grupo de expertos norteamericanos. Indicamos también cómo su objetivo eminentemente fiscalista estaba dirigido a subsanar los déficit crónicos de un Estado endeudado hasta la médula con las agencias prestamistas internacionales. Finalmente, denunciarnos la maniobra de enmascararla como una ayuda al “50 por ciento más pobre”. Pero lo que no hemos dicho es de dónde provienen los miles de millones de pesos recolectados por su culpa. La reforma tributaria consta de dos partes: las modificaciones a los gravámenes sobre la renta y complementarios y el aumento del impuesto a las ventas. De las dos, el aporte sustancial lo suministra este último. Los funcionarios del Ministerio de Hacienda calculaban hace seis meses que a consecuencia de la nueva tributación, el renglón de rentas concurriría al fisco con 1.500 millones de pesos más. Sin embargo, los mayores emolumentos percibidos por este concepto terminaron siendo devueltos casi en su totalidad, debido al “alivio tributario” votado en el Congreso en las postrimerías de 1975. Así que como fuente de recursos, la reforma tributaria encontró en el incremento del impuesto a las ventas su veta preferida, fenómeno que corresponde cabalmente a la filosofía que en esta materia profesan el imperialismo y sus lacayos. Para las clases dominantes colombianas los impuestos ideales sólo pueden ser los que recaen sobre los artículos de primera necesidad, ya que los sufraga el pueblo, sin saberlo, indirectamente, en todas y cada una de las compras que efectúa. Los productores siempre trasladan a las masas trabajadoras los tributos en cabeza de los bienes de consumo, mediante la práctica inveterada, de elevar los precios de las mercancías. Además de encarecer la vida de la población de menores ingresos, los impuestos indirectos se convierten en talanqueras para la producción y el comercio. Pero, precisamente por eso, por el carácter antitécnico y las secuelas retardatorias, regresivas y discriminatorias, los imperialistas sienten hacia ellos especial predilección y los imponen a como dé lugar, a través de sus intermediarios, en las legislaciones de sus neocolonias. No obstante, éstos no son los únicos tópicos negativos de la reforma tributaria. Si analizamos cualquiera de sus otros cambios nos tropezaremos con la marca típicamente reaccionaria y antipopular que la distingue. A las sociedades anónimas extranjeras o colombianas, con más de un millón de pesos de renta líquida gravable, incluyendo el “alivio tributario” de diciembre, se les rebajó la tarifa impositiva de 46 por ciento que tenían antes del “mandato claro” a 36 por ciento, aproximadamente. Mientras que las sociedades limitadas, constituidas mayoritariamente por pequeños y medianos productores nacionales, cuyas tasas iban del 4 por ciento para las de menor renta, y de ahí hacia arriba de manera progresiva, fueron niveladas en el tope más alto:

20 por ciento. Es decir, se aligeró la carga a las grandes sociedades monopolistas, especialmente a las extranjeras, y se quintuplicó a las pequeñas. Con el poderoso gremio cafetero, que nada en la “bonanza económica”, sucedió otro tanto: el gobierno le reembolsará la fabulosa suma de 1.500 millones de pesos durante los cuatro años de su período, como fruto de la reducción de impuestos decretada a su favor y en recompensa a sus esfuerzos por amasar una fortuna fenomenal con el sudor, las lágrimas y la sangre del pueblo colombiano. Y a los latifundistas todos, la otra clase consentida por el régimen, se les mantuvo en líneas generales dentro del munífico tratamiento estipulado por la ley 4ª. de 1973, con una “renta presuntiva” nominal de 8 por ciento sobre el valor del patrimonio, pero que con los incontables descuentos y excepciones, queda reducida en muchos casos a menos de la mitad. Al respecto, el gobierno lopista siguió guiándose por la vieja “teoría” oligárquica de que a la clase terrateniente, que evade más de 90 por ciento de lo poco que debería pagar, según las apreciaciones de la misma comisión Musgrave, no se le puede fiscalizar, sólo “presuponer” sus utilidades. La figura jurídica de la “renta presuntiva” es en verdad un monumento erigido a la lenidad y a la abulia de los gobiernos proimperialistas, cuando de controlar y vigilar la rapacidad de las minorías explotadoras se trata. Y las familias de más altos ingresos aprovechan al máximo los boquetes de evasión, abiertos por los legisladores a sueldo con el criterio de que el Estado sea sostenido no por las clases a las que protege, sino por las clases a las que sojuzga.

5. La ley de aparcería.

Destacadísima mención merece esta medida como la que más refleja la naturaleza antihistórica del “mandato claro”. Recordemos que el señor López Michelsen para ganarse la simpatía de la clase terrateniente en su escalada hacia el Poder, prometió que en materia agraria no iría más allá de donde fueron los cuatro regímenes del Frente Nacional y, por el contrario, consolidaría la situación prevaleciente. Y a fe que lo ha cumplido. En cada oportunidad propicia, el presidente liberal expone su pensamiento acerca de que en el campo colombiano, como acostumbraba comentarlo Laureano Gómez, no existen problemas de tierras sino de aguas y otras cosas. Que la producción agropecuaria del país ha llegado a un grado tal de avance, por un lado, y la propiedad está repartida tan democráticamente, por el otro, que los agricultores sólo necesitan técnica, caminos, créditos, abonos, fungicidas, riego. He ahí la concepción de las clases dominantes proimperialistas, la cual se conoce con el nombre de “revolución verde” y consiste en ofrecerles a las masas campesinas cualquier invento, menos tierra. Desde luego, éstas nunca han creído en el espejismo de semejante “revolución” y lucharán por sus tierras hasta conseguirlas, tras la dirección que

ellas mismas descubrieron: las invasiones a las fincas de los grandes señores. Y no es que los campesinos desdeñen los adelantos enunciados, sino que con un aguzado sentido práctico calaron el engaño de los imperialistas y sus lacayos y se han decidido a empezar por conquistar la base material de todo progreso en el agro colombiano: la tierra para ponerla a producir, la tierra que hoy se halla ociosa o escasamente explotada en manos de los terratenientes. Ratificando su propia concepción y contrariando el punto de vista del campesinado, López Michelsen hizo aprobar a pupitrazos en el Parlamento la Ley de Aparcería. Dicha disposición demuestra las siguientes realidades: 1) En el campo colombiano hay grandes extensiones que pertenecen a un grupo reducido de propietarios; 2) estas extensiones están en lo fundamental explotadas insuficientemente y en forma atrasada; 3) los campesinos con poca o ninguna tierra representan el factor determinante y principal en la producción de aquellos fundos, y 4) los grandes propietarios no trabajan y son los únicos beneficiados. Y aunque la Ley hable de “contrato”, a la manera moderna, entre el dueño y el aparcerero, lo que se regula en el fondo es una relación de servidumbre entre el terrateniente y el campesino sometido. Bajo la corteza capitalista se esconde la savia feudal. El régimen lopista vuelve a darle expresión jurídica a esas relaciones que dormitan, desde la época inmemorial de la colonia, en la estructura misma de nuestra sociedad y satisface así una vieja aspiración de la clase terrateniente colombiana, que el Estado le devuelva “legalmente” al siervo de la gleba. Cuando éste le incomode, el gran señor podrá acudir al inspector de asuntos campesinos, al alcalde municipal, al inspector de policía, para que le saque al intruso de sus tierras y se lo lleve con sus huesos a la cárcel o al cementerio. Pero hay algo aún mucho más importante: la Ley de Aparcería enseña cómo conviven en perfecta armonía la dominación neocolonial imperialista y las formas más atrasadas de producción en los países oprimidos. Dentro del actual sistema, la técnica, los créditos, la venta de insumos que anuncian al agro colombiano los imperialistas y sus intermediarios únicamente cristalizan otros tantos canales para succionar los frutos del trabajo de las clases campesinas. Los personeros del “mandato claro” persiguen perfeccionar y eternizar las relaciones neocoloniales y semif feudales, sin siquiera sospechar en su torpeza ciega que quienes pretenden detener el carro de la historia corren el riesgo de perecer bajo su paso arrollador.

6. Plan de “desarrollo” y endeudamiento externo.

A fines de 1975 el gobierno se resolvió por fin a presentar un plan de “desarrollo” como lo hicieron los regímenes anteriores, desde cuando el concepto de la planificación de la economía por parte del Estado tomó cuerpo hasta alcanzar luego la categoría de canon constitucional. Sabemos que al señor López, entre

más se desvela porque su imagen aparezca a todo trance diferente a la de sus antecesores, su sino trágico lo arrastra a ejecutar las sinfonías inconclusas del Frente Nacional. En esta ocasión también quiso sentar un precedente y dispuso que su proyecto de “desarrollo”, como no fue costumbre en el país, antes que el lado económico habría de enfatizar el contenido “social”. Por eso se le bautizó como “Plan de desarrollo social, económico y regional”. Aquí, no obstante, para saborear el licor tendremos que empezar por destapar el frasco. En primer término veamos cuán poco era el afecto del presidente liberal por los planes de desarrollo, a través de una declaración suya, de la cual no podremos menos de admirar una cosa, la sinceridad. En su mensaje radiodifundido y televisado del 20 de febrero de 1975, dijo: *“Cuando oigo reclamar, por ejemplo, planes de desarrollo a cuatro o cinco años, quediz que el gobierno está debiendo al país, planes que, por lo demás, se están preparando para ser sometidos al Congreso, me pregunto, ¿cuántos países tienen un plan de desarrollo, un derrotero, un rumbo fijo que no están dispuestos a cambiar? Nosotros que en cierta forma somos dependientes de potencias económicas considerablemente más influyentes que Colombia, vemos día a día cómo el gobierno de Estados Unidos, o el de Gran Bretaña, o el de Francia, o el de Japón cambian de rumbo; hacen, diría yo, piruetas y experimentos a veces hasta contradictorios. ¿Cómo podríamos pensar, vinculados como estamos a esos países, en hacer nuestro propio plan de desarrollo cuando el mundo que nos rodea está dando virajes de 180 grados?”*⁸. Esta prenda que nos entrega López Michelsen viene a reforzar el acendrado convencimiento de la revolución de que Colombia bajo las condiciones de dominación de las potencias imperialistas, principalmente los Estados Unidos, jamás gozará de autonomía para trazar el curso de su desarrollo económico. Cualquier plan elaborado en tales circunstancias no servirá más que a los intereses de los opresores extranjeros y su aplicación práctica estará en todo momento sujeta a los requerimientos y necesidades de éstos. Los programas del Estado colombiano para regular la economía del país, son sólo un remedo de planificación. Aquellos han estado supeditados por lo general a los préstamos que apruebe o no apruebe el imperialismo. El plan de “desarrollo” del “mandato claro” no escapa a la regla. La resistencia inicial del gobierno a la planificación fue vencida por el hecho de que los organismos financieros internacionales habían acordado 2.600 millones de dólares en empréstitos para Colombia. Muchos de ellos, como las partidas destinadas al rutilante “Plan de Desarrollo Rural Integrado”, motor del programa económico oficial, venían en trámite desde la administración Pastrana. El plan de desarrollo “social” es eso, más las estrategias económicas que hemos estado subrayando en este informe. El pueblo colombiano tendrá que pagar con el sudor de la frente cada centavo que los paniaguados del imperialismo gasten o dilapiden de los préstamos, con intereses y todo. Los créditos que reciban los campesinos estarán destinados a comprar a precios especulativos las mercancías

que únicamente pueden adquirir de manos de las clases que manejan el capital monopolista de Estado, la gran burguesía y los grandes terratenientes. Así el plan oficial no contribuirá a aumentar la producción nacional estancada, a la que por el contrario golpea, sino que será un programa para darles salida a los productos de las grandes empresas de los imperialistas o de las intervenidas por éstos, y para garantizarles a dichas empresas la distribución subsidiada de alimentos con el objeto de que logren mantener bajos los salarios de sus obreros. Esta es la pócima que el régimen continuista desea obligar a beber al pueblo colombiano. El presidente, también, al respecto, contó el secreto: *“El problema que confronta este gobierno no es tanto producir más sino consumir más”*⁹

7. Precios elevados y salarios bajos.

Pocas veces en la historia de Colombia, el pueblo ha soportado una racha de alzas en los precios de los artículos esenciales y en las tarifas de los servicios públicos como en este tramo de año y medio del gobierno lopista. Las gentes lo llaman el “mandato caro” o el “mandato de hambre”, en irónica alusión a su lema político propagandístico. Después de haber recorrido la vastedad de la campaña electoral galopando sobre la tesis de atacar el mal de la carestía, y mofándose sin discreción de la “inflación importada” con la cual el presidente Pastrana explicó la inevitabilidad del desorden alcista del país como secuela de la dependencia de Colombia a los mercados internacionales, el señor López sacudió a los colombianos con la antítesis de que para ordenar la casa existía una fórmula: elevar los precios. Y procedió a soltarle cuerda a la cometa, toda la que pidiera. El argumento en el fondo era uno solo: si la tasa de ganancia no aparecía atractiva para los productores, las mercancías desaparecerían del comercio por múltiples desagües y se acrecentaría el costo de la vida. Un círculo vicioso de nunca acabar. Y entonces, bastó con que los consorcios petroleros norteamericanos mermaran el ritmo de la producción, para que el gobierno decretara ahí mismo un alza en los hidrocarburos y sus derivados, que se irá haciendo efectiva periódica y automáticamente, hasta una proporción mayor del ciento por ciento. Esta medida obviamente repercute en cadena en la industria, el transporte, el comercio y desemboca rauda y arrasadora al consumo directo de las masas, que son las que al fin y al cabo pagan los platos rotos. Igual cosa ha sucedido con el resto de renglones: la maquinaria y los repuestos, las materias primas, los productos agroquímicos, el cemento, la vivienda, las drogas, el vestido, los alimentos, en una lista sin principio ni final. Las tarifas de los servicios públicos también se han trepado y seguirán trepándose, según el presidente, *“condicionadas acostos, algunos de ellos internacionales, que no están en manos del gobierno reducir”*¹⁰. He ahí una versión particular de la “inflación importada” de Pastrana, como cuando

el régimen lopista adopta determinaciones que arrojan los mismos desastrosos resultados, verbigracia, al liberar importaciones, ordenar la devaluación progresiva del peso, equiparar el valor interno de ciertos artículos con el que rige en el exterior, pagar o amortizar las infladas sumas que las empresas públicas adeudan a los prestamistas internacionales y elevar los impuestos de valorización y de ventas. Ese nudo inextricable de la carestía que tiene acogotado el país, es la consecuencia más característica de la explotación del imperialismo sobre nuestra nación y, cual lo pregonamos, sólo el hacha de la revolución de liberación nacional logrará cortarlo. “No está en manos del gobierno reducir” esta demoníaca espiral; sus controles no sobrepasan los límites del DANE, en donde se prefabrican las cifras oficiales sobre el costo de la vida, conforme a las severas y perentorias indicaciones de los ministros del despacho, encaminadas a justificar las negativas a las modestas peticiones de alza de salarios de la clase obrera. Cuando los precios de los artículos de primera necesidad registran incrementos de más de 50 por ciento en lapsos menores a un año, el “mandato claro”, dizque para “desacelerar” la inflación y mantener la “estabilidad”, convino permitir como máxima concesión, la ridícula relación de 15% de aumento salarial. Desde luego el movimiento obrero colombiano no comulga con esta estrategia económica de precios por las nubes y sueldos y salarios por el suelo. Agobiados por el hambre, a los obreros les sobrarán motivos para templarse en agudos combates contra el régimen, como lo hicieron en 1975, no únicamente con el propósito de defender sus condiciones de vida y de trabajo, sino de darle a la nación entera una lección de dignidad y patriotismo.

8. Encarnizada represión contra el pueblo.

Si las medidas económicas del mandato lopista concuerdan con las descritas someramente atrás, ¿su método de gobierno será democrático o antidemocrático? Una dictadura que actúa así en lo económico, necesariamente gobernará con los métodos más torvos de represión fascista. Sólo los ilusos y los oportunistas dudan al responder esa pregunta. La meta económica del “mandato claro”, desde el primer día en que comenzó a actuar, consistió en rebosar de garantías y facilidades a los monopolios imperialistas y a sus lacayos, los magnates de la banca, los grandes terratenientes, los grandes importadores y comerciantes, los pulpos urbanizadores, es decir, al puñado de poderosas familias cuya vena fundamental de enriquecimiento depende en el fondo única y exclusivamente de los favores del Estado. Un régimen que envalentonado por el resultado de las urnas impartió la orden de superexplotar a la inmensa mayoría de la nación, saltándose todas las barreras de la prudencia y el recato, no podría menos de estar decidido a llegar hasta las últimas consecuencias, sin importarles el deslustre de su imagen,

las tímidas reconvenções de sus amigos o la crítica virulenta de sus enemigos. El lopismo había echado por la calle del medio, dispuesto a partir en pedazos a quienes discrepases de su cesárea voluntad y ufanándose de que dos brazos experimentados, prolongados desde la lejanía de la fundación de la República empuñaban su guadaña amenazante: el liberalismo y el conservatismo. Pero muy pronto el fundador del extinto MRL sopesaría que su fortaleza no era tanta, porque el pueblo lo amaba menos, mucho menos de lo que le decían sus áulicos y lo odiaba más, mucho más de cuanto calculaba la oposición. Y el “mandato de hambre”, antes de su primer aniversario, recurrió a las herramientas represivas predilectas del sistema: el estado de sitio, los consejos verbales de guerra y la violencia contra los movimientos populares. ¿Sería justo afirmar que tales medidas marcan el viraje hacia la derecha del régimen? De ninguna manera. Ellas no patentizan más que la expresión, el resultado, el desenlace concreto, genuino e inevitable de sus medidas económicas. La explotación neocolonial y semifeudal de la gran burguesía y los grandes terratenientes proimperialistas únicamente se sostiene mediante la dictadura fascista sobre las inmensas masas populares. Por el contrario, si algo vale la pena destacar en el actual fenómeno político de Colombia son exactamente la prontitud con que el gobierno se vio precisado a apelar a las vías de excepción, para medio manejar el desorden y el descontento públicos, y el período continuo que lleva el país bajo el estado de sitio. De los 16 meses de mandato lopista, seis acumula gobernando con la férula del artículo 121 de la Constitución, o sea, más de una tercera parte del tiempo. Los recientes anuncios oficiales acerca de un eventual retorno a la normalización institucional en las proximidades del debate electoral, obedecen a los deseos del Ejecutivo de presidir unos comicios, los primeros que organiza, guardando farisaicamente las apariencias de democracia, como ha sido costumbre en Colombia durante esos eventos amañados y manipulados por las clases dominantes. Este gobierno ha hecho verter en año y medio más sangre inocente de hombres, mujeres y niños del pueblo que en lo que en igual plazo derramara el último de los cuatro del Frente Nacional, a quien los estudiantes enardecidos gritaban en las calles: “¡asesino!”, “asesino!”. Hay un dicho colombiano, producto de la larga experiencia de las masas, que expresa: “La justicia es un perro bravo que sólo muerde a los de ruana”. Ninguna otra sentencia mejor para exteriorizar sabiamente la realidad de los regímenes oligárquicos proimperialistas entre los cuales descuella por su refinamiento y crueldad éste de cuyas principales medidas económicas y políticas hemos efectuado un apretado resumen. La línea política brota y está supeditada a la línea económica a que sirve. Tanto la una como la otra del “mandato claro” se distinguen por su efigie antinacional, antipopular y reaccionaria. Las fogatas de la resistencia popular prendidas en campos y ciudades, a lo largo y ancho del

país, resaltan las siluetas de esta cruda y ya vieja realidad, pero en sus fulgores se anticipa la aurora luminosa de la nueva Colombia.

Declaraciones de “amistad tradicional” a Estados Unidos

Deliberadamente hemos dejado para rematar el análisis de las medidas oficiales con el punto de la política internacional del gobierno lopista. Para comprender fácilmente el carácter y la dirección de ésta, empecemos por echarle una rápida mirada a la situación mundial y al lugar que en ella ocupa Colombia.

La gloriosa Revolución de Octubre de Rusia, de 1917, inauguró la época de las revoluciones socialistas proletarias, y desde entonces el mundo históricamente avanza en medio de agudos conflictos y violentas tormentas hacia el socialismo. Pero en el planeta dominan las fuerzas imperialistas que sobreviven gracias a la explotación sobre los países atrasados y sojuzgados, y entre las cuales se destacan las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyos dirigentes revisionistas abandonaron hace rato el camino radiante trazado por Lenin y regresaron al atajo capitalista. Estas dos superpotencias luchan y se coluden entre sí por el reparto de la Tierra y personifican las principales amenazas de la paz mundial. Los movimientos de liberación nacional de los pueblos coloniales y neocoloniales constituyen el principal frente de batalla de la lucha ant imperialista, y de su culminación victoriosa estará atento el mundo en los próximos decenios y dependerá el futuro de la humanidad. Los peligros de que explote o no una nueva conflagración mundial se hallan íntimamente relacionados al hecho de que los movimientos de liberación nacional logren o no pasar a la ofensiva y asestar inicialmente golpes aniquiladores a los imperialistas. En todo caso, como dice Mao con agudeza, *“ola guerra hace estallar la revolución, ola revolución impide la guerra”*.

Colombia pertenece a ese grupo de países mayoritarios del Tercer Mundo y su rol histórico es el mismo. Los prodigiosos avances del movimiento de liberación nacional los prueban más que nada los triunfos obtenidos por los tres países de Indochina, en 1975, prácticamente en forma simultánea. Después de más de un siglo de guerrear casi ininterrumpidamente contra la dominación colonialista sucesiva de varias potencias europeas y del Japón, y a partir de la terminación de la Segunda Guerra Mundial contra el imperialismo norteamericano, Camboya logró por fin su independencia el pasado 17 de abril, Vietnam del Sur, el 30 del mismo mes, y Laos también arrancó de cuajo la dominación extranjera, abolió el sistema monárquico y fundó su república popular, democrática y soberana, el 3 de diciembre último. Esta es una gran victoria no sólo de los pueblos del Sudeste Asiático, sino de los pueblos del globo entero, del movimiento proletario inter-

nacional y de los países socialistas, y ante todo representa un invaluable ejemplo de cómo los países débiles, si se atreven a empuñar las armas y perseveran en una línea justa, son capaces de propinar palizas demoledoras a los imperios más poderosos que osen mancillar sus banderas. Para los pueblos indochinos se abre ahora la etapa de la construcción de sus economías, basándose fundamentalmente en sus propios esfuerzos, cual lo hicieron en la guerra, y luchando para preservar la soberanía alcanzada a costa de tantos sacrificios. En esa forma el sol de la libertad no se pondrá jamás en Indochina, mientras las fuerzas revolucionarias impidan que el tigre se les cuele por la puerta trasera, después de haber expulsado el lobo por la principal.

El derrotero revolucionario salvador de Colombia, como neocolonia de los Estados Unidos, es idéntico al resto de países débiles, atrasados y sojuzgados por las grandes potencias: la lucha prolongada y persistente hasta alcanzar la liberación nacional y contribuir a la derrota de las fuerzas imperialistas a escala mundial y al establecimiento de unas relaciones internacionales erigidas sobre la autodeterminación de las naciones y en la libre cooperación, mutua ayuda y beneficio recíproco de los pueblos. Los movimientos de liberación de las naciones coloniales y neocoloniales, el proletariado internacional y los países socialistas conforman el más gigantesco frente de lucha antimperialista, la fuerza colosal revolucionaria irresistible de la época contemporánea, portadora del progreso y de la paz. Y Colombia se halla en la primera línea de fuego de ese frente invencible.

Observemos ahora qué trágicos designios y qué vergonzoso desempeño pretende para nuestro país el “mandato claro” con su política internacional. Apoyémonos para ello en pronunciamientos oficiales del gobierno, producidos al más alto nivel, en tres ocasiones diferentes. Ante el Cuerpo Diplomático, el presidente López dijo: *“El mundo ha llegado a un momento de su historia, en que ya no constituye ventaja alguna ser una superpotencia, asumir permanentemente toda la responsabilidad y soportar el mayor peso de las cargas. Tampoco es aceptable el papel del país pequeño, desvalido y vulnerable, fácil juguete de los poderosos. Se amplía cada día más la gama de naciones que comprenden que su posición intermedia entre un oyo y otro polo, la sitúa en condición inmejorable para es una mediación que es vital para los extremos abusivos, los actos unilaterales, las demostraciones de fuerza o las nocivas polarizaciones... Colombia confía en que el influjo benéfico de esta familia de países aumente cada día reforzada por voces de incontestable fuerza espiritual, como lo es la del Sumo Pontífice, escuchada con respeto en todo el universo”*¹¹. Ante el príncipe Bernardo de Holanda, que visitaba a Colombia, agregó categóricamente: *“No queremos la confrontación entre países ricos y países pobres”*¹². Y ante el presidente Gerald Ford, durante la gira de ocho días que efectuó López Michelsen por los Estados Unidos, prometió: *“En la débil medida de nuestras fuerzas,*

señor Presidente, estamos dispuestos a acompañar a los Estados Unidos, dentro de nuestra amistad tradicional, a propiciar el cambio, a admitir las realidades, a reconocer derechos, a la par que a asumir responsabilidades, conservando lo que sea digno de conservar y reconociendo la obsolescencia de lo que debe ser sustituido”¹³.

En estas cuantas frases se encuentra concentrado el zumo de la política internacional del “mandato claro”. Con la torpeza de un principiante, trastocando los valores y armando combinaciones sin juicio ni sentido el jefe del continuismo procede a poner a la topa tolon dra las fichas sobre el tablero del ajedrez internacional. Descaracterizando la relación de las potencias y los países esclavizados, pretende hacernos creer que aquellas no sacan ninguna ventaja de su condición predominante y que, por el contrario, soportan “el mayor peso de la carga”. Imaginando una hipotética cuarta posición interpuesta a las de las naciones opresoras y oprimidas, sueña para Colombia el melancólico oficio del algodón entre los vidrios. Renegando de los hechos anatematiza la “*confrontación entre los países ricos y los países pobres*”, es decir, condena a la lucha de los pueblos sometidos por su emancipación. Y apelando a la tradición obsequiosa de los gobiernos colombianos frente al amo extranjero, se compromete a respaldar a Estados Unidos en la tarea de “propiciar el cambio” y amparar “lo que sea digno de conservar”.

¿Qué es lo que el imperialismo aspira a cambiar, y qué es lo que desea conservar? Lo primero, invertir la tendencia generalizada de rebeldía y de lucha ascendente de los pueblos, que amenaza con desquiciar el orden internacional subsistente, según el cual un club selecto de repúblicas todopoderosas se enriquece y progresa sobre la depauperación y la indigencia de la mayoría de países de la Tierra. Lo segundo, mantener intactos el empuje y la supremacía del imperio, cuya fuerza vital radica cada día más en la expoliación y el despojo de las naciones que gravitan en su órbita de influencias. Las únicas realidades que admite el imperialismo son las de su propio y excluyente beneficio. Los únicos derechos que reconoce son los del saqueo. Las únicas responsabilidades que asume son las de la fuerza bruta. Por ninguna consideración subalterna a Colombia le conviene esta política, no sólo porque su natural solidaridad está de lado de la causa de miles de millones de seres del planeta, sino porque sus intereses internos chocan antagónicamente con la vandálica usurpación de los monopolios imperialistas. Colombia forma parte entrañable del movimiento liberador de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, con los que coincide y se apoya mutuamente en sus luchas por la independencia económica y la emancipación política. Cualquier otra invitación a construir bloques intermedios, además de la traición que aquello implica a los legítimos anhelos de soberanía y libertad de nuestro país, en la práctica significa un intento de abierto y descarado respaldo a las fuerzas imperialistas que actualmente afrontan dificultades enormes e insolubles contradicciones a causa del auge de la revolución mundial.

Contra el “mandato de hambre” ¡A la carga!

Puesto en la alternativa de escoger entre la línea pregonada por el “mandato claro” de auxiliar a los Estados Unidos y a todo lo que éste simboliza como nación imperialista decadente, por una parte, y la política popular y democrática de independencia y decoro nacionales, defendida por el MOIR y el resto de fuerzas revolucionarias y patrióticas, por la otra, el pueblo colombiano no dudará en tomar partido a favor de esta última. En ella va involucrada la suerte de Colombia como la única solución posible a la grave crisis que atraviesa.

La causa de la crisis de la sociedad colombiana

La crisis yacente en Colombia data de muchos lustros atrás y es más antigua de lo que algunos piensan. Las nuevas generaciones la recibieron en sucesión ininterrumpida pero forzosa de parte de sus mayores, así como éstos la habían heredado de sus antepasados.

A raíz de los enviones del naciente imperialismo norteamericano, a fines del siglo pasado y comienzos del presente, que tuvieron como prólogo la secesión de Panamá de Colombia, con la cual los Estados Unidos se facilitó la construcción del Canal que lleva por nombre el de la joven y hermana República, nuestro país pasó a convertirse poco a poco en neocolonia de la potencia del norte. Norteamérica comenzaba a forjar un imperio que llegaría a ser el más grande de la Tierra y hacía los primeros ensayos expansionistas apoderándose de las naciones patriarcales de América Latina que tenía al alcance de su sable y a las que desde entonces considera como su coto privado de caza. La presencia del imperialismo norteamericano en nuestro suelo repercutió notoriamente en su fisonomía. En el fondo significó un cambio brusco y radical de la situación económica y política de la Colombia aldeana y feudal. Dos fenómenos contrapuestos se dieron simultáneamente. De una parte, se aceleró el proceso que evolucionaba lento y gradual de la descomposición de la economía natural del país y éste fue vinculándose más plenamente al torbellino del mercado internacional, por medio de los miles de conductos que le proporcionaban los imperialistas norteamericanos. Protegido por el nuevo clima el capitalismo colombiano principió a florecer. Este es un fenómeno que podemos calificar sin duda de favorable, ya que Colombia terminaría por romper el aislamiento tanto a nivel parroquial, en lo interno, como a escala mundial, en lo externo, proceso que apenas si despuntó en el siglo XIX en sus relaciones comerciales con el capitalismo europeo y arrancaba por fin en firme la producción moderna de tipo capitalista, que desenfundó en el escenario nacional a las dos clases recién formadas, el proletariado y la burguesía colombianos, con sus alforjas repletas de ideas, inquietudes y contradicciones distintas a las que había conformado la pesada atmósfera del medioevo de la

República, desde su alumbramiento, el 20 de julio de 1810. De otra parte, el imperialismo norteamericano inauguraba la tétrica historia del robo de nuestros recursos naturales y de la incautación de los frutos de nuestro trabajo. Este fenómeno es tremendamente negativo.

Pronto el poderío de los Estados Unidos llegó a su edad dorada, sacándole tajada a los problemas de las potencias capitalistas que tenía en frente y a los dos conflictos bélicos mundiales, brotados ambos en la primera mitad del siglo XX. A medida que aumentaba su fortaleza el imperialismo norteamericano iba hundiendo con mayor saña sus garras en las carnes de las naciones latinoamericanas y particularmente de Colombia. En esa forma el aspecto negativo terminó agigantándose, mientras que al capitalismo nacional le resultaba cada vez más difícil desenvolverse tras la rapiña y desigual competencia de los monopolios internacionales, que le succionaban o encarecían las materias primas básicas, le dominaban omnímodamente sus mercados y utilizaban la técnica como un ariete para tomar la plaza o desvencijar sus débiles fortificaciones. Lo que en los orígenes fuera un vivero para su nacimiento y posterior desarrollo se trocó muy pronto en un desierto hostil.

Desde entonces el capitalismo nacional se ha visto en una situación de enorme inferioridad, desplegándose escasamente, a troncas y a mochas, en especial durante los períodos de ciertas dificultades del imperialismo y cuando por ello se hace menos intensa su influencia sobre el país. El paulatino estancamiento de la producción nacional y la ruina progresiva de las grandes masas populares se hallan determinados por esta relación neocolonial de sojuzgamiento externo. Los bienes y la mano de obra de los colombianos no coadyuvan a la prosperidad y al progreso de la nación, sino que se encuentran al servicio exclusivo del enriquecimiento de los monopolios extranjeros. He ahí la causa principal y decisiva de la crisis de Colombia: la explotación y opresión del imperialismo norteamericano. Por lo tanto, su única salida real será la revolución de liberación nacional. En las condiciones históricas vigentes de Colombia, la acertada defensa y la lucha consecuente por la independencia y soberanía del país, definen por sobre cualquier otro aspecto accesorio la naturaleza revolucionaria de una clase o de un partido. Al igual que las “teorías” soluciones y estratagemas proclamadas por la reacción, junto con su práctica, se distinguen por sus consecuencias desastrosas y dañinas en las fuerzas productivas, las posiciones ideológicas y programáticas de las fuerzas revolucionarias colombianas, y su acción política, repercuten benéficamente en el desarrollo de la producción nacional.

Dentro del MOIR hay camaradas que aún no han logrado asir la esencia económica de la crisis nacional como una crisis de estancamiento del capitalismo colombiano. Admiten el freno en términos absolutos de la producción nacional,

como un hecho aplastante e innegable de la vida del país, pero no comprenden que la única forma de desarrollo de las fuerzas productivas bajo el actual régimen neocolonial y semifeudal es la capitalista. Eso por una parte y, por la otra, confunden las características diametralmente diferentes de la crisis de Estados Unidos, como nación desarrollada opresora, y de Colombia, como nación subdesarrollada oprimida. Ambas crisis lo son porque afrontan problemas de paralización de las fuerzas productivas, pero por razones inversas.

Estados Unidos padece de superproducción, de saturación de sus mercados, de falta de salida para sus mercancías y capitales. La ciencia, la tecnología, la organización administrativa, la proliferación en suma de los medios materiales productivos han llegado allí a un estadio tal de progreso y perfeccionamiento, que las relaciones de propiedad individual capitalista, expresadas en la gran concentración monopolística, se constituyen en trabas infranqueables para la expansión de dichos medios productivos. Pero el imperialismo resuelve temporalmente su crisis explayándose por el mundo, apoderándose de naciones enteras y compitiendo en esta bárbara conquista con los demás países y grupos imperialistas. A donde vaya lo acompañará el espectro de la guerra, a la que recurre sin contemplaciones, ya sea para desplazar a las otras potencias contendientes o para apabullar a los pueblos colonizados. Con estos métodos “civilizados” de la bota puesta sobre el cuello de sus víctimas, el imperialismo se proporciona, como arriba señalamos, materias primas para sus industrias, mercados para sus productos y áreas de inversión para sus capitales. Por consiguiente, su consigna de combate ha sido y seguirá siendo la de desalojar la competencia, provenga de donde proviniere, para consolidar y ampliar sus dominios. De ello y sólo de ello depende su existencia. En los países que oprime apuntala las formas más atrasadas de producción y quiebra o interviene las industrias más avanzadas y promisorias. En Colombia, por ejemplo, los grupos monopolistas norteamericanos, a la par que le aconsejan al país auspiciar y patrocinar las formas de producción artesanales y que requieren “poca técnica y mucha mano de obra”, como el paradigma supremo de desarrollo, sustentan el caduco régimen de explotación terrateniente en el campo y se entrelazan para los negocios y para la política con las clases parasitarias colombianas, la gran burguesía y los latifundistas.

La crisis de Colombia es de atraso, de atrofia de las distintas ramas productoras de bienes industriales y de consumo, de falta de ciencia, de técnica, de incipiente en suma de los medios materiales productivos. Los valladares para el acrecentamiento de dichos medios productivos son las relaciones neocoloniales de subyugación externa y el régimen de explotación terrateniente. Por ello sólo la revolución de liberación nacional y democrática conseguirá remediar la crisis del país, una revolución que nacionalice todos los monopolios imperialistas y co-

lombianos y confisque la tierra de los grandes terratenientes y se la entregue a los campesinos que la trabajen. Dentro de la situación prevaleciente en Colombia no todas las formas de propiedad individual de los medios de producción son causa de su crisis, a diferencia de lo que acontece en la metrópoli. Aquí únicamente la apropiación monopolística y la terrateniente materializan los obstáculos inexpugnables para el desarrollo de la nación. Las fuerzas productivas no han llegado todavía en nuestro país a un punto de auge y prosperidad como para que se vean obligadas a romper la camisa de presión de toda forma de propiedad capitalista. Las potencias imperialistas sufren de exceso de capitalismo, Colombia de carencia de él. Este es el aspecto contradictorio de las dos crisis. Cuanto más profunda sea la crisis del imperialismo, más impelido se encuentra a descargarla con el máximo rigor sobre los hombros de los países sometidos, con la secuela de que precipita la crisis de éstos, a los cuales pone irremisiblemente al borde de la revolución. Ahí el lado flaco, la encrucijada, el atolladero, el eslabón débil de la cadena imperialista: los monopolios cada día dependen más de sus colonias y neocolonias y éstas cada día sienten más la necesidad y la atracción por la liberación. El proletariado de las grandes potencias tiene en los movimientos de liberación nacional a un aliado fundamental en sus luchas por la emancipación y el socialismo.

Las tendencias pequeñoburguesas de inspiración trotskista analizan y entienden la crisis de Colombia de un modo completamente diferente. Para esas agrupaciones políticas la producción nacional capitalista como la presencia del imperialismo encarnan igualmente un escollo inabordable para el progreso y el avance de la nación. La propagación en nuestro territorio del capitalismo imperialista mediante nuevas inversiones o a través del acaparamiento por parte de éste de las industrias ya establecidas, corren a calificarlo de desarrollo del capitalismo, sin distinguir entre el control cada vez más acentuado de los monopolios extranjeros sobre los mercados colombianos y la adversa situación resultante que arrincona y estrangula a los productores nacionales. Teorizan acerca de la viabilidad del proceso capitalista en términos generales, sin intuir que la base económica de nuestra revolución estriba precisamente en la imposibilidad de este desarrollo nacional bajo las relaciones neocoloniales y semif feudales existentes. O al contrario, reciben sin beneficio de inventario la propaganda de la reacción sobre los logros y prosperidad del “capitalismo colombiano”, ignorando que la ley suprema de cualquier revolución, o sea el tránsito de un régimen social de producción a otro, se impone donde y cuando el antiguo régimen se transforma en un freno a la producción de los bienes materiales esenciales para la subsistencia de la sociedad y no en otro lugar ni antes que el caduco sistema haya agotado todas las posibilidades de crecimiento de sus fuerzas productivas. Y en Colombia

progresa el capitalismo del imperialismo, lo comprobamos diariamente, pero en detrimento del desarrollo nacional. Y como corolario a sus concepciones ideológicas y programáticas aquellas tendencias convocan al pueblo colombiano a hacer la revolución socialista y no la revolución nacional y democrática y llaman a combatir contra toda forma de propiedad capitalista en lugar de propiciar la unidad de las clases y capas antimperialistas en la gran cruzada por la independencia y soberanía de la nación y por la construcción de un régimen democrático que sienta los pilares económicos y políticos de la futura sociedad socialista. La posición del trotskismo colombiano en la práctica se interpone a la referida alianza de las distintas clases y fuerzas revolucionarias y democráticas y beneficia al imperialismo y a la reacción.

Alrededor de estas cuestiones fundamentales de la revolución colombiana el MOIR ha adelantado una enconada discusión con el oportunismo de derecha y de “izquierda”. Sin embargo, tales batallas ideológicas no han sido suficientes para proporcionar la claridad necesaria dentro y fuera de nuestro Partido. Se hace indispensable redoblar los esfuerzos en dicho campo estudiando y profundizando la teoría de la revolución de nueva democracia, así como sistematizando las experiencias de los últimos años en la confrontación de nuestra línea estratégica con las peculiaridades concretas económicas y políticas del país, conscientes de que a ello se encuentra subordinado el porvenir y la conducción de la revolución colombiana. Las medidas antipatrióticas y retardatorias del gobierno lopista y sus catastróficas consecuencias en la economía nacional nos facilitan el ejemplo vivo magistral, más cercano y acabado, de cómo, por un lado, la dominación del imperialismo sobre las naciones subdesarrolladas es la causa principal y determinante de la crisis y anquilosamiento de sus economías y de cómo, por el otro, una política traidora tendiente a franquearles las puertas de nuestro territorio patrio a los saqueadores de la era moderna, está de antemano desahuciada y tan pronto como se pone a funcionar cae sin salvación en el más estruendoso descalabro. Su bancarrota radica en que concita contra ella la cólera de la aplastante mayoría de la nación, no sólo de los obreros que tienden por naturaleza de clase al socialismo, sino de los campesinos que exigen para sí la tierra que le expropian a sus expropiadores, de los pequeños y medianos productores y comerciantes, de los estudiantes e intelectuales y de todas las personas patrióticas y democráticas. La debilidad de la reacción es la fortaleza de la revolución, y viceversa, en la medida que ésta aparezca incapacitada para fraguarse la coraza de la unidad del pueblo a aquella le mermará el espanto.

Oímos frecuentemente la afirmación de que “nadie es profeta en su tierra”, con lo cual se quiere connotar que sólo hacen carrera las gentes exóticas procedentes de otras latitudes, así propalen las ideas más descabelladas, con-

fusas y extrañas. En cambio son objeto de mofa por parte de sus coterráneos quienes se atreven a opinar libremente, sin mediar para nada el hecho de que los planteamientos que se esgriman sean o no convincentes, inteligibles y correctos. En cierta forma esto le ha sucedido a la revolución colombiana. Hasta ahora únicamente hicieron carrera las tesis descabelladas, confusas y extrañas de las clases dominantes que defienden los exóticos intereses de los neocolonizadores imperialistas. Aunque la edad de los pueblos se mide por decenios y siglos nuestra revolución ha tardado en crear una corriente política definida y acatada por las amplias masas. Semejante corriente política revolucionaria corresponde alentarla a la clase obrera en su calidad de comandante del proceso revolucionario, aprovechando las condiciones objetivas favorables que se palpan de continuo en las violentas erupciones de la crisis que calcina las entrañas de la sociedad que ha jurado mil veces destruir. El quid de su éxito se funda en la consecuencia y acierto con que entienda y aplique la línea unitaria de frente único de todas las clases y capas revolucionarias. Nuestro proletariado quebrantará, a través de su partido, una inveterada tradición colombiana y nos vencerá a todos de que sí será “profeta en su tierra”.

Aprovechemos al máximo el debate electoral

Se fijaron ya los edictos con la citación de las elecciones de 1976, lo que podría considerarse como un lujo que se da la oligarquía colombiana, habida cuenta que, no obstante el reiterado uso de las medidas de excepción del artículo 121 de la Constitución, del toque de queda, de los consejos verbales de guerra y otros procedimientos más drásticos, y gracias a ello, ha logrado sostener la continuidad institucional desde el golpe de Estado que depuso al general Rojas Pinilla, y sobre todo si se compara la situación de Colombia con la orquestación militarista de la mayoría de las repúblicas latinoamericanas. Pero esto no quiere decir ni mucho menos que la dictadura liberal-conservadora proimperialista, que mantiene sumido al pueblo colombiano en la más despiadada esclavitud, esté pasando su mejor momento. Las violentas erupciones de la crisis de que hablaríamos en el capítulo precedente han trastornado todo el orden tradicional y la sociedad colombiana muestra síntomas evidentes de una descomposición supremamente aguda que, por más que se esfuercen las clases dominantes, resulta imposible de ocultar. Y no lo logran porque ellas han sido las primeras en contagiarse de la epidemia contra la cual dicen combatir.

En los escalones más encumbrados y distinguidos de estas clases sólo reina una preocupación, algo que se ha tornado en una obsesión incontrolada, más grande que ellas mismas e infinitamente superior a su propio instinto de con-

servación: el apetito desordenado de atesorar, de centuplicar sus millones, pero centuplicarlos de la noche a la mañana, a como dé lugar, con el agio, la extorsión, la especulación y los medios más desenfrenados y turbios, que son, a la vez, los menos riesgosos y más lucrativos. En ese loco afán los detentadores del Poder han arrastrado hacia el prevaricato, el peculado, la concusión, el cohecho y las otras infracciones contra la administración pública que tipifica el código penal burgués, a todo el andamiaje burocrático del Estado, desde el más alto sitial de la rama ejecutiva hasta la oscura y lejana inspección de policía. No es raro en estos tiempos, por ejemplo, enterarse las gentes por la prensa, en medio de fenomenal escándalo, cómo una de las familias más poderosas perteneciente a la mitad conservadora del gobierno, acusa al presidente de la República de que sus hijos se están enriqueciendo a costa del erario y cómo éste, con la misma moneda, responde destapando el tráfico de influencias y los favores de los organismos oficiales en las transacciones comerciales de los descendientes de sus acusadores. Y de ahí para abajo. El sector público es un campo minado de defraudaciones al fisco, de negocios de toda condición y tamaño, de menesteres ilícitos. Antier se destituyó a un funcionario al que se le comprobó un faltante que no pudo tapar, ayer se denunció a un gerente de un instituto descentralizado por pérdidas de varios millones de pesos que no supo explicar, hoy los tribunales detienen e investigan al que fuera no hace mucho el máximo fiscalizador de los gastos del Estado, mañana le corresponderá el turno a un ex jefe del Departamento Administrativo de Seguridad.

La corruptela de las minorías gobernantes no sólo ha invadido la esfera estatal, sino que se ha extendido como una gran mancha de aceite a todas las actividades de la vida social. Los pequeños imitan a los más grandes y por doquier proliferan las mafias, organizadas. El secuestro se convirtió en una industria próspera, junto con los estupefacientes, el juego, la prostitución. El país terminó siendo modelado a la imagen y semejanza de los hampones del capital imperialista. Y cuando las normas que rigen las relaciones de los grandes monopolios se vuelven de usanza generalizada y aun las capas más aristocráticas y refinadas de una sociedad como la nuestra se lumpenizan, la situación se torna incontrolable. Hasta los sectores más privilegiados y guarnecidos tras la empalizada de bayonetas se sienten inseguros. La descomposición social culmina amenazando a las clases dominantes, lo cual es el principio del fin, porque las sociedades a diferencia de lo que acontece con los animales se descomponen antes de morir. Una idea de lo que está sucediendo a estas clases bien puede dárnosla las siguientes palabras de Alberto Lleras, quien, anonadado por el horrible mundo que en cierta forma ayudó a engendrar, exclama: *“¿Cuándo volverá el hombre a ser, como querían los ingleses que fuera, el señor en su castillo entre los muros de su casa, protegido por las leyes, por*

*losejércitos, por la fuerza de los Estados contra cualquier acto de vandalaje?*²¹⁴. En medio del caos y del pánico a las clases dominantes colombianas sólo les queda el alivio de añorar el pasado, ya que temen al futuro, el cual por primera vez en la historia de nuestro país pertenece a las masas populares que nunca estuvieron presentes a la hora del reparto de los beneficios, pero que son las verdaderas creadoras de todo lo grande, respetable y digno de rescatar de la sociedad que languidece.

A pesar de la ventisca anarquizante y disolvente que azota a la sociedad colombiana, a la clase obrera le sobrar  la fuerza moral para sobreponerse, organizar las huestes dispersas del pueblo y al frente de ellas avanzar en oleadas contra sus tradicionales enemigos. Cuanto más rápida, desgarradora e irreversiblemente evolucione la crisis en que se debaten las minorías opresoras, más alentadoras, claras y cercanas aparecerán las perspectivas de la revolución. Contradiendo los iniciales vaticinios de la coalición oligárquica y de sus turiferarios de la oposición, el primer tercio recorrido del actual régimen ha registrado duras y agudas batallas populares que apuntan directamente contra el frontis del “mandato claro” de un vigor y una magnitud como no las padecieron para expiar sus faltas los gobiernos anteriores. El proletariado arrojó al suelo y pisote  el “contrato social” que López Michelsen llevó redactado y en papel de oficio a la “comisión tripartita”, el 14 de septiembre, por el cual se pretendía comprometer a los sindicatos a incrementar la cuota de “sacrificio”, es decir, a decuplicar el hambre de sus afiliados en pro de los éxitos económicos del continuismo. Decenas de miles de obreros levantaron las carpas de huelga e izaron los pendones rojos frente al desteñido, estandarte bicolor de la alianza liberal-conservadora. Y al lado de ellos los maestros, los bancarios, los estudiantes, los pobres y oprimidos todos de Colombia manifestaron sus protestas encendidas en las más diversas formas de pelea. También los campesinos prosiguieron en sus empeños revolucionarios de proporcionarse la tierra a que tienen derecho, invadiendo las fincas de los grandes terratenientes y sus luchas ganan todos los días las simpatías y el apoyo de las otras clases y estamentos antimperialistas y democráticos de la nación. En el gran caudal de la rebeldía popular sobresalen por su carácter ampliamente masivo, su firmeza, su beligerancia, su novedad y su iniciativa creadora, los paros cívicos de las pequeñas y grandes ciudades. En el último y más importante de estos movimientos, el de Bucaramanga, por ejemplo, cientos de miles de personas se levantaron y pusieron en jaque al gobierno durante ocho días, desde los destacamentos organizados de la clase obrera santandereana, que fueron en la práctica los orientadores de la batalla, hasta las amas de casa que salieron con sus cilindros de gas vacíos a taponar las calles. Y así por todas partes las masas no menospreciaron oportunidad para exteriorizar su descontento contra la carestía desatada, el acaparamiento, la escasez, las alzas periódicas de los precios

de los artículos de primera necesidad y de las tarifas de los servicios públicos, el aumento a los gravámenes a las ventas, los impuestos de valorización y demás argucias que se ingenian los prominentes estadistas lacayunos del imperialismo para trasquilarse los miserables presupuestos familiares de los sectores populares.

Bajo el gran alud de huelgas, paros cívicos, marchas de protesta, manifestaciones ilegales y luchas varias, fertilizadas con la sangre de centenares de combatientes populares vilmente asesinados, ha quedado sepultado el único deseo insatisfecho del lopismo: *“El cambio que hemos prometido queremos adelantarlo en medio de la calma política y el consenso”*. El pecado fue de ingenuidad. Cuando el 21 de abril de 1974 se eligió por primera vez en 16 años un presidente que no era producto de la norma constitucional de la alternación, quedó planteado el cambio que este gobierno podría cumplir en relación con los anteriores del Frente Nacional, porque en las gavetas de San Carlos le aguardaban para el trámite de rigor los decretos frentenacionalistas que los predecesores de López Michelsen no alcanzaron, no pudieron, o simplemente no quisieron poner en vigencia. Por ahí, precisamente por ahí, debía empezar su gestión transformadora el “mandato claro”, al día siguiente de la posesión. Tan pronto la mayoría del pueblo colombiano descubrió la engañifa, notificó a través de vibrantes mensajes callejeros que sí habría “consenso nacional”, pero de repudio y condena a la estrategia oligárquica proimperialista del régimen, así fuese al precio de desafiar las furias exacerbadas del continuismo y de romper la “calma política” que éste ilusionaba preservar. En medio de la intranquilidad, la conmoción, la piedra y el desorden, la buena estrella del lopismo comenzó a descender, sin haber cubierto siquiera la mitad de la jornada. Y sobre su cabeza aturdida aletean ya los primeros pleitos de la disputa anticipada de la sucesión presidencial, de las contradicciones surgidas en el seno de la coalición bipartidista y de la partición por tres de su Partido Liberal.

Con ese gran telón de fondo de la crisis económica, de la descomposición social y de la bancarrota del “mandato claro” se van a celebrar las elecciones de 1976. Esta batalla para las fuerzas revolucionarias se llevará a cabo en circunstancias verdaderamente favorables, en comparación a las de 1974. En aquel entonces, tras la emulación por la conquista de la Presidencia, los liberales y conservadores unidos en lo esencial, atizaban los sentimientos sectarios del bipartidismo tradicional y fomentaban las esperanzas de reformas “pacíficas” y “legales” a un pueblo que llegaba desesperado con cuatro cuatrienios del Frente Nacional a sus espaldas; y en especial el liberalismo que, después de continuas escaramuzas intestinas, se encontró de improviso agolpado alrededor de un candidato con historial disidente, como para mostrar, y que disertaba no sólo sobre su linaje presidenciable sino sobre sus hazañas del MRL. En 1974 la oligarquía logró pasar a la ofensiva. Hoy el lopismo se bate en retirada. Le ha tocado iniciar

la prematura defensa de su obra de gobierno y explicar por qué no dan o no darán frutos positivos la reforma tributaria, la “estabilización”, los correctivos contra el alto costo de la vida. A lo que se agregan las divisiones y subdivisiones del Partido Liberal, acéfalo de una directiva o un caudillo con autoridad que impida su disgregación, y cuyos grupos y matices, alucinados todavía con los tres millones de votos de 1974, se arrebatan el botín electoral parados sobre un barril de pólvora.

Desde este ángulo la situación es favorable y las fuerzas revolucionarias están en condiciones de tomar la iniciativa por lo menos en un punto clave: la denuncia beligerante del “mandato de hambre”, con todo lo que éste ha simbolizado como genuina expresión de la política antinacional, antipopular y antidemocrática de la alianza burgués-terrateniente proimperialista. Desde luego las fuerzas revolucionarias, y particularmente el MOIR, no deben perder de vista el hecho de que en este tipo de debates, manipulados por las clases dominantes, éstas seguirán contando con el monopolio sobre los principales medios de difusión y con el poder determinante del Estado para nombrar los funcionarios que organizan los comicios, los vigilan y cuentan los votos, lo cual les proporciona la ventaja decisiva. No obstante, aprovechemos al máximo el debate electoral, empezando por el mismo desenmascaramiento de la farsa democratera, de las elecciones convocadas por el sistema, como lo hicimos antes, pero aprovechémoslo sobre todo para expandirnos, para vincularnos estrechamente a nuevos y más amplios sectores de masas, sin excluir a los menos avanzados, con el objeto de difundir nuestro programa revolucionario, consolidar nuestra fuerza y prepararnos para las luchas que nos deparará la aplicación de la línea acertada de nuestro Partido.

Grandes experiencias y considerable avance

Con las elecciones que se avecinan el MOIR participa por tercera vez consecutiva en una campaña electoral, en un lapso apenas de cuatro años. Durante este breve período se han sucedido cambios que podemos calificar de trascendentales y altamente positivos en el horizonte político de nuestro Partido. En 1972, cuando tomamos la determinación de abandonar la posición infantil abstencionista, nos lanzamos a librar un tipo de lucha que desconocíamos por completo y dentro de unas circunstancias de extrema debilidad, cercados como nos hallábamos no sólo por las fuerzas de la alianza bipartidista gobernante, sino por la Anapo y el Partido Comunista que interpretaron nuestra decisión de ir a las elecciones cual una declaratoria de guerra y como si presintieran en nuestra organización partidaria un insospechado peligro para sus planes futuros. A es-

tos embates se sumó el enjambre de grupos de la pequeña burguesía intelectual que no nos perdonaban la condenación radical, de principios, que con nuestra autocritica y nuestra conducta hacíamos del abstencionismo. En aquella ocasión llevamos a la práctica una línea de alianza con un reducido sector desmembrado del rojismo y con pequeñas agrupaciones locales en algunos departamentos. Los resultados fueron a pesar de todo satisfactorios. Aunque no alcanzamos posiciones relevantes en asambleas ni concejos, para los cuales se votó en 1972, salvo en uno que otro municipio apartado y que no pasaron de una docena, el MOIR sacó a limpio dos trabajos de significación: el uno, haber logrado extenderse a casi todo el país, exceptuando tres o cuatro departamentos y los territorios nacionales, y el otro, vincularse a ciertos frentes de masas de obreros y de campesinos a los cuales hasta entonces no había tenido forma de llegar. En todo caso empezamos a romper el cerco político en que nos encontrábamos.

Para las elecciones de 1974, después de un análisis de los cambios presentados en la situación y evaluando correctamente tanto la contraofensiva de la coalición liberal-conservadora que se veía venir para el debate de aquel año, como el hecho de que se trataba de una campaña presidencial en la que además se “elegirían” no sólo diputados y concejales sino representantes y senadores, nuestro Partido planteó la necesidad de la consigna de la construcción de un frente electoral de izquierda. El frente lo constituimos con una fracción disidente de la Alianza Nacional Popular, el Partido Comunista y varias agrupaciones políticas de provincia, bajo la denominación de Unión Nacional de Oposición. Esta batalla terminó en una victoria relativamente importante si se tiene en cuenta la adversa y desproporcionada correlación de fuerzas que mediaba entre la UNO y los partidos tradicionales. El MOIR, por su parte, avanzó considerablemente en su propósito de extenderse y vincularse a las más amplias masas populares y obtuvo varias curules en las corporaciones públicas, incluyendo una principalía en la Cámara de Representantes y en cada uno de los concejos de las ciudades capitales de Bogotá, Medellín, Bucaramanga, Pereira y Pasto.

No obstante el número diminuto de puestos ganados en dichas corporaciones, a partir de ese momento al MOIR se le abría otra trinchera en una actividad que le era igualmente ajena: la acción parlamentaria en el Congreso Nacional, en asambleas y concejos. La orientación básica consistió en convertir las posiciones adquiridas en tribunas de denuncia de todas las fechorías y vilezas que las clases dominantes perpetran contra el pueblo, prevalidas de su despótico Poder. Muy lejos de proporcionarse con cabildeos o tejemanejes el visto bueno y la bendición de las mayorías parlamentarias oficialistas, a nuestros camaradas, en ínfima minoría a veces de uno contra todos, les correspondió en aquellas instituciones iniciar el desenmascaramiento del fiasco histórico del continuismo, chocando

incluso con personeros de la oposición y los aliados de la UNO que guardaban recónditas y no disimuladas esperanzas en algunos aspectos “progresistas” del “mandato claro”. El estilo revolucionario de la acción parlamentaria del MOIR le permitió apoyar las luchas del pueblo en pequeñas y grandes ciudades y ponerse a la vanguardia de muchas de ellas de manera oportuna y eficaz. El crecimiento de nuestro Partido, su extensión a nivel nacional, su vinculación progresiva a las masas y sus avances ideológico y político, durante este último período, se deben primordialmente al acierto con que supo resolver la utilización de la lucha electoral y la acción parlamentaria. En cierta forma y en relación con los máximos objetivos revolucionarios que perseguimos, la decisión táctica de ir a las elecciones aparecía en 1972 como un gran retroceso. Pero descubrimos algo de enorme valía: el partido de la revolución habrá de ponerse en todo momento a tono con la revolución. Siempre impulsando, rompiendo brecha, señalando el rumbo: nunca a remolque de ella convertidos en lastres de la lucha de nuestro pueblo, ni demasiado adelante como para que las masas no nos identifiquen, ni nos comprendan, ni nos sigan.

La participación del MOIR en la lucha electoral se ha caracterizado por las alianzas que concertó tanto en 1972 como en 1974, con agrupaciones políticas de envergadura nacional y regional. En ambas oportunidades integramos con nuestros aliados frentes con dirección compartida y programa común. Siguiendo una línea leninista de principio de ir a las elecciones para abrirle paso a nuestro programa, y no al contrario, de hacer un programa para abrirle paso a nuestra participación electoral, los puntos programáticos acordados fueron invariablemente en lo fundamental los de las reivindicaciones económicas y políticas de la revolución de nueva democracia, una revolución nacional y democrática contra el imperialismo norteamericano y sus lacayos colombianos, la gran burguesía y los grandes terratenientes, realizada por la alianza de todas las clases revolucionarias y dirigida por el proletariado. La práctica demostró la justeza de formalizar tales frentes alrededor de una orientación revolucionaria. En condiciones de enorme dificultad conseguimos cumplir con las metas proyectadas, concentramos el ataque en los enemigos principales, ganamos amigos, neutralizamos a fuerzas intermedias y especialmente propagamos la idea de la urgencia estratégica de la construcción del frente único antimperialista, la cual es acogida cada día con mayor entusiasmo por las masas y las organizaciones de avanzada.

¿En la campaña electoral de 1976 qué posibilidades hay para la aplicación de nuestra línea unitaria y la creación de un frente como lo hicimos en el inmediato pasado? Antes de responder a esta pregunta es preciso señalar las particularidades más demostrativas de la situación política actual.

En primer lugar, la coalición liberal-conservadora gobernante afronta múltiples aprietos, debido al fracaso del “mandato claro”. López Michelsen ha empezado su defensiva política y, por ende, recurre a la represión violenta para sobreaguar en el temporal, lo cual le merma visiblemente iniciativa en esta campaña electoral que, quiéranlo o no los partidos tradicionales, girará en un sentido u otro en torno a la obra de gobierno del continuismo. En el bando opuesto, el MOIR salió por completo del cerco político tendido a principios del período anterior por las más variadas fuerzas enemigas, triplicó sus efectivos, consolidó la cohesión, la unidad, la disciplina y la eficacia de sus filas y se encuentra en capacidad de realizar su debate electoral en todo el país, incluyendo algunos territorios nacionales. No tenemos pues, como en 1974, la disyuntiva apremiante de que o constituíamos un frente electoral de izquierda o no podíamos garantizar ningún éxito en las elecciones. Sin embargo, desde el punto de vista general de las grandes necesidades que encara la revolución colombiana y de la probabilidad de propinarle una contundente derrota a la reacción, nuestras fuerzas continuán siendo débiles y un frente revolucionario, ahora, acrecentaría notablemente nuestras perspectivas halagüeñas.

En segundo lugar, el Partido Comunista se negó rotundamente a discutir los problemas y contradicciones surgidos en la UNO y que tuvieron como expresiones más características el paso de la mayoría de parlamentarios del MAC al movimiento pro candidatura presidencial de Carlos Lleras Restrepo, y la ruptura de relaciones entre dicho partido y el MOIR. Nuestra dirección envió al Comité Ejecutivo del Partido Comunista una carta abierta en la cual precisaba los puntos materia de las discrepancias aparecidas en el seno de la UNO y fijaba sus criterios con el llamamiento a que se examinaran y controvirtieran seriamente, dentro del ánimo de buscar acuerdos. Las consideraciones del MOIR al respecto estaban encaminadas a que se adoptase una posición diáfana, sin trastiendas, contra el “mandato claro”, empezando por el papel político de su principal animador, el presidente López Michelsen, y a que en la UNO se respetasen las normas orgánicas de funcionamiento aprobadas y basadas en una dirección compartida y democrática. Expusimos nuestros planteamientos públicamente, porque públicamente se venía achacando al MOIR la parálisis de la UNO. En esto el Partido Comunista hace el matachín y después se asusta. Luego de atacar de manera sistemática al MOIR y de acusarlo de los contratiempos de la alianza, a través de *Voz Proletaria*, cada ocho días, durante cuatro o cinco meses, con entregas y suspensos de “novelón”, la dirección de aquel partido resuelve, sobre la respuesta nuestra, decir: *nomás “discusión estérily bizantina”*¹⁵. Llegaincluso a prohibirle a sus militantes la compra de Tribuna Roja, con el objeto de que no se enteren de nuestros argumentos y sectariza la situación apelando a la desfiguración de las

desavenencias que a su turno se dieron en el desarrollo de la política de unidad del movimiento sindical independiente y acusando al MOIR de querer “despresar” la CSTC. Todo se reduce a un sofisma de distracción. Sobre la CSTC el MOIR en ningún momento se ha trazado el objetivo de despedazarla, entre otras cosas porque las contradicciones con el Partido Comunista no nos producen el efecto negativo de hacernos perder el sentido de las proporciones ni la orientación de nuestras luchas. Sencillamente, tras la violación de los acuerdos unitarios en el movimiento obrero, nos propusimos la meta limitada de sacar de la CSTC las organizaciones sindicales que afiliamos o contribuimos a afiliarnos, seguros de que éstas, rescatando su independencia ante la situación creada, podrán luchar en mejores condiciones por la política de unidad sindical, refrendada en los encuentros de 1972 y 1973 y en el Encuentro Nacional Obrero del 12 de octubre de 1973. A fin de cuentas, lo que buscaba el Partido Comunista era transformar a la UNO en un apéndice suyo. El MOIR ha sostenido inequívocamente que la Unión Nacional de Oposición como frente de fuerzas aliadas sólo tiene destino dentro de la revolución en la medida que sus movimientos integrantes se guíen por la línea unitaria del respeto y acatamiento consecuente a los compromisos revolucionarios pactados antes y después del 21 de abril de 1974.

En tercer lugar, la Alianza Nacional Popular apura su proceso de desmoronamiento iniciado el 20 de abril de 1970 y por ningún lado presenta indicios de mejoría. Su dirección nacional persiste en su política básica de conciliación con la explotación y opresión del imperialismo norteamericano sobre Colombia y, por lo tanto, de rechazar cualquier eventualidad de entendimiento con las fuerzas revolucionarias. Las disensiones internas de la Anapo son cada vez más hondas y más frecuentes. Recientemente el sector de izquierda, en franca rebeldía con su Comité Ejecutivo, produjo un documento en el que reconoce la crisis del movimiento, enfatiza una “posición antimperialista, antioligárquica y por la liberación nacional” y alrededor de ella convida al resto de organizaciones partidistas y de masas a promover la “unidad del pueblo”¹⁶. Tal pronunciamiento choca abiertamente con las concepciones oficiales del rojismo. Sin embargo, la izquierda anapista que se distingue antes que nada por la vacilación, oscila entre dos grandes temores: o enterrarse con su general o quedarse sola fuera de su tumba. Pero el campanazo instigando a la insubordinación sacó del sopor a más de un dirigente medio de Anapo a quien por nada en el mundo lograrán ya persuadir de que la política correcta sea la de la conciliación con las clases dominantes y la de la negativa a la unidad de todas las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas.

En cuarto lugar, una serie de agrupaciones políticas de izquierda que venían practicando el culto al abstencionismo, decidió apostrofarlo y someterse al

bautizo de fuego de la prueba electoral. La mayoría de estas organizaciones con uno u otro argumento ha expresado la conveniencia de facilitar acuerdos para las elecciones que se aproximan. El MOIR considera oportunas y positivas tales determinaciones, no obstante comprender a cabalidad que las perspectivas de cualquier compromiso electoral estarán supeditadas principalmente a la disponibilidad de un entendimiento en cuestiones programáticas.

Concluida esta pequeña síntesis de la situación política reinante, se colige que, a tiempo que ha ganado terreno la conciencia de la necesidad de la construcción de un amplio frente antimperalista, persisten aún factores adversos para su cristalización, preferencialmente de correlación de fuerzas, los cuales en la actualidad escapan por completo a nuestra voluntad. Por el contrario, los fenómenos de que el Partido Comunista ya hizo sus apuestas a la carta de una UNO de bolsillo y de que el ala de izquierda de Anapo en su indecisión continúe deshojando margaritas, así como las diferencias programáticas de fondo con la mayoría de organizaciones que por primera vez concurren a la brega electoral, nos están indicando cómo la tendencia predominante parece ser la de que en estas elecciones todos “nos vamos a contar”, empezando por el presidente de la República, con su fracción liberal de antiguos amigos del MRL.

Propuestas del MOIR a las fuerzas revolucionarias y al pueblo

¿En esas condiciones el MOIR debe propugnar o no la creación de un frente unido revolucionario? No dudamos en responder que sí. La campaña electoral ha de servir para agitar nuestra política unitaria por la alianza de todas las clases y organizaciones antimperalistas, pero agitarla en concreto, con unas propuestas definidas que correspondan al momento revolucionario que vivimos y al margen de las cábalas que podamos hacernos sobre el posible desenlace de la situación. De una parte, nuestro Partido viene trabajando o intercambiando opiniones con organizaciones y dirigentes políticos, con quienes tenemos afinidades de concepción y de programa. Con estas fuerzas de todos modos concertaremos los acuerdos pertinentes para la lucha electoral conjunta, tanto en municipios y departamentos, como a nivel nacional si fuere necesario. Por otra parte, debemos atender las invitaciones que nos formulen los demás movimientos a discutir la posibilidad de las alianzas, hasta agotar pacientemente todos los medios para propiciar el entendimiento. Y finalmente, el MOIR tiene la responsabilidad de buscar la mejor salida para la revolución no sólo en la campaña electoral de 1976, sino en preocuparse también por presentar soluciones en relación con todo el período que se abre y necesariamente se empatará con las virtuales elecciones de 1978.

Por todas estas razones sometemos a la consideración de las fuerzas revolucionarias y del pueblo colombiano en general los siguientes puntos unitarios, alrededor de los cuales adelantaremos nuestra campaña electoral y seguiremos luchando después de las elecciones:

1. Constitución de un frente unido revolucionario, integrado por todas las fuerzas políticas, gremiales y religiosas que se comprometan a respaldar y luchar por un programa nacional y democrático y a someterse a unas normas mínimas democráticas de organización y funcionamiento.

2. El programa nacional y democrático debe responder e interpretar las inquietudes y reivindicaciones fundamentales del pueblo y la nación colombiana en la presente etapa de la revolución. Por tanto, dicho programa ha de contemplar:

a) La conquista de la liberación nacional del yugo del imperialismo norteamericano y la construcción de una república independiente y libre de toda presión y sojuzgación externa, autónoma, soberana, popular, democrática y en marcha al socialismo.

b) La instauración como triunfo de la revolución colombiana de un Estado de unidad nacional conformado por las clases, capas, sectores, personalidades y demás fuerzas revolucionarias, democráticas y patrióticas, basado en la alianza obrero-campesina y bajo la dirección de la clase obrera.

e) La confiscación y nacionalización de los monopolios extranjeros y colombianos que en el territorio patrio explotan económicamente y oprimen la vida de las masas populares.

d) La confiscación de la tierra de los grandes terratenientes y su reparto entre los campesinos que la trabajan.

e) El logro y garantía de los derechos democráticos esenciales para el pueblo colombiano, verbigracia: de organización, expresión y movilización de las clases revolucionarias; de huelga para la clase obrera; de libertad de cultos; de igualdad de sexos, y razas; de protección de la niñez y de la vejez.

f) El apoyo a las luchas del pueblo colombiano por sus reivindicaciones económicas y políticas y de las minorías indígenas nacionales por sus tierras, costumbres y creencias.

g) El respaldo y protección a los pequeños y medianos industriales y comerciantes y demás sectores que contribuyen al desarrollo de la producción nacional.

h) La estrecha colaboración con los educadores, estudiantes, intelectuales, escritores y artistas que combaten por la creación y consolidación de una cultura nacional y científica al servicio de las grandes masas.

i) El apoyo a los movimientos de liberación nacional de Asia, África y América Latina, a los países socialistas, al movimiento obrero internacional y a los movimientos revolucionarios de todos los países.

Contra el “mandato de hambre” ¡A la carga!

3. El programa nacional y democrático estará basado en el principio supremo de propiciar la alianza de todas las clases, capas y fuerzas revolucionarias colombianas en el más amplio frente de lucha antimperialista.

4. Las fuerzas integrantes del frente unido revolucionario aplicarán y defenderán el programa nacional y democrático en una lucha consecuente contra el régimen oligárquico liberal-conservador, cuya cabeza visible es ahora el presidente Alfonso López Michelsen.

5. La acción parlamentaria en las corporaciones públicas por parte de las fuerzas integrantes del frente unido revolucionario se guiará por el programa nacional y democrático y promoverá la lucha consecuente contra el régimen oligárquico.

6. Las normas mínimas de organización y funcionamiento del frente unido revolucionario estarán basadas en los siguientes principios democráticos:

a) La dirección del frente a distinto nivel se estructurará con representación de todos los partidos y organizaciones integrantes en pie de igualdad.

b) Las decisiones se tomarán por unanimidad, previa consulta y discusión democrática.

e) Se auspiciará constantemente la coordinación y cooperación de todas las fuerzas integrantes en las luchas que se libren en pro de la causa revolucionaria.

d) Se respetará la independencia ideológica y organizativa de las fuerzas integrantes del frente, entendiendo por tal que ningún partido se inmiscuirá en los asuntos internos de otro, ni lo infiltrará con cuadros de doble militancia, ni le sustraerá sus efectivos.

e) Las contradicciones internas del frente se resolverán mediante el método de unidad-crítica-unidad.

f) Se permitirá la participación dentro del frente de todas las fuerzas políticas, sin excepción alguna, siempre y cuando estén dispuestas a respaldar el programa y a someterse disciplinadamente a las normas mínimas de organización y funcionamiento.

7. La lucha electoral habrá de ser adelantada conjunta y coordinadamente a través del frente unido revolucionario, para lo cual se agitará el programa nacional y democrático acordado. Las listas a las corporaciones públicas serán únicas al nivel respectivo, y para su elaboración se tendrá en cuenta el criterio de garantizar al máximo la preservación de las posiciones que en las mencionadas corporaciones mantengan los diversos partidos integrantes.

8. En las elecciones previstas para 1978 se designará un candidato presidencial del frente unido revolucionario, mediante el procedimiento democrático de que las distintas fuerzas integrantes presentarán precandidatos a su asamblea nacional, para que ésta ratifique el nombre que haya logrado el respaldo unánime.

9. El frente unido revolucionario impartirá durante la campaña electoral, y con su acción en las corporaciones públicas, una especial educación a las masas sobre el verdadero papel reaccionario y antipopular de las instituciones parlamentarias del régimen neocolonial y semifeudal de Colombia. Igualmente combatirá la ilusión de que los grandes problemas de la revolución colombiana, y entre ellos la cuestión de la toma del Poder por el pueblo, puedan encontrar una salida adecuada con el hipotético triunfo de un candidato presidencial de izquierda. Si participamos en la lucha electoral y parlamentaria es para avanzar en la preparación de las condiciones subjetivas de organización y conciencia de las masas populares para destruir el Estado opresor de las oligarquías vendepatrias y en su lugar erigir un Estado democrático-popular, con sus propias instituciones representativas y auténticamente democráticas, que desbroce el camino hacia el socialismo.

10. El acuerdo alrededor de estos puntos se deberá conseguir con el intercambio multilateral de opiniones entre las fuerzas políticas interesadas. Cumplido este paso se procederá de común acuerdo a convocar una reunión nacional de todos los partidos y organizaciones comprometidos en la alianza, la cual refrendará públicamente los postulados unitarios y dará fundación al frente unido revolucionario.

Camaradas:

La situación es excelente para conquistar nuevas y más significativas victorias. Acojamos el trabajo político con entusiasmo, ahínco y espíritu de sacrificio. Vinculémonos estrechamente a las masas y pongámonos al frente de sus luchas. Concentremos el ataque en la coalición liberal-conservadora gobernante y combatamos con energía el sectarismo en las relaciones con las fuerzas aliadas y en la controversia con las corrientes políticas intermedias. Todos los recursos del Partido a la batalla electoral, y que retumbe por los ámbitos de Colombia el grito de pelea de Jorge Eliécer Gaitán: ¡A la carga!, ¡A la carga contra el “mandato de hambre”!

Notas

1. Alfonso López Michelsen. *Radiografía de una situación y plan de estabilización*. Discurso ante la “comisión tripartita”, 14 de septiembre de 1974. Ediciones del Banco de la República, 1974, pág. 33.

2. Idem, pág. 9.

3. Alfonso López Michelsen. Discurso ante Diriventas, Barranquilla, enero de 1973. *Un mandato claro*. Canal Ramírez - Antares, Bogotá, enero de 1974, págs. 132 y 133.

4. Del discurso citado de López en la “comisión tripartita” pág. 29.

5. Idem, pág. 27.

Contra el “mandato de hambre” ¡A la carga!

6. Idem, pág. 30.
7. *Paracer rarlabrecha. Plandedesarrollosocial, económicoyregional1975-1978*. Departamento Nacional de Planeación. Ediciones del Banco de la República, 1975, pág. 70.
8. *El Siglo*, febrero 21 de 1975.
9. Idem.
10. Carta de Alfonso López Michelsen al concejal de Bogotá, César Castro Perdomo. *El Tiempo*, diciembre 2 de 1975.
11. *El Espectador*, enero 23 de 1975.
12. *El Tiempo*, enero 29 de 1975.
13. *El Tiempo*, septiembre 26 de 1975.
14. Alberto Lleras. *Secuestros*. Tomado de *Visión. El Tiempo*, septiembre 21 de 1975.
15. *Voz Proletaria*. septiembre 18 de 1975, pág. 5.
16. *Mensajeal puebloanapista*. Documento firmado por los parlamentarios Jaime Piedrahita Cardona, Orlando Durango Hernández, José Roberto Vélez Arroyave, Jaime Jaramillo Panesso, Rafael Giraldo Monsalve, Julio César Pernía, Humberto Ramírez Gutiérrez, Carlos Toledo Plata y José Cortés. *El Espectador*. noviembre 29 de 1975.

